CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER

Obispo de Versalles

DIOS Y SU OBRA . . . . 1 VOL.

JESUCRISTO Y SU OBRA . . . . 2 »

OBJECIONES CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA RELIGIÓN . . . . 2 »

LA IGLESIA Y SU OBRA . . . . 4 »

OBJECIONES CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA IGLESIA . . . . 2 »

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

III

JESUCRISTO Y SU OBRA

VOLUMEN II

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A

SUCESORES DE JUAN GIL

CORTES, 581 - BARCELONA

1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PROLOGO

Con este volumen terminamos la publicación de nuestras conferencias a los hombres de San Paterno.

Hace cinco años, cuando a instancias reiteradas de personas autorizadas y amigas, nos decidimos a publicar la primera serie de objeciones contra la religión, no podíamos pensar que todas nuestras instrucciones serían entregadas al público, y que en tan corto plazo se publicarían quince volúmenes sin que la benevolencia de nuestros lectores diera muestras de cansancio.

Si damos crédito a las numerosas cartas que hemos recibido de las diversas diócesis de Francia y aun del extranjero, esta publicación no habrá sido inútil ni infructuosa.

Muchos sacerdotes, al leer nuestras conferencias, han mostrado deseos de conocer la organización de

nuestra misa para los hombres, con el propósito de fundar otra semejante; varios directores de obras nos han asegurado que sus jóvenes han encontrado asuntos prácticos y materiales fáciles de explotar para sus círculos de estudios; superiores de grandes seminarios las han hecho leer a sus alumnos, por creer que son a propósito para dar el sentido de esa palabra sencilla, clara, límpida, accesible a todos, que elogiaba san Pablo cuando escribía: "Prefiero decir cinco palabras inteligibles en la asamblea de los fieles para instruir a mi prójimo, a pronunciar diez mil en lengua extraña." Si algún bien hemos hecho, Dios sea loado por ello; pero gracias sean también dadas a los que nos han seguido. Conocemos mejor que nadie la imperfección de nuestra obra, y si algún provecho resulta de ella, preferimos que recaiga su mérito sobre los que han sido sus celosos propagadores y ecos elocuentes.

A todos esos amigos, conocidos o desconocidos, que se nos han unido en un común cuidado y en el mismo deseo de difundir útilmente la divina verdad, envío de lo más profundo de mi corazón de obispo mis mejores anhelos por su éxito y mi paternal bendición.

La noche de la ignorancia religiosa se abate cada vez más lúgubre y sombría sobre nuestro pueblo; sacerdotes y fieles, fortalezcamos más y más nuestra fe, y con

la palabra y el ejemplo hagámosla irradiar cada cual en su puesto,

Porque si cada antorcha se enciende sola en la sombra,
Al brillar todas juntas, será de día.

Tal es mi ardiente deseo y mi más ferviente oración a Dios y a los hombres.

Carlos, *Obispo de Versalles.*

Versalles, en la fiesta de la Purificación, 2 de Febrero de 1908.

CONFERENCIA PRIMERA

El camino recorrido en dos años

SEÑORES:

Hace dos años que caminamos juntos en el dominio ilimitado de la verdad religiosa. ¿Hemos hecho una obra inútil? No. Muchos hombres, sin duda, muchos hombres cristianos, o casi cristianos, se han negado a seguirnos. No llegaron a entender que se les ofrecía una ocasión excelente para conocer algo a fondo su religión y para dar a sus contemporáneos ejemplo saludable. No llegaron a entender que nos encontramos en una hora en que no basta tener fe, sino que es necesario que uno tenga ilustración suficiente para defenderla y valor bastante para propagarla. Vosotros, señores, fuisteis más inteligentes y avisados. Os dirigí un llamamiento, supisteis apreciar mis intenciones y correspondisteis a mis esfuerzos. Obrasteis cuerdamente, y me atrevo a decir que hace ya dos años que realizamos juntos una obra capital que responde a las nece-

sidades más evidentes de la hora actual. Contemplad al mundo contemporáneo, y comprobad conmigo lo que llamo el fenómeno extraño de

I. La ignorancia y la abstención religiosa.

1.º *La ignorancia.* Señores, no temo proclamarlo en alta voz: de todas las cosas dignas de apasionar al alma humana y de provocar sus más serias reflexiones, no hay ninguna tan ignorada hoy en día como la religión. Si un hombre de genio se encontrase en la Iglesia y quisiera conmover a los hombres de nuestro tiempo tratando con elocuencia las cuestiones religiosas, no sería el *Ensayo sobre la indiferencia* lo que debería escribir, sino el *Ensayo sobre la ignorancia en materia de religión.* La ignorancia religiosa de nuestros contemporáneos supera toda medida.

En las clases populares el fenómeno es tan visible como aflictivo. ¿Cómo queréis que el pueblo conozca la religión? Las pocas lecciones de catecismo que recibió al salir de la escuela, pronto fueron olvidadas; en el hogar paterno, ya no se hacen aquellas lecturas sólidas y substanciales del Evangelio y de la vida de los Santos que alimentaban antes la fe en las almas; generalmente, se viene poco a la iglesia a oir la palabra divina, pues el trabajo del domingo, o el respeto humano, lo impiden con frecuencia. La ciencia de la religión desaparece de la inteligencia y del corazón del pueblo, y con ello los doctores de la impiedad tienen ganada la partida, ya que, digan lo que quieran, al punto son creídos. Pueden sembrar mentiras e infamias; la mala semilla germina y da buena cosecha. Preguntad a nuestros hombres del pueblo qué piensan, qué idea tienen de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, del sacer-

dote, de la confesión, de la Eucaristía, de la otra vida, y quedaréis asombrados de las nociones falsas, de los prejuicios ridículos, de las ciegas repugnancias, de las groseras objeciones, en una palabra, de la crasa ignorancia que se interpone entre esos hombres y la religión.

Mas si esa profunda ignorancia de las cosas religiosas se encontrase tan sólo en el pueblo... Pero no; muchos de nuestros contemporáneos, muy versados en política y literatura, en las ciencias médicas, jurídicas, naturales y otras varias, no conocen el simple enunciado de la ciencia religiosa. Y no conociendo la religión, la miran como cosa absurda, inútil o perjudicial. Eso da mucha lástima. Ignoran y, por lo mismo, desfiguran el dogma, la moral, el culto, los sacramentos, la historia de la Iglesia. Un ejemplo entre mil. ¡Cuántos hombres, por otra parte, muy inteligentes e instruídos, confunden sin cesar la Iglesia con los eclesiásticos, la doctrina con sus representantes, las teorías con los hechos, las máximas puras del Evangelio con las pasiones humanas, que con tanta frecuencia las han desfigurado! No hay sofisma más deplorable que ese, pero tampoco más difundido, aun en el mundo de las personas cultas. Porgogos? ¿Desde cuándo la ciencia es responsable de los delitos cometidos en su nombre por sanguinarios demagogos? ¿Desde cuando la ciencia es responsable de los errores propagados bajo su manto? ¿Desde cuándo la religión es responsable de los excesos del fanatismo? Ni Dantón, ni Marat deben impedirnos amar la libertad que ellos asociaron a sus crímenes. Ni los errores de Tales en física, ni los de Alberto el Grande en química deben impedirnos amar la ciencia que experiencias mejor hechas han acabado por formular. Ni las violencias cometidas en nombre de la religión, ni las dragonadas de Louvois deben impedirnos amar el Evange-

lio que las condena y la religión que las rechaza. Ese error, y mil otros, no menos monstruosos, llenan las publicaciones periódicas y se imprimen en las memorias; son aceptados sin comprobación, son creídos sin escrúpulos, se vive y se muere en esos sentimientos. En verdad, señores, que eso mueve a verdadera lástima. ¡Ah, cuánta razón tenía Bossuet al decir que la ignorancia es nuestro mayor mal!

Pero es más triste todavía que

2.° La ignorancia conduzca a la *abstención* en materia religiosa. Esto es lógico. ¿Cómo queréis que se practique una religión que ni siquiera se conoce? ¿Cómo queréis que se estime y se ame una religión que se mira como absurda, inútil o perjudicial? Si la religión es inútil, no hay más que prescindir de ella como de cosa despreciable. Si es absurda, hay que despreciarla y cubrirla del desdén de la razón ultrajada. Si es perjudicial, es un deber, no sólo despreciarla, sino combatirla y aplastarla con el pie como se aplasta un animal venenoso. No me preguntéis, señores, por qué tantos hombres hoy en día se mantienen alejados de la religión, y algunos se mantienen desafiadores y hostiles. No conocen lo que desdeñan; blasfeman lo que ignoran. En verdad, señores, que cuando contemplo el mundo, experimento algo de lo que sintió el apóstol Pablo, al entrar en Atenas y llorar sobre aquella ciudad tan ilustrada, tan frívola, tan enteramente entregada a la idolatría. Pablo no podía contener sus ardores y su indignación en presencia de los atenienses que prostituían su inteligencia y sus adoraciones ante viles ídolos, sin conocer al verdadero Dios. Y yo contemplo los hombres de este siglo: todo lo han estudiado, las profundidades del firmamento y las entrañas de la tierra, los secretos de

la medicina, de la literatura y de la política; lo saben todo; los domina la pasión por los descubrimientos y el culto de la ciencia; cuentan las estrellas y analizan los microbios; pero ¡la religión, la religión! ¡Oh la noble desconocida! Con frecuencia ignoran de ella la primera palabra. Pasan su vida sin pensar en ella, sin frecuentar jamás el camino que conduce a sus altares. Señores, quisiera engañarme, quisiera estar convencido de exageración, pero, por desgracia, estoy en lo cierto. Es imposible no comprobar en nuestro siglo lo que llamo el fenómeno extraño, anormal, de la ignorancia y de la abstención en materia religiosa.

Ahora bien, señores, al venir, cada domingo, hace ya dos años, a esta iglesia, ¿qué hacemos vosotros y yo, todos juntos? Ya os lo he dicho; hacemos una obra eminentemente útil, porque

II. Protestamos contra la ignorancia y la abstención de la mayoría.

1.° Vosotros venís a la iglesia, cada domingo, cuando tantos otros no pueden o no quieren venir. ¿Sabéis, señores, que dais con ello un alto y noble ejemplo? Hacéis un acto que vale más que un discurso, porque vuestra presencia al pie de los altares dice a todos que la religión es una realidad, una necesidad y un deber. Y cuando salís de este templo en filas apretadas, los descreídos, los tímidos, los cristianos mudos, reciben de vuestra asistencia una lección en grado sumo útil. Los descreídos se dicen: "He ahí hombres ilustrados que van a arrodillarse ante el altar. ¿Estará a punto de reverdecer esa religión que muchos pensaron arrancar de raíz? Las tormentas que debían arruinarla le procuran nueva vitalidad. ¿Estará en ella la verdad?" Y los tími-

dos, hoy en día tan numerosos, se dicen al veros: "He ahí hombres de todas clases y condiciones sociales que van a misa. El pobre va al lado del rico, el obrero se codea con su patrono, y todos con la misma sencillez adoran al mismo Dios. ¿Por qué no vamos con ellos? ¿Por qué hemos de ser menos valientes, si somos tan creyentes como ellos? Y los cristianos mudos, apáticos, que gimen perpetuamente por las miserias del tiempo presente, sin hacer nada para remediarlas, se dicen por lo bajo: "He ahí hombres que dan el ejemplo. Algunos trabajaron durante toda la semana, pero hallan el medio de abreviar el sueño para llegar a la misa de las ocho. ¿Por qué no formamos en sus filas? ¿Por qué no aportamos el apoyo de nuestra presencia a ese acto colectivo de la vida religiosa parroquial?" Sí, señores, vuestra asistencia a la misa de los hombres es una protesta contra la abstención de la mayoría, y es al propio tiempo una reacción contra la ignorancia en materia de religión, hoy tan difundida, por desgracia.

2.° *Oís* la palabra que cae del púlpito. Quisiera disponer de tiempo para dárosla más ilustrada, más preparada. Pero ¿qué importa? Es sincera. Parte de un corazón que os ama y quisiera colmaros de bienes. Esto basta. Logra su objeto, y es suficientemente luminosa para concurrir a vuestra instrucción religiosa. ¿Es que en dos años no hemos esclarecido multitud de ideas? ¿Es que no hemos recorrido un campo en el que había mucha cosecha por recolectar? Después de estudiar Dios y su obra, hemos emprendido el estudio de Jesucristo y su obra; asunto magnífico, porque Jesucristo, por confesión de sus adversarios, es el personaje más grande que ha habido en el mundo; asunto inmenso, porque, quiérase o no, Jesucristo llena la his-

toria y se mezcla íntimamente con la vida de las sociedades humanas. Señores, hay hombres que tratan con ligereza a Jesucristo, y le condenan sin tan sólo oirle. Es un procedimiento fácil, pero deshonroso. Para evitar la discusión, recurren al desdén. Vosotros, señores, en la rectitud de vuestras conciencias, procedéis por modo muy distinto. Habéis querido conocer a vuestro Dios, y habéis venido a oir hablar de El, y esto esta doblemente bien hecho, porque, al encontrar la luz, habéis hallado también la fuerza. La palabra de Dios no es tan sólo luz, sino también energía y vida; lleva consigo la gracia. El predicador del Evangelio sabe que, por grandes que sean la magia de su gesto y el poder de su voz, y aun por persuasivos que sean sus argumentos, no lograría convertir una sola alma, si la gracia no concurriera para enardecer y vivificar a su auditorio; pero sabe también que, aun faltándole todo ese poder exterior, su débil palabra puede ser eficaz, si es fecundada por la gracia. Así, dice San Pablo: "¿Cómo invocarán a Aquel en quien no creen? O ¿cómo creerán en Aquel cuyo nombre no oyeron pronunciar nunca? Y ¿cómo oirán hablar de El sin la predicación? Así, pues, la fe entra por el oído, pero uno no puede oir, si no asiste a la predicación de la palabra divina."

Acudid, pues, señores, acudid cada domingo al pie del altar. Venid a orar juntos. Venid a cantar vuestra fe. Venid a dar un gran ejemplo. Venid a buscar aquí energías para vuestra voluntad, consuelo para vuestro corazón, luces para vuestra inteligencia. El mundo vacilante acabará por seguiros, y aunque no os siga, habéis cumplido con vuestro deber, y podréis ofrecer a Dios, si no el éxito que pasa, por lo menos el mérito que permanece.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

¿Qué dejó Jesucristo en la tierra?

SEÑORES:

Desde hoy quisiera deciros qué región me propongo explorar con vosotros durante este nuevo año. Conocemos ya a Jesucristo; le hemos seguido desde su aparición en la tierra hasta su ascensión triunfante, y, saludando en su frente el rayo de la divinidad, le hemos dicho: "Señor, ¿a quién iríamos sino a Vos? Vos tenéis palabras de vida eterna." Ahora bien, se trata de saber si Jesucristo no fué más que un brillante meteóro del cielo de la historia, o el sol siempre elevado sobre la cabeza del linaje humano. Se trata de saber si dejó algo de El aquí bajo, y si todavía hoy tiene el mundo necesidad de El y puede vivir de El. Tal será, señores, el asunto palpitante de nuestro estudio durante todo un año. Como en lo pasado, os hablaré con palabra convencida, desinteresada, luminosa, ardiente, inflamada en el deseo de seros útil. Si con frecuencia

esta palabra no expresa exactamente mi pensamiento, no acuséis por ello a la verdad, sino a quien es ante vosotros intérprete de la verdad, y como en lo pasado, prestadme, señores, vuestra atención, vuestra benevolencia, vuestra simpatía, pues constituye toda mi fuerza, después de la asistencia de Dios, cuyo débil representante soy.

I. ¿Dejó Jesucristo algo suyo en la tierra?

Hace diecinueve siglos que murió. ¿Qué queda de El?

En primer lugar un *nombre*, el nombre más grande de la historia. Hay otros por los cuales se muere; pero él es el único que adoran todos los pueblos, todas las razas, todos los tiempos. Citadme un mortal cuyo nombre vaya rodeado de una adoración diecinueve veces secular. Ni uno solo. Pero el que lleva el nombre de Jesús, es conocido del mundo entero. Aun entre los salvajes, entre las tribus degeneradas de la especie humana, anuncian los apóstoles, sin cansarse jamás, que murió en una cruz, y el deshecho del género humano puede salvarse amándole. Los indiferentes del mundo moderno reconocen que nadie fué mejor que El con los pequeños, con los miserables. Y los mismos impíos, que quieren arrojarlo del mundo, porque su ley los importuna y los molesta, porque se presenta como una luz que los desenmascara, como una barrera que los contiene, los impíos mismos demuestran, con el vigor de sus ataques, la vitalidad, la indestructibilidad de su imperio. Jesucristo, señores, dejó en el mundo un nombre imperecedero y una memoria adorada. Esto ya es algo, por lo que podríamos decir a los que dudan de El o le blasfeman:" ¡Espíritus difíciles, haced otro tanto!"

Pero Jesucristo, señores, ¿no dejó en la tierra tras de sí más que un nombre vacío y resonante? ¡Ah, no! Dejó algo más que eso. Dejó tres cosas que son la continuación, la prolongación y, me atrevo a decirlo, la permanencia, la supervivencia inmortal de su persona: dejó su doctrina, su gracia, su gobierno. Escuchad, señores; he ahí el objeto de nuestro estudio durante este año. Jesucristo dejó aquí bajo *su doctrina,* es decir, los principios que deben regular nuestra creencia y los preceptos que deben dirigir nuestra conducta. ¡Oh hombres, que habéis encanecido sobre los libros, que quizás habéis conquistado el renombre de sabios, balbuceáis, vaciláis, gemís oprimidos por la duda, erráis con tristeza e inquietud de una orilla a otra! A pesar vuestro, lo infinito os atormenta, los placeres, los negocios, las dignidades, las riquezas, la ciencia, los quehaceres de la vida cotidiana, no bastan a saciar vuestra alma, por lo que os oigo murmurar por lo bajo: ¿Qué creer? ¿qué hacer? ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿a dónde voy? ¿cuál es mi destino? ¿cuál es el camino que conduce a él? Señores, venid a Jesucristo, venid a pedirle la solución de estos grandes problemas que os turban y serán siempre, hágase lo que se haga, el gran martirio de vuestras almas. Venid, no estáis condenados a construir laboriosamente el edificio de vuestros conocimientos. Lo que es esencial para el hombre, Dios se lo da gratuitamente; por ejemplo, la luz: no tenéis que hacer más que abrir las ventanas, y al punto os inunda; el calor: no tenéis que hacer más que poneros al sol, y al punto os reanima; el agua: no tenéis que hacer más que bajaros, y al punto os refrigera. Lo mismo ocurre con la verdad. Os ha sido aportada enteramente hecha. Brota de Jesucristo en oleadas inagotables, y no tenéis que hacer más que abrir

las ventanas de vuestra alma, para que os inunde, os reanime, os refrigere; no tenéis que hacer más que mirar a Jesucristo para que os ilumine; no tenéis que hacer más que oirle para que os muestre el principio, el término, el camino. Desgraciadamente, es esto poco saber; no solamente nos vemos perdidos en la noche, sino que sobre todo somos impotentes para caminar; somos seres más débiles todavía que ciegos, y si Jesucristo no hubiera dejado aquí bajo su doctrina, todo ello sería en verdad muy poca cosa... Me atrevo a decir que todo ello sería descorazonante, porque tendríamos la vocación del águila y las alas del gorrión; veríamos allá arriba cimas que escalar, un ideal que realizar, un fin que conseguir, y seríamos impotentes para tocar semejantes cimas. Pero Jesucristo dejó aquí bajo algo más que su doctrina; dejó *su gracia,* es decir, una fuerza misteriosa nacida de su sangre, difundida de un extremo a otro del mundo y mezclada con la sustancia misma del género humano...; su gracia, es decir, un río divino que hace correr hasta nosotros los méritos siempre refrigerantes de la Redención, que viene en ayuda de la naturaleza y le da el poder de realizar habitualmente en sus actos lo que no serían más que vagos deseos, inútiles aspiraciones. Finalmente, para conservar y distribuir aquí bajo su doctrina y su gracia, Jesucristo dejó en la tierra *su gobierno,* es decir, una sociedad perfectamente organizada, que tiene la misión de llevar a todos los lugares, y prolongar hasta el fin de los siglos, la obra de Jesucristo. Permitidme, señores, que os pregunte en qué se convertirían la doctrina y la gracia de Jesucristo, si no hubiera en el mundo un depósito providencial para recibirlas, para preservarlas de toda alteración y para difundirlas. Ved los protestantes. Carecen de autoridad enseñante y dirigente, y caen en

el racionalismo, como hojas desprendidas del árbol que ya no tiene savia, y ruedan al abismo. He ahí, señores, nuestro programa para el presente año: la doctrina, la gracia, el gobierno de Jesucristo.

Jesucristo, notadlo bien, no nos abandonó. Habla, obra, gobierna, se sobrevive a sí mismo, y su divina persona toda entera está con nosotros. Es la gran realidad que se cierne sobre el mundo, que lo penetra y vivifica. Jesucristo no es en verdad un ilustre muerto enterrado en las lejanías de la historia. Es un personaje contemporáneo. El sol está tan alejado de nosotros por la distancia, que en vano intentaríamos tocarlo; pero materialmente vivimos de él, y sería un insensato quien, cerrando sus ventanas y refugiándose en las tinieblas, dijera: "Me burlo del astro del día; no lo necesito; nada le debo." Pues bien, también Jesucristo está alejado de nosotros por la duración, pero espiritualmente, moralmente, vivimos de El, vivimos de los efluvios que se desprenden de su divina persona.

II. El mundo moderno procede de Jesucristo.

Escuchad estas palabras de Lamartine: "Hace ya mil trescientos años que el cristianismo constituye la vida intelectual del género humano, y el hombre no ha descubierto hasta aquí una verdad moral ni una virtud que no estuviesen contenidas en germen en las palabras evangélicas. Yo he sido educado en su seno, he sido formado de su substancia. Seríame tan imposible despojarme de él, como desprenderme de mi propia individualidad. Y aun si pudiera hacerlo, no lo haría, porque lo poco bueno que hay en mí, procede de El, no de mí." En otra ocasión, contemplando un

crucifijo, exclamaba: "¡Oh Dios de mi cuna, sé el Dios de mi tumba!" He ahí la verdad, señores. La civilización moderna, con sus ardientes aspiraciones por la justicia, por la libertad y el bienestar de los humildes, por la caridad y la paz, nació de Jesucristo.

Y si El le dió la vida, ¿quién sino El podría conservársela, domar el egoísmo, quebrantar la violencia, sujetar las locas pasiones que nos devoran? Hace El estas maravillas en las conciencias; a nosotros nos toca hacer que tengan realización en nuestra patria. Permitidme, señores, que me apropie aquí las palabras del P. Didón en el libro magistral que acaba de escribir sobre Jesucristo, y deciros con él: "Hacia Jesucristo quisiera yo atraer las miradas de esta generación. Se dice que está *enferma*: El la curará; que está *envejecida* y desengañada: El le devolverá sus veinte años y sus grandes sueños, porque su discípulo es siempre el hombre de la eterna esperanza; se le acusa de *positivismo*, de no creer más que en lo palpable y en lo visible, en lo útil y deleitable: El le enseñará a ver lo invisible, a gustar lo inmaterial, a comprender que el hombre más útil a sí mismo y a sus semejantes, a la patria y al género humano, es el que sabe inmolarse, y, que, de todos los bienes, el más sabroso para los gustos refinados, es el sacrificio de uno mismo; se dice que está hambriento de *placeres* y dinero; quizás por ello declina, porque el placer mata, y el dinero puede conducir a todos los vicios: El le enseñará a desdeñar el placer y a emplear bien las riquezas que se desbordan a medida que la tierra es más inteligentemente conquistada... En todos los casos es presa el mundo de mil dolores, de mil angustias, de mil tristezas. Jesucristo es el único que enseña la alegría del dolor, porque es el único que vierte en el

alma una vida divina, que mil dolores no pueden ahogar, que fortalece la prueba, que desprecia la muerte, porque nos permite contemplarla con el alma llena de esperanza."

Tal es, señores, el terreno que vamos a recorrer juntos. Contemplaremos a Jesucristo sobreviviéndose a sí mismo en su doctrina, en su gracia y en su gobierno, y no solamente poseyendo la vida, sino comunicándola en torno suyo. ¿No es verdad que hay aquí hermosos y vastísimos horizontes que se desenvuelven a nuestros ojos? Jesucristo no está muerto. Es el sol siempre levantado sobre la cabeza del género humano. No solamente procedemos de El, sino que nos alimentamos y vivimos de El, y, estudiando su obra, nadaremos en plena realidad.

Conclusión.—Señores, *venid a Jesucristo.* Es la gran cuestión del día. La guerra entre la verdad y la mentira, entre el bien y el mal, que cuenta ya con sesenta siglos de existencia, toma de repente a nuestros ojos desenvolvimientos nunca vistos, y esta lucha a muerte, se desenvuelve del modo siguente en la hora actual: de un lado, el catolicismo con Jesucristo, su cabeza visible y presente, el catolicismo, que opera un movimiento de concentración y dilatación. A medida que todo se divide y muere en torno suyo, el catolicismo se encierra en la unidad alrededor de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, y luego se dilata como nunca lo hizo; en vano el fuego de la persecución ha aclarado las filas de sus ministros y devorado sus riquezas; pobre y mutilado, brilla en todas partes, y lleva la Cruz de su Maestro a los infieles que no la conocen todavía, y a los cristianos desesperados que no sabían ya más que maldecirla.

De otro lado, el *genio del mal* se precipita en los últimos excesos de la negación, del odio y de la licencia. Hoy no se satisface ya con discutir un dogma; los niega todos. Es demasiado poco luchar con armas corteses, con el Evangelio y el catecismo; quiere romper sus páginas, arrojarlas por tierra y obligar a las nacientes generaciones a pisotearlas. En materia de costumbres, sería decir demasiado poco que nos amenaza la corrupción; hay que confesar que nos sumergimos en ella. Señores, he ahí la lucha; está planteada entre la verdad total, que mira a Jesucristo, y el error amplio, inmenso, rebelde a toda razón, a todo orden, a toda moralidad.

¿Es esta la hora de dormir apaciblemente entre los dos campos, o de enredarse en discusiones pueriles que a nada conducen? No. Es la hora de tomar un partido y de correr en masa a Jesucristo. Hacedlo así, señores, y con vuestra palabra, con vuestro ejemplo, ayudadme a inflamar a los bravos, a estimular a los débiles, a arrastrar a los indecisos. Ayudadme a reconquistar el mundo para Jesucristo, y sed en esta parroquia el núcleo sólido y resistente en torno del cual vengan a cristalizarse todas las buenas voluntades todavía vacilantes, todos los sentimientos cristianos esparcidos y flotantes en las almas, y que el clamor de vuestra fe, atravesando los muros de esta iglesia, venga a despertar las conciencias adormidas y unir en apretado haz los ánimos que desfallecen.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

Jesucristo es la luz del mundo moral y religioso

SEÑORES:

Jesucristo no es un brillante metéoro que se eclipsa de repente, después de iluminar un instante el cielo de la historia. No. Es el sol siempre elevado sobre la cabeza del género humano, y hoy como ayer está con nosotros por su doctrina, por su gracia, por su gobierno. Es la gran actualidad de todos los siglos. En primer lugar, está con nosotros por su *doctrina*. Ya lo dijo El: "Soy la luz del mundo." Palabras extrañas, señores, pero palabras que han tenido su cabal cumplimiento. Jesucristo apareció en el Oriente, y el Occidente saludó su gloria, que no declinará jamás. Todas las naciones le verán, y se estremecerán de alegría; nadie puede sustraerse a su calor ni a su claridad, ni siquiera el escéptico, que cree que ha llegado la noche, porque él cerró sus ojos a la luz, ni siquiera el incrédulo rebelado, que dice que la gloria de Jesucristo está

ya muerta y extinguido su reino. Jesucristo es la luz del mundo. Veamos hoy qué luz es la que da, y a quién se la da.

I. ¿Cuál es la luz que da Jesucristo?

Aquí, señores, os ruego que me prestéis toda vuestra atención para una distinción esencial propia para desvanecer muchos prejuicios. Hay dos mundos superpuestos: el mundo material científico, y el mundo moral y religioso.

¿Vino Jesucristo a traer la luz *al mundo material y científico*, a resolver los problemas de la naturaleza, a revelarnos las leyes y fuerzas de la materia? No. Esto pertenece a la esfera de la ciencia, no a la esfera de Jesucristo. Aumente la ciencia cada día; abarque el orden natural, que es el suyo; someta las fuerzas ciegas de la materia; crucen los ferrocarriles todos los continentes, llevando la civilización a los desiertos, y acercando las extremidades de la tierra; lleve el pensamiento humano con la rapidez del rayo por un hilo misterioso que atraviese las profundidades del inmenso océano; diga al hombre, si le place: "Domina, esclavo libertado de la materia, rey por el pensamiento y la voluntad, domina sobre este mundo que acabo de someterte." Permitiremos a su orgullo esta ovación soberbia con tal que nos conceda que ese rey victorioso no es más que el vasallo del Dios creador que respira, peca y muere; con tal que nos conceda que más arriba de la naturaleza, está su divino Autor, más arriba del cuerpo, el alma, detrás del tiempo que pasa, la eternidad que permanece. Señores, dígase y hágase lo que se quiera, el linaje humano no se encerrará jamás entre la cuna y el sepulcro, sino que, por sus aspiraciones, por sus necesidades, por

sus dolores, por sus desfallecimientos, por sus más sublimes latidos, por sus gritos más profundos e incesantes, supera al mundo material y científico y se mueve en las alturas.

Al mundo moral y religioso. Pasar como un rebaño con los ojos fijos en la tierra y despreciar todo lo demás, ¿es ser dichoso? No, es dejar de ser hombre. Yo soy hombre, tengo un alma, respiro, peco, muero. ¿Quién es Dios? ¿Por qué el dolor? ¿Cómo expiar el mal que he hecho? ¿Qué hay detrás de esta muerte, que me asaltará mañana y me arrebató ayer mi bien, tan ardientemente amado? ¿Cuál es mi destino? ¿Cómo podré conseguirlo? Señores, he ahí las grandes cuestiones que palpitan en nuestras entrañas, cuestiones que el hombre más escéptico y materializado puede hacerlas callar un instante, pero no suprimirlas, o bien puede, si lo consigue, dejar de ser hombre, según la expresión del mismo Musset. Ahora bien, señores, esas grandes realidades del mundo moral y religioso, ¿pueden ser absorbidas por la *ciencia?* ¿Puede resolverlas la ciencia? No. ¿Es que la ciencia consoló jamás a nadie? Cuando nuestra conciencia se vea turbada por los remordimientos, ¿iréis a pedirle una consulta filosófica a uno de los miembros del Instituto? Cuando os halléis junto a un lecho de muerto, o emprendáis el camino del cementerio, con el corazón vacío y desesperado, ¿pensáis acaso en prosternaros a los pies de un sabio? ¿No os parece esto irónico por demás? ¡Oh, qué amarga irrisión! Este siglo ha hecho de la ciencia un ídolo; por eso apela a la ciencia, y de ella parece que espera la libertad, la luz y la paz; pero de este ídolo hay que decir lo que decía el Salmista de los ídolos de madera o de piedra de su tiempo: "Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen boca y no hablan." Impasible y muda como la esfinge de piedra

que el antiguo Egipto ponía en el umbral de sus templos, jamás la ciencia ofreció al género humano una palabra de esperanza, de certeza, de consuelo. Atención, señores, ¡*Aquí aparece Jesucristo.* Sobre esta noche de nuestra alma y de nuestro destino, irradian estas triunfantes palabras: "¡Yo soy la luz del mundo!" No difunde Él la luz sobre los problemas del mundo material o de la ciencia pura; ese dominio lo ha dejado Dios a las investigaciones de nuestra inteligencia. Jesucristo vierte su luz sobre nuestra vida misma, sobre nuestras luchas, sobre nuestros dolores, sobre nuestras angustias. Es la luz del mundo moral y religioso, es su obra magnífica y divina, obra que tan sólo pertenece a Él. La ciencia humana es pobre, impotente, y se desconcierta ante las necesidades del alma. Nada tiene que pueda ofrecer a la parte moral o divina, melodiosa del hombre. Se absorbe en las investigaciones de los fenómenos, que son la figura cambiante de este mundo, y si sospecha la causa primera, no puede elevar hasta ella nuestra naturaleza inquieta y atormentada. No tiene la clave de nuestro pasado, ni de nuestro porvenir; nada puede ofrecer, para nutrirlas, a las inteligencias hambrientas de la verdad eterna, y si un momento puede distraer los corazones que son presa del dolor, jamás los consoló. Sólo Jesucristo tiene la palabra de lo pasado, de lo presente y de lo por venir; Él sabe y hace saber a todos el principio, la ley y el fin de las cosas. Enseña la verdad a quien se la pide, comunica la fuerza divina, vierte a raudales el consuelo, concede el perdón, hace brillar la esperanza, hace gustar a los desheredados las inefables dulzuras de la beatitud; en una palabra, es la luz del mundo, la luz de las almas. Fuera de Él, las más hermosas inteligencias, la más sólidas cabezas, se debaten en las sombras de la duda, "como el viajero extravia-

do—dice *Jouffroy*—que, tumbado sobre ruinas, espera para orientarse y reanudar el viaje, la vuelta de la aurora que nunca acaba de llegar." Y continúa: "El cristianismo; he ahí lo que llamo una gran religión; lo conozco por el signo de que no deja sin respuesta ninguna pregunta que interese al hombre." Dirigiéndose a la juventud francesas, decía *Víctor Cousín*: "Medid vuestros progresos en filosofía por los de la tierna veneración que sintáis por la religión del Evangelio." Y *M. Laboulaye escribió*: "Cansado y abatido, abro el Evangelio, y me parece que salgo del reino de las sombras para entrar en el reino de la verdad." Y el mismo *Renán* deja escapar, en alguna parte, esta significativa confesión: "La más ruda de las penas consiste en verse aislado de la gran familia religiosa en que se encuentran las mejores almas del mundo." Señores es evidente de toda evidencia que, por encima del mundo material y científico, hay un mundo moral y religioso, y que la luz que ilumina a este mundo viene de un sol único y resplandeciente que se llama Jesucristo. Jesucristo es la luz del mundo.

II. ¿A quién da la luz?

La ofrece a todos, no la impone a nadie.. Señores, cuando veo pasar por la historia las realezas de la tierra, noto en la frente de casi todas ellas una señal que en vano procuran borrar: la fuerza. Triunfar por la fuerza, es el camino más corto y fácil, pero no es el método de Jesucristo. El, que pretende el reino universal, no pronunció una palabra, una sola, que mostrase que jamás quisiera apoyarse en la fuerza; y esto es tanto más sorprendente cuanto en su época todos lo hubieran querido, aun los mejores, aun aquellas almas escogidas,

aquel San Juan, por ejemplo, que llamaba al fuego del cielo sobre una aldea inhospitalaria. Jesucristo quiso fundar un imperio no soñado jamás por ningún César: el imperio de las almas. Pero las almas son libres; no se dominan por la fuerza; con la fuerza puede organizarse una policía excelente, pero no una religión sincera. La libertad de conciencia así entendida, en vez de ser rechazada y repudiada por Jesucristo, es la condición esencial de su soberanía espiritual. Jesucristo es la luz del mundo, pero el hombre puede cerrar los ojos para no verla, y decirle, como el personaje de la comedia antigua: "No me persuadirás, aunque me hayas convencido." El hombre es libre; Jesucristo respeta su libertad; a nadie impone su luz.

Pero la ofrece a todos. *A los hombres ilustrados*. Por sabios que sean, los sabios tienen necesidad de Jesucristo. Las cumbres más altas duermen en la sombra cuando el sol está oculto. Las cimas de las montañas no son luminosas por sí mismas; sólo tienen la luz que el sol les envía desde lo alto. Lo mismo ocurre con los sabios de este mundo. Jesucristo es quien los ilumina, y, de hecho, su enseñanza está de acuerdo con las leyes más elevadas del espíritu. En los países cristianos es donde la ciencia humana ha emprendido su vuelo más rápido y elevado; y los más grandes genios, esas aves celestiales, de alas poderosas, fatigadas de su vuelo y cansadas de su ciencia, han venido, en el curso de los siglos, a descansar a la sombra de la doctrina de Jesús, única que serena, reconforta e ilumina... ¿Pero sólo a los espíritus ilustrados ofrece Jesucristo su luz? Esto sería una abominación. Debe ofrecerla *a todos*. Una religión que únicamente los sabios entendieran, sería la consagración más monstruosa de la desigualdad de los hombres. ¿Pues qué? La verdad religiosa y,

por consecuencia lógica, la salvación de las almas, ¿dependería de las aptitudes intelectuales, de los dones del espíritu, de la suerte, de la fortuna, de la educación, y del progreso de la ciencia? Una nueva predestinación ¿marcaría con el sello de los elegidos a los que fueron ya los privilegiados de la inteligencia? No, todo cuanto hay en nosotros de justicia y de equidad, protesta contra semejante teoría. Afirmamos, pues, que si hay una verdad religiosa, debe ser accesible a todos, aun a los hombres más infelices. He ahí, señores, la gloria de Jesucristo. *Todos le entienden.* La fuerza por la cual persuade, nada debe a la lógica humana; El no procede por el razonamiento, por los argumentos científicos, por los rodajes complicados de la filosofía. Tanto mejor; por ello le bendigo. Le bendigo en nombre de los pobres, de los ignorantes, de los humildes de la tierra, de esas inmensas multitudes que jamás sabrán raciocinar, cuya inteligencia no podrá apreciar jamás la fuerza de la dialéctica, pero que, y esto es lo maravilloso, pueden entender a ese Maestro de los maestros, y vienen a postrarse a sus pies. La sabiduría humana, con su pretensión de dirigirse a los escogidos, y su incapacidad de llegar a los humildes, queda aquí confundida. Lo que la razón no pudo hacer, lo hizo Jesucristo. Su luz, que todo lo revela, brilla sobre toda conciencia, y sus rayos son tanto más penetrantes, cuanto más pobre y humilde es el alma. El genio no sirve aquí para nada; el *corazón lo es todo.* ¡Sublime igualdad en el reino de la luz! En la nada de nuestra miseria es donde Dios nos visita; y los más pequeños, los más convencidos de esa nada, son los primeros, los únicos grandes, los más santos. ¡Gloria a Jesucristo! La luz que da no está en proporción con la inteligencia que la recibe, sino en proporción con el corazón que la desea. Cuanto más puro y humilde es el corazón, más abundante es la luz. Para ver claro en las cosas del mundo moral y religioso, no es necesario ser sabio, sino recto; el mozo de cuadra que ama la virtud, la comprende mejor que el escéptico que no sospecha las austeras alegrías del sacrificio; la hija del pueblo que vive de la palabra de Jesús, la entenderá siempre mejor que el exégeta helenizante que rechaza esta divina palabra y desconoce su sabor. Un catador delicado aprecia matices que se ocultan al químico... ¡Gracias, Jesús mío! Vos sois la luz del mundo, y yo os reconozco por el signo de que, como el sol, ilumináis los valles no menos que las cumbres del género humano. Os reconozco por el signo de que, sólo Vos, entre todos los maestros, habéis hecho depender la ciencia de lo divino, no del uso exclusivo de la razón, de la cual los simples y los ignorantes no saben servirse, sino de la buena voluntad del hombre y de la rectitud del corazón, que están al alcance de todos.

Así, Vos erais ayer, Vos sois hoy, Vos seréis mañana. El cielo y la tierra pasarán, pero vuestro ser, vuestra palabra, jamás. Vos sois la gran esperanza de lo pasado, la gran contradicción de hoy, la gran reserva de lo por venir; y, por entre este mundo pasajero, conserváis una vida, una juventud, una potencia inmortal de radiación. Todos los que padecen pueden acercarse a Vos, y gustarán el consuelo. Todos los que aman pueden interrogaros, y les enseñaréis la alegría del sacrificio. Todos los que ansían el bien pueden sentarse a vuestros pies, y encontrarán en Vos el secreto de toda virtud. Los desesperados, los desheredados de la tierra os deberán la refrigeración, la luz y la paz, y todos los que piensan, si quieren escucharos con corazón recto y sencillo, serán vencidos por vuestra sabiduría y encadenados en los dulces lazos de vuestro amor.

¡Oh Jesús mío, continuad siendo la luz del mundo! Más que nunca tenemos necesidad de Vos, porque con este siglo que termina, desciende la noche y parece que se sumerge nuestro horizonte ensombrecido. Hablad a este siglo como hablasteis en tiempos de Nerón, de Constantino, de Carlomagno, en la vieja Europa como en la joven América; hablad a los pueblos cultos que os olvidan como a los pueblos bárbaros que todavía no os conocen; hablad a todas las razas, a todos los lugares, a todos los tiempos, a todas las almas; hablad a este auditorio, y devolved a los que las han perdido todas las alegrías de la verdad reconquistada y de la conciencia apaciguada.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

Cómo Jesucristo es la luz del mundo

SEÑORES:

Jesucristo es la luz del mundo moral y religioso. Hay tres regiones superpuestas: la región de la materia, la región del alma y la región de Dios. Jesucristo abandona la región de la materia a las libres investigaciones de nuestra inteligencia. Establece su reino en lo alto, en la región del alma y en la región de Dios. Aquí es donde El lleva la luz. ¿Cómo? Primeramente

I. Con su palabra. Es el más grande de los doctores.

Nada debe a la antigüedad pagana, ni a la antigüedad judía; es superior a las dos. Ni las lecciones de los más grandes genios, ni las religiosas enseñanzas de los sabios y de los profetas inspirados por Dios, se elevan a la altura de la doctrina evangélica. Y si es verdad que hay relaciones entre esta doctrina y las que le precedieron,

son las relaciones del pleno día con el alba y la aurora. Llegado el sol al cenit de su carrera, no tomó su luz de las crecientes claridades da la mañana; él es el que teñía el horizonte de los pálidos resplandores del alba y de la púrpura de la aurora. Así es como Jesucristo, doctor supremo, iluminó los siglos, antes de aparecer, para enseñar por sí mismo su incomparable doctrina, y desde que sembró su palabra por el mundo, el mundo vive de su palabra. Los siglos pasaron sobre ella sin debilitar su aroma ni su vitalidad. Todo lo bueno que hay en nosotros, proviene de ella, y cuando, aquí y allá, en la historia, algunas almas más generosas que las otras tomaron al pie de la letra la palabra de Jesucristo, en tan bellas se convirtieron, que los pueblos, entusiasmados, erigiéronles altares. Intentad, señores, intentad penetrar vuestras instituciones, vuestras leyes, vuestras costumbres, vuestras familias, de esta doctrina celestial, y veréis que poderosa germinación se produce a la irradiación de tan soberana luz. Jesucristo es el más grande de los doctores.

¿Pero no hay nada más que esto? Ciertamente, es ya maravilloso el haber iniciado al género humano en el más grande ideal de moralidad y de caridad que haya entrevisto jamás el mundo. Ese papel de iniciador es inmenso y magnífico. Y bien, ¿Jesucristo no es más que un filósofo? ¿No es más que el primero de los sabios? Eso se ha dicho, y se ha creído hacerle un gran honor comparándole con Sócrates y con Platón, y adjudicándole el primer puesto entre los príncipes de la filosofía. Señores, hacer de Jesucristo un gran filósofo, es más que un error, es un absurdo, porque equivale a pretender que un simple sabio ha tenido, entre todos los sabios, el único privilegio de apoderarse soberanamente del universo y de imponer a innumerables generaciones su doctrina, su ley y el amor de su persona, has-

ta el sacrificio de todos los bienes, hasta el sacrificio de la vida, y esto sin haber tomado ninguna de las precauciones que la más vugar prudencia indica, es decir, sin prepararse la protección de los poderes públicos, sin dejar escritos que fijen su pensamiento, sin elegir discípulos capaces de entenderla y continuar su obra, sin asegurarse una muerte honrosa que pueda servir de vestíbulo a la apoteosis. Señores, la influencia póstuma de Jesucristo supera de mucho la excelsitud de la filosofía. Sin duda que El es doctor, y el más grande de los doctores; pero es más que eso; es la luz del mundo por su palabra. Sí, y también

II. Por su vida. Es el más santo de los hombres.

¿Hay algo más raro que un hombre que en su vida práctica no haya injuriado jamás la verdad que enseña? ¿No os ha ocurrido más de una vez despreciar las palabras de un hombre que os había embelesado, cuando habéis conocido la abyección de su vida? ¡Cuántos filósofos hay cuyos actos ordinarios protestaban contra el movimiento de ascensión que trataban de imprimir al alma humana! Desgraciadamente, hemos visto que los mismos hombres de Dios vacilaban a veces ante la grandeza de su misión, y en la vida del más grande de los legisladores y de los profetas, Moisés, el ojo celoso del Señor descubrió faltas que lo excluyeron de la tierra de promisión... ¿Pero, Jesucristo? Buscad una virtud que no hubiera practicado antes de predicarla; no encontraréis ninguna. Recoged vuestros recuerdos, reunid en haz todas las virtudes, desde los más humildes anonadamientos de su infancia, hasta su heroica inmolación en el Calvario; comparadlas con su doctrina: ni un vacío, ni una nota discordante. Habló su vida, vivió su palabra. Des-

pués de enseñar, pudo decir: "¿Quién de vosotros me acusará de pecado? Os he dado el ejemplo a fin de que vosotros obréis como yo." Y, en realidad, en el hogar de su vida, en el esplendor de su perfección siempre inimitable y siempre inimitada, es donde se reanima la conciencia humana; en su escuela, y bajo el aguijón de sus ejemplos, hemos visto elevarse hasta el heroísmo las más puras virtudes y los más nobles sacrificios. Al propio tiempo que es el más grande de los doctores, es el más santo de los hombres.

¿Pero es esto todo? Ciertamente que es ya cosa enorme haber realizado a los ojos del mundo el ideal moral en su forma más elevada y en una medida que desafía toda comparación. Ese papel de modelo acabado es inmenso y magnífico. Y bien, ¿Jesucristo no es más que un justo y el primero de los justos? ¿no es más que el más perfecto de los hijos de los hombres? ¿experimentamos únicamente, al contemplar su vida, ese noble estremecimiento que excita en nuestra alma el más santo ideal realizado en la tierra? Eso se ha dicho, y se ha creído hacerle un gran honor adjudicándole el primer puesto entre los héroes de la perfección moral, entre los príncipes de la santidad. Sin duda, señores, que hay que saludar en la frente de Jesucristo el rayo de la más pura enseñanza y de la más noble existencia. Sin duda que es el más grande de los profetas y el más santo de los hombres. Pero es algo más que eso. ¿Es la luz del mundo por su palabra y por su vida? Sí...

Y también

III. Por su persona. Es la luz viviente y la verdad encarnada.

Vais a entenderme. Newton reveló al mundo la ley

de la gravitación, y Kepler la ley del movimiento de los planetas; pero estas dos leyes son independientes de Newton y de Kepler. Existen fuera de sus descubridores. ¿Es así como las leyes del mundo religioso y moral, se comportan con relación a Jesucristo, que las reveló y realizó? En manera alguna. Escuchad: hace diecinueve siglos que apareció un hombre, y este hombre tuvo el pensamiento inaudito de que los destinos esenciales de cada alma humana y el porvenir del género humano todo entero dependía de El. Este hombre dijo: "Yo soy la luz de este mundo, el camino, la verdad y la vida. Sin mí, nada podéis hacer. El que me ve, ve a mi Padre. Mi Padre y yo no somos dos, sino uno. Yo soy el principio, yo que os hablo." No dijo ciertamente: "Traigo la luz y la verdad," sino que dijo: "Soy la luz, soy la verdad." ¿Veis ya a que alturas hay que remontarse para hallar a Jesucristo? Hasta las cimas de la esencia divina. No es un simple modelo de moral, sino la encarnación de Dios, la manifestación misma de la Divinidad. No es solamente el profeta de la verdad, es la verdad substancial. No es tan sólo el anunciador de la luz, es la luz. Y es Dios en una naturaleza humana. Es la luz viviente y la verdad encarnada. Los filósofos y los justos están a una distancia infinita de El. No es tan solo su palabra y su vida las que son luminosas,

Sino que su ser, su persona, es un foco de luz que nos revela lo que es Dios, lo que es el hombre y la relación que debe unir al hombre con Dios. No es necesario preguntar a Jesucristo. Basta mirarle. Es la revelación visible, viviente, permanente, de Dios en su esencia y en sus atributos, del hombre en su naturaleza y en su historia, y de las relaciones del Creador con la criatura. Vamos a ver todo eso. Hoy pongo los

jalones; os muestro el camino; me seguiréis, y os convenceréis que no exagero.

Pero quizás me digáis: "¡Eh, qué me importa el género humano! Jesucristo tiene una trascendencia inmensa; lo veo... pero yo, hombre perdido en la inmensidad, cifra insignificante en la enorme adición, ¿qué soy yo para El y qué es El para mí?" Verdad es, señores, que cada uno de vosotros no significa más que uno en la suma del género humano, y la estadística puede desdeñaros como una fracción insignificante. Pero no tengáis miedo. Jesucristo no os desdeña. Cada uno tiene en El su parte, y todos le tienen todo entero. Al mismo tiempo que ilumina al género humano, tomado en su conjunto, arroja sobre cada una de nuestras existencias una claridad consoladora. Del mismo modo que el sol visible, a la vez que ilumina al mundo, hace resaltar el esplendor de las más humildes flores de los campos, o el centelleante plumaje de las aves; del mismo modo que hay rayos que hacen todavía más brillante el adorno de la joven desposada, que arroban las miradas de los niños, y lanzan sus alegres reflejos sobre la cabaña del pobre y la guardilla del obrero enfermo, así también, Jesucristo, al proyectar una claridad nueva y poderosa sobre la historia colectiva de nuestra raza, ilumina el sendero de los más pequeños, de los más humildes, de los más ignorantes, de tal modo que cada uno de ellos sentiríase a veces tentado a creer que ese sol de la gracia se elevó para él solo. Admirable y conmovedora multiplicación de la bondad divina, milagro perpetuo en el cual el incrédulo no ve más que la ilusión, pero en el cual nos es preciso reconocer, adorando, la manifestación activa, universal y perpetua de Aquel que dijo: "Mi Padre y yo obramos continuamente." Así, sobre las vidas más vulgares y más rebajadas, esta luz

substancial y viviente derrama los reales resplandores de sus divinos rayos: alegrías y tristezas, trabajos, inquietudes y tentaciones, humillaciones, heridas secretas, desgarramientos, dolores inconfesados, todos esos actos, todos esos pensamientos, todas esas impresiones que constituyen la trama de nuestra existencia son por ella iluminados y penetrados. Mas esta claridad no es la de la ciencia, la cual, a menudo semejante al esplendor de la luna que riela en una noche glacial, lo ilumina todo sin calentar nada. Por lo contrario, el calor brota de esta luz substancial suave y vivificante, tal como puede serlo la simpatía de un Dios; penetra el alma, y la inunda de una alegría desconocida hasta entonces. Bajo su influencia creadora y fecunda, todo renace en el alma transformada, como todo vuelve a florecer en la tierra al soplo tibio de la primavera. ¿Acaso invento? No, señores, refiero. Hoy como ayer, y mañana como hoy, tendréis ante vuestros ojos un género humano que trabaja y padece, un género humano bañado en su sudor y en sus lágrimas. Dadle la ciencia. Si no le dais más que eso, no es un famoso regalo. Aunque el pueblo sepa leer, escribir y contar, aunque se inicie en los descubrimientos contemporáneos y en las leyes de la naturaleza, ese saber puramente humano no secará sus lágrimas ni aligerará su carga. Si Jesucristo no está con él para iluminarle; si el Dios pobre no está con él para consolarle; si el Dios maestro no está con él para predicarle la justicia, la paz, la dulzura, el precio de las lágrimas; si el Dios crucificado no está con él para hacerle compañía en su dolor, para prometer el cielo a su paciencia, para enseñarle a padecer y perdonar, ¿qué queréis que haga sino rugir y blasfemar? En vano le daréis la ciencia. No es la ciencia la que alumbra su prisión, no es la ciencia la que le explica

su destino, no es la ciencia la que ilumina sus dolores y transfigura sus pruebas... El Sol es el que le falta, es Jesucristo, el divino Sol de las almas, el que derrama consoladoras claridades sobre las vidas más vulgares y más atormentadas. Haced que irradie Jesucristo en el salón del rico y en la cabaña del pobre; haced que irradie en las costumbres y en las leyes, en la vida social y en la vida de familia, y todo lo demás, os lo aseguro, se os dará por añadidura.

En cuanto a vosotros, señores, acercaos más que nunca a la divina persona de Jesucristo. Esto no es difícil. Ya le conocéis. *Niños,* se os mostró en el altar, y abristeis vuestros labios para recibirle bajo las apariencias de un pan que ya no era pan. *Jóvenes,* os detuvistéis un día en el umbral de una iglesia, en cierta soledad, en el fondo de vuestra conciencia; prestasteis oídos, vuestra primera comunión vino a vuestra memoria, y os dijisteis a vosotros mismos: "¡He ahí Jesucristo, mi Señor y mi Dios!" En la *edad madura,* le encontraréis fácilmente en medio de las ruinas que las revoluciones hacen en torno vuestro. Cierto que su cruz se mantiene suficientemente firme entre los imperios que se derrumban, y con un poco de reflexión, podréis medir el puesto que ocupa por el vacío que deja cuando se se retira. Volverá, os lo predigo, en vuestra *última hora,* y aunque hayáis resistido hasta entonces a sus llamamientos y a vuestro deber, será preciso devolverle en aquel momento la realeza, a la cual tiene derecho, sobre vuestra inteligencia y sobre vuestro corazón. En aquella hora suprema, os presentará el Crucificado su faz radiante. Jesucristo se os aparecerá. Lloraréis, como si vieseis un amigo, temblaréis de felicidad, como si abrazaseis a vuestro padre, le daréis vuestro último pensamiento, vuestro último amor, y, reconociendo que ese

Dios es la verdad que no pasa, y la luz que permanece, le diréis en el postrer suspiro: "¡He ahí Jesucristo, mi Señor y mi Dios!"

¡Veo, creo, sé, estoy desengañado!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La doctrina de Jesucristo sobre Dios

SEÑORES:

Jesucristo nos trae la luz sobre Dios, sobre el hombre y sobre las relaciones del hombre con Dios. Penetremos en estos horizontes.

I. ¿Quién es Dios? La cuestiòn vale la pena.

Porque Dios es el primero, el más puro, el más sublime de los seres, la causa suprema de la naturaleza, y merece que el hombre le conozca antes que toda otra cosa. Trae un viajero, desde las extremidades de la tierra, una planta no descrita todavía, y todas las doctas asambleas son presa de la emoción más intensa. Descubre un sabio yo no sé que nueva combinación, o, explorando el suelo, exhuma los restos de animales sepultados hace ya muchos siglos, y al punto todo el mundo científico se estremece; no se habla más que de

ese naturalista, de ese químico, de ese geólogo; los académicos, los gobiernos le premian. No condeno a los académicos ni a los gobiernos; pero el mundo espiritual, el mundo divino, ¿no es mucho más digno de excitar nuestra curiosidad, de solicitar nuestra investigación, de inflamar nuestra admiración? El desdén sería aquí signo de espíritus empequeñecidos, y notaréis que todas las más bellas inteligencias, que los hombres que ocupan los puestos más elevados en la escala de la ciencia y del genio han sentido la atracción victoriosa de esta cuestión primordial: ¿Quién es Dios? Por otra parte, todos tienen igualmente necesidad de fijarse en este asunto, los genios y los iletrados, los potentados y los pordioseros, el niño que se despierta a la razón y el anciano a punto de extinguirse, porque de la idea de Dios depende la orientación de nuestra vida.

II. ¿Quién es Dios? Se lo pregunto a la razón humana.

Pero no me responde gran cosa. Hombres inteligentes e instruídos, conocéis la naturaleza; todo lo habéis estudiado, todo lo habéis visto, todo lo habéis penetrado; habéis interrogado las entrañas del globo y las profundidades del firmamento; habéis resucitado los mundos enterrados en el seno de la tierra, y descubierto los mundos que centellean en el firmamento; habéis pesado los astros y analizado los metales; habéis cogido los microbios y disecado la vida. Pero cierto día la barca de vuestra ciencia arribó a las playas de la eternidad, y os encontraréis con Dios, con lo Infinito. Y bien, ¿qué sabéis de lo Infinito? ¿Qué sabéis de Dios? Existe. Pero ¿cómo existe? ¿Cuál es el misterio de su vida? ¿Cuál es el secreto de su corazón? Inclinados sobre este misterio como sobre un abismo, confesadlo, vues-

tra ciencia es presa del desvanecimiento; no sé qué vértigo sagrado se apodera de su cabeza. La ciencia conoce la naturaleza, pero no conoce a su Autor. Sabe que existe, pero no conoce los secretos de su esencia.

Y, en efecto, ved en el mundo antiguo los pueblos más cultos, los que, de sus hazañas y sus obras maestras, nos dejaron los más auténticos monumentos, aquellos, griegos y romanos, cuya gloria, cuyo genio, cuyas virtudes, cuyas instituciones, elogiamos con terquedad rayana en la manía. Pues bien, aquellos pueblos desfiguraron la idea de Dios y cayeron de rodillas ante las vanas imágenes de las divinidades escandalosas que inventaron sus pasiones para justificarse, de tal modo que Bossuet, dirigiendo su mirada de águila sobre la colección repugnante de las idolatrías paganas, pudo resumir en una frase el espectáuclo que revolvía su gran alma: "¡Todo era Dios, excepto Dios mismo!" Pero en esta aberración general, ¿es que los príncipes del espíritu humano, los *filósofos,* no son una excepción? No. Ni los soñadores que hablaron un día en las riberas sagradas del Indo y del Ganges, ni los sabios cuyas graves máximas recogió la Persia, ni el armonioso Platón, ni el docto Aristóteles, ni el austero Zenón, ni el alegre Epicuro, ni todos los filósofos cuyos nombres famosos están grabados en la historia, supieron responder a esta pregunta, cuya solución interesa en el más alto grado al género humano: "¿Quién es Dios?" O bien, si conocieron parcialmente la verdad, retuviéronla cautiva, reservando a las inteligencias privilegiadas la comunicación de sus pensamientos y dejando sumergido al pueblo en las más degradantes supersticiones. Y aun hoy en día, señores, ¿es que, fuera del Evangelio, es conocido Dios? Los entendimientos mejor organizados de este siglo que han querido prescindir de

Jesucristo, han caído en extravíos que hubiera condenado la sabiduría antigua; han relegado el Principio de todas las cosas a un cielo lejano desde el cual su inmóvil egoísmo contempla nuestras miserias; han identificado la majestad divina con la naturaleza; han anegado el origen del mundo en una eternidad problemática; nos han hecho salir de un germen despreciable, y envolviéndose en su ignorancia como en un manto de gloria, al género humano que les preguntaba: "¿Quién es Dios?", le han respondido: "¿Qué sé yo?"

¡Pues qué! La ignorancia en materia religiosa, la ignorancia sobre la naturaleza divina, ¿sería la prueba de un espíritu elevado, el sello del genio? No; aunque se tratase de una ilustración literaria y científica, no tendría mucho derecho a levantar la cabeza, cuando uno se equivoca hasta el punto de que nada le importe esta pregunta: "¿Soy obra del acaso o de una inteligencia superior? ¿Quién es Dios?" Si, pues, la razón por sí sola se muestra impotente para decírnoslo, preciso será preguntárselo al soberano Doctor cuya palabra ilumina a todo hombre venido a este mundo.

III. ¿Quién es Dios? Jesucristo nos lo dirá.

Aparece, y esto basta; y, sin dar de Dios tan solo una definición filosófica o metafísica, Dios se mantiene en su persona, porque ¿qué es Jesucristo sino la imagen visible del Dios invisible? Aparece Jesucristo. ¡Atrás ese Dios solitario y lejano que es necesario buscar a través de sus obras! Atrás ese Dios inaccesible a los sentidos que no se revela más que en las frías concepciones de la razón. He ahí el verdadero Dios. Es mi *hermano;* entra en el mundo por la puerta humillante de la cuna, como yo; y ante ese niño tan humilde y tan augus-

to, ante ese establo en ruinas, ante ese pesebre, ante esa paja que rechazaría el hijo de los pobres; ante esos pastores, llamados los primeros, con preferencia a los ricos, y también ante esos ricos por los cuales nace sin que ellos lo sospechen; ante los ángeles, que entonan en las alturas sus cánticos de paz y de gloria, veo que se apacigua la justicia, que se desarma la cólera, que se descubre la majestad, que la grandeza se vela, que resplandece la ternura, que el amor triunfa. Siento palpitar ante mi vista la ciencia divina. Y para auyentar el temor, para arrobarme y embelesarme, hay una *madre*, la más bella, la más pura de las hijas de Eva. Está allí, al lado de su divino Hijo, no para apartarme de El, sino para llamarme a El con una sonrisa. Y luego, ese Dios, que es mi hermano, hele ahí *mezclado con mi vida*, inundado de mis sudores, entregado a las contradicciones que me acosan cada día, condenado a la muerte que debo soportar mañana. Hele ahí adornado, como de un hechizo, de todo lo que el hombre tiene de más seductor: infancia, juventud, virtud, abnegación, añadiendo, en inexplicable mezcla, todas las perfecciones de la Divinidad. ¡Oh cosa admirable! Hay un hombre al que yo puedo amar hasta la adoración, hasta el éxtasis, cuyos pies puedo besar, cuyo pecho puedo estrechar, sin temor jamás al exceso, porque es Dios. Hay un Dios al que puedo hallar en mis penas, que no está perdido en lejanías imposibles, en intensidades de luz impenetrables, sino que, por lo contrario, es accesible, de fácil trato, porque es hombre. Todo lo que de tierno y puro hay en mí, de entusiasta y de triste, de humano y de divino, reposa y se satisface en el Hombre Dios. No tengo necesidad de buscar al verdadero Dios. Le reconozco y le adoro en Jesucristo.

Además, *habla*. Y si pregunto a Jesucristo: "¿Quién

es Dios?", me responde refiriéndome en todas las páginas del santo Evangelio, en máximas infalibles o embelesadoras parábolas, los atributos de la divinidad: su paternidad, su poder, su sabiduría, su justicia, su misericordia. Va más lejos todavía: me lleva consigo hasta el secreto de la esencia divina, me revela la vida íntima de Dios, la Trinidad de las personas en la unidad de la substancia: "¿No sabéis—dice—que yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí? Yo rogaré a mi Padre, y os enviará otro Paráclito. El Espíritu Santo, el que mi Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas."

Y antes de dejar a sus discípulos, les lega la gran fórmula que debía revelar la naturaleza divina, cambiar la faz del mundo: "Id, enseñad a todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." Señores, sería un error creer que no hay en el Evangelio más que algunas ideas sobre la fraternidad, la igualdad, la libertad. Estas ideas brotan de la doctrina de Jesucristo; constituyen su parte central y principal. La gran revelación de Jesucristo, es la revelación de las tres personas en Dios, y de esta revelación, como de una raíz fecunda, proviene toda la savia y toda la vida de la enseñanza evangélica. En nombre de la Trinidad hablaron al mundo los Apóstoles y lo persuadieron; con este sagrado signo se persignaban los mártires frente a sus verdugos; a la letra de él, fué enseñado el mundo. Jesucristo se mostró y reveló con su persona y su palabra la vida íntima de Dios.

Jesucristo *popularizó la noción* exacta y definitiva de la naturaleza divina. Por El el verdadero Dios recobró su puesto en el universo. Dios fué conocido, y, lo que es más, fué amado. ¿Cómo ocurrió esto? ¡Está

tan lejos, está tan oculto, es tan invisible! Se concibe que se ame a una criatura; hay en ella un alma que se transparenta por medio de un rostro, algo visible y tangible que inflama la parte sensible de nuestro ser. ¿Pero Dios? ¡No se le ve! ¿Cómo amar lo que no vemos? Escuchad. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y le vimos resplandeciente de gracia y de verdad. Le vimos en el pesebre, en la cruz, en el altar, y el hombre, embelesado, acudió a ofrecerle el tributo de su adoración y el incienso de su amor. Niños todavía mojados con las aguas del bautismo; jóvenes coronadas de rosas y de lirios, como Santa Inés; jóvenes arrebatados en el ardor de la edad por el gran conquistador de las almas, como San Luis Gonzaga; esposas y santas viudas, como Santa Isabel de Hungría y Santa Chantal; doctores encanecidos en la ciencia, como Santo Tomás y San Buenaventura; sublimes penitentes, como Santa Magdalena y San Agustín... respondedme: ¿a quién amabais así, con amor apasionado, con amor arrebatado, con amor más fuerte que la muerte? ¡Amábamos a Dios! ¡Pero, si no lo veíais! Dispensadnos, el Verbo se hizo carne y habitó entre nostrotros; le vemos en el pesebre, en la cruz, en el altar. Dios se hizo hombre, bajó de los cielos, y su corazón palpita al unísono del nuestro "¿Quién es, pues —exclama aquí Montalembert,—quién es ese amante invisible, muerto en un patíbulo hace diecinueve siglos, que atrae hacía El la juventud, la belleza y el amor? ¿Quién se aparece a las almas con tan gran esplendor y atractivo que no pueden resistir? ¿Quién cae de repente sobre ellas y hace de ellas su presa? ¿Quién toma, palpitante, la carne de nuestra carne y se refrigera de la más pura de nuestra sangre? ¿Es un hombre? No, ¡es un Dios! Sólo un Dios puede cosechar semejantes triunfos. Ese Jesús, cuya divinidad es insultada o negada todos los días, la prueba todos los días, entre mil otras pruebas, con sus milagros de valor y desinterés..."

Descendiendo de estas alturas que espantan nuestra debilidad, podría fácilmente mostraros, señores, en las más humildes esferas del humano linaje, a Dios conocido, adorado, amado, y hecho, por decirlo así, popular, desde que Jesucristo lo hizo visible en su persona. "Ni las voluptuosidades del orgullo en los días de sus más grandes triunfos—dice Lacordaire,—ni las fascinaciones de la carne en los días de sus más engañosas delicias, ni la madre recibiendo en el mundo un hijo de las manos de Dios, ni el esposo introduciendo a la esposa en la castidad del hogar nupcial, ni el poeta en el primer soplo de su genio, ni nada de lo que es o ha sido, contiene la imagen o la sombra, o el signo precursor de lo que es en un alma el culto de Jesucristo... Jesucristo es la medida de nuestro ser... Mientras que la edad o los menores accidentes enturbian nuestras más caras amistades, el amor de Dios por Jesucristo se alimenta de todas nuestras desgracias y de todas nuestras debilidades. Reemplaza en nosotros lo que se ha empequeñecido y se descolora; habita en nuestras ruinas para sostenerlas, en nuestros desamparos para consolarlos, y pone alegría y suavidad en nuestro último suspiro." Ya lo veis; por Jesucristo y en Jesucristo, vemos a Dios, le tocamos, le adoramos, le amamos, tratamos con El, reposamos en su corazón, nos transfiguramos en la luz de su mirada y en la intimidad de su existencia.

¿Quién es Dios? Se lo pregunto al niño, a la jovencita hija del pueblo, al pobre labrador, al obrero que se acuerda todavía de su bautismo, y, con sólo mirar la

cruz, saben quién es Dios, proclaman su unidad de substancia y su trinidad de personas, conocen el fondo de su corazón, cantan su amor. Jesucristo se mostró, habló y popularizó en el mundo la noción del verdadero Dios.

Venid, señores, venid a El. Si es verdad que hay en el mundo insensatos cuyo corazón ansioso teme el encuentro de Jesucristo, porque Jesucristo condena sus perversos designios y su vida corrompida; si hay hombres que detestan a Jesucristo, porque Jesucristo los molesta e importuna, vosotros, gracias a Dios, no formáis en su compañía. Por otra parte, aunque lanzan gritos de aves amedrantadas por la luz que las deslumbra y las flagela, no son más que en número reducido. Las almas nobles no temen a Dios. Venid a El. En sus brazos, ampliamente extendidos; en su corazón, que tiene la ternura de una madre y las proporciones de lo infinito, hay sitio para todos vosotros. Venid, pero no vengáis solos. Traed a Jesucristo las conquistas de vuestro apostolado, para que un día, cuando comparezcáis ante su faz, en el umbral de la eternidad, podáis decirle: "Señor, os conocí, y en vez de avergonzarme de Vos, os hice conocer de mis hermanos y amigos. Ahí los tenéis. Coronadlos y coronadme con ellos."

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

SEÑORES:

¿Cuáles son las cosas que más nos interesa conocer? ¿Son los animales que nos rodean, las plantas que huellan nuestros pies, los astros que giran sobre nosotros? No. En primer lugar y ante todas cosas, importa conocer a Dios, pues es el Autor de la naturaleza, y al hombre, que es el rey de ella. Jesucristo nos reveló la esencia divina. Oigámosle ahora referir el origen, naturaleza y grandeza del hombre.

I. El origen del hombre.

Hay sabios que en la hora actual, se horrorizarían de llamarse de la misma raza que los negros, y se estremecerían de alegría pensando que llevan en sus venas sangre de mono. No vayáis a creer, señores, que entre aquí por algo la ciencia. Se preocupan poco

de la ciencia. No quieren ser hermanos de los negros porque la religión lo enseña, y se enorgullecen de ser hijos del mono porque la religión lo niega. Nada más perverso que esto. Aplastemos esa vil doctrina y preguntemos a Jesucristo. ¿Qué nos dice sobre nuestro origen? Nos dice ques todos los hombres tienen el mismo Padre que está en los cielos, que todos salieron de la misma cuna en la tierra, que todos pecaron en la misma persona del mismo antepasado, y que fueron rescatados por el mismo Salvador. La caída universal en el primer Adán, la restauración universal en el nuevo Adán; tales son los dos dogmas que se responden y se llaman de un extremo a otro del Evangelio, y ambos proclaman el punto radical de la fisiología del hombre: la unidad de la especie humana.

¡Oh unidad de la raza humana, la ciencia conspiró contra ti! Invocó contra ti el testimonio de las lenguas humanas, el testimonio de las fisonomías humanas, el testimonio de las transformaciones humanas. Hoy glorifica a la verdad. La lingüística, la fisiología y la etnografía, mejor informadas, vuelven a testificar, en nombre de la ciencia, la unidad de la especie y la identidad de nuestra sangre. ¡Gloria a Jesucristo! Con una sola mirada suya desvaneció las tinieblas acumuladas por una sabiduría mentirosa sobre la verdad más gloriosa de nuestra raza: Adán creado de una sola vez por la libre acción de Dios, todos los hombres caídos en Adán, y todos regenerándose en Jesucristo, todos no haciendo más que uno en Adán, por la identidad de la sangre que corre por sus venas, y todos no haciendo más que uno en Jesucristo por la identidad de la gracia que rescata y transforma sus almas. Esta verdad primordial, fundamental, brota del Evangelio, y jamás la suprimirá el mundo.

Así, pues, a la luz de Jesucristo, ora un hombre sea nuestro vecino, ora proceda de los antípodas; ora sea gigante, ora sea lapón; ya sea esbelto, ya rechoncho; ya sea blanca su tez, ya sea negra, o cobriza; bien sea leproso, bien esté cubierto de harapos o cubierto de crímenes, es un hombre. Y si este hombre volviéndose a Dios, le dice muy alto o muy bajo: "Padre nuestro que estás en los cielos", ¿usurpa nuestros derechos? No. Ejerce los suyos. Y si, respetando las genealogías más o menos ciertas de las familias particulares, se eleva de un salto hasta Jesucristo, su Salvador, y hasta el primer hombre, su antepasado, y se detiene allí como en su casa, ¿será renegado de Adán y de Jesucristo? No.

Así, pues, a la luz del Evangelio, ¡oh ilustre anciano! que con una palabra salida de vuestros labios acabáis de conmover a Francia y al mundo entero, id, penetrad en las profundidades del Sahara, acercaos a las razas envilecidas que se pudren en el interior del Africa, haced que brille en esos sombríos continentes Aquel que dijo: "¡Yo soy la verdad!"; rescatad por medio de Jesucristo la raza negra para la gran familia humana. Id, ilustre cardenal Lavigerie; el Africa os llama, Francia os admira, León XIII os bendice.

Pero es preciso saber qué es el hombre cuyos orígenes nos refiere Jesucristo. Jesucristo es también quien va a instruirnos. Si pregunto a cierta ciencia sobre

II. La naturaleza del hombre,

me responde con infamias y absurdos que sublevan y hacen enrojecer toda conciencia honrada. ¿Qué es lo que no se ha dicho en nuestro siglo y qué es lo que no se dice cada día? Se dice que el hombre no tiene al-

ma, que no es más que una máquina obediente a fuerzas fatales, un rodaje particular en el engranaje universal, y que, cuando uno muere, todo muere. ¡Atrás esos sistemas que nos deshonran, nos humillan y nos sumergen, de caída en caída, de degradación en degradación, en la animalidad y en la nada! ¡Atrás, como dice Lacordaire, esa doctrina canalla! Preguntemos a Jesucristo. ¿Qué nos dice sobre la naturaleza del hombre? ¿Qué nos dice? Contempladle. ¿Quién es? Es el Hijo de Dios tomando un cuerpo humano y un alma humana y revistiéndolos de su personalidad divina. Jesucristo toma nuestra naturaleza. Tiene un cuerpo, y también un alma. 1.° Un alma distinta de su cuerpo, y, en su muerte, realmente separada de su cuerpo; 2.° Un alma que aceptó libremente para El la muerte, el dolor y el sacrificio; 3.° Un alma que no morirá jamás y está unida a su cuerpo en la gloria de su vida transfigurada. He ahí, señores, el hombre con la espiritualidad, la libertad y la inmortalidad de su alma. Mostróse Jesucristo, y, gracias a El, resplandece por siempre jamás en el mundo la verdadera naturaleza del hombre, criatura racional compuesta de alma y cuerpo.

Mas esta doctrina del alma humana, que la más digna y austera filosofía apenas puede adquirir con toda la tenacidad de sus investigaciones, la *populariza* Jesucristo y la hace resplandecer en todas las inteligencias y aun en los rincones más obscuros del linaje humano. Quizás no os fijéis en ello, señores, pero es sencillamente maravilloso. Ya os he referido este episodio, pero necesario es que os lo repita: Cierto día, paseábase Cousín por el patio del Instituto con un sabio profesor de filosofía. Pasó un vicario, miróle Cousín alejarse, se detuvo y dijo a su colega: "Amigo mío, hemos pasado nuestra vida enseñando filosofía. Con-

gamos en torno nuestro jóvenes instruídos, y, con oriosos argumentos, tratamos de demostrarles que iste el alma humana. Entre tanto, ¿qué hace ese ven sacerdote? ¿a dónde va? Va a conciliar las als de dos esposos, a fortalecer el alma de un ancia- que va a morir, a combatir el vicio en el alma de malvado, la tentación en el alma de una joven, la desperación en el alma de un desgraciado, la ignorancia el alma de un niño. ¡Y quisiéramos acabar con esa nte! Mejor sería que acabasen con nosotros echánnos al agua con una piedra al cuello. Tengamos la nradez de reconocer lo que ellos hacen por las almas, ientras nosotros intentamos demostrar que el alma iste."

¡Veis el poder de Jesucristo? Populariza el conociiento del hombre, y aun en las inteligencias infantiles infunde soberanamente la noción de la espiritualidad, de la libertad, de la inmortalidad del alma. Esta noción tan importante, y hoy tan popular, quizás pensáis, sabios filósofos, que es una conquista de vuestro genio, pero olvidáis que hubo un tiempo en que sólo teníais diez años, y olvidáis que entonces grabó un sacerdote en vuestra alma, con la imagen de Jesucristo el triple sello de su espiritualidad, de su libertad, de su inmortalidad. Lo que tomáis por un descubrimiento de vuestra madurez, no es más que un recuerdo de vuestra infancia. El día en que creísteis el misterio de Belén, el día en que os prosternasteis ante el Verbo, encarnado, y sobre todo, el día en que este Verbo, siempre vivo en nuestros altares, descendió por primera vez a vuestra alma, el día por siempre jamás memorable de vuestra primera comunión, ¡ah!, aquel día creísteis que teníais un alma, una libertad y una inmortalidad. Así, pues, la más hermosa gloria del filósofo

de cincuenta años consiste en reconocer, en el fondo más luminoso de su conciencia, lo que el catecismo enseñó al joven cristiano de diez años en la sencillez de su fe. Jesucristo nos revela el origen, la naturaleza y, finalmente,

III. La grandeza del hombre.

Esto sí que es especialmente prodigioso.

Señores, lo que engrandece al hombre a los ojos del mundo, es el nombre, la riqueza, el puesto que ocupa; es el ruido que hace, es su inteligencia. Del que tiene mucha inteligencia, mucha influencia y, sobre todo, mucho dinero, dice deslumbrado el mundo;" ¡Ah, cuán grande es!" Pues bien, os desafío a que encontréis en el Evangelio la idea de grandeza unida a la riqueza, o tan sólo a la inteligencia. Es que, en efecto, la verdadera grandeza no consiste en ella. La fortuna, la influencia, la inteligencia, son dones desigualmente repartidos, y, casi siempre, independientes del mérito personal. Pero ante la ley del deber cesan todas las desigualdades; todos los hombres son igualmente responsables, todos ellos tienen una conciencia, y en ella, en la conciencia, coloca Jesucristo la verdadera grandeza. En todas partes están colocados los hombres a gran distancia los unos de los otros; pero en el terreno de la conciencia son iguales. Jesucristo, que no vino solamente para algunos, sino para todos, mide la grandeza del hombre por su conciencia. Señores, ¡cuán consolador es esto para el hombre! Colocados en el último grado de la escala social, perdidos en el hormigueo humano, cubiertos de harapos, quizás despreciados de todos, si tenéis buena y hermosa conciencia, podéis enderezaros y, dominando todas las apreciaciones del orden externo, y aun todas las convenciones sociales, podéis decir con orgullo. "¡Soy grande!"

Veamos. ¿Es que Jesucristo no vivió en un rincón obscuro de Galilea? ¿Hay algo comparable a la pequeñez del teatro en que actuó, a la insignificancia externa, material de su vida? Sin embargo de esto, es grande. Mas esta grandeza de que está revestido, la comunica en torno suyo a los menores héroes de la historia evangélica. Antes de Jesucristo, en toda la antigüedad griega y romana, no conozco ningún autor que os haya conservado el nombre de un carpintero, de un batelero, de algún obscuro peón de albañil, a menos de tratarse de una fábula recreativa. Pero el Evangelio nos conservó los nombres del carpintero José, de su mujer María, de los pescadores Andrés y Pedro, Santiago y Juan, de la pecadora Magdalena, y unió a la historia de esas gentes insignificantes las enseñanzas más grandes, más conmovedoras, más profundas que haya oído jamás el mundo.

Atreveos a decir: "¿Qué es el hombre? ¿Qué es el hombre que sólo tiene una inteligencia mediana? ¿Qué es el hombre que no tiene una peseta? ¿Qué es el hombre que vegeta inadvertido en los bajos valles de la sociedad?" En nombre de Jesucristo, os lo prohibo. Merced a Jesucristo, entró en el mundo la dignidad humana, y de él no saldrá jamás. Sin duda que la incredulidad podrá borrar momentáneamente estas sublimes enseñanzas, y nuestras clases populares, cegadas por siniestros facinerosos, podrán olvidar o desconocer la revolución prodigiosa que transformó todas las ideas hasta entonces reinantes; pero el error pasa, y la conciencia de los humildes de la tierra volverá a Jesucristo y acabará por comprender que el libro que ofreció como ejemplo al mundo la historia de algunos artesanos, en

adelante más populares que los Césares y los Alejandros, es la mejor carta de los derechos del género humano. Salid, señores, a la defensa de la verdad ultrajada, y enseñad al pueblo que Jesucristo es su amigo, su libertador, el único verdadero restaurador de su dignidad perdida.

Sí, sea lo que sea, con tal que tenga hermosa y buena conciencia, el hombre es grande. ¿Queréis de ello otra prueba más popular, más brillante, más decisiva? Mirad la cruz plantada en el centro de la historia. ¿De quién es esa sangre que corre? Es la sangre de un Dios ¿Por quién corre? Por el hombre culpable. ¿Comprendes ahora ¡oh hombre!, comprendes la trágica solemnidad de tu destino? ¿Comprendes el precio infinito de tu alma? ¿Qué importa que la redención haya sido realizada por el Hijo de Dios en un planeta tan insignificante como el nuestro! ¿Sería más admirable si hubiera tenido por escenario algún astro gigante, alguno de esos soles prodigiosos a cuyo alrededor gravitan millares de mundos? Evidentemente que no. ¡Oh tierra, planeta perdido en la inmensidad del universo, no eres en el espacio más que un átomo de polvo, pero viste resplandecer el amor divino en su esplendor supremo, y las miradas capaces de sondear las profundidades casi infinitas de los mundos, no podrían descubrir nada tan grande y magnífico como el sacrificio de la cruz. No me preguntéis ya, señores, si el hombre es grande, contemplad la cruz, Dios se acordó de vosotros, Dios os rescató, Dios quiere haceros participantes de su gloria eterna. Objetos de semejante amor, comprended lo que valéis, y una vez más bendecid a Jesucristo, que os reveló vuestro origen, vuestra naturaleza, vuestra grandeza.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

II.—El pecado

Señores:

"No solamente—dice Pascal—no conocemos a Dios más que por medio de Jesucristo, sino que no nos conocemos a nosotros mismos más que por medio de Jesucristo." En efecto, Jesucristo nos indica el origen, naturaleza y verdadera grandeza del hombre. ¿Es esto todo? Desgraciadamente, no. Por elevado que sea el hombre, veo tres grandes miserias abatirse sobre su cabeza y devastar su vida: peca, padece, muere. ¿Por qué el pecado? ¿por qué el dolor? ¿por qué la muerte?... ¡Oh Cristo Jesús, permitidme que me dirija otra vez a Vos, responded a mis angustias, explicadme primeramente el enigma del pecado, el misterio de su presencia, la medida de su malicia, el secreto de su perdón. Señores, seguidme; vamos a penetrar hoy en la naturaleza humana, a profundidades inaccesibles a toda filosofía.

Los sabios de la tierra no han visto más que lo exterior del hombre; Jesucristo nos revela sus más ocultos abismos.

I. La presencia del pecado.

Es incontestable en el seno del género humano. Este huésped misterioso visita todas las edades de la vida, todas las condiciones sociales, todos los tiempos y todos los lugares. Se le encuentra lo mismo en los pueblos cultos que en los bárbaros, y los océanos que separan las diferentes partes del mundo, no son en manera alguna un obstáculo a su aparición simultánea en todos los puntos del globo. Cubre de fango la antigüedad toda entera, y los siglos nuevos, en cada página de su historia, llevan la marca de su deshonra. Sitia al rico en su palacio y al pobre en su cabaña. Se insinúa en la cuna del niño, brilla en el fuego de la adolescencia, sigue al hombre maduro por todos los senderos, y aun se burla de los cabellos blancos del anciano. ¿Quién se atreverá a decir lo contrario? ¿Lo negáis? Tanto peor. Negar la presencia del pecado, no es suprimirlo, es tener la desgracia de no sentirlo, o la debilidad de no confesarlo, y compadezco al que se encuentre en este caso... Sin duda que habréis tropezado con uno de esos niños pálidos ya en el ocaso de sus días, cuando apenas el sol ilumina su adolescencia. Devorados por un mal silencioso, inclinan sobre su pecho jadeante su cabeza cargada de mortales languideces, dejan escapar una ola de su frágil vida a cada sacudida que los conmueve. Para ellos, la naturaleza fué ingrata, pero parece que lo ignoran, y si les preguntáis qué es lo que tienen, os responden: "¡No es nada!" No es nada, pero el fuego de su *mirada* se vela y se extingue bajo

sus lívidos párpados. No es nada... pero sus *labios* descoloridos no dejan ya pasar más que un soplo apagado. No es nada... pero la *ciencia* los abandona, mientras acaricia sus ilusiones con mentidas promesas. No es nada... pero sus *amigos* siguen, con el alma lacerada, los formidables progresos del mal. No es nada... pero he ahí el *otoño* que prepara a su vida una suprema tormenta; los árboles se despojan, las hojas caen, y de la vida que germinó en la primavera sólo quedan ramas desnudas y tallos desecados. Joven, todo se acabó; he ahí el hielo de la muerte y las sombras de la tumba. Tal es, señores, nuestra historia, cuando llevando el pecado en nuestra alma, y aun en los glóbulos de nuestra sangre, discutimos su presencia. Nuestras negaciones no destruyen lo que existe. Ahora bien, el pecado está en cada hombre, en todo el género humano. ¿Por qué? ¿De dónde viene? ¿Fuimos creados en semejante estado? Y si el pecado es posterior a nuestra creación, ¿cómo se introdujo en nuestras facultades, en nuestros miembros, en nuestras fibras más secretas? Señores, ninguna filosofía es capaz de responder a estas cuestiones primordiales y palpitantes, y desafío a todos los sabios de la tierra a que desembrollen el caos que hay en nosotros. ¡Oh Cristo Jesús, luz del mundo, levantaos sobre nuestras ruinas y pronunciad la palabra que las explica! "Conociendo a Jesucristo—dice Pascal,—conocemos nuestra miseria, porque Jesucristo no es otra cosa que el reparador de nuestra miseria." El pecado no entraba en el plan primitivo de Dios; es efecto de la libre voluntad del hombre; entró en el mundo con el primer Adán prevaricador, y Jesucristo, el nuevo Adán, es quien, viniendo a repararlo, nos explica su trágico origen y su infinita malicia.

II. La malicia del pecado.

Si digo a las gentes del mundo que no tienen fe: "¡Cuidado, en vuestros pecados de lujuria, de venganza, de codicia, y aun en vuestros malos deseos consentidos y voluntarios, hay una malicia inmensa," no me creerán. Acogerán mis palabras con una sonrisa, y me responderán: "¡Vaya, V. se guasea! ¡No faltaba más! Al aceptar el placer que se presenta, sigo la inclinación de mi naturaleza. Al vengar mi honor ultrajado, obedezco a mi sangre, que arde en mis venas. Al aumentar mi fortuna sin faltar a la justicia legal, cuido con inteligencia y éxito mis intereses y los de mi posteridad. ¿Qué mal hay en todo esto desde el momento en que evito los excesos, y soy inatacable ante el Código y ante la opinión?" Señores, también aquí la luz, la verdadera luz viene de Jesucristo. Retroceded diecinueve siglos.

Nació por entonces, en la obscuridad de la noche y de la parentela, un niño. Hijo de Dios, estaba lleno de gracia y de verdad, y tenía derecho a todas las alegrías y a todas las dichas. Esto no obstante, apoderóse de El el dolor ya en su cuna, y siguióle a todas partes, como despiadado tirano, ávido de sus gemidos y su llanto; de Belén al destierro, del destierro a Nazaret, de Nazaret a todos los lugares de su vida pública, y después al jardín de la agonía, al tribunal de los pontífices, al pretorio, al Calvario, en donde expira como esclavo en la ignominia y en las torturas de la crucifixión. Vedle: padece en su honor ultrajado, en su gloria convertida en irrisión. Padece en su alma por la tristeza, por el espanto, por el tedio, por la repugnancia. Padece en su cuerpo: su faz augusta es abofeteada, su cabeza co-

ronada de espinas, sus pies y sus manos atravesados por los clavos, su carne desgarrada por las varas, sus miembros violentamente tendidos sobre el árbol de agonía, su boca desecada remojada con hiel, sus oídos no oyendo más que blasfemias, sus ojos no encontrando más que rostros enemigos irritados; y cuando su mirada moribunda busca consuelo en los cielos, pasa una nube y le oculta esta suprema mitigación.

¿Qué hizo para padecer tanto? Nada. Mas, por libre y generosa aceptación, encargóse de expiar los pecados del mundo. *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi!* Jesucristo es el mozo de cordel del género humano. Todas las iniquidades del mundo caen sobre El. Por eso es aplastado: para expiar nuestro orgullo, es humillado; para expiar nuestras rebeliones, obedece hasta la muerte, y muerte de cruz; para expiar nuestras culpables codicias, es despojado de sus vestiduras y puesto al desnudo; para expiar nuestras criminales voluptuosidades, es cubierto de llagas y anegado en su propia sangre. ¡Oh hombres que decís: "¿Qué es el pecado sino un asunto sin importancia, una broma insignificante?", contemplad la cruz y medid la gravedad del pecado por la infinitud de la víctima que lo repara al precio de sus padecimientos. Señores, no se juega con la sangre ni con el amor, sobre todo con la sangre y el amor de un Dios. O bien os bendice, o bien os maldice; o, aceptado, os abre el cielo y os da la gloria, o, rechazado, abre el infierno y os aplasta con el peso de su venganza. ¿Qué decís de eso? Henos aquí a una distancia inmensa de las filosofías humanas. Jesucristo, desde lo alto de la cruz, domina todos los códigos y todos los sabios; con sus dos brazos extendidos, flagela nuestros prejuicios y nuestros desfallecimientos; el resplandor de su sangre ilumina el abismo de nues-

tras faltas, y por su prodigio de amor, que revela el corazón de Dios, nos ofrece

III. El perdón del pecado,

después de hacernos apreciar toda la malicia del mismo. ¡Ah, hombres razonables y rectos, aquí es donde yo quería conduciros. Escuchadme bien.

¿Quién perdona aquí bajo, la sociedad? No. Muy a menudo, por impotencia o por connivencia, deja escapar los grandes culpables; pero si tenéis la desgracia de robar un panecillo o una peseta, os prende, os condena, os deshonra; en vano diréis que es por la primera y última vez, que no volveréis a hacerlo; cierra los ojos y los oídos y os niega el perdón. ¿Quién perdona aquí bajo, la *opinión?* No. La opinión es muy elástica, muy indulgente para multitud de delitos abominables ante Dios; pero si llegáis a traspasar ciertos límites, la opinión os condena y echa sobre vosotros una mancha indeleble, que no se borra nunca y que deshonra aun a vuestros hijos. ¿Quién perdona aquí bajo, la *conciencia?* No. Aunque llegue uno a la cumbre de los honores, aunque coronen su cabeza todas las aureolas de la fortuna, de la gloria y del genio, si la conciencia queda herida, no perdona. Despierta al culpable, aunque duerma envuelto en oro y seda, y murmura cada día a sus oídos esta frase, sin cesar renaciente: "¡No eres más que un miserable!" ¿Quién perdona aquí bajo? ¿Quién tiene el derecho de hacerlo? Nadie... Me equivoco.

Unicamente perdona Jesucristo. Antes de Jesucristo, ¿quién amaba a los pecadores? ¿Quién hubiera podido pensar tan sólo en ello? ¿Quién dijo tan solamente: los pecadores, *peccatores?* Sí, ¿quién lo hubiera dicho, quién se hubiera atrevido a decirlo? Buscad en los cua-

renta siglos de la antigüedad un sabio de vista suficiente perspicaz para entrever la rehabilitación de las almas, y de alas bastante poderosas para elevarse a un ideal: no encontraréis uno solo. Pero he ahí Jesucristo. Leed sus parábolas, estudiad sus actos. Oidle referir la historia de la dracma perdida y encontrada, la historia del hijo pródigo, la historia del buen pastor, que deja en el desierto las noventa y nueve ovejas fieles, y va a buscar entre las espinas la oveja descarriada y la conduce jovialmente al redil. Vedle luego instruyendo a la samaritana, perdonando a la mujer adúltera, rehabilitando a la pecadora Magdalena, sentándose a la mesa de Mateo el publícano, entrando en la casa de Zaqueo el usurero, recibiendo de noche, por condescendencia, al tímido Nicodemo, que no se atreve a acercársele en pleno día, porque el respeto humano, el miedo, se lo impide, ofreciendo el perdón a Pedro, que lo acepta, y a Judas, que lo rehusa, llorando sobre Jerusalén, y, finalmente, en los horrores de la muerte, orando por sus verdugos. En todas partes y siempre es amigo de los pecadores. Es conocido como tal; su reputación, sobre este punto, está hecha; se ha convertido en uno de sus sobrenombres. Sus enemigos se lo echan en cara, y El no se defiende. "No he venido—dice—a llamar a los justos, sino a los pecadores. El Hijo del hombre vino a la tierra a buscar y salvar a los que se pierden." Señores, todo el genio del Evangelio se encierra en esas palabras, en que se revela "el que germinó en lo alto y salió de las entrañas de la misericordia de Dios." Jamás vió el mundo semejante cosa. Solamente Jesucristo recibió el poder de perdonar los pecados; solamente Jesucristo perdona, y nada más que con verle y oirle, reconocemos, sentimos, adoramos en El al padre, al amigo, al creador de esta pobre naturaleza hu-

mana, hecha a su imagen y semejanza, desgraciadamente desfigurada, perdida por el pecado, a la que quiere recobrar, rehacer, rehabilitar en el esplendor de su primera inocencia. Y, cosa maravillosa, que el mundo no comprende, pero que debe arrebatar a toda alma recta, no sólo perdona Jesucristo durante los cortos años de su vida mortal, sino que

Instituye el perdón en el linaje humano en estado perpetuo y, por decirlo así, a chorro continuo. ¿Cuál es aquí bajo la religión que perdura? ¡Ah, muéstresenos, y será eternamente para el corazón del hombre una religión divina. Señores, solamente hay una, la religión de Jesucristo. Solamente el cristianismo rehabilita al culpable, le realza, le regenera en el arrepentimiento y vierte sobre su cabeza estas asombrosas palabras: "¡Vete en paz, tus pecados te son perdonados!" El sacerdote, señores, es pecador como vosotros; como vosotros, nació miserablemente en la iniquidad; como vosotros oye el siniestro llamamiento de las pasiones; como vosotros, ve el abismo de sus miserias, y está convencido de su indignidad. Esto no obstante, en la sinceridad de su alma y en la plena certeza de su poder divino, se atreve a decir a un pecador: ¡"Estás perdonado; yo te absuelvo! ¡Levántate alegre y libre!" Veamos. ¿Es que yo hablaría así, si tan sólo fuera un hombre? Y aun cuando tuviera la audacia de pronunciar estas extrañas palabras, ¿es que producirían su efecto, si Jesucristo no las pronunciase en mí y por mí? Separado de Jesucristo, el sacerdote no sería más que un vano simulacro de un personaje de comedia. Desempeñaría un papel, no ejercería una función. Pero Jesucristo está en el sacerdote, y ejerce por medio del sacerdote, y se apropia todas las funciones sacerdotales. Me toma como un velo viviente bajo el cual oculta

gloria, y cuando yo, pecador, digo a otro pecador: ¡Estás perdonado!", escuchadme bien, dos voces resuenan en la mía; dos voces que no hacen más que una: la voz de un hombre de la tierra y la voz de Jesucristo en el cielo.

¡Ah, señores, *el impío no se engaña acerca de nuestra dignidad*. Para justificar los injustos furores con que nos persigue, nos acusa de crímenes que jamás cometimos, ni siquiera soñamos. Lo sabe muy bien. Pero nuestra culpa consiste en recordarle al eterno Pontífice, al divino Jesucristo, cuyo perdón ineficaz para su alma corrompida lo acusa de ingratitud y de traición. Los lamas, los bonzos, los derviches, los rabinos, los ministros de las sectas protestantes, no le molestan mucho; pero en el sacerdote católico ve a Jesucristo, a Jesucristo que le flagela en el pecado y perdona al pecador; semejante luz le deslumbra, semejante amor le subleva; he ahí el Jesucristo de sus terrores y de sus siniestros proyectos. No tengáis miedo, señores. Como Jesucristo, el sacerdote es eterno, y cuando ya no haya sacerdotes en el mundo, ya no habrá mundo. No os escandalicéis tampoco de las imperfecciones de los sacerdotes de la tierra, que no son más que instrumentos visibles del sacerdote invisible Jesucristo, verdadero Hijo de Dios. No somos más que hombres frágiles, pero nuestro Pontífice adorado Jesucristo posee todas las perfecciones, todos los hechizos, todas las ternuras, todas las amabilidades, por lo que os invito todavía hoy a bendecir su nombre, a cantar su gloria y a reclamar su misericordia.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

III.—El dolor

Señores:

Al lado del pecado, hallo en el hombre un segundo misterio: el dolor. ¡Ah, quién podría decirme de dónde vienen las lágrimas, y sobre todo, quién sabría enjugarlas! ¿Quién? Jesucristo. Atención, señores. Voy a ser apremiante esta mañana. Cuando se dice al hombre que es pecador, con dificultad conviene en ello; pero cuando se le habla del dolor, es fácil conmoverlo y persuadirlo. El orador, por débil que sea, con tal que conozca un poco la naturaleza humana, tiene seguridad de hallar un eco en todos los corazones, y una lágrima en todos los ojos.

I. Jesucristo explica el dolor.

Señores, el dolor existe. Hace seis mil años que el hombre lo ha probado todo para sustraerse a su domi-

nio. Ha desplegado en mil asuntos su más sublime genio, ha cubierto el globo de invenciones casi divinas, pero nada ha podido contra la soberanía del dolor. Todas las épocas, todas las civilizaciones, todos los cielos, vieron llorar al hombre, y las lágrimas son aún la más segura herencia que legará a su posteridad. La miseria, las languideces, las enfermedades, los males incurables, la muerte, se abaten sobre el cuerpo y lo devastan despiadadamente. Difícilmente podríais contar los golpes que torturan su alma; la incertidumbre de lo por venir, el honor cambiado en oprobio por los caprichos de la fortuna o la malicia de los hombres, las esperanzas que se derrumban como un edificio en ruinas, los afectos destruídos por la ingratitud o por la muerte, el abandono, la soledad, males todos que acrecen en nosotros la facultad de acordarnos de lo pasado y prever lo por venir. Y, para colmo, nuestra debilidad es de tal índole, que, si carecemos de males reales, nos procuramos otros imaginarios. ¿No es verdad, señores, que si escuchara la voz secreta de vuestros corazones, cada uno de vosotros me diría por lo bajo: "Verdad es; he padecido, padezco, espero el dolor?" Sí, aun aquellos a los cuales creemos dichosos, pero que ocultan bajo un exterior mentiroso de prosperidad, un corazón roído por los cuidados o los disgustos, y anegado en lágrimas. Y aunque hubiera aquí bajo algún paniaguado de la alegría, habría que decir con Job, ese viejo rey de los desgraciados: "Todo hombre nacido de mujer está lleno de miseria durante los días de su corta vida." Padecéis ¡oh hombres nacidos de mujer! y por eso dependéis de Jesucristo. Padecéis. ¿Por qué? Preguntádselo a la ciencia, a la filosofía, a la amistad. Son incapaces de responderos. Preguntadle a Jesucristo, y en dos palabras, os iluminará el misterio del dolor.

¿Por qué el dolor? Porque Dios es justo. El dolor es una *expiación*. El hombre fué creado en la inocencia y en la felicidad. Desobedeció a su Creador, y a fin de que tuviera bien entendido que nadie se rebela impunemente contra el orden eterno, al perder la inocencia, perdió la felicidad. El dolor nació de su pecado, y nosotros, hijos de Adán, nacimos en el estado de nuestro primer padre después de la caída, es decir, esclavos del pecado y esclavos del dolor. Sin la caída, señores, el dolor sería un misterio que anonadaría el pensamiento y acusaría a la Providencia. Veamos. ¿Es que Dios hubiera podido crear un ser para que llorase? ¿Es que Dios nos hubiera hecho ávidos de todas las dichas y condenados a todos los males? No, en manera alguna. Pero Jesucristo ilumina este caos. Merced a El, se nos aparece el dolor como una expiación, que la razón acepta y reclama la justicia divina. Pero el dolor ¿no es más que esto? ¿No es más que un vulgar cadalso en donde se debate el hombre culpable? No, es un altar en el cual se transfigura.

Semejantes a esos grandes maestros que, con ruinas o restos, construyen magníficos templos, Dios, en el momento en que el dolor hacía su aparición en el mundo, se apoderaba de él y lo convertía en el gran medio de la rehabilitación de las almas.

¿Por qué el dolor? Porque Dios es bueno. El dolor es una *rehabilitación*. "Si no padecéis—dice Jesucristo—pereceréis todos." Palabras profundas, señores. He ahí un niño que juega al borde de un abismo. Quiere coger una flor, persigue una mariposa; se inclina, va a caer. De repente dos brazos violentos, tanto más violentos cuanto más tiernos son, se lo llevan. Grita, padece. ¿De dónde viene este dolor? Evidentemente, del corazón y del amor de su padre. He ahí un niño enfermo. Su

madre lo toma en sus brazos y lo presenta ella misma al cuchillo del cirujano. Grita el niño, rechaza al médico, quiere pegar a su madre; padece, pero se salva. ¿Quién ha hecho esto? El valor y el corazón de su madre. Así obra Dios. Nos sepultamos en las cosas del tiempo; Dios hace un signo; llega el dolor, y la tierra se cubre de un velo para dejar que resplandezca el cielo. Nos aferramos a los placeres, a los honores, a las riquezas. Dios hace un signo para obligarnos a partir. ¿Nos inclinamos sobre el abismo del pecado? Dios hace un signo, nos coge el dolor y nos arranca violentamente del precipicio en que ibamos a caer. Nuestra alma está enferma, degradada, casi muerta. Dios hace un signo, y el dolor, mágico cirujano, le devuelve la salud, la nobleza y la vida. Empezáis a entender el sentido de las palabras de Jesucristo: "Si no padecéis, pereceréis todos?" ¿Empezáis ya a comprender que la bondad divina colocó en el dolor un poder maravilloso de rehabilitación? Escuchad todavía: "Yo soy la viña—dice Jesucristo,—y mi Padre el viñador. Y podará todas las ramas que lleven fruto, a fin de que lleven más..." Cuando el viñador se inclina sobre las cepas que la primavera va a renovar, cuenta cuidadosamente los nudos en que la savia extraviada perdería su fecunda virtud, y su implacable podadera los corta del sarmiento. Tiembla la cepa, y gruesas lágrimas suben lentamente al sitio en que acaba de ser mutilada, pero la pobrecilla no sabe que sus heridas no tardarán en convertirse en su bien y su gloria; no sabe que la vida que la anima tenía necesidad de esos tajos para desarrollarse, no en vástagos inútiles, sino en sarmientos cargados de fruto. Así obra Dios. Para sanear, transfigurar, fecundar a nuestra alma, la poda; envía el dolor, que detiene la fermentación de una vida demasiado abundante, que

reduce la madera en provecho de la savia, que hace predominar el espíritu sobre la carne, que prepara las obras grandes y misteriosas. ¡Ah, qué hermoso es el hombre así transfigurado por el dolor! Sus pies se apoyan en la tierra, pero su serenidad tiene algo de celestial, y cerca de él se respira algo así como un aroma desprendido de las riberas de la eternidad. ¿En dónde se encuentra el hombre que, contemplando el dolor a la luz del Evangelio, ve resplandecer en él la justicia y bondad de Dios, y lo acepta como una expiación y una rehabilitación? Sabios de la tierra, jamás supisteis explicar las lágrimas ni enjugarlas. Jesucristo explica el dolor. Hace más todavía,

II. Jesucristo consuela el dolor. ¿Cómo?

En primer lugar, con *sus ejemplos*. Podríais acercaros a nosotros ¡oh Cristo Jesús!, y, con la soberana autoridad de un maestro, explicarnos el misterio del dolor, hacernos comprender su dura necesidad; pero vuestra carne impasible e inmortal ¿no hubiera sido una amarga irrisión de nuestros padecimientos? ¿Y no hubiéramos respondido a vuestros tiernos estímulos con este grito de nuestra impaciencia: ¡Ah, no sabéis lo que es el dolor!" Mas al tomar nuestras enfermedades, nos cerráis la boca, porque tenéis sobre nosotros la autoridad de una sangrienta experiencia. Sólo nos resta seguir vuestro ejemplo y marchar sobre vuestros pasos. En efecto, señores, después de contemplar la cruz del Redentor, contempló la suya el hombre y la halló más ligera. El esclavo azotado por su dueño dice: "¡Fué flagelado!" El pobre en su cabaña, donde se muere de hambre, dice: "¡Tuvo sed, y no le dieron más que hiel y vinagre!" El rey, no en su trono, sino en el cadalso,

...rdóse que el fué maniatado, y, haciendo callar la ...gre de sesenta reyes que se rebelaba en sus venas, ...dió las manos para ser agarrotado. El regio mori...ndo hizo poner el crucifijo delante de sus ojos, y ...mo se le dijera: "Ya no podéis hablarle", respondió: ...No, pero le miro!" El obrero miró a Nazaret, es...cir, el ennoblecimiento del trabajo manual por el Hijo ...Dios mismo; miró al Calvario, es decir, la deificación ...l dolor, y, os respondo de ello, el hombre agobiado por ...más dura labor y la mujer más desheredada de los ...nes de este mundo, pueden todavía respirar bajo la ...sión del dolor, y sonreir, con los ojos llenos de lá...mas, cuando entreven la cruz del Salvador.

...Para arrastrar a los indecisos, nada vale tanto como ...gran ejemplo. Todas las arengas militares no equi...drían jamás a la acción del gran Condé arrojando su ...stón de mariscal en medio de las filas enemigas, y ...zándose el primero a recobrarlo. Así obra Jesucristo. ...rojó su cruz en medio del mundo, y, rey del géne... humano, dijo a todos: "Si alguien quiere ser mi ...cípulo, renúnciese a sí mismo, tome mi cruz y sí...me." Y hace diecinueve siglos que millones de hom...es le han seguido por las vías sangrientas del dolor. ...sto os asombra? Sabed, pues, que a la pujanza de ... ejemplos, añade Jesucristo, para hacer aceptar el ...lor y para amarlo,

...La unción de la gracia. Sí, señores, así es. Del cora...ón de Jesús, de su carne doliente y martirizada, cae ...obre todos nuestros males una unción que los hace ...oportables y los transfigura hasta hacerlos amables. ¿Negáis la presencia y el poder le la gracia? Con...templad alrededor de Jesucristo la legión de los cora...zones torturados: ¡Cuántos ojos llenos de lágrimas! ¡Cuántas vidas inclinadas sobre la desesperación!

¡Cuántos infortunados a los cuales nada ofrece la tierra! Una voz tierna los llama: "¡Venid cuantos os veis agobiados por el peso de las penas, venid a mí; yo os consolaré!" Y acuden a El, y en el brazo del gran mártir de la injusticia y de la ingratitud, en el corazón del más despreciado y maltratado de los hombres, en la mirada mágica del divino Crucificado, encuentran fuerzas para vivir y padecer aún. ¿Qué digo? Hallan el secreto de la paz, de la alegría, de la alegría en el dolor. ¡Hombres de la sabiduría humana, ni siquiera podéis hacer aceptar el dolor! Jesucristo lo hace amable. Saludad ese resultado tan sublime. Saludad el poder de su ejemplo, el poder de su gracia, y también

¡El poder de sus *promesas*. Dijo a sus hijos: "Vuestra tristeza se cambiará en alegría." Y al subir al cielo, añadió: "Voy a prepararos un sitio." Jesucristo nos muestra por encima de esta vida fugitiva y cambiante, otra vida estable y por siempre jamás inmóvil, y tras los senderos movibles de aquí bajo, un reposo y goces sin fin. ¿No es esto hermoso? ¡Ah, señores, si la tierra, patria de un día, debiera ahogarnos cuando sus entrañas se abran para recibir nuestros despojos fríos, el dolor sería inexplicable, intolerable, odioso. Pero Jesucristo nos enseña que el fin del hombre no está aquí bajo, y que, si el río de nuestras lágrimas corre sobre la tierra, su desembocadura está en la eternidad. Allá nos llama Jesucristo, semejante a esos atrevidos capitanes que prometen a sus soldados la conquista segura y la tranquila posesión de una tierra encantada, después de las fatigas de una travesía tormentosa. Promete a nuestros padecimientos compensaciones eternas, y, con su palabra, con su ejemplo, con su gracia, transfigura y beatifica nuestros dolores.

Intentad sustituirlo, os reto a ello. Constantemente

...is oyendo hablar de la cuestión social. ¿Qué es la ...stión social? Es sencillamente el problema no re...lto del dolor. Hay en el mundo masas humanas que ...ecen sin consuelo, y que, faltas de consuelo, lanzan ...tos de odio y rugen bajo la fuerza del dolor; y ese ...eblo no consolado hállase colocado entre gozadores ...diferentes, que le dicen que todo marcha bien, y si...stros ambiciosos, que le dicen que hay que rehacerlo ...do. Todo esto son mentiras, y las mentiras no entra... ninguna solución. No, no hay que rehacerlo todo ...la sociedad; por otra parte, trastornado el mundo, ...desterraréis jamás el dolor. No, no está todo orde...do en la sociedad. En primer lugar, reclamo, y con...mo a todos los que tienen conciencia, que reclamen ...ra el pueblo la libertad del domingo, y hacer que cese ...desorden espantoso del trabajo y la profanación del ...a del Señor. No, no digáis que todo marcha bien ...ando veo pesar sobre las tres cuartas partes de los ...mbres ese crimen que clama venganza. Mejorad la ...erte de las clases populares; pero no olvidéis que ...ando hayáis secado algunas lágrimas, quedarán to...vía olas y océanos que no podréis secar. Entonces es ...ando tendréis necesidad de Jesucristo, porque El es ...único que puede resolver la cuestión social, ya que ... y sólo El, explica y consuela el dolor.

El es el que ordena al rico que ame y socorra al po...e; El es el que hace entender al pobre por qué y ...mo hay que padecer. De pie, señores; apresuraos a ...volver a Jesucristo el pueblo que le ha olvidado. No ...y un momento que perder. El pueblo está desnudo, ...baja, padece, y cuando los hombres dominados por ...dolor, no saben mirar a Jesucristo para adorarle, ...ran a la sociedad para maldecirla. Inexplicado, no

comprendido, el dolor se cambia en odio. Esto es lógico, esto es fatal.

¿Me entendéis, señores? Pues bien, poned manos a la obra, y con vuestras palabras, con vuestros ejemplos, agrupad en torno de Jesucristo todas las inercias que le sirven muellemente, todas las ignorancias que no le conocen, todas las buenas voluntades que buscan una consigna, todas las iniciativas que, fuera de El, carecen de objeto y están condenadas a morir de inanición.

Marcha, falange sagrada, recorre el mundo, y puesto que está probado que una sola chispa basta para incendiar un bosque, ilumine a vuestros hermanos la verdad que os ilumina, y los conduzca a Jesucristo.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

IV.—La muerte

Señores:

El orden lógico de nuestras conferencias me lleva a hablaros hoy de un misterio que llevamos dentro de nosotros mismos con el misterio del pecado y del dolor. El hombre peca, el hombre padece; finalmente, el hombre muere. Este asunto tiene, felizmente, su puesto señalado en la víspera de un año que termina.

Las vicisitudes del tiempo son una imagen de nuestra inestabilidad, y cada año que termina profetiza nuestro próximo fin. Encaminémonos, pues, a Jesucristo. El es también quien nos explicará el misterio de la muerte. El nos dirá lo que es y lo que no es.

1. La muerte es un castigo.

Miradla... Es para el hombre lo que hay de más triste, [illegible] más humillante, más horrible. En vano trata de ex-

pulsarla de su pensamiento; por todas partes le persigue, en todas partes encuentra su imagen. La naturaleza está llena de proféticas advertencias: siembra bajo nuestros pies la tierra de hojas y ramas secas; deja que se cubra de la capa blanca de escarcha y nieve; inmóvil y helada, parece decirnos: "¡Tú también morirás!."

Al propio tiempo, fuerzas misteriosas se agitan y se combaten en nuestro pobre cuerpo. Cada uno de los elementos que le hacen vivir, oculta un veneno sutil que le mata. Algunos días más, y cae por tierra, como caen del árbol las ojas cuya savia se secó. Ya no se le querrá aquí; los que le amaron lo proscribirán como un objeto malsano; lo ocultarán lejos de los vivos; su cabeza será devastada, su frente roída, su boca despoblada, devorados sus dos ojos. Los hambrientos de la tumba harán un festín de los girones de su carne, hasta que no quede más que un descarnado y árido esqueleto. Y, como para mofarse de él, se enriquecerá la tierra a sus expensas con duplicada fecundidad: todo prospera más cuando el hombre se ha corrompido. ¡Qué humillación! No me digáis que exagero, quedo por debajo de la realidad. Mi palabra no es más que pálido reflejo de los horrores del sepulcro. Y para llegar a esta catástrofe, ¡qué combate tan espantoso en el que somos a la vez teatro, actores y víctimas! ¡El alma y el cuerpo en lucha antes de abandonarse! El alma que quiere continuar y el cuerpo que la expulsa; el alma que quiere partir, y el cuerpo que la retiene en sus brazos; todos nuestros amores erguidos ante nuestros ojos asombrados, nuestro corazón que quiere permanecer donde recibió hospitalidad; gemidos, gritos ahogados, llanto, abrazos furiosos y desesperados, espantosas sacudidas. Dejad hacer. Por animado que sea el combate, por enérgica que sea la resistencia, seremos separados,

oriremos. El último suspiro anunciará al mundo que mos sido vencidos, e, inclinados sobre nuestros desojos inanimados, nuestros padres y nuestros amigos clamarán: "¡Ya no existe!" He ahí la muerte; es ste, es humillante, es horrible.

¿Quién hizo esto? ¿Dios? No. Dios no hizo la muerdice la Sagrada Escritura; es demasiado bueno para ber hecho una cosa tan dolorosa; es demasiado heroso para haber hecho una cosa tan fea. La muerte un castigo. El hombre, por el pecado, se separó de os, y esta culpable separación produjo la separación lorosa del alma y del cuerpo, poco más o menos como, una máquina, la rotura del gran resorte produce la tura de todos los demás. ¡Oh hombre, dejaste a os; deja ahora tu cuerpo; arrójalo como un despoimpuro a la tierra, para que en ella haga su penincia, para que, convirtiéndose en ella en polvo, se puique y se prepare a la glorificación! ¡Oh hombre, jaste a Dios; deja detrás de ti todas las cosas creas y desciende, con sumisión, con obediencia, a ese abiso de humillación, de sacrificio y de dolor que se llama agonía! ¡Oh hombre, estás condenado a muerte, peno temas; para suavizarte tan doloroso castigo, Jecristo quiso sufrirlo contigo y divinizarlo en su perna! Él, el Impasible, el Eterno, halló medio de morir la más ignominiosa, de la más infame, de la más uel de todas las muertes. Ante la naturaleza, la muees un fin y una destrucción lamentable; a la luz de isto, la muerte es un principio y una reconstrucción gnífica.

II. La muerte no es el aniquilamiento.

El impío quisiera creerlo. Teme los fantasmas espan-

tosos que se llaman juicio divino y porvenir eterno, y, para justificar sus desórdenes, para purificar sus remordimientos, para ahogar sus temores, cree muy fácil y seguro sumergir en un mismo aniquilamiento al justo y al culpable, al opresor y al oprimido, al verdugo y a la víctima. Mas por cuanto tan horrible doctrina de la nada repugna a la recta razón, ¿qué hace el impío? Apela a la *ciencia*, y le hace decir que el alma debe perecer con el cuerpo, por cuanto es solidaria del cuerpo. Señores, esto no tiene sentido común. De que el alma esté unida al cuerpo, no se sigue que el alma perezca con el cuerpo. El cuerpo es un instrumento. Ahora bien, cuando un instrumento de música se rompe entre las manos de un gran artista, su juego se interrumpe, verdad es, pero la creación inmortal de su inteligencia, que debía traducir el instrumento, no perece con él. El alma sobrevive al cuerpo; el pensamiento no es una secreción del cerebro; la voluntad no es la expresión más elevada de una fuerza de la materia. Es falso, es exorbitante decir que la ciencia contemporánea haya aportado un solo argumento nuevo a la tesis favorida del materialismo, quiero decir, al aniquilamiento del alma después de la muerte. Que el impío patee cuanto quiera sobre los cadáveres afirmando en tono de triunfo que todo acaba con la muerte; que, al borde de una fosa, se atreva a atacar las esperanzas eternas de los que creen, y predicar la nada; tanto peor para él... La ciencia, a la cual apela en vano, nada le dirá, y la conciencia le condenará. Sí, mi conciencia, la vuestra, la conciencia universal, afirman que el vicio y la virtud no podrían llegar a un agujero eterno en una tierra vulgar, y que la nada no podría ser el último término de la responsabilidad humana y de la justicia eterna.

Esto no obstante, señores, debemos confesar que

esta doctrina desoladora de la nada, que repugna a nuestro buen sentido, halla a veces en *nuestra naturaleza* ecos tentadores. Horas hay en toda vida humana en que el pensamiento de la nada nos produce vértigos; hay horas en que la duda viene a murmurar a nuestros oídos las palabras que oyó Job en su angustia: "Si el hombre muere, ¿revivirá?"

Cuando hemos visto extinguirse la mirada que respondía a la nuestra, palidecer y callarse los labios que nos hablaban hace un momento, estremecerse por última vez, y luego caer inerte, rígida, glacial, la mano que oprimíamos; cuando hemos visto descender sobre un difunto amado el pesado silencio de la muerte, la idea de la nada acude a nuestra mente. O bien, cuando en las calles de una gran ciudad os tropezáis un día de fiesta con esas bullentes multitudes de seres ligeros y frívolos, más frívolos todavía por su contacto mismo; cuando veis desfilar ante vosotros todos esos rostros en los cuales no sorprendéis un rayo de luz y de esperanza divina; cuando alguna innoble frase parte de esa turba como expresión cínica de sus gustos y de sus ideas; o bien aún, cuando en nuestros vastos cementerios veis apretarse toda una multitud de seres finitos que vienen a devolver a la universal circulación la poca materia que les fué prestada por un tiempo determinado, y desaparecen como la vegetación que cada estación ve nacer, brillar y enterrarse en el polvo; o bien, finalmente, cuando la epidemia, la guerra o el hambre vienen a segar a los hombres por centenares de miles y a sepultarlos en una misma podredumbre... ante todos esos espectáculos, os sentís tentados de considerar al género humano como un hormiguero inmenso, como una masa indistinta y confusa que se desliza hacia la nada, os sentís a veces tentados a dudar de

lo por venir de cada alma inmortal, y os parece que oís subir del seno de la naturaleza y de la historia una vasta predicación de la nada. Pues, bien, señores, en presencia de esas tentaciones que os asedian y os perturban, ¿qué debéis creer? ¿A quién interrogaréis? ¿A la ciencia? Nada puede deciros. ¿A la filosofía? La filosofía titubea.

¡*Oh Cristo Jesús,* venid y comunicadnos la solución de este cruel enigma! Si el hombre muere, ¿revivirá? ¿Es la muerte un principio o un fin? ¿Es un aniquilamiento o la aurora de una nueva vida? Y Jesucristo me responde: "Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque haya muerto, vivirá..." Os lo he dicho; todos los mejores instintos de *mi naturaleza* protestan contra la nada. ¿Pues qué? He ahí veinte, treinta años que trabajo mi corazón para hacerlo puro, fecundo, para desprenderle de todo lo bajo, vil, perecedero, pasajero, y en el momento en que empieza a dar flores y frutos, ¿ha de venir la nada a coger las flores y a recolectar los frutos? No, no; eso es imposible. Afirmo que os engañáis. El alma no puede engrandecerse para morir. No puede engalanarse para sumirse en la nada. Pero no bastan estas esperanzas de inmortalidad infundidas en mi corazón por el Creador. He ahí el Redentor que viene a reanimarlas y a darles toda su intensidad. Todo el *Evangelio* protesta contra la nada, y el *hombre cristiano* salido del Evangelio no consentirá jamás en creer que la muerte es la última palabra de la vida. Aunque el libre pensamiento hiciese todavía más ruido y más víctimas de las que hace actualmente ante nuestros ojos, los cuales, por desgracia, no saben ya indignarse lo suficiente, el hombre cristiano continuará sus cánticos de inmortalidad y

protesta contra la nada. Hay aquí bajo, señores, un pueblo difundido por todas partes, salido de todas las razas y de todas las clases de hombres, un pueblo que cree en la vida eterna.

Y cree con tal pujanza, que cuando deposita en tierra los restos de uno de los suyos, pronuncia sobre la tumba palabras de victoria. No que desafíe la muerte, o que la acepte con melancólica indiferencia. Por el contrario, sabe apreciar toda su solemnidad, proclama todo su horror, ve en ella la inversión de la voluntad divina. Pero cree que la muerte ha sido vencida, y que la vida triunfa de ella. Ese pueblo extraño no es un pueblo de filósofos o de sabios. Algunos cuenta en su seno que se llaman Newton, Leibniz, Pascal, Bossuet, pero la mayor parte de los que lo componen no se elevan por encima del nivel intelectual del género humano. Son *niños,* niños que parecían prometidos de la vida, pero que en sus labios pálidos por la agonía viene a dibujarse una sonrisa de confianza y de paz; la muerte no los espanta; se dirigen, no a la nada, sino a la casa del Padre. Son *ancianos,* y se encaminan a la muerte, como peregrinos fatigados, pero seguros del descanso. Son *almas santas,* que apenas midieron con la mirada la corrupción de este mundo, o bien pecadores que se mancharon con todos los fangos, pero cuyas oraciones están penetradas de las lágrimas del arrepentimiento. Son hombres que ora llevaron una existencia de dolor y aislamiento, ora gozaron de todos los bienes, de todas las alegrías que el mundo envidia. Y todos, victoriosos y confiados, se dirigen a su patria. ¡Oh divino espectáculo, ante el cual se habría inclinado Sócrates! Todos esos hombres, en el aniquilamiento gradual y aflictivo de su cuerpo, avanzan con alma tranquila, serena, triun-

fante, a través de las espesas tinieblas del mundo desconocido, y sin exaltación, sin falso entusiasmo, humildes y arrepentidos, se desprenden de las angustias supremas para entrar en posesión de la verdadera vida... *Qui sunt isti et unde venerunt?* ¿De dónde vienen? Vienen de Jesucristo, de Aquel que dijo: "Soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá."

Jesucristo resolvió el problema de la muerte: es un castigo, es un principio.

Señores, el año que acaba nos recuerda que la muerte tiene nuevos derechos sobre nosotros y que le ofrecemos un botín más seguro. Desafiémosla enriqueciéndonos con los méritos que sobreviven a nuestro tránsito. Apoyados en Jesucristo, marchemos hacia el objetivo final, y, después de atravesar el invierno y el hielo de la vida actual, entremos triunfalmente en la región primaveral de la eternidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

V.—¿A DÓNDE VA EL HOMBRE?

SEÑORES:

La muerte es un principio. Todos los instintos, todos los deseos, todas las pruebas de inmortalidad que llevamos dentro de nosotros mismos, los reúne Jesucristo, los armoniza, los confirma y los eleva a su más alto punto de credibilidad. Somos inmortales; todas las páginas del Evangelio protestan contra la nada y cantan la vida futura. Pero ¿hay un medio de saber lo que nos espera en esa región misteriosa en que la muerte nos introduce? Hay un medio de conocer, o por lo menos de entrever, algo de los misterios de ultratumba? En otros términos: ¿a dónde va el hombre cuando cierra los ojos a la vida presente, cuando se hunde en las sombras silenciosas de la vida futura?

I. ¿A dónde va el hombre? La razón no podrá decíroslo.

El hombre es inmortal. Negarlo es chocar de frente con todas las percepciones de su inteligencia; es desconocer las más enérgicas inclinaciones de su corazón, es insultar las convicciones del género humano. No es posible negar la existencia de una existencia eterna más allá del recinto de la tumba, sin negar a Dios, sin negar el hombre, sin dar pruebas de una animalización avanzada. Pero esta vida inmortal que la razón proclama, ¿en qué consiste? ¿Puede decírnoslo la razón? No. Leed las interminables descripciones que nos dan de ella las *mitologías* de los diferentes pueblos, desde las vedas de la India y los sueños de Virgilio, hasta las páginas menos estúpidas y menos sucias del Corán. Esto hace sonreir, da lástima, porque vemos al hombre niño ocupado en fabricar un paraíso de conformidad con su ignorancia y su corrupción, y en juzgar de la vida futura como un infante de tres años juzga de la vida presente. ¿A dónde va el hombre? Las religiones humanas no responden a esta pregunta más que con absurdos e inmoralidades. Preguntad a los *filósofos*. Esos espíritus potentes que dominan lo vulgar, quizás traten de daros la solución del enigma; pero, desgraciadamente, saben tanto de ello como los ignorantes. Vacilan, no se entienden, se contradicen. Platón, Aristóteles, Cicerón, Virgilio, Tácito. Marco Aurelio no se atreven a decir en qué se convierten las almas más allá de este mundo, y se atrincheran en la duda, porque a la duda es donde llega toda la filosofía de Atenas y de Roma. Sus más hermosas ojeadas sobre lo por venir, sus más hermosos arranques, no superan gran cosa, ni siquiera con el genio de Platón, a los

tes rodeos de la metempsícosis. Y, cosa chocante, he í que la razón orgullosa de este siglo vuelve, en nueva forma, a la vieja hipótesis de la filosofía pagana. La razón contemporánea, para sustraerse al yugo de la Revelación, retrocede veinticinco siglos, hasta Pitágoras, y la vemos extraviarse en irrisiorios y vagos sistemas renovados de griegos y romanos. ¿A dónde va el hombre? Una supuesta *ciencia* intenta decírnoslo: nos muestra el alma humana yendo de esfera en esfera, de sol en sol, espiritualizándose siempre más en las migraciones sucesivas de planeta en planeta. Sí, señores, hay hombres que se han conquistado un puesto en nuestra literatura vulgarizando los descubrimientos de la ciencia moderna. Cítanse sus nombres con elogio, léense sus libros con confianza; sus obras se han hecho populares, han obtenido el derecho de ser admitidas en todas partes; están ilustradas con viñetas, se dan como premios, se ofrecen mezclados con los libros de piedad y con joyas de fantasía, a las mujeres, a los niños, a los letrados, a los ociosos, a los que quieren ser sabios, y sobre todo a los que quieren solamente parecerlo. Por desgracia, esos vulgarizadores no han vulgarizado casi nada más que prevenciones, risas y estupideces siempre que se meten con la otra vida. Se llaman Juan Reynaud, L. Figuier, Flammarión, y dan a sus errores títulos pomposos: *Tierra y cielo, Dios en la naturaleza, Estudios de ultratumba, El día siguiente de la muerte*, o *La vida futura según la ciencia*. ¡La ciencia, siempre la ciencia! ¡Como si la ciencia tuviera una palabra que decir, o un paso que dar en esta cuestión! Dejad esas novelas en las tiendas y comprad un catecismo de dos reales. Esto cuesta mucho menos, y es más seguro. Preguntósele un día al filósofo Cousín si había dormido bien. "No—respondió;—hace mucho tiempo que

padezco de insomnio. ¿Sabéis lo que me impide dormir? El catecismo." En efecto, señores, desde la primera línea de su primera página, es el catecismo deslumbrante para la razón. La aterra y la ilumina a la vez, y plantea esta cuestión soberana: "¿Para qué fué creado el hombre y puesto en éste mundo?" Sobre esto nada saben que decir ni los filósofos ni los sabios. Pero nuestros niños de diez años, nuestros pequeños aldeanos con zuecos, y nuestras pequeñas guardadoras de pavos, no caen en falta. Enseñados por el mismo Jesucristo, responden con decisión: "El hombre fué creado y puesto en este mundo para conocer a Dios, amarle y servirle, y, por este medio, obtener la vida eterna." Y si se les pregunta: "¿Qué es la vida eterna?, dan también respuestas sublimes que avergüenzan a la ciencia y quitan el sueño a los filósofos. Allí donde la razón se calla o divaga, habla la fe y proyecta torrentes de luz.

II. ¿A dónde va el hombre? Jesucristo lo enseña soberanamente.

¡Atrás las doctrinas antiguas o modernas, absurdas o inmorales cimentadas en conjeturas o hipótesis! ¡Atrás las viejas supersticiones de la metempsícosis y las nuevas y estúpidas teorías del espiritismo! ¡Atrás las transformaciones, peregrinaciones y encarnaciones de las almas en los mundos desconocidos, inhabitados o inhabitables! Todo esto no tiene sentido común. Levantaos ¡oh Cristo Jesús! sobre las ruinas de la pobre naturaleza humana, y puesto que quiere saber algo de los misterios de ultratumba, levantad una punta del velo y mostrad a nuestros espíritus inquietos lo que pueden entrever y lo que deben creer.

En primer lugar, Jesucristo tiene toda la autoridad para hablarnos de la vida futura. Es Dios, y lo prueba con la belleza de su doctrina, porque nadie habló jamás como El; con la santidad de su vida, porque no se le podría acusar del menor pecado; con la extensión y grandeza de sus beneficios, porque pasó por todas partes haciendo bien y consolando a todos los desgraciados. Con el número y esplendor de sus milagros, porque a su palabra los cojos andan, los sordos oyen, los ciegos ven, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Es Dios, y lo prueba padeciendo, muriendo y resucitando, porque sus padecimientos son los de un Dios por las virtudes que con ellos se mezclan; su muerte es la de un Dios por la autoridad que preside a ella; su resurrección es la de un Dios por la presciencia que le anuncia y el poder que demuestra. Es Dios, y porque es Dios, conoce la vida futura y puede hablar de ella con conocimiento de causa. Tiene palabras de vida eterna. Señores, sin despreciar a nuestro siglo, Jesucristo vale más como doctor de la otra vida que todos los astrónomos de fantasía y todos nuestros fautores de conjeturas sobre los planetas habitados. Sin aparecer como demasiado retrógrado, podemos escuchar un maestro semejante, pues conoce los secretos del mundo invisible, ya que nació en él, vive en él, y habla de él naturalmente, sin comparaciones grandiosas, sin esfuerzos de imaginación, sin razonamientos complicados. Escuchadle.

¿Qué dice Jesucristo sobre los misterios de la vida futura?

Dice: 1.º *Que los hombres serán juzgados* en el umbral de esta vida futura... ¿Hay algo más razonable, ya que son responsables y la justicia no es de este mundo?

Dice: 2.º Que los hombres, una vez juzgados,

se dividen en dos categorías, *los buenos y los malos;* los buenos serán admitidos a la visión y posesión de Dios, y los malos serán por siempre jamás separados de Dios. ¿Hay algo más razonable? ¿Es que el simple buen sentido no os dice que la diversidad de los méritos conduce necesariamente a la diversidad de la retribución, y que, por consiguiente, la vida futura de los buenos debe ser totalmente diferente de la de los malos?

Dice: 3.º Que este *mundo visible acabará un día;* no será aniquilado, sino transformado en su última catástrofe. ¿Qué puede oponer la ciencia a esta afirmación? Las conclusiones más avanzadas de la ciencia contemporánea, en vez de negar el fin del mundo, lo dejan entrever, no solamente como posible, sino como probable.

Dice: 4.º Que el *cuerpo del hombre resucitará.* ¿Por qué no? ¿Es que quien nos dió la vida no podrá devolvérnosla? La misma ciencia enseña que nada perece en la creación, que ni un átomo queda aniquilado. Y Dios todopoderoso, naturalista incomparable, ¿no podrá recoger nuestros elementos dispersos y reconstituirnos en estado de vida? ¿Es que no vale más que el cuerpo y el alma, que estuvieron asociados en la prueba, sean asociados también en la recompensa y el castigo? Por otra parte, ¿es que Jesucristo no venció a la muerte, y puso en su resurrección el preludio y el principio de la nuestra? A su llamamiento se verá germinar el polvo de las tumbas, los huesos reunirse con los huesos, la carne palpitar y revivir bajo una forma nueva, y el gran ejército de los resucitados presentarse ante la faz del Soberano Juez. ¿Qué dice todavía Jesucristo?

Dice: 5.º Que *habrá un juicio último y general* que será como la gran audiencia del género humano. ¿Qué cosa más razonable ni más reclamada por la conciencia? Todas las mentiras serán confundidas allí, todas las

máscaras hipócritas serán allí arrancadas, todos los sepulcros blanqueados serán allí abiertos, y veremos que su falsa gloria era puro barro. Los justos, con frecuencia olvidados y acechados aquí bajo, serán allí exaltados; la sabiduría divina quedará vengada de las críticas temerarias e impías, y ya no se reprochará a la Providencia que abandona los santos a las burlas del vicio triunfador. ¿Es que no reconocemos que todo eso estará muy bien hecho, que eso es necesario, después de las derrotas inexplicables de la virtud y de los triunfos escandalosos del vicio, que nos indignan a cada paso en la tierra? Esta doctrina de un juicio para todos y ante todos, ¿no halla en nuestra razón, y sobre todo en nuestra conciencia, profundo asentimiento? Finalmente, ¿qué dice aún Jesucristo?

Dice: 6.º Que esta vida futura, feliz o desgraciada, es *una vida definitiva,* tras la cual nada hay que esperar ni temer; tanto en el cielo como en el infierno, es una vida eterna. El decreto supremo está pronunciado; los machos cabríos y las ovejas quedan separados; los malos se hunden, los justos suben al cielo; Dios entra en su reposo, y la eternidad reina en todas partes. ¡Sí, la eternidad! No hay dos pruebas, no hay más que una, la de la vida presente; después, todo acabó, todo acabó por siempre jamás. ¡Ah, los que rechazan la eternidad en el castigo, los que colocan después de la muerte una reencarnación de las almas y no sé qué pruebas sucesivas, de mundo a mundo y de estrella en estrella, ¿sabéis quiénes son? Son los que quieren escapar de la justicia divina, los que, después de desafiar a Dios en la vida presente, hallan muy cómodo desafiarle también en una vida futura. Pero se engañan: la vida futura no es una prueba. sino un juicio definitivo, irrevocable. Dios es infinito en su justicia como en su misericordia, y los castigos que

inflige a los pecadores, como las recompensas que distribuye a los justos, están marcadas con el sello de la eternidad. La vida presente es una prueba, y la prueba, una vez terminada, no vuelve a comenzar para nadie. He ahí el Evangelio, nada más que el Evangelio, pero todo el Evangelio. Desgarradlo. ¿Qué pondréis en su lugar? Nada, nada sino sueños y dudas, errores, quimeras tan aflictivas para el sentido común, como para la religión y la conciencia.

¿A dónde va el hombre? Creed en Jesucristo. El hombre va a la vida eterna. Pero *¿por qué camino?*

No hay dos caminos; no hay más que uno: la fe con las obras. Hay que creer: "El que crea, será salvo, y el que no crea será condenado." Cierto día, que un joven preguntaba a Jesucristo: "Maestro, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna?", Jesús le respondió: "Guarda los mandamientos." Ya lo oís, señores; he ahí todavía el Evangelio, nada más que el Evangelio, pero todo el Evangelio. Pasarán los cielos y la tierra, pero el Evangelio no pasará. Los predicadores de la nada, los corruptores de los pueblos, los emponzoñadores públicos, los impíos que se dicen sabios y explotan la ignorancia de los pobres y de los humildes, los malos, que no viven más que una hora y la aprovechan para insultar a Dios y desafiar su justicia... todo esto pasará, y aun sobre las ruinas del mundo derrumbado, el último sacerdote, al cual el último cristiano le pregunte el secreto de la vida eterna, le mostrará a Jesucristo sosteniendo en su mano el sagrado texto y repitiendo a todas las razas, a todos los siglos, a todos los hombres: "Creed y seréis salvos. Observad los mandamientos y obtendréis la vida eterna."

Esto es grave, señores, os lo aseguro. Pero me considero dichoso en haberos explicado esta mañana esas

verdades tan brillantes y sublimes. Hubiérame sido muy difícil confiar a vuestras almas mejor provisión de luz para el año que comienza. ¡Oh hombres, colocad vuestra mano temblorosa en la mano potente de Jesús; el que le sigue, no marcha en tinieblas; El conoce el principio, el término y el camino; El avanza en la luz de la fe envuelto en las eternas claridades.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

Doctrina de Jesucristo sobre las relaciones entre el hombre y Dios

SEÑORES:

Jesucristo es la luz del mundo. Ilumina soberanamente el misterio de Dios y el misterio del hombre. Pero estos dos términos, Dios y el hombre, están hechos para encontrarse, y aquí se plantea otro problema que exige solución.

¿Cuales son las relaciones entre el hombre y Dios?

I. La simple razòn proclama la necesidad de las relaciones entre el hombre y Dios.

Sé muy bien que hay hombres que dicen lo contrario y que pretenden prescindir de toda relación entre el hombre y Dios. Cumplen sus deberes con todos, excepto con la primera, más alta y más sagrada de todas las personalidades. Se equivocan, porque abren en su co-

razón y en su vida una laguna espantosa. Honran a su padre y a su madre. ¿Es que Dios no es la suprema paternidad. Muéstranse agradecidos a los bienes que recibieron; ¿es que Dios no les hizo ningún bien? Obedecen las leyes de su patria, aun las más duras, el impuesto de sangre, la contribución sobre sus bienes; ¿es que Dios no le impuso ninguna ley? Son fieles a su palabra; ¿es que jamás dieron su palabra a Dios? ¿es que no le hicieron nunca promesa alguna? "Me lisonjeo—escribía Racine a su hijo—de que, haciendo lo posible para ser un perfecto hombre honrado, comprenderás que no puedes serlo sin dar a Dios lo que se le debe." Ahora bien, lo que el hombre debe a Dios es la adoración, por cuanto es dueño y señor de todas las cosas; es la oración, por cuanto es el dispensador libre y único de todo lo que necesitamos; es la acción de gracias, por cuanto nos ha dado la vida y una multitud de bienes; es el culto, no solamente íntimo y privado, sino exterior y público, por cuanto de tal modo somos hechos, que cuando tenemos un pensamiento, un sentimiento, una afección, un amor en el corazón, nuestra necesidad más invencible consiste en manifestarse al exterior, en traducirse en nuestros actos externos.

Señores, he ahí el lenguaje de la simple razón. Ella nos dice que Dios tiene sobre nosotros derechos absolutos. Es creador y maestro; es bienhechor, providencia; es nuestro padre, y será nuestro juez. Por consiguiente, dependemos de El y tenemos con El relaciones de adoración, de gratitud, de oración y de culto público. El hombre se mueve y Dios le guía. El hombre se agita: sirve a la verdad o la traiciona; persigue el bien o se aparta de él; se eleva o se rebaja; escala sublimes alturas o desciende a profundas degradaciones; del gran bien de la libertad que recibió de Dios hace un uso bien-

hechor o fatal. Pero siempre es Dios quien, en hora oportuna y según sus grandes designios, le abre o le cierra su carrera; es el juez del honor o de la vergüenza, como es el dueño de la vida o de la muerte. Dios señor del hombre, el hombre sometido a Dios: he ahí la verdad universal y perpetua ante la cual todas las sociedades se han inclinado, sobre la cual fueron fundadas, y casi me avergüenzo de insistir tanto sobre una verdad elemental que el mismo paganismo respetó, pero que la impiedad moderna no respeta.

Mas no solamente, señores, se impone como un deber el lazo que une al hombre con Dios, sino que se arraiga en el fondo de nuestros corazones como una *necesidad*. Veamos los *paganos*. Tienen necesidad de la Divinidad; quieren oirla, verla, tocarla; la evocan de las entrañas de la tierra, del seno del mar, de las alturas del cielo. Le gritan: "¡Ven; hazte hombre, hazte piedra, pero no nos dejes solos!"En vez de querer prescindir de la Divinidad, la hacen aparecer y palpitar por todas partes, en las montañas, en los bosques, en las fuentes y aun en los mármoles de Fidias y Praxiteles. También los judíos tienen necesidad de la Divinidad, y durante cuatro mil años buscan, llaman un Dios visible, un Dios que hable, un Dios que permita que el hombre se le acerque y le toque.

Señores, esta necesidad del lazo religioso, de tal modo es esencial a la naturaleza humana, que lo encontramos aun entre los impíos que se burlan, en su soberbia, de nuestras sagradas ceremonias.

Pasan con la frente alta y desdeñosa por delante de nuestras hermosas iglesias, abiertas a la luz y a la muchedumbre, y se hunden en logias cerradas a la luz y al torrente de la multitud. Consideran un absurdo el misterio del Dios único en tres personas, Padre Hijo y Espí-

ritu Santo, y desfallecen de gozo y de admiración ante el triángulo simbólico del gran Arquitecto del Universo. Se burlan de nuestros sacramentos, bajo cuyo exterior se oculta la majestad de Dios que los nutre, y los reemplazan por vanos símbolos, por un culto irrisorio, que nada dice a la razón y deja el corazón vacío. ¡Tanta verdad es, señores, que el hombre tiene necesidad de ponerse en relación con la Divinidad! No admite el hombre un abismo imposible de salvar entre el cielo y la tierra, y después de abandonar la religión por el camino de la blasfemia y de la negación, vuelve a ella por el camino del ridículo y del absurdo. La simple razón proclama la necesidad de las relaciones entre el hombre y Dios, pero estas relaciones, ¿en qué consisten? Aquí la razón se calla, pero Jesucristo toma la palabra. Escuchémosle.

II. Jesucristo explica la naturaleza de las relaciones entre el hombre y Dios.

Aparece, y su persona constituye el lazo que une al Creador con la criatura. ¿Habéis notado, señores, cómo, en la creación, todos los seres se sostinen mutuamente, se encadenan, se compenetran y se absorben los unos en los otros para llegar al hombre? Esta ley de armonía universal es admirable. La planta atrae hacia ella al mineral y lo hace entrar en el misterio de su unidad vegetal. El cuadrúpedo atrae hacia sí al vegetal, se lo asimila, y lo hace entrar en el misterio más profundo de su unidad animal. Finalmente, el hombre, superior a cuanto precede, atrae hacia sí de una vez el mineral, el vegetal y el animal, y, absorbiendo todos estos seres, haciéndolos entrar en el tejido de su propio cuerpo, y aun en el meollo de su substancia, los cubre con el honor de su personalidad, y los eleva con él a la dignidad del

espíritu. Considerad esto con atención, señores, pues es muy hermoso: el hombre, criatura mixta, hecho de arcilla y de inteligencia, con los pies en el polvo y la cabeza hacia arriba, lazo de unión viviente entre el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus, centralizando estos dos mundos y armonizándolos en sí mismo, de pie sobre la pirámide de la creación y saludando al Creador... he ahí un espectáculo hermoso, ¿no es verdad? Esto no obstante, entre Dios y el hombre media una distancia inmensa, por lo cual un complemento de armonía es todavía posible, y aun necesario. Aparece Jesucristo; toma en su persona divina la naturaleza humana, eleva en Sí hasta Dios al hombre, y con el hombre, la creación entera. Esto es un hecho. La armonía recibió su último coronamiento, y este coronamiento espléndido y radiante, es Jesucristo, que une al hombre con Dios, y, por medio del hombre, todos los seres creados. En adelante, entre el cielo y la tierra quedan suprimidas todas las distancias. En donde había un abismo, está ahora Jesucristo, y por medio de Jesucristo, la criatura se remonta al Creador. Vedle:

Habla, padece, muere. Durante cuarenta siglos, lo ha estado esperando el hombre culpable. Hele ahí lleno de gracia y de verdad. Se le ve, se le oye, se le toca. Deja que los niños se sienten sobre sus rodillas, y ni siquiera aparta de sí los pecadores. De su boca de oro brotan sublimes enseñanzas; sus manos multiplican los milagros y siembran los beneficios; sus pies sagrados y purísimos huellan el polvo del camino, y son regados con las lágrimas del arrepentimiento; sus ojos, sus hermosos ojos, lloran sobre Jerusalén, y convierten al apóstol infiel; su corazón palpita con amor inmenso al contacto de las miserias que le solicitan y de las inocencias que encuentra. Esto dura tres años, y luego, para acabar

...rrobar al género humano, para ganar todas las almas, ...al Calvario, en la gloria de una belleza no sospecha... ni por Homero ni por Fidias, porque estaba compues... de padecimientos, de divinidad y de amor, y su san... vertida apaciguaba la cólera celeste y llenaba los ...mos de la justicia infinita. El hombre, en su origen, ...bía sido elevado a la dignidad de hijo adoptivo de ...os. Luego, caído por su culpa de tan elevada altura, ...aba consigo a todas partes, con el memorial doloroso ...su desastre primitivo, la necesidad siempre viviente ...volver a encontrar su dignidad perdida. Entre el cie... irritado y la tierra culpable colocaba víctimas cuya ...portancia superaba aun al número. Jesucristo sube ...la cruz, y queda realizado el prodigio. Dios se aplaca, ...hombre es perdonado, y en el corazón de Jesucristo, ...os y el hombre se dan el dulce beso de la reconcilia...ón.

Verdad es, me diréis, pero la acción de Jesucristo fué ...lo fugitiva y local. Vivió treinta y tres años y vivió en ...a pequeña región, oculta, perdida, que sólo tiene vein... leguas de circunferencia.

Escuchad mi respuesta. Efectivamente, Jesucristo só... apareció un instante en nuestro planeta. Habló, pade...ó, murió, y vosotros decís: "¡A esto se redujo todo!" ...o ciertamente. Todo comienza entonces; se sobrevive ...sí mismo, y

Permanece aquí bajo el lazo único, necesario, inmor...l entre Dios y el hombre. Aquí es donde los impíos ...los indiferentes yerran el camino. Los impíos no pue...en oir hablar de la supervivencia de Jesucristo; les parece que es demasiado haber vivido ya diecinueve si...los; su voz, siempre vibrante, los importuna, y no se disgustarían si se hiciera callar definitivamente al Evan...gelio, cuyas páginas justicieras atormentan los oídos de

la iniquidad. Por su parte, a los indiferentes les cuesta mucho admitir la supervivencia de Jesucristo; le tratan como a un personaje muerto, y, por consiguiente, como una cantidad despreciable. Por eso, cuando se les invita a reunirse en torno de Jesucristo, se quedan extrañados y no quieren ver más que una figura retórica allí donde palpita una soberana y potente realidad. Señores, los impíos y los ignorantes se engañan. Sabed que Jesucristo no es un personaje vulgar, muerto a los treinta y tres años y cuyo destino quedó por siempre jamás terminado. Continúa aquí bajo para cumplir su misión esencial, que consiste en unir al hombre con Dios. Continúa aquí bajo aplicándonos sus méritos, penetrándonos con su gracia, incorporándonos a su humanidad santa, fortaleciéndonos y reparándonos por medio de sus sacramentos, enseñándonos a orar, haciéndonos marchar por la vía de sus mandamientos y de sus consejos, y, finalmente, asegurándonos la perpetuidad de su doctrina y de su gracia, gracias a una sociedad viviente e inmortal que llena de luz, y a la que garantiza la duración que no acaba nunca.

Conclusión. Si, pues, preguntáis a Jesucristo: ¿Quién es Dios? ¿quién es el hombre? ¿cuáles son las relaciones entre Dios y el hombre?, Jesucristo os responderá. El ilumina soberanamente la naturaleza divina, la naturaleza humana y las relaciones de la criatura con el Creador. Su doctrina es luminosa, estable, *popular*. Por cuarenta o cincuenta céntimos, y con frecuencia por nada, porque a veces la damos, pone Jesucristo en manos de los hijos del pueblo una teología que contiene las verdades más sublimes bajo las fórmulas más sencillas y asequibles: el catecismo. *No desdeñéis* ese librito, señores; todo está en él. Hago una suposición que, por desgracia,

absolutamente ilusoria; supongo que guardo en mi ...jón doscientas o trescientas mil pesetas en billetes de ...co, o en monedas de oro, para terminar esta iglesia; ...siento desolado al tener que deciros que no tengo una ...eta. Pero, en fin, si tuviera aquella cantidad, ¿no po... decir con toda verdad que, por pequeño que sea, ... cajón, contiene la iglesia de San Paterno? Sí, en él ...aría toda entera, y bastaría un gesto muy sencillo para ...cerla salir de él. Señores, he ahí el catecismo. Contie... la doctrina de Jesucristo bajo fórmulas que son co... lingotes de oro. Acordaos de las admirables definicio...s de Dios y de la creación del hombre, de la Divinidad, ... la Encarnación, de la Redención, de la oración, de ... sacramentos, del cielo. Acordaos de las preguntas y ...spuestas en que la profundidad de los misterios pa...ce desaparecer en la claridad de las fórmulas. Volved ...leer esto de cuando en cuando. Hay más filosofía en ...as humildes páginas, que en todos los grandes libros ... la sabiduría humana.

Volved a leer el catecismo y *enseñadlo a vuestros hi...os*. Elevóse en Francia, en el siglo XVIII, un sofista, ...uan Jacobo Rousseau, que dijo: ¡la escuela sin Dios!, ...en vez de arrojarlo de nuestro suelo a varazo limpio, se ... aplaudió. De aquel retórico, que tuvo algunos acentos ...vantados, nació una nube de pequeños, pero horribles ...ofistas que han repetido: ¡la escuela sin Dios!, y han ...abado por sacar el catecismo de la escuela.

Acogedlo, señores, en vuestro hogar. Si tuviera que ...escribir el padre más tierno y avisado, lo pintaría en el ...eno de su familia, rodeado de sus hijos, con el cate...ismo en la mano. Pero todo esto es decir muy poco to...avía. Escuchad unas hermosas palabras de García Mo...eno. Asistía al examen de un candidato al doctorado ...ue había respondido por modo muy satisfactorio a

las preguntas del tribunal. "Conoce V. muy bien el derecho, señor—le dijo el Presidente García Moreno;—pero ¿conoce V. también el catecismo? Para administrar justicia un magistrado, debe conocer ante todas cosas la ley de Dios." Y preguntó al estudiante que no abrió la boca. "Señor—le dijo gravemente García Moreno;—será V. recibido de doctor, pero no ejercerá V. su profesión sin saber el catecismo." Y observad que quien esto decía no era un advenedizo cualquiera; era el mismo que, estudiando en París, escribía a uno de sus amigos: "Trabajo dieciséis horas cada día, y si el día, tuviera cuarenta y ocho horas, pasaría cuarenta sobre mis libros sin descanso." Es el mismo que dejó de fumar para no perder tiempo en encender el cigarro y se rasuró la mitad de la cabeza para verse obligado a permanecer en su gabinete de estudio. Es el mismo que, nombrado Presidente de la República del Ecuador, hizo maravillas durante los quince años que ejerció el poder, asentó sobre amplias bases la enseñanza, construyó magníficos colegios y un observatorio, cubrió de carreteras el país, enriqueció los hospitales, y, lo que es más raro en nuestro tiempo, decupló las rentas del Estado, Semejante hombre tiene el derecho de ser oído, aunque hable a través del océano.

¡El catecismo, señores... el catecismo!

Ya no se sabe el catecismo.

Encontréme hace pocos días con un hombre muy inteligente, que me dijo: "¡Ah, señor, qué empresa tan grande la de reducir a nuestros contemporáneos a la idea religiosa y cristiana! Hay en el día de hoy en nuestra patria masas de hombres que no sospechan que, por encima del mundo material, hay un mundo moral y religioso..." Vosotros, señores, no formáis, gracias a Dios, en esas masas, ligeras, frívolas, olvidadas de las gran-

des verdades que iluminan a toda alma humana. Además, vosotros os agruparéis cada vez más en torno de Jesucristo, que es la luz del mundo y la salvación de la sociedad.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

Jesucristo es el prototipo de la ley moral

SEÑORES:

Jesucristo no se contenta con enseñarnos lo que hay que creer; nos enseña también lo que hay que practicar. Al propio tiempo que ilumina nuestra inteligencia, ordena nuestra voluntad. ¿Cómo hace esto? Primeramente con su ejemplo. "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"—nos dice. Señores, esto es espantoso, inaccesible. Porque la perfección divina se oculta en las profundidades insondables de lo infinito. Para copiarlas, tenemos necesidad de verla más de cerca. Hela ahí. Dios se hizo hombre, vivió en la tierra, se llama Jesucristo, y, colocándose bajo nuestras miradas, nos dice: "Os he dado el ejemplo, para que hagáis como yo he hecho." Jesucristo es el prototipo de la ley moral, y, aun sin hablarnos, su persona y su vida nos dicen elocuentemente cuáles son nuestros deberes.

I. Jesucristo es el prototipo de la ley moral.

Es el hombre tal como debe ser, el hombre perfecto, el hombre ideal; y esta figura de Jesucristo está tan armoniosamente compuesta y es de tal modo viviente, que se imprimió por siempre jamás en la conciencia del género humano. Ya os he dicho esto, pero hay que repetirlo, hay que mostraros en Jesucristo toda la ley moral personificada y en cierto sentido centelleante.

¿Queréis conocer *vuestros deberes con relación a Dios?* Mirad a Jesucristo. Refiere a Dios su Padre todo el honor de su doctrina, toda la gloria de sus milagros, todas las oraciones del día y de la noche, de la sinagoga y del templo, de la montaña y del desierto, todo el ardor de su celo, todos los sudores de su agonía en el huerto de los Olivos, todas las palabras pronunciadas desde la cruz, todas las esperanzas que siguen a su resurrección, toda la muchedumbre que le sigue para ser testigo de su ascensión gloriosa, y cuyo pensamiento y cuyos ojos eleva por siempre jamás hacia el cielo. Cuando se calla, es para orarle. Cuando habla, es para hablar de El. Cuando muere, es para glorificarle, y, con su ejemplo, nos enseña que el amor de Dios debe dominar todos los pensamientos, todos los sentimientos, toda la conducta, y llenar todo el espíritu, y hacer latir todo el corazón, y resumir la vida en un solo afecto, como resume la ley en una sola palabra.

¿Queréis conocer *vuestros deberes para con el prójimo?* Mirad a Jesucristo. La cuestión social ¿os roba el sueño, os atormenta, os agita? Hace ya mucho tiempo que está resuelta. Os perdéis en vanas utopias, buscáis novedades, inventáis remedios que a menudo son peores que el mal, y, como estáis ciegos, pasáis al

lado de Jesucristo, cuyos ejemplos de justicia y de caridad son la única contestación a vuestras angustias y el remedio necesario a vuestros males. Mirad qué *justo* es cuando señala y condena la dureza de corazón de los sacerdotes, la hipocresía de los fariseos, los muros blanqueados, los sepulcros llenos de corrupción, los vasos hermosos por fuera y llenos de veneno por dentro, las serpientes, las víboras engordadas con la substancia del pueblo y devorando las casas de la viudas. Mirad qué *justo* es cuando con una mano abate al soberbio y con la otra levanta al débil; cuando bendice a los niños y les promete el reino de los cielos, a ellos y a quienes se asemejen a ellos; cuando se aloja en la casa del publicano y se sienta a su mesa; cuando deja que la pecadora vierta sobre sus pies un aroma raro y lo enjugue con sus cabellos; cuando elogia y admira la fe de la cananea; cuando rehabilita a los peajeros y a los hombres del pueblo; cuando alimenta a la muchedumbre; cuando cura con un signo los ciegos, los cojos, los sordomudos, los posesos, en recompensa de su fe. ¡Ah, señores! He ahí como debemos conducirnos para restablecer el orden entre los hombres; hay que tener a la vez el corazón de una madre y la inflexible firmeza de un juez.

Mirad a Jesucristo. ¡Cuán justo es y al propio tiempo cuán *bueno!* La justicia para con el prójimo es necesaria, pero no basta. Jamás haréis marchar el mundo con la justicia únicamente. Para completar la acción de la justicia, es preciso extender entre los hombres, y casi podría decir, dulcificar, el lazo suave y atractivo de la caridad voluntaria y recíproca. ¡Oh, Cristo Jesús, mostraos a los ojos enfermos de este siglo que agoniza y enseñadnos a amar! *Ciudadano* anheloso del bien de su patria, ama a Jesucristo y llora

por su sequedad. *Maestro,* ama a sus discípulos, forma su inteligencia y su corazón, soporta su grosería, los sostiene en su debilidad, corrige y modera su celo. *Amigo abnegado,* llora la muerte de Lázaro y consuela a sus hermanas, y de cuando en cuando llega a su casa para dar expansión a su ternura. Abre su corazón al joven apóstol San Juan, y llena de indecible aroma el alma, los labios y la pluma del discípulo amado. *Hijo acabado,* ama a su madre, considera como gloria de su infancia haberle obedecido; el primer milagro de su vida pública es un nuevo testimonio de su afecto; la última mirada que da a la tierra, a ella va dirigida; la corona en el cielo y la sienta la primera de todos en los tronos del Paraíso. En resumen, amó como nadie a la patria, a la familia, al hombre; tuvo para ellos, no la justicia estrecha y rigurosa de la letra, sino la justicia del espíritu, la justicia del corazón, la justicia del amor. Cuanto más nos perdamos en frases y sistemas, menos conseguiremos la paz entre los hombres; no haremos más que atascarnos miserablemente en la cuestión social, si no corremos a pedir al ejemplo de Jesucristo los secretos de la justicia unida a la caridad.

Si conocéis ya los deberes relativos a Dios y al prójimo, ¿qué más queréis conocer? Queréis conocer los *deberes para con vosotros mismos?* Mirad a Jesucristo. Su inteligencia es la verdad y no cesa de difundirla. Su corazón es inefablemente puro. Los legisladores, al dar leyes, vense obligados a pedir gracia por su debilidad, y si se muestran arrogantes, podemos decirles siempre que echan sobre los ajenos hombros fardos que tienen buen cuidado de no cargar sobre los suyos. Jesucristo impone la perfección, pero da el ejemplo. Su corazón y su vida son absolutamente irreprochables,

y su natural es el más recto que jamás se haya visto entre los hombres. Piensa, habla, obra, armonizando perfectamente la prudencia que recomienda a ejemplo de la serpiente, y la sencillez que alaba a ejemplo de la paloma. No peca ni por exceso de celo, ni por defecto de prudencia, y en su frente, repleta de dulce majestad, resplandece la belleza ideal del hombre perfecto, sin miedo, sin tacha y sin reproche.

¿Buscáis aquí bajo el *prototipo de la ley moral? Hele ahí.* Descendió Dios a la tierra, tomó forma humana, vivió nuestra vida, vertió nuestras lágrimas, riñó nuestros combates, atravesó nuestros senderos polvorosos, sumergióse como nosotros en las obscuridades y dolorosas espinas del trabajo y del dolor, y, envuelto en carne mortal, hizo resplandecer a los ojos del género humano las virtudes que debe practicar. Señores, esto es magnífico, esto es prodigioso, esto es divino. Toda la ley moral se resume en la vida típica de Jesucristo. Jesucristo cayó de los esplendores del cielo a los anonadamientos de la *encarnación;* de aquí la necesidad de ahogar en nosotros el amor de las grandezas, de consentir en la humillación y de buscar, por nuestro propio consentimiento, una saludable abyección. Jesucristo fué *obediente* hasta la muerte en cruz; de aquí la necesidad de reprimir nuestros demasiado vivos instintos de independencia y mantenernos sumisos y tranquilos bajo la mano de toda autoridad legítima. Jesucristo fué *pobre;* de aquí la necesidad de desprenderse por lo menos en espíritu, de los bienes que poseemos, y de desembarazarnos de ellos en amplia medida con piadosas larguezas. Jesucristo fué *puro* y aunque calumniado mil veces, jamás permitió que se pusiese en duda en El la adorable virtud de la pureza; de aquí la necesidad de verla sobre nuestros afectos, de castigar la más baja de las ansias, aun en los pensamientos que la revelan. Jesucristo amó con santa pasión la *verdad;* de aquí la necesidad de que nosotros también la amemos, aun a expensas de nuestro reposo y de nuestra seguridad. Jesucristo pasó por el mundo haciendo *bien,* dió su vida por los que amaba; de aquí la necesidad de abrir sobre todas las necesidades de nuestros hermanos nuestras manos liberales, y llegar, si es preciso, hasta el sacrificio de nuestros bienes más queridos. Jesucristo *padeció,* bebió hasta las heces el cáliz de amargura, de oprobios y dolores; de aquí la necesidad de no temer la infancia, si place a Dios hacer de ella nuestra prueba, de aceptar con resignación el dolor, venga de donde viniere, de recorrer, con premura y corazón gozoso, el camino ensangrentado que abrió ante nosotros el Rey de los mártires. Finalmente, Jesucristo vivió y murió por la gloria de su Padre y por la salvación del mundo; de aquí la necesidad de hacer de estos dos grandes ideales el objeto de nuestras aspiraciones y el fin supremo de nuestra vida.

Señores, ¿qué pensáis de una religión que se presenta ante los hombres con tales ejemplos para arrobarlos, para realzarlos por encima de ellos mismos y arrastrarlos a las cumbres de la perfección moral? Semejante religión es absolutamente divina, aun para los que no la comprenden, y si yo no fuera discípulo y ministro del Dios que perdona, maldeciría a los que la combaten... Jesucristo es ¡el prototipo de la ley moral. Así, desde que se elevó sobre el mundo para decirle: "¡Mírame!",

II. Los que más se acercan a El, son los mejores entre los hijos de los hombres.

Su santidad brotó de El sobre todo el género humano. Desde su aparición, multiplicóse la virtud y forma su cortejo; parece la estela de Jesucristo a través de las olas del océano humano. Para conocer sus deberes, para ser perfecto, no tiene que hacer otra cosa el hombre que seguir a Jesucristo. Un simple recuerdo, la lectura de una página del Evangelio, una mirada al Crucificado, nos pone en presencia de Aquel cuya imitación es suficiente para llegar a la cumbre de la belleza moral. Señores, son hechos lo que refiero.

El *apóstol* mira a Jesucristo, y toma de El su ardiente amor de la verdad, su celo por la salvación de las almas, su misericordia por los pecadores, su paciencia que le hace todo para todos, sus humildes rebajamientos hacia los humildes y los pobres de espíritu, su audacia contra las empresas de la hipocresía y de la mentira, su desinterés y su vida inmolada.

El *doctor* mira a Jesucristo, y aprende de este maestro de los maestros a respetar las enseñanzas que recibió del cielo, y a transmitirlas en su virginal pureza a los que tienen sed de la verdad.

El *mártir* mira a Jesucristo, y se siente investido de una fuerza sobrehumana al oir exclamar a la santa víctima de nuestras iniquidades: "¡Arriba; marchemos a la muerte! *Surgite, eamus!*"

Los *penitentes* y los mortificados miran a Jesucristo, y contemplando las sangrientas llagas del divino Crucificado, encuentran valor suficiente para castigar el pecado y exterminar la naturaleza corrompida.

La *virgen* mira a Jesucristo, y, prendida de su di-

vina belleza, arrobada de sus amabilidades infinitas, desprecia las pasiones que dominan al mundo y los vanos alicientes del siglo. Para este esposo invisible sueña ella en el adorno de la pobreza, echa sobre sí los embelesos de la obediencia, besa los pies de los pobres, y muere en la obscuridad de un heroísmo sólo superado por la ingratitud de los descreídos, a los que semejante abnegación tiene el privilegio de irritar.

Los *príncipes* del siglo miran a Jesucristo, y, confundidos por su ejemplo, confiesan con sus actos que la suprema magnificencia consiste en despreciar todos los bienes perecederos, y que el mejor uso que de la grandeza puede hacerse consiste en emplearla en el servicio de los más pequeños.

Los *humildes* de la tierra miran a Jesucristo, y aceptan, buscan, aman su inferioridad para ofrecerla en homenaje a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte en cruz.

Los *trabajadores* miran a Jesucristo, y no es una de las menores fuerzas del cristianismo la de poder presentar a la imitación del pueblo un Jesucristo obrero, sujeto a la labor diaria como la mayor parte de los hombres.

El *pueblo* mira a Jesucristo, y de los ejemplos de Jesucristo desciende a las entrañas del pueblo yo no sé qué virtud moralizadora, pacificadora y unitiva, que es la solución misma de la cuestión social. ¡Ay del *mundo* el día en que no vuelva a mirar a Jesucristo! El ideal moral quedará extinguido ante sus ojos, y en vano buscará en las tinieblas de la noche una luz que ilumine sus senderos. ¿Es que no ocurre esto ya? A medida que Jesucristo desaparece del horizonte de este siglo, ¿es que la religión, es que la justicia, es que la caridad, es que la pureza no desaparecen también con

Él? Todas las virtudes que constituyen el firmamento del mundo moral, son como una constelación cuyo centro es Jesucristo, y los astros secundarios siguen la suerte de la estrella central.

Cuando la religión baja, no es la virtud la que sube. Cuando se oculta Jesucristo, la ley moral se vela y se obscurece. El mundo, señores, acabará por percatarse de ello, y, enfermo, marchito, desengañado, volverá a preguntar a Jesucristo, con la regla de la virtud y el bien, el secreto del orden y la seguridad de la paz.

Como Chateaubriand agonizante, el siglo que va a terminar tomará la cruz en sus febriles manos, y antes de sumergirse en los mudos abismos en que duermen las cosas finitas, dirá en su último aliento entrecortado por sus últimos suspiros: "¡Oh Cristo Jesús, oh rey mío, sólo Vos podéis salvar al mundo! ¡No se os destronará jamás!"

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La moral evangélica

I.—La moral religiosa

Señores:

Mostróse Jesucristo, y su vida es el espejo perfecto de la ley moral. Habló luego, abrió su boca y su corazón, y dejó caer sobre el mundo palabras inmortales que brillarán en la conciencia humana como estrellas en las tinieblas de la noche. Vamos a recoger algunas de estas palabras, y estudiar en su belleza luminosa la moral evangélica. La moral evangélica es religiosa, social, individual, según que nos trace nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo o para con nosotros mismos. Preguntaremos hoy a Jesucristo sobre la moral religiosa, y nos dirá lo que debemos a Dios, es decir, el culto y las obras.

I. Debemos culto a Dios.

Cierto día, un doctor de la ley preguntó a Jesús: "Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento?" Jesús le respondió: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas." En otra ocasión, de pie en una de las montañas de Galilea, enseñaba a la muchedumbre, y decía: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura... Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá. ¿Quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? Y si pide un pescado, ¿quién de vosotros le dará un escorpión? Si, pues, vosotros, malos como sois, sabéis dar dones útiles a vuestros hijos, ¿con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los cielos dará el bien a los que se lo piden?" Y como los apóstoles le dijesen: "Señor, enséñanos a orar", respondióles poniendo en sus labios esta admirable oración, tan corta y tan completa, tan sencilla y tan general, tan sublime y tan fácil de entender: *Pater noster.*

Señores, he aquí en pocas palabras el culto que debemos a Dios: amarle, rogarle, devolvérselo todo. *Víctor Hugo,* elegido par de Francia, decía a Luis Felipe, en la recepción del año nuevo: "Señor, Dios tiene necesidad de Vos." Pero Luis Felipe respondió, con sonrisa poco convencida, a esta lisonja que corría parejas con la burla: "Dios no tiene necesidad de nadie."

> Y los simples mortales, vanos juguetes de la muerte,
> Son ante sus ojos como si no fueran.

Pero, desde el momento en que existimos y somos

criaturas suyas, reclama de todos nosotros, y todos le deberíamos, el homenaje de nuestro ser completo. A El pertenecen los pensamientos de nuestro espíritu, los recuerdos de nuestra memoria, los actos de nuestra voluntad, las palpitaciones de nuestro corazón, los cuadros de nuestra fantasía, los movimientos de toda nuestra vida.

¡Oh hombre, Dios te pide tu primera palabra para bendecirla y tu primera sonrisa para purificarla; los primeros esfuerzos de tu infancia, los estudios de tu juventud, las labores e inquietudes de tu edad madura, los pasos vacilantes de tu vejez, tu voz que decae, tu ardor que se extingue, tu último aliento que va a exhalarse en un suspiro apenas perceptible. A Dios pertenece el grito de *tus dolores,* esa fuerza desconsolada del alma que se rompe; a Dios la explosión de tus alegrías, esa fuerza más peligrosa todavía del alma que embriaga. Magistrado, pídele que asegure tu mano la sagrada balanza de la justicia. Cónsul, inclina ante El las haces del Estado, a fin de que sean terror de los malos y esperanza de los buenos. Soldado, haz bendecir tu bandera. Marino, ponle a la cabeza de tu nave; labrador, llama su sol y su rocío sobre el surco que acabas de abrir en los campos de tu padre; obrero, pídele tu pan cotidiano, y cuando salgas del taller, de la fábrica o de la labor, ven a que Dios te eleve, te consuele, te ennoblezca, te enseñe a ser resignado y honrado y a estar contento de tu suerte. Rico, ven a tributarle el homenaje de opulencia, y a hundir ante El tu frente en el polvo. Hombre, cualquiera que sea tu nombre, tu ciencia, tu condición, póstrate ante Dios para adorarle como a tu Creador, para servirle como a tu dueño, para amarle como a tu padre, para confesarle en la lengua de los humildes que El lo es todo y

que vosotros nada somos ante El. No abras ningún camino sin implorarle, a fin de que envíe sus ángeles de la guarda para que acompañen a los viajeros que lo recorran. No fundes ni casa, ni empresa, ni imperio sin invocar su auxilio, porque no hay otra fuerza que la que El sostiene, ni otra vida que la que El da, ni otra duración que la que El asegura, y allí donde El se aparta para dar paso al hombre, el vacío que produce con su ausencia sólo puede llenarse con amargas ruinas. Tal es, señores, el primer elemento de la moral religiosa: amar a Dios, rogarle, devolvérselo todo.

Debemos culto a Dios. ¿Se encierra todo en esto? No. Esto no es más que la mitad de la moral religiosa.

II. Debemos a Dios las obras.

Señores, voy a tocar aquí un punto muy delicado y muy importante; prestadme toda vuestra atención.

1.° *El culto sin las obras*...¿Qué es? Es oro sobre hierro, son hermosas apariencias arrojadas al vacío, es la unión indecorosa de una vida en que la virtud no ocupa su puesto, con una religión superficial, que tiene la pretensión de honrar a Dios. He ahí un hombre que ora en su gabinete y en la iglesia; enarbola la bandera de la fe; adora ostensiblemente a un Dios crucificado. Pero a todo esto une un natural detestable, violento, colérico, duro para con los que están bajo su dominio; es egoísta, no piensa más que en sus intereses, emplea para llegar a sus fines la astucia y la injusticia, muéstrase celoso de cuantos le rodean, y aplasta sin piedad a todo lo que le hace sombra; lleva además una vida muelle, una vida sensual, una vida de sibarita; reple-

to de salud y bienestar, arroja, el domingo, una misa de mediodía sobre una semana de pereza y de goces... Tributa culto a Dios, pero no le ofrece obras.

He ahí una mujer que se juzga piadosa; reza el rosario, se confiesa, se acusa de distracción en sus oraciones. Pero no se acusa de que falta a sus deberes de estado, de que desgarra con toda su boca la reputación de su prójimo, de que se olvida de pagar sus deudas, de que se deleita con lecturas malsanas. Tributa culto a Dios, pero no le ofrece obras. Ignoro si existe todavía, en un rincón de algún santuario, una de esas caricaturas de la piedad, de ojo feroz, de espíritu estrecho, de corazón seco, que tiene a gala frecuentar la iglesia, y vierte lágrimas hipócritas sobre los desórdenes del género humano, decorando con el nombre de religión, la estupidez, la ignorancia, la envidia, la bajeza y el odio; pero si sé que esos horribles espectros fueron expuestos en la picota por el Dios del Evangelio.

El culto sin las obras subleva vuestra honradez natural, señores. Escuchad a Jesucristo; sobre este punto es implacable: "¡Ay de vosotros—exclama,—fariseos e hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del encido y del comino, y descuidáis lo esencial de la ley, la justicia y la misericordia! ¡Ay de vosotros que limpiáis lo exterior de la copa y del plato, y en lo interior no sois más que fraude e impureza! ¡Ay de vosotros, semejantes a sepulcros blanqueados, cuyo exterior parece hermoso a los ojos de los hombres, pero cuyo interior está lleno de podredumbre y de osamentas de muertos!" Y en otra parte dice: "Nadie puede servir a dos señores. No podéis servir a la vez a Dios y al dinero..." Y añade todavía: "Cuando presentéis vuestras ofrendas al altar, si os acordáis de que vuestro hermano tiene algo contra vosotros, dejad al pun-

to vuestra ofrenda, y corred a reconciliaros con vuestro hermano, y luego venid y ofreced vuestro don." En estas palabras, y en cien otras que podría citaros, nos da a entender Jesucristo la verdad esencial de que la moral religiosa consiste, no solamente en el culto, sino también en las obras que se llaman justicia, caridad, misericordia, pureza, probidad, desinterés, y que una religión compuesta únicamente de prácticas y enteramente desnuda de virtudes, no es más que una burla deshonrosa para Dios y abominable a los ojos de los hombres. El culto sin las obras, no es ni siquiera la mitad de la religión, no es más que la superficie de la religión; es oro sobre hierro, bellas apariencias arrojadas al vacío. No separéis lo que Jesucristo unió. ¿Qué pide para Dios?

2.° *El culto con las obras*... He ahí la religión verdadera, la religión total, la religión una e indivisible. En efecto, ¿cómo amar a Dios sin amar al propio tiempo lo que Dios ama, y en la medida en que lo ama? El que ama a Dios, ¿cómo no amará la *verdad*, la justicia, la pureza? Dios es la verdad, la justicia, la pureza misma, y, desde el momento en que el hombre se eleva a Dios, se eleva necesariamente hacia el Bien, hacia la Belleza, hacia la Verdad. ¿Cómo no amará el *hombre* a sus semejantes? Nuestro prójimo es el prójimo de Dios, su corazón, su imagen, su hijo, y, desde el momento en que nos elevamos a Dios, tan alabado, tan alto, tan grande, procederemos lógicamente descendiendo hacia el hombre, su hijo, y sobre todo hacia el humilde, hacia el pobre, hacia el inferior. El que puede lo más, puede lo menos; el amor de Dios entraña el amor del hombre. El que ama a Dios, ¿cómo no amar a su *familia?* Dios se la dió, la bendijo, la hizo

fecunda, la selló con el signo augusto de su adorable Trinidad, la enriqueció con su gracia. ¿Cómo no amar a su *patria?* Dios es autor y padre de todas las sociedades terrenales, y las hace concurrir a la consecución de sus designios, y nuestra patria muestra en cada una de sus páginas la huella del paso de Dios y el reflejo de la acción providencial. ¿Cómo no amar al *género humano?* Hízolo Dios a su imagen y semejanza, rescatólo con su muerte, elevólo y lo arrastra con su aliento poderoso, y lo encamina al cielo, donde quiere coronarlo.

El que ama a Dios, señores, ¿cómo no amará a *su siglo?* Señores, se ha hecho en nuestros días algo abominable. Se ha puesto de un lado la religión, con sus dogmas, su moral, sus prácticas, y de otro el siglo, con los nombres sonoros, y las grandes ideas que agradan a sus oídos y embelesan su espíritu: el hombre, la razón, la naturaleza, la patria, el valor, la ciencia, la libertad, el progreso, y se ha dicho: "Esto matará a lo otro; la religión es enemiga de los grandes ideales del siglo XIX." Y se ha originado un antagonismo entre la religión y el siglo. Señores, es eso una mentira perniciosa, infame, y mientras quede un aliento en mi pecho, lo emplearé en protestar contra esa mentira, que ha pervertido millares de inteligencias de nuestro tiempo y paralizado las mejores fuerzas del cristianismo en nuestros desgraciados días. ¿Es verdad que no podemos al mismo tiempo amar a Dios y a nuestro siglo? No, eso no es verdad. No, no es verdad que la religión sea irreconciliable con las aspiraciones legítimas de nuestra época. Dios quiere la *libertad* de todos los hombres en la justicia y en la verdad. Dios nos hace sensibles al *honor*, y hace que este sentimiento se conserve inalterable e invencible. Dios ilumina nuestra

razón, y la prueba de que no la teme, es que la creó. Dios nos invita a descubrir los secretos de la *naturaleza,* y la prueba de que no los cree perjudiciales a la religión, es que la conoce antes de que pensásemos en penetrarlos.

Hombres que amáis a Dios, amad sin temor la naturaleza, obra de sus manos, la razón, soplo poderoso de su boca, la industria, espejo de sus perfecciones, la ciencia, rayo de su luz, la libertad, cuyo autor es, la igualdad, de la cual es árbitro, la fraternidad, cuyo centro es, el progreso, del cual es fuente única, regulador supremo y fin eterno.

Hombres que amáis a Dios, id. Por lo mismo que amáis a Dios, afirmo que amáis a vuestro siglo, a vuestros hermanos, la familia, la patria, el hombre, la verdad, el deber. Todo lo que es caro a Dios, os es caro y sagrado. La religión es, para vosotros, el culto, cuya raíz es, con las obras, cuyos frutos son. Así lo quiso Jesucristo cuando dijo: "No los que dicen: ¡Señor, Señor!, entrarán en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos."

¡Qué bella es, señores, la religión así comprendida! Arbol gigante, se eleva de la tierra al cielo, y embalsama al género humano al propio tiempo que honra la divinidad. Con ella, toda debilidad se convierte en fuerza, toda tristeza en alegría, toda amargura en consuelo. Ella es el alma de todas las cosas puras, delicadas, generosas. Gustadla, señores, y os convenceréis de ello. En vuestra suprema hora, os lo predigo, diréis como Roger-Collard agonizante: "Sólo tengo un pesar: no haber dado en mi vida mayor importancia a la religión." Hace cuarenta y cinco años que decía esto Roger-Collard. Mucho camino hemos recorrido desde entonces, pero muy ciegos han de ser los que no quie-

ran ver, a la luz de este siglo que expira, la necesidad que tienen de la religión las almas y las sociedades.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La moral evangélica

II.—La moral social

Señores:

Las palabras de Jesucristo tienen una fecundidad inmortal. Vivimos de ellas, y si un pueblo prescinde de ellas será como una tierra que ha perdido su semilla, y ya no es buena más que para producir espinas y abrojos. Fuera de Jesucristo, perece la moral religiosa. ¿Y la moral social? ¿De dónde viene sino de Jesucristo? Vamos a verlo. Abramos el Evangelio y saquemos de sus páginas divinas las grandes verdades que son condición necesaria de la paz entre los hombres.

I. Jesucristo proclama el principio de la moral social, es decir, de la paternidad humana.

Muchos hombres se imaginan que uno de los benefi-

cios de nuestras revoluciones consiste en haber enseñado al mundo que todos somos hermanos, hijos de Adán. Señores, semejante prejuicio sería indigno de vosotros, pues todos sabéis a qué ateneros sobre la leyenda absolutamente ridícula que coloca a fines del siglo XVIII la invención de la fraternidad.

El siglo XVIII, hijo de Voltaire, de Luis XV y de Rousseau, acabó en el lodo y en la sangre, y predicó la fraternidad en el cadalso. En cuanto a los mil pequeños sofistas que representan en nuestro siglo la raza degenerada de Rousseau y de Voltaire, ¿sabéis lo que dicen de esta cuestión de la fraternidad? Hace cincuenta años que, para levantarse una estatua, se izan sobre la ciencia como sobre las tablas de un teatro, y dicen a quien quiere oirlos que el hombre desciende del mono, y no es más que un animal perfeccionado. Señores, rechazad con el pie todas esas villanas teorías. Contemplad a Jesucristo y escuchadle. El es el restaurador verdadero, el inmortal apóstol de la fraternidad humana. Véole en el pesebre, luego en un taller, finalmente en una cruz. En el pesebre, hácese, por su nacimiento temporal, hermano del pobre, del humilde, del abandonado. Al salir del taller, va a predicar a la samaritana, a absolver a la pecadora, a tomar a su servicio al pecador y al publicano, a llamar a los paganos lo mismo que a los judíos, a anunciar el Evangelio a todo el mundo. En la cruz hace hablar a su sangre derramada, y nos enseña que todos somos hijos suyos, nacidos del mismo amor, y rescatados por el mismo sacrificio. Habla: "Dios—dice—es vuestro Padre celestial y todos sois hermanos. *Omnes fratres estis.*" Y, de hecho, ante semejantes palabras, caen por siempre jamás todas las distinciones de raza, de casta, de nación, de persona. Ya no hay ni judíos ni gentiles, ni

griegos ni romanos, ni esclavos ni hombres libres. Ya no hay más que hombres, mejor dicho, almas creadas por Dios, rescatadas con la sangre de Dios, llamadas a poseer a Dios en los esplendores eternales. El pobre es un alma; he ahí por qué Jesucristo le declara bienaventurado. La mujer, por largo tiempo desconocida, es un alma; he ahí por qué Jesús la levanta, la elogia, la consuela. El niño que apenas anda, es un alma; he ahí por qué Jesucristo le acaricia y le toma sobre sus rodillas. El niño no nacido todavía, es un alma inmortal. Guardaos de rechazarlo a la nada y despreciar uno solo de esos pequeños. ¡El insecto vale un mundo; ¡han costado tanto! ¡Desapareced, vanas acepciones de personas; borraos, apariencias mundanas; caed, máscaras engañosas que nos ocultáis la verdadera fisonomía del hombre! Jesucristo lo dijo: "Todos los hombres son hermanos", y no existe un solo púlpito cristiano que no sea eco fiel de estas palabras divinas; ni hay un sacerdote que, desde lo alto de la sagrada tribuna, no diga al rico como al pobre, al grande como al pequeño, al príncipe como al súbdito: "¡Sois hermanos míos!" Señores, es incontestable que la fraternidad humana, ese principio necesario de la moral social, viene de Jesucristo. Pero sentar un principio hubiera sido insuficiente.

Vedlo... Hoy en día, después de diecinueve siglos de cristianismo y muchos años de revolución, nos complacemos en reconocer en teoría que todos los hombres son hermanos, pero prácticamente vivimos como si estuviéramos solos en el mundo, y como si el resto de los hombres fueran para nosotros indiferentes, esclavos o enemigos. "¿Creeríais—dijeron un día a Mirabeau—que todavía hay quien apenas confiesa que todos somos de la misma sangre?" "Sin duda—respondió el tribuno,—porque no hay verdad que me cueste más de creer que esa." Jesucristo conocía las pretensiones y prejuicios indesarraigables de nuestra orgullosa razón y de nuestra indomable personalidad. Así, no contentos con afirmar el principio de la moral social, saca de él sus preceptos formales, y, en medio de hombres siempre dispuestos a devorarse, enarbola el estandarte sagrado de la justicia y de la caridad. Atención, señores. ¿Buscáis el secreto de la paz del mundo? Helo aquí:

II. Jesucristo proclama los dos elementos de la moral social.

1.° En primer lugar, la *justicia*. No vino a destruir la ley, sino a cumplirla, a restaurarla, y devolverle su sencillez y grandeza primitivas. Toma, pues, el Decálogo, lo purifica de toda alteración, y dirigiéndose a las *familias*, promulga las leyes eternas de la sociedad conyugal y del hogar doméstico: la unidad e indisolubilidad del matrimonio, el afecto recíproco y el apoyo mutuo, los deberes de los hijos armonizados con los deberes del padre y de la madre. Se dirige a los *individuos*, y promulga las leyes eternas de la justicia fraternal. "*Non occides. No matarás.*" Respeta la vida de tu hermano, la vida de su cuerpo, la que no debe atacar directamente con el veneno, el hierro o el fuego, ni disminuir o debilitar con un trabajo superior a sus fuerzas; respeta la vida de su alma, mil veces más preciosa que la del cuerpo, mil veces más atacada por la corrupción y el escándalo.

"*Non mœchaberis*, No cometerás adulterio." Respeta el hogar de tu hermano. En él toma asiento, en su inocencia y en su virtud, la compañera de sus alegrías y de sus penas; en él está el lecho nupcial que Dios

bendijo y sobre el cual dijo: "Creced y multiplicaos." Ciérrese ese hogar íntimo a las miradas del profanador; no pise jamás su umbral el pie de los extraños; permanezcan siempra erguidos los altares domésticos, en la justicia y en la austeridad de sus santas costumbres.

"Non furaberis. No robarás." Respeta la fortuna de tu hermano. Esta fortuna, adquirida con su trabajo o transmitida por los antepasados, es la parte de la herencia común que Dios le asignó en las desigualdades inseparables del orden social. Estas desigualdades que os chocan, son necesarias y providenciales; aseguran la paz, procuran el bien común, reúnen los hombres entre sí merced al cambio de servicios que hace al pobre tan indispensable al rico, como indispensable es el rico para el pobre.

"Non falsum testimonium dices. No levantarás falsos testimonios." Respeta el honor de tu hermano. La maledicencia lo disminuye, la calumnia lo ennegrece, la apreciación temeraria de su conducta os hace usurpar un papel que pertenece únicamente a Dios. Descended de ese tribunal al cual no habéis sido llamados ni para hablar como testigos, ni a sentenciar como jueces.

Tales son, señores, las grandes barreras levantadas por la mano divina de Jesucristo para garantizar exteriormente lo que el hombre tiene de más precioso: su vida, su fortuna, su honor, el reposo de su hogar; y la moral social no será más que un vano nombre, y el mundo se hundirá constantemente en el fango y en la sangre, mientras no corra a los pies de Jesucristo y le diga: "¡Señor, hablad, os escuchamos; enseñadnos las leyes de la justicia!"

Mas, notadlo bien, señores, no son únicamente los individuos los que deben observar las leyes de la justicia evangélica, sino también las *naciones*. Al promulgar Moisés la ley, miraba a todo el pueblo de Israel. Al restaurarla Jesús, mira a todo el género humano, y dirigiéndose a los pueblos y a los cabezas de los pueblos les dice: "Nada de guerras inútiles: *non occides;* nada de anexiones violentas: *non furaberis;* tapad la boca a los sofistas: *non loqueris testimonium falsum;* destruid el altar en que colocáis a las cortesanas: non *mœchaberis!...*"

¡Oh pueblos, si queréis ser dichosos, si queréis ser hermanos, reunid las tablas rotas de la ley, y grabad en vuestros corazones sus preceptos inmortales! La justicia eleva a las naciones lo mismo que a los individuos.

¿Es esto todo? ¿No hizo otra cosa Jesucristo que repetir lo que hizo Moisés y promulgar por segunda vez el Decálogo? No. Lo completó. Con la justicia únicamente, no puede marchar el mundo. Parécese a una inmensa máquina cuyos rodajes están bien ajustados y coordinados, pero a la que falta aceite. Intentad ponerlos en movimiento, y veréis cómo cruje, cómo rechina, cómo grita, cómo vuela en pedazos. Pero Jesucristo aporta el aceite necesario para que funcione la máquina, y populariza y hace entrar en las costumbres el segundo elemento de la moral social.

2.º *La caridad.* Escuchadle, señores; lo que dice Jesucristo es divino "Amarás al prójimo como a ti mismo; este segundo mandamiento es semejante al primero, y los dos unidos contienen la ley y los profetas." ¿Pero cuál es el prójimo al que hay que amar como a nosotros mismos, y con el mismo amor que debemos a Dios?

Todos los hombres, conocidos o desconocidos, ciudadanos o extranjeros, ricos o pobres, amigos o enemi-

gos. Ninguno queda exceptuado; hay que amarlos a todos. Sólo un Dios podía ensanchar así el corazón humano. Los sabios habían dicho: "Soy hombre y nada humano me es extraño." Jesucristo no se contenta con esta vaga simpatía, sino que pide al corazón humano, como una cosa nueva, el amor generoso que le impulsó a El a sacrificarse por los que amaba: "Amaos como yo os he amado." Y quiere que este amor se extienda

Aun a los enemigos. "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen."—"Sabéis que ha sido dicho: "Ojo por ojo, diente por diente." Pero yo os digo: No resistáis ni siquiera al mal que intenten haceros, sino que, si alguien abofetea vuestra mejilla derecha, presentadle la otra. No juzguéis, y no seréis juzgados; perdonad, y se os perdonará; seréis medidos con la medida con que midierais a los demás. Perdonad, no siete veces, sino setenta veces siete. Finalmente, todo cuanto queráis que los hombres hagan por vosotros, hacedlo por ellos. He ahí la ley y los profetas."

Y con la ley del perdón, precisa Jesucristo

La ley de la limosna. "Cuando deis limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha." "Sed misericordiosos, y obtendréis misericordia." "Emplead vuestras riquezas injustas en ganaros amigos, a fin de que, cuando muráis, se os reciba en los tabernáculos eternos." "El que dé solamente un vaso de agua al más pequeño de mis hermanos, en verdad le digo que no perderá su recompensa."

Oidlo bien, señores: Jesucristo tiene amigos, privilegiados, pero no son los fuertes, ni los poderosos, sino los que padecen, los que lloran, los que el mundo desdeñó hasta entonces. Hay que amar a todos los hombres, y

Sobre todo a los pequeños, a los débiles, a los abandonados. Lo ssabios habían dicho: "Se debe al niño el mayor respeto." Pero Jesús revela la razón de ese respeto: "Los niños son hermanos de los ángeles que contemplan la faz del Señor." La sabiduría humana dió consejos, pero El maldice a los miserables que escandalizan a los niños. Los sabios habían dicho: "El desgraciado es cosa sagrada;" pero Jesucristo no es de parecer que nos abstengamos únicamente de despreciar esta cosa sagrada, sino que quiere que nos acerquemos a ella por el deseo y por el amor. Beatifica la pobreza; la exige a las grandes almas. Hace de los pobres y de los desgraciados otros seres como El, seres divinos en los cuales recibe, por infalible apropiación, todo el bien que parte de nuestros corazones compasivos y de nuestras caritativas manos: "Todo cuanto hagáis por el más pequeño de mis hermanos, por mí lo hacéis." Señores, esto es prodigioso. Jesucristo y el pobre no hacen más que uno. Jesucristo se substituye a los desventurados y a los pobres; levanta sus frentes inclinadas por los padecimientos, hace resplandecer los harapos de la miseria con un rayo de luz celestial, y reviste de su dignidad popular a aquellos cuya condición y librea tomó aquí bajo.

Señores, cuando pagáis al doméstico que embetuna vuestras botas, al conserje que os da vuestra llave, al barrendero que limpia vuestra puerta, ¿habéis cumplido con toda la ley de Jesucristo? No. Habéis sido justos, pero esto no es más que la mitad de la moral social, y Jesucristo ordena subir más alto, y completar la justicia con el amor. En una palabra, ennoblece todos los servicios, desde el del príncipe, que sirve a su pueblo, hasta el del doméstico, que sirve a su dueño. "Entre vosotros—dice,—el que quiera ser el primero, se hará ser-

vidor de todos los hermanos, semejante al Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir."

Señores, anheláis la paz social entre los ciudadanos. Creedle, las teorías humanitarias y los sistemas socialistas no pueden nada sobre esto. Lo que os falta es la justicia completada por la caridad. ¿Quién puede daros todo esto? Jesucristo, por cuanto El trajo al mundo la justicia, que había sido olvidada, y la caridad, que era desconocida. ¡Y todavía, señores hay hombres que sueñan toda la noche, y trabajan todo el día en borrar el reino de Jesucristo en la conciencia privada y en la conciencia pública, que se encarnizan en destruir lo que nos resta todavía de moral cristiana en las costumbre y en las leyes, que extraen de los pueblos ciegos las últimas gotas de la sangre de Jesucristo que les dan la vida...! ¿Verdad que es esto un crimen, y que semejante atentado contra el orden social no debería dejarnos fríos, pasivos, indiferentes? Cuando se suprimen las fuentes de un río se seca también el río. La fuente de la fraternidad, de la justicia, de la caridad, la fuente de la moral social, es Jesucristo. Salvad la fuente, no permitid que se seque, y, de pie ante los altares de Jesucristo, cantad:

"¡Gloria a Dios en el cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La moral evangélica

III.—La moral individual

Señores:

Después de la moral religiosa, que asegura el reino de Dios en la tierra, después de la moral social, que asegura la paz de los hombres, viene la moral individual, que hace resplandecer en la frente del hombre la *gloria de la virtud*. Aquí los sabios de la tierra se dividen en dos categorías. Los *unos* dicen: "Toda pasión es santa, toda pasión es una necesidad de la naturaleza, que el hombre puede y debe satisfacer." Semejante moral, señores, es innoble; es la consagración del desorden, la rehabilitación de la deshonra, la destrucción de toda virtud.

Otros filósofos, mejor dotados y mejor intencionados, proceden con apariencias de sabiduría, y ponen la virtud en la moderación del deseo: Dicen pues: "No

extreméis la venganza, si tenéis esta pasión; no os irritéis demasiado, si tenéis la pasión de la cólera; no gocéis demasiado, si tenéis la pasión del placer; la virtud consiste en no excederse en el mal, y en hallar el justo medio entre la resistencia a la pasión y la hartura de la pasión." Semejante moral, señores, es inaceptable. Desde el momento en que abre la puerta a la pasión, le permite invadir al hombre todo entero. La conciencia reclama otra cosa. Levantaos ¡oh Cristo Jesús!, y con una palabra de vuestra boca, descifradnos los secretos de la moral individual. Helos aquí, señores, tales como el Evangelio nos los expone en su admirable lenguaje.

I. La primera ley de la moral individual es la abnegación.

Señores, hay en el hombre una pasión capital dueña y dominadora, la pasión *del yo,* el egoísmo. El hombre, si sólo escucha su naturaleza corrompida, no ama a Dios ni a sus hermanos; se ama a sí mismo; a sí mismo en el orgullo, o en el egoísmo del espíritu; a sí mismo en la sensualidad, o en el egoísmo del corazón y de los sentidos; a sí mismo en la codicia, o en el egoísmo de todos los bienes, que se atribuye sin partición ni medida. "El egoísmo—dice Bacon—pegaría fuego al mundo para freir un huevo." En efecto, la historia y la experiencia prueban que la ambición, en el deseo de llegar a los honores, a los puestos, a las dignidades, es capaz de todo; que el voluptuoso, para satisfacer su pasión, no retrocede ni ante el deshonor, ni ante la injusticia; que la codicia sacrifica de buen grado su conciencia y su prójimo para aumentar su fortuna. El egoísmo es la gran llaga de nuestra naturaleza.

Escuchad a Jesucristo: "Si alguien quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo." Con una palabra sienta la ley de la moral individual: la abnegación; con una palabra aplasta la pasión soberana del género humano: la pasión del yo. Y por la más extraña y divina de las paradojas, nos muestra, en la renuncia de uno mismo, el secreto de la felicidad. En el comienzo de su vida pública, al pie de una montaña, de una montaña solitaria, en el día de su primera predicación, abre la boca y dice: "Bienaventurados los pobres de espíritu," es decir, los que renuncian a desear los bienes de la tierra, si no los poseen, y a aferrarse a ellos, si los poseen. "Bienaventurados los mansos", es decir, los que renuncian a los arrebatos de la cólera. "Bienaventurados los que lloran", es decir, los que renuncian a las alegrías pasajeras y perecederas del mundo. "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia", es decir, los que renuncian a las ganancias ilícitas y a las solicitaciones de la fortuna. "Bienaventurados los misericordiosos", es decir, los que renuncian al cruel placer de la venganza. "Bienaventurados los puros de corazón", es decir, los que renuncian a los altercados, a las querellas, al orgullo del espíritu. "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia", es decir, los que entregan su cabeza antes que su conciencia y renuncian a la vida antes que al deber.

¡Santa montaña, que oiste por primera vez estas palabras adorables, yo te saludo, yo te bendigo! He ahí las glorias y felicidades de la abnegación cristiana opuestas a los bajos goces del egoísmo humano. En adelante, la pobreza no será ya un oprobio, la dulzura una falta, las lágrimas una amargura, la justicia una palabra vana, el perdón una cobardía, la pureza una ilusión, el amor de la paz una debilidad, el martirio una

locura. El placer, la riqueza, el falso puntillo de honra, las pasiones divinizadas, todos esos tiranos del hombre, son al fin confundidos y desterrados de su corazón. Todas las codicias quedan abatidas, y sobre las ruinas del egoísmo se cierne, victoriosa e inalterable, la primera ley de la moral individual: la abnegación.

Entremos en detalles.

II. La segunda ley de la moral individual es la pureza.

El egoísmo, o el amor excesivo y desordenado de nosotros mismos, se divide en dos ramas principales: la sensualidad y la codicia. La sensualidad, señores, ¡qué pasión tan salvaje! ¿Será preciso que os señale algunas de las ruinas que marcan su paso a través del mundo? ¿Por ventura no demuestra admirablemente la experiencia que la pureza de las almas es uno de los más fecundos principios de la belleza y energía de los cuerpos, en tanto que la voluptuosidad es casi siempre, para aquellos que la tocaron, un vestido de fuego, una tela emponzoñada, que devora y consume aun a los Hércules? ¿Es que la experiencia universal no demuestra con la mayor evidencia que, bajo la acción de la sensualidad, se hace pesado y se ciega el espíritu, se endurece el corazón y pierde todo sus arrestos generosos; que la voluptuosidad enervada abdica y acepta cadenas vergonzosas que ni siquiera intenta romper? La voluptuosidad, cuando entra en un alma, marchita en ella todas las virtudes e introduce todos los vicios. El demonio de la impureza no anda jamás solo, dice Jesucristo; el espíritu inmundo toma consigo otros siete espíritus más perversos que él, y mancha de sangre y de lodo la historia de las naciones y la historia de las

familias; devasta los cuerpos, deshonra las almas, emponzoña la vida, de la cual hace una mezcla espantosa de goces brutales y profundos desfallecimientos... ¡Y plegue a Dios que esta vida así deteriorada se acabe antes de que sea transmitida a otros! ¿Qué podría legar a desgraciados hijos sino facultades agotadas, una demencia hereditaria, todas las impurezas de la sangre con todas las debilidades del espíritu? ¿Qué podría legar a un pueblo que espera vigorosos retoños sino la impotencia del desquite con el empobrecimiento de la raza? Tembláis, señores, ante la sed de bajos placeres que devora la generación actual; tembláis por vosotros, por la patria y por lo por venir, y con razón decís que hay que salvar la juventud de las abominaciones de la carne.

Venid a Jesucristo. El predica la pureza, El la da. Cierto día, en una montaña de Galilea, decía Jesucristo: "Bienaventurados los limpios de corazón; *Beati mundo corde...*," y estas palabras divinas emprendieron un vuelo a través del género humano, y en tanto que los paganos tenían trabajo para encontrar doce vestales medio presentables, Jesucristo suscita millares y millares de almas que vivían como ángeles en medio de las seducciones de la carne, y revoloteaban por encima de las corrupciones de la tierra como palomas sobre un diluvio de lodo. También dijo Jesucristo: "Cuando vuestra intención es recta y sencilla, cuando vuestro corazón es puro, todo vuestro cuerpo queda iluminado, y se convierte para vosotros en un reflector de luz." Muéstranos con esto que el alma es superior al cuerpo, y lo transfigura, y le da, con la expresión de los nobles sentimientos de que está llena, ese aire puro, sereno, majestuoso, en el que se transparenta la tranquilidad de una conciencia honrada.

Señores, por orgullosos e incrédulos que seamos, dos cosas hay absolutamente ciertas, cuya existencia no invalidarán jamás nuestras más recias protestas: 1.ª La pureza es una virtud tan difícil como necesaria; 2.ª Jesucristo es el rey de la pureza. La impiedad no es capaz de poner un átomo de inocencia en el alma de vuestros hijos. Jesucristo predica la pureza y la da. Queréis un corazón que lata y se anime de noble alegría, que se abandone sin desesperación a una piadosa tristeza, que descanse sin peligro en un suave afecto, que tenga lágrimas para todas las desgracias y abnegación para todos los dolores, un corazón que se subleve de indignación cuando sea necesario, pero al que jamás domine el odio. Queréis un corazón puro. Pues bien, ese corazón no se encuentra, no se conserva, no se desarrolla, no se alimenta más que en la escuela de Jesucristo. Hay un pan de ángeles y un vino que hace germinar vírgenes, y en este día consagrado a la Adoración perpetua, me considero feliz al recordaros que nuestra blanca y divina hostia no es un vano símbolo, sino fuente inagotable a la que acude a templarse la virginidad de las almas. ¡Abnegación y pureza! Tales son los dos primeros elementos que hizo entrar Jesucristo para siempre en la moral individual. No inventó esto el mundo, y aunque las pasiones humanas estén en perpetua insurrección contra las leyes impuestas por Jesucristo, estas leyes existen; y los mismos que las ultrajan con sus actos, vense obligados a confesar que son buenas y proclaman su virtud. Lo que Jesucristo dijo, no puede borrarlo el mundo, como no pudo inventarlo.

Escuchemos la última palabra:

III. La tercera ley de la moral individual es el desprendimiento.

Como la sensualidad, la codicia es engendrada por el egoísmo. ¡Cuántos estragos hace esta pasión en el mundo! Quizás por este lado, por el lado del dinero, ofrece la naturaleza humana el más villano aspecto. Los paganos divinizaron el dinero con el nombre de Mammón. Murió el paganismo, pero el dios Mammón no ha desaparecido de este mundo, y los hombres se abaten siempre sobre él como buitres para devorar las fértiles entrañas de este gigante. Pero ¡hay! no todos pueden saciarse, no todos quedan satisfechos; con frecuencia se escapa la presa o bien el hombre muere sin poder llevársela a la tumba. No importa. Nada puede curar al hombre de su lastimosa estupidez, y, lo que es más todavía, su ciega codicia lo precipita en los últimos excesos. Cierra su alma a la caridad y a la compasión; inventa mil medios para tomar y no devolver. La codicia es más fuerte que los lazos de la sangre; arma a los hermanos sobre la tumba apenas cerrada de su padre, y, compulsando los anales de las familias, vemos que las divisiones y los odios domésticos reconocen casi siempre por origen el vil interés.

Levantaos ¡oh Cristo Jesús! ante esta pasión tan imperiosa, y pronunciad la palabra que debe frenarla y moderar sus furores. Escuchad, señores: "Bienaventurados los pobres de espíritu," es decir, de corazón y de afecto, esto es, bienaventurados los que, siendo pobres, no desean inmoderadamente los bienes que no poseen, o que, siendo ricos, se desprenden suficientemente de los bienes que poseen. Escuchad todavía: "Nadie puede servir a dos señores; no podéis servir a Dios y a las

riquezas." Escuchad aún: "¿De qué le sirve al hombre ganar el universo, si pierde su alma?" ¿Están llenos tus graneros? ¡Insensato! Esta noche misma se te pedirá tu alma" Seguid escuchando: "La vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Mirad los pájaros del cielo; no siembran, ni recolectan, no amontonan en los graneros, pero vuestro Padre celestial los alimenta. Ahora bien, ¿no sois vosotros mucho más que ellos? ¿Por qué os inquietáis por el vestido? Ved los lirios de los campos como crecen. No trabajan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria fué jamás mejor vestido que uno de ellos. No digáis, pues: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿de qué nos vestiremos? No tengáis la inquietud del mañana; el mañana se cuidará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su trabajo."

¡Qué palabras, señores, tan llenas de elegancia divina y de divina sabiduría! Jesucristo, con una palabra de su boca, condena la codicia y la preocupación excesiva de los bienes de la tierra, y exalta magníficamente la confianza en la Providencia, la moderación en los deseos y la gloria del desinterés.

Esto es un hecho. Las tres grandes pasiones que atormentan a la naturaleza humana, quedan por siempre jamás confundidas, y la moral individual resplandece ante las conciencias con el triple rayo del *desinterés*, de la *pureza*, de la *abnegación*. Demos gracias, señores, a Jesucristo que proyectó sobre el mundo moral tanta luz y tanta claridad, que todas las torpezas, todas las vergüenzas, todas las ignominias de las edades pasadas hubieron de sumergirse en la sombra, e hizo crecer sobre sus despojos acumulados esas espléndidas virtudes que son honor, gloria y ornamento del mundo cristiano. No permitamos que se consuma esta herencia que

nos legaron nuestros mayores en la fe, y opongámonos con todas nuestras fuerzas a los vándalos que quisieran aniquilar la obra de Jesucristo.

¡De pie, señores, ante los altares de Cristo Jesús! Venid esta tarde, agrupaos en torno de nuestro divino Jefe. Venid a cantar su gloria y a afirmar vuestra fe.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

El fondo de la moral evangélica

SEÑORES:

Jesucristo es la luz del mundo. El nos enseña las verdades que hay que creer y los deberes que hay que practicar. Hemos examinado ya todo esto, y hemos visto que, del Evangelio, como de fuente fecunda, brotan sucesivamente la moral religiosa, la moral social y la moral individual. Vamos a continuar este importante asunto; sólo nos falta estudiar el fondo y la cumbre de la moral evangélica.

Una frase nos revelará el fondo de la moral evangélica.

Viendo el gran imperio que la religión ejerce en las conciencias, exclamó un día Napoleón, en un acceso de despótico malhumor: "¡Se quedan con las almas y sólo me dejan cadáveres!" ¿Lo entendéis?. Jesucristo ordena las almas, y, ante la razón como ante la historia, su método es el único verdadero, el único eficaz. Nada se hará sin él. Seguidme.

I. La moral evangélica penetra en las almas.

Ordena las intenciones, los pensamientos, los deseos, el fondo mismo del hombre.

Imperfecta y limitada, la ley del hombre se detiene en las apariencias, no juzga más que lo exterior, no castiga más que los actos capaces de turbar con escandaloso ruído el orden social. Los legisladores temporales ordenan lo exterior, y no mandan, por decirlo así, más que en la parte superficial del hombre. No tienen acción alguna sobre las intenciones, y para ellos no hay más actos buenos o malos que los que se ven. No saben castigar ni condenar los designios más perversos, los proyectos más abominables, como tampoco saben honrar los más nobles sentimientos mientras permanecen ocultos como secretos del alma y de la vida privada. Todo lo que no alcanza el ojo de la policía o el brazo del gendarme, queda fuera de su acción, y aun podría ser más pervertido y miserable, el hombre que nunca hubiese violado una sola ley de su país.

Aquí es, señores, donde aparece la superioridad de Jesucristo sobre los legisladores temporales. Regula la conciencia aun en sus más íntimos repliegues, porque es Dios. Como Dios que es, hizo el corazón del hombre, le conoce, le vió pecar en su origen, penetra su prodigiosa malignidad, y allí discierne, acomete, persigue el mal como en su fuente y raíz. Allí coloca la base de la moral, ordenando aun el pensamiento que se elabora apenas, aun el deseo que acaba de nacer.

Escuchadle. Los escribas y los fariseos no conservaban de la moral más que lo exterior, y enseñaban públicamente que el robo, el homicidio, el adulterio, la venganza podían ser soñados, meditados, deseados con

todas las licencias del pensamiento y todos los ardores del deseo. El divino Maestro pasa entonces revista a todos los puntos desnaturalizados de la ley, y les devuelve su verdadero sentido. En adelante no habrá excusa posible para el juicio temerario, aunque sólo sea interior, porque Jesucristo acaba de decirnos: "No juzguéis, si no queréis ser juzgados." No habrá excusa para el odio, aun oculto y como sepultado bajo la ceniza, porque Jesucristo dice también: "El que se irrite contra su hermano, será culpable." No habrá excusa para el pensamiento impuro, aunque sólo empiece a dibujarse en la mirada, porque Jesucristo llega hasta el punto de declarar que "el que mire una mujer con intención torcida, ha cometido ya adulterio en su corazón."

Los sabios habrán dicho: "Preferir la vida al honor es el más grande de los crímenes." Pero Jesús nos enseña que si hay deshonor en los actos públicos que nos obligan a enrojecernos ante los hombres, hay deshonor también en todo acto secreto que nos obliga a enrojecernos ante Dios y ante nosotros mismos; que todo pensamiento malo, que todo deseo impuro, aun desconocidos del mundo entero, bastan para manchar un alma; que un alma manchada es un alma perdida, y que vale más perder el universo que perder el alma.

Reconoced, señores, en esta doctrina, a Aquel que, habiendo hecho al hombre, le conoce como en su fondo, y lo regula aun en sus más secretas intenciones. La moral evangélica penetra en las almas.

II. Las exigencias de la moral son aprobadas por la razón.

1.° La razón nos dice que los pensamientos y deseos criminales son desordenados en sí mismos. Son un mal, todo el mal. El mal es una rebelión contra Dios, un abuso de nuestra libertad, y toda rebelión, todo acto libre, radica en la voluntad. Los miembros no son más que máquinas que la voluntad pone en movimiento, y no producen nada bueno o malo, nada loable o censurable, que no sea voluntario. Sin duda que se condenan con justicia los crímenes externos, que se condenan con más severidad que el deseo del crimen, porque la voluntad los ha ordenado, y porque ella ha perseverado y se ha encastillado en su malicia para realizarlos; pero de ella proviene toda su maldad, como toda llama proviene del fuego, todo movimiento del motor, todo arroyo de su fuente. La razón nos dice que los pensamientos y los deseos criminales son desordenados en sí mismos. Además, nos dice también:

2.° Que son principio y causa de numerosos pecados. Son la fuente de donde brota agua emponzoñada, la raíz que produce vástagos malditos.

Ese *avaro* se apodera con destreza de vuestra propiedad, de vuestro campo, de vuestro ahorro; pero hace ya mucho tiempo que alimenta en lo interior de su alma la pasión de la codicia, y no hace más que consumar exteriormente una injusticia habitualmente soñada por su espíritu, deseada por su corazón, consentida por su voluntad.

Ese *ambicioso* se aprovecha de una revolución triunfante, de un pretexto legal, de un capricho de la opinión para hacerse dueño del poder; pero hace ya mucho tiempo que mira con ojos atravesados las autoridades sociales, hace ya mucho tiempo que su orgullo contempla la imagen seductora de la audacia coronada por el éxito.

Ese *calumniador* lanza contra vosotros los tiros más venenosos, pero hace ya mucho tiempo que medita los medios de ajar vuestra reputación.

Ese *joven* deshonra a su familia con excesos sin nombre, engulle su riqueza, su salud, su porvenir en abismos insondables. Esto no obstante, se le creía puro, y sus ciegos padres se congratulaban quizás de haber echado al mundo una obra maestra única en su género, a saber, un hombre virtuoso sin religión; pero hacía ya mucho tiempo que esta joven alma se detenía en la contemplación muda y reflexiva del pecado; hacía ya mucho tiempo que esa joven alma se paseaba por las orillas del crimen con horrible complacencia. Los hombres le maldicen hoy en día, pero quizás hace ya diez años que era culpable ante Dios y ante su conciencia. Del pensamiento al deseo no hay más que un movimiento; del deseo a la acción no hay más que un gesto y un paso.

¡Ah, sí; Jesucristo hizo muy bien en extender su ley hasta los espíritus y los corazones, y en regular, no solamente las miradas, las palabras, las acciones, sino también los pensamientos y los deseos! ¿No nos dice la simple razón que es natural que el hombre se abstenga de desear lo que no puede poseer sin injusticia, y que lo más prudente, como lo más justo, es proscribir hasta el deseo consentido, hasta el pensamiento deliberado y determinado de cometer interiormente un atentado grave contra la vida, el honor, la fortuna o la mujer del prójimo? Por otra parte, lo que aprueba la razón justifícalo la historia.

III. Las exigencias de la moral evangélica están justificadas por la historia.

¿Sabéis cuando se abren los abismos y se producen

las catástrofes? En los siglos en que la inteligencia se llena de teorías malsanas y se desborda el corazón de deseos irritados e insaciables. Leed los anales de nuestra querida patria. Hace más de cien años que algunas inteligencias cultivadas unidas a varios grandes señores se dedicaron a disertar, en conversaciones ligeras y anónimos escritos, sobre los dogmas que impone la razón y revela la fe. Ponían en litigio a Dios, la vida futura, la justicia final. Se burlaban de los sacerdotes, se acusaba a los príncipes y a los magistrados; los grandes de la tierra daban el ejemplo de la licencia y la impiedad; detrás de su mesa y su sillón se agrupaba un pueblo de domésticos, con el oído atento a sus chistes, con el espíritu abierto a todas sus dudas, con el corazón repleto de vanas esperanzas. Aparentemente nada se movía en la sociedad, pero, en realidad, el orden social estaba minado y atacado sordamente por pensamientos y deseos que tramaban entre sí una inmensa conspiración. Cierto día brilló en el horizonte un relámpago, y lo atravesó de un extremo a otro. La revolución habíase producido en los espíritus antes de traducirse en hechos. Las pasiones sediciosas y los deseos culpables amontonados en secreto en el fondo de los corazones, estallaron por todas partes a la misma hora, encendieron antorchas incendiarias, armaron a los ciudadanos los unos contra los otros, al extranjero contra Francia y a todas las naciones entre sí. He ahí un pasado que sólo data de ayer.

Y si hoy dejáis que las mismas causas fermenten en los espíritus, ¿es que no producirán los mismos efectos? ¿No es verdad que las páginas en que la impiedad y la licencia destilan su veneno, caen en todas las manos, y van a remover, a pervertir, a embriagar multitudes crédulas y apasionadas que saben leer, pero que no saben reflexionar y juzgar? ¿No es verdad que se pervierte

el pensamiento, y que el deseo se enciende en público, a la luz del mediodía, merced a la acción de las malas revistas, de las malas novelas, de los malos periódicos desplegados en las tabernas y vendidos en las estaciones? Es verdad que las codicias son ardientes, que el error se desborda, y que de mentiras difundidas con profusión, queda siempre algo: en esa alma ya pervertida, un argumento decisivo para renunciar a la fe; en esa alma quebrantada, una duda mejor afirmada; en esa alma todavía pura, un poco de sombra; en esa alma virginal, una impresión fastidiosa que mañana se despertará con terrible vivacidad.

¡Oh Dios mío, ahogad en las almas los designios ambiciosos que las turban; extinguid en ellas la ardiente sed de oro y de los placeres que las devoran; salvad el mundo de esas codicias que van a trastornarlo y perderlo una vez más. Vos que calmáis los leones, y encadenáis los vientos, y hacéis brillar la luz en el cielo después de cada tempestad, devolved la paz a las conciencias como la imponéis a los elementos, y haced penetrar, aun en las últimas profundidades de esta sociedad sin brújula y sin freno, la única luz que no vacila ni palidece nunca, la luz de vuestra fe.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

La cumbre de la moral evangélica

SEÑORES:

Jesucristo es la luz del mundo. Su persona, su vida, su palabra son focos inextinguibles cuya intensa claridad nos revela las verdades que debemos creer y los preceptos que debemos practicar. Reanudo y acabo hoy la explicación de la moral evangélica, y voy a mostraros un magnífico espectáculo. Señores, Jesucristo no es un moralista vulgar. Es superior a la naturaleza. Por encima de los preceptos, colocó los consejos. Del propio modo que el Dios Creador sembró aquí y allá la tierra de picos coronados de nieve, de cumbres elevadas que tienen el doble privilegio de asombrar nuestras miradas por su elevación y enviar a nuestras secas llanuras aguas refrigerantes y fértiles, así también quiso Dios Redentor hacer brotar en medio del nuevo linaje humano cumbres de perfección moral que me propongo señalar en el día de hoy a vuestra admiración y a vuestra gratitud. Contemplad

I. La belleza, primer carácter de los consejos evangélicos.

Leemos en San Mateo que al querer recordar Jesús a los fariseos la ley primitiva del matrimonio por la cual quedaba prohibido el divorcio, dijéronle, sus discípulos: "Maestro, si tal es la condición del hombre con relación a la mujer, no es ventajoso contraer matrimonio." Jesucristo les respondió: "No todos entienden estas palabras, sino tan sólo aquellos que recibieron el don de comprenderlas." Hay quien renunció al matrimonio por el reino de los cielos. El que pueda entender esto, lo entienda." Con estas palabras expone Jesucristo ante los hombres la virginidad, no como un precepto, sino como un consejo. En otro lugar, hablando a un joven que había observado fielmente los preceptos, le dijo: "Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el producto a los pobres, y sígueme." Casi en todas las páginas del Evangelio, hallaréis estos reiterados llamamientos a una perfección superior, rayos más deslumbrantes de esa divina luz.

Que cada edad a su vez recibe, bendice, adora,
Que en la noche de los tiempos jamás se extingue
Ni se extinguirá cuando los cielos se hayan extinguido.

Jesucristo pidió almas al linaje humano, almas que pisotearan la carne y la sangre, almas que desplegaran sus grandes alas, y se elevaran, de un vuelo intrépido, a las más altas cumbres de la perfección moral. *¿Las encontró?* Sí, señores; en todos los siglos y en todos los sitios, las halló a millones. *¿Las halla todavía hoy?* Sí, cada día, desde el principio del siglo en que vivimos, millares de criaturas amadas salen de los castillos y de

las cabañas, de los palacios y de los talleres, para ofrecer a Dios su corazón, su alma, su cuerpo virginal, sus ternuras y su vida. Cada día, entre nosotros y en todas partes, hijas de grandes casas y de gran corazón, y otras de un corazón más grande que su fortuna, se dan desde la mañana de la vida a un esposo inmortal. Sí, ese espectáculo se nos ofrece en todas partes, no solamente en nuestra vieja y malsana Europa, sino en esa América que contemplan llenos de confianza y esperanzas tantos espíritus generosos, y en todos los puntos donde el Evangelio es predicado, en todos los puntos en que se erige un crucifijo, porque en todas partes sabe Jesucristo coger en sus brazos invencibles y desarraigar esas flores terrenales para trasplantarlas a una región más vecina del cielo. En vano los expoliadores y los perseguidores empezarán de nuevo su obra; Jesucristo comenzará otra vez la suya, y en los graneros y en las bodegas de los triunfadores de lo por venir, sobre sus cabezas o bajo sus pies, habrá vírgenes que jurarán a Jesucristo que sólo pertenecerán a El, y cumplirán su juramento, si preciso fuera, al precio de su vida generosa. Sólo en Francia, en la hora actual, pasan de ciento treinta mil.

Admirad ese espectáculo, señores, admirad las cumbres de la moral evangélica. Hastiados como estamos, ya no sabemos odiar la iniquidad, ni admirar lo que es grande. Pero los mismos paganos apreciaban la belleza, la continencia, y respetaban la castidad de las vestales. La vestal era la primera en las fiestas, la primera en el anfiteatro, la primera en el Capitolio. Permanecía velada, y las haces de los pretores y de los cónsules se inclinaban ante ella. Cuando salía, era conducida en un carro, siempre escoltada, y era tan grande la veneración que inspiraba, que se confiaba a su custodia los testamen-

tos y las actas más preciosas del imperio. Por desgracia, las vestales, el tipo más hermoso del mundo pagano, no tenían más que una castidad exterior, y, para embalsamar el vasto imperio romano, ¿sabéis cuántas había? ¡Seis!

Mas apareció Jesucristo, y dirigiéndose a la parte escogida del linaje humano, dijo: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto; sed pobres como yo soy pobre; sed castos, vivid como ángeles en una carne mortal." Y las almas escogidas levantáronse a millares. Se reclutaron en todas las razas y en todos los pueblos, y durante diecinueve siglos fueron tan numerosas, tan valientes y tan puras como el primer día. Menos contempladas que las vestales de Roma, por maravilla ven las vírgenes cristianas inclinarse ante ellas las haces del Estado, ni saludar su paso, pero son incomparablemente más hermosas; porque veo resplandecer en su frente yo no sé qué hermosura que la persecución añade a la virtud, y llamo sobre estos prodigios de la belleza moral la admiración de vuestras honradas almas. ¿Admiráis las cumbres? No es suficiente. Sabed reconocer los beneficios que descienden de ellas hasta los valles de este mundo desdichado. De las montañas proceden los ríos que riegan y fertilizan las llanuras. De los consejos evangélicos proceden los argumentos que convencen, los ejemplos que arrastran, los servicios que salvan.

II. La fecundidad, segundo carácter de los consejos evangélicos.

¿Buscáis argumentos para convenceros de la divinidad de Jesucristo y de su religión? Conozco uno que puede sustituir a todos los demás. Incrédulos ha habido que resistieron a todos los argumentos, pero que no

pudieron resistir la visita de una casa de las Hermanitas de los pobres o de un hospital servido por religiosas. Otros fueron vencidos por la vista de un santo sacerdote en el altar. En la guerra de Sucesión norteamericana, heridos en el campo de batalla y cuidados por Hermanas de la caridad, soldados protestantes declaraban que querían morir en la religión de las Hermanas. Mirad: haré de buen grado una proposición a todos los incrédulos y librepensadores de Francia y del mundo entero; les diré: Hacedme el obsequio, en bien del género humano doliente, de insertar, en la cuarta página de vuestro periódico, lo siguiente: "Se piden de doscientos mil a quinientos mil héroes de uno y otro sexo, para enseñar a rezar y leer a niños sucios, para cuidar ancianos abandonados, para preservar del vicio a las niñas que vagan por las calles, y regenerar a las caídas, para educar huérfanos, para asistir moribundos, locos, pestilentes, pero con la condición de que todos los héroes y todas las heroínas se conservarán castos, serán pacientes y perseverantes, trabajarán diez horas por día, recibirán calumnias por salarios, y rehusarán aun los placeres permitidos." ¡Ea, librepensadores de ambos mundos, insertad, la semana próxima, en la cuarta página de vuestros diarios, este anuncio, y veremos!

Señores, existe ese sublime ejército, pero no lo recluta la impiedad. Un Maestro único ha podido crearlo, inspirarlo, aguerrirlo, electrizarlo. Hace diecinueve siglos que lo forma, lo arma, lo manda, y ese ejército no pide otra recompensa que su sonrisa, su bendición, su compañía. Ese Maestro es Jesucristo. ¡Saludadle! Una flor demuestra un Dios creador; una Hermana de la caridad demuestra un Dios salvador. Cuando veis pasar un ejército que marcha contra el enemigo, adivináis el general que mantiene el orden en sus filas e infunde

el valor en todos los corazones. Adivinad, pues, también la presencia de Jesucristo y aclamad su divinidad, cuando en la historia y ante vuestros ojos le veáis reclutar y enviar a la batalla la inmensa legión de almas escogidas que descienden con El de la cumbre de los consejos evangélicos. ¿Queréis ejemplos convincentes? Helos ahí.

¿Queréis *ejemplos* que arrastren? Mirad aún. La moral cristiana es espléndida, pero precisamente porque es espléndida, nos amenaza con desalentarnos y desvanecernos, y, para creerla realizable, tenemos necesidad de verla realizada, de lo contrario, queda muerta e ininteligible, aunque la predique un Bossuet. Jesucristo sabía esto, por lo que, a fin de ayudarnos a practicar los preceptos, pone a nuestra cabeza almas que practiquen los consejos. Para obtener de la masa la virtud en grado positivo, nos propone almas heroicas que la realicen en grado superlativo. Conocéis la graciosa historia de Wenceslao, rey de Polonia. Complacíase en ir durante las noches de invierno a visitar al Santísimo Sacramento en las iglesias. Seguíale su servidor lamentándose del rigor del tiempo; temblaba de frío, y sus pies estaban yertos. "Poned vuestros pies—le dijo el príncipe—en la huella de los míos, y quedaréis consolado." Obedeció el servidor, y, en efecto, sintió que un calor suave salía del hielo hollado por los pies del santo rey, y ya sólo pensó en bendecir al Señor. Imagen conmovedora, señores, del poder de atracción que ejercen en el mundo los héroes de la vida cristiana. Mientras que nosotros nos arrastramos por el camino de los preceptos, hay, mezclado con nosotros, hechos de carne y sangre como nosotros, millares de hombres y mujeres que escalan con alegría el áspero sendero de los consejos. Y esos hombres, esas mujeres, esas jóvenes, nuestros hermanos, nuestras hermanas, nuestros amigos, parece que nos dicen: "¡Ea, mírame bien! Soy pobre, obedezco, soy casto, vivo de nada, me levanto por la noche para orar, inmolo voluntariamente mi voluntad, mi tiempo, mi cuerpo por Dios y por el prójimo. Hago sin esfuerzo lo que tú juzgas imposible. Dame la mano, y pues yo te precedo por la vía de los consejos, sé por lo menos suficientemente fuerte para seguirme por el camino de los preceptos." ¿Queréis ejemplos que arrastren? Helos ahí. ¿Qué os falta todavía?

¿*Servicios* que salven? Os desafío a que contéis todos los beneficios que descienden sobre el mundo de esas vastas cumbres de la perfección en que habitan las almas consagradas a Jesús. En lo *pasado* fundaron los monjes por millares asilos y santuarios para la miseria, para el estudio, para la virtud. Monjes eran los que alimentaban a los pobres, cuidaban los enfermos, enseñaban a los ignorantes, roturaban el suelo, a veces tan rebelde y tan ingrato, y las almas todavía más bárbaras que el suelo. Monjes fueron los que en Francia, en Alemania, en Italia, en España, fundaron las tres octavas partes de las ciudades y aldeas que prosperan hoy en día. Monjes fueron los que abatieron las viejas selvas, regularizaron las corrientes de agua, desecaron las landas, conquistaron sobre la tierra y el mar vastos terrenos para dedicarlos al cultivo. Monjes fueron los que aseguraron en todas partes el progreso de las ciencias, de las letras y de las artes, abrieron escuelas y fundaron bibliotecas. Monjes fueron los que hicieron cernerse sobre la cristiandad, en estado de institución, la doble potencia de la penitencia y de la oración. He ahí lo pasado. ¿Y hoy? ¿Es que no veis descender sobre el mundo torrentes de beneficios de la santa montaña de los consejos evangé-

licos? Tenéis sacerdotes que os evangelizan, misioneros que llevan el Evangelio a todos los rincones del mundo infiel, millares de religiosas que oran y se mortifican en los claustros, que viven y mueren en todos puestos que reclaman el sacrificio. Las tenéis para adoptar huérfanos, para curar las heridas, para asistir enfermos, para recoger ancianos, para educar niños, para cuidar a los desheredados de la tierra. Sobre el suelo de nuestra noble patria, las almas consagradas, sedientas de inmolación y sacrificio, hombres y mujeres, se cuentan por millares. ¿Y quisieran cegar esas fuentes de virtud, y entregar el mundo a la sola propaganda del vicio? ¿Y quisieran suprimir esos milagros de abnegación y privar de sus mejores amigos al hombre que padece? ¿Y quisieran aplastar bajo el peso de tiránicas leyes las almas consagradas, y proscribir de un solo golpe la religión y la libertad? No, eso no es posible. Mi razón, mi fe, mi patriotismo se sublevan ante semejante suposición.

Cierto día, Atenas, disgustada de ver la severa virtud de Arístides, le desterró de sus murallas para no oirle llamar el Justo. Algunos años después condenaba a Sócrates a beber la cicuta, y se condenaba ella misma al régimen de los Treinta Tiranos, y erigía trescientas estatuas al que tomaba sus ciudades, ella, que no había tenido más que un laurel para coronar al vencedor de Maratón, una imagen para consagrar rasgos tan caros a la patria. He ahí la suerte de los pueblos enojados de la justicia y de la virtud.

No hay polvo más terrible sacudido sobre la cabeza de un pueblo, que estas palabras del sacerdote, del religioso, de la Hermana de la caridad que se alejan diciendo: "Había hecho voto de asistirte en la pobreza, de servirte en la obediencia, de amarte en la castidad perfecta; para hacerte bueno, juré hacerme mejor; me había entregado a Jesucristo para hacerme más tuyo; pero tú no ha sabido soportar ni los preceptos que yo te predicaba, ni los consejos cuyo ejemplo te di. ¡Adiós! ¡El día del Señor se acerca, y quiero prepararme a llorar por ti!"

Señores, semejante amenaza no caerá sobre nosotros. Seremos mejores que los atenienses que desterraban al justo Arístides; no nos conformaremos con ser inferiores a los romanos, que respetaban sus vestales; y si nos falta el valor para escalar las cumbres de la moral evangélica, sabremos por lo menos admirar y bendecir las grandes almas que nos preceden y nos atraen por el camino de la perfección. Señores, abramos nuestros corazones, y seamos, en medio del mundo corrompido, dignos servidores de Jesús.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

Jesucristo fuente de la gracia

SEÑORES:

Jesucristo dijo: *"Yo soy la luz del mundo. Yo soy la verdad."* Ya son éstas grandes palabras, pero he aquí otras más grandes todavía: "Yo soy la vida; *Ego sum vita*" Estas palabras, bien estudiadas y bien comprendidas, van a revelarnos la función esencial de Jesucristo, el sentido exacto de la historia y la verdadera grandeza del hombre. Quizás vamos a subir muy alto, pero, realmente, está la tierra en la hora actual tan llena de lagunas y tinieblas, que bueno será, siquiera un cuarto de hora por semana, elevarnos a las alturas para respirar en ellas un aire puro y saludable. ¡Abrid vuestras almas y seguidme!

I. La función esencial de Jesucristo.

Se expresa en una simple frase: "¡Yo soy la vida!" En efecto, El es la fuente de la vida divina en el hombre.

Saludad en El al rey de los doctores, al más puro de los moralistas, al más poderoso de los taumaturgos, al más esclarecido de los profetas, al más santo de los hombres. Esto ya es algo; estos son rasgos de su fisonomía. Vosotros estáis en la circunferencia, no estáis en el centro. ¿Cuál es, pues, la cualidad dominante, la función central de Jesús? Es la fuente de la vida divina en el hombre. Vais a entenderme.

Dios, al crear al hombre en el origen, hizo de él su hijo adoptivo. Dióle gratuitamente su propia vida. Pero el hombre pecó, y perdió esta vida divina. Felizmente para nosotros, Dios no abandonó su obra. El Verbo se hizo carne, y se desposó con nuestra naturaleza y la elevó al honor de su personalidad divina. Jesucristo, nuevo Adán, se convierte en cabeza del hombre restaurado, y, en la noche de la Cena, le oímos decir: "Esta vida divina ¡oh Padre mio! que te pertenece toda entera, y que toda entera tengo de ti, quiero derramarla sobre todos los hombres, quiero comunicarla a ellos, como la cepa lleva la savia vivificadora a las ramas más apartadas, porque yo soy la cepa y ellos los sarmientos, como la cabeza da la vida y el movimiento al cuerpo, porque yo soy la cabeza y ellos los miembros." He ahí, señores, la función esencial de Jesucristo. Como Dios que es, posee la vida divina; como hombre, la comunica a todos los fieles esparcidos por el globo. Así como, en el cuerpo humano, la vida desciende de las alturas y circula armoniosamente, por una infinidad de canales, por todos los movimientos que ella anima, acrece y perfecciona, así también, en el cuerpo místico de Jesucristo, la vida sobrenatural desciende de la cabeza augusta en que reside, plena, perfecta, inalterable, y se comunica a todos los cristianos convertidos en miembros de Aquel que lo vivifica.

Y, notadlo bien, Jesucristo es la *fuente única* de la vida divina para todos los hombres, hayan vivido antes o después del Calvario. Desde un rincón de la tierra de Judea, en donde hizo su aparición mortal, se irradia así en lo pasado como en lo por venir. Santifica por anticipado las lágrimas y sudores de Adán reconciliado, los trabajos de Noé, los sacrificios de Melchisedech, la obediencia de Abraham, el viaje de Jacob, las hazañas de Moisés, los dolores de Job, las armas, la gloria, la penitencia de David, el valor de Judit y Débora, la serena majestad de Ester, la soledad y la visión de los profetas, las victorias de los Macabeos, y aun entre los paganos, las almas rectas y fieles a las enseñanzas de la razón natural.

Mas, desde que la cruz fué arbolada como el estandarte de la salvación, medid, si podéis, señores, la marcha de Jesús por las filas del género humano y la difusión de su gracia, del norte al mediodía y del oriente al ocaso. El es la vida y la da, tomando a su servicio bocas que la difundan, labios que la glorifiquen, virtudes que la prediquen todavía mejor que la palabra y la pluma, instituciones y monumentos que testifiquen su presencia, su esplendor y duración.

Jesucristo es la fuente de la vida sobrenatural y divina en el hombre; santificar y divinizar las almas, tal es su función esencial. A la luz de esta doctrina, comprenderéis

II. El sentido exacto de la historia.

Dios abate los troncos, cambia las dinastías, traslada los límites de los imperios, desencadena sobre el mundo la ola de su cólera, destruye lo que existe, llama lo que no existe, remueve y renueva todo el género hu-

mano. Asistís a toda esa mezcolanza de acontecimientos y tratáis de explicároslos de un modo cualquiera, pero la explicación de la historia es esta: Dios quiere salvar las almas, y todo lo conmueve para libertarlas. "Dios quiere almas a este precio—dice Bossuet.—Remueve cielo y tierra para engendrar elegidos; y como nada le es tan caro como esos hijos de su afecto eterno, como esos miembros inseparables de su Hijo amadísimo, nada le parece costoso con tal que los salve." A través del tumulto de la historia, Jesucristo busca almas, nada más que almas, para purificarlas, transfigurarlas, santificarlas, divinizarlas. Las busca, las reclama, aunque para ello sea preciso conmover, de un extremo a otro del horizonte, con relámpagos o truenos, todos los fundamentos de las humanas sociedades.

¿Gemís cotidianamente por los triunfos insolentes de la injusticia? No temáis. Jesucristo es un sublime obrero. Trabaja en las catacumbas, en el fondo de las prisiones, en medio de las catástrofes y de las tormentas, por modo tan excelente como en el esplendor de los templos y en la libertad de las plazas públicas. Cristianos, a despecho de las tristezas de lo presente, y no obstante las amenazas de lo por venir, vivid en santa confianza. El mundo es un *taller* en donde se construye el monumento cuya piedra angular es Jesucristo, una escena en donde se despliega la tropa cuya cabeza es Jesucristo, un campo en donde el ejército del Dios viviente, cuyo capitán es Jesucristo, planta por un día sus tiendas. Los malos no son numerosos junto al Altísimo; son herramientas, siervos, enemigos, de los cuales se sirve Jesucristo para pulir las piedras de su templo, para ejercitar a su cuerpo místico, para aguerrir a su ejército, para transfigurar y divinizar las almas.

Los pueblos se imaginan que tienen sus destinos. Tienen uno: dar almas a Jesucristo. Cuando una nación no tiene almas que dar a Jesucristo, es una nación muerta. Cuando habéis sacado de una cantera, de una mina, todo el oro que contiene, ¿qué hacéis de ella? La dejáis vacía, desolada, ennegrecida, destrozada por el fuego. ¡De qué serviría ahora! Ya no tiene oro. Cuando habéis exprimido una naranja, y le habéis extraído todo el jugo, ¿qué hacéis de la corteza? La arrojáis a la basura. He ahí lo que Dios hace del mundo, de un pueblo. Exprime todo lo que contiene de vida divina, y luego lo arroja a la basura de la historia. Así procedió con el imperio romano. Durante cuatro siglos extrajo de él maravillas de santidad, y luego, cuando se apagó la vida en aquel gran cadáver de Roma, dió un silbido, y los bárbaros despedazaron aquella corteza vacía. Así procedió con el Africa, cristiana en otro tiempo. Cuando aquella tierra estéril ya no dió elegidos, abandonóla Jesucristo, y el desierto, como pálido lienzo, envolvió hasta nuestros días el Africa vuelta a la barbarie.

He ahí, señores, cómo acaban los pueblos. Dios los rechaza cuando Jesucristo ya no está en ellos. Tal es la historia de lo pasado, y tal será la historia de lo por venir. Este mismo globo, del cual quisieran expulsar a Jesucristo, no es otra cosa que el escabel de sus pies, y Dios lo hará añicos con un revés de su diestra en el día en que no encuentre en él más almas que salvar ni más elegidos que recoger. *Los pueblos no duran más que mientras hay en ellos elegidos que sacar de su seno.* Quizás os sintáis tentados a interpelarme sobre este punto diciéndome: "Sacerdote de Jesucristo, ¿es que profetizas la ruina de la patria?" No, señores, todo lo contrario. Canto su resurrección y anuncio sus nuevos destinos. Porque al lado de los desencadenamientos del mal, hoy en día tan terribles, hay en nuestra patria un número incalculable de almas que renacen a la luz y a la vida cristiana. La impiedad, engañada en sus cálculos, en vano volverá a comenzar su obra. Jesucristo empezará de nuevo la suya, y hallará elegidos donde menos se sospechaba. No, nuestra patria no es una mina agotada; la vida divina tiene en ella plena circulación, y los acontecimientos que la molestan al oprimirla, la hacen brotar con mayor intensidad. ¡Gloria a Cristo Jesús, ante el cual palidecen y se confunden todos los acontecimientos de la historia! Ha buscado almas, las busca, las encuentra, las purifica, las transfigura, las diviniza. A la luz de esta doctrina, comprenderéis, para terminar,

III. La verdadera grandeza del hombre.

Hay en nosotros tres vidas bien distintas: la vida de la carne, la vida de la razón, la vida de la gracia. Por la vida de la carne, el hombre no es más que un *animal;* no ve nada más allá de los placeres groseros y sensuales; es sordo a la elocuencia, se burla de la poesía, desprecia los descubrimientos científicos; sólo tiene ojos, oídos, corazón, para todo lo que se cuenta, se ve, se pesa, se come. Por la vida de la razón, el hombre se hace *sabio*. Armado de su inteligencia, se estudia a sí mismo, escruta la naturaleza y sus leyes, remueve las ideas, se eleva hasta Dios, y le saluda. ¿Es esto todo? Por encima de lo finito y de lo visible, ¿no hay nada más? Sí, señores; por encima de la razón, hay la fe, por encima de la naturaleza, hay la gracia. Por la vida de la gracia, el hombre es *cristiano*. ¿Qué quiere decir esto? Helo aquí. Un cristiano es un

hombre unido a Jesucristo, incorporado a Jesucristo, viviendo de la misma vida que Jesucristo, hecho, por Jesucristo, participante de la naturaleza divina. Estado sublime, señores, cuyas sublimes consecuencias os invito a apreciar.

¡Cuán grande es el hombre enriquecido con la divina gracia! ¡Es un ser divino! ¡Es hijo adoptivo de Dios! Y así como el padre ama más a su hijo que a su casa, que a sus campos y rebaños, así Dios ama más al justo que a todas las criaturas juntas. El cielo es magnífico, el universo una obra maestra, la inteligencia humana produce maravillas; pero el esplendor del cielo, la armonía del universo, la gloria del genio y de las grandes celebridades, todo se borra ante el alma de un idiota, de un mendigo, de un andrajoso que pueda decir con el Apóstol: "No vivo yo, sino que Cristo vive en mí." Cierto día, hallábase Napoleón rodeado de sus oficiales, cuando un adulador, como siempre los ha habido para encorvarse ante los poderosos, le dijo: "Señor, sois más grande que el mundo." Era esto una mentira, y una baja lisonja. Pero he ahí un niño vivificado con la divina gracia, he ahí una humilde criada que acaba de recibir la absolución, he ahí un pobre hombre a quien nadie conoce y muere en un hospital besando un crucifijio... esos seres ignorados son seres divinos, y si digo que son más grandes que el mundo, ¿exagero por ventura? No, proclamo una verdad elemental y matemáticamente exacta, por cuanto, bajo humildes apariencias, poseen la vida misma de Dios bebida en el corazón de Jesucristo.

¡Cuán grande es el hombre enriquecido con la gracia de Jesucristo! ¡Sus obras son divinas! Pensamientos, deseos, actos, todo toma en él proporciones casi infinitas, porque todo está impregnado de la virtud del

Altísimo y transformado por una savia divina. Las obras del cristiano unido a Jesucristo, por pequeñas que parezcan, valen más en realidad, pesan más, irradian más lejos que todas las que sólo tienen la razón por principio. Arrancad al mundo sus secretos, tomad las fuerzas del universo, fundad grandes imperios, gobernad pueblos, salvadlos de la muerte; anunciad lo por venir, haced milagros, esto es menos que manejar un instrumento grosero ofreciendo a Dios el trabajo santificado por la gracia. Las conquistas de Alejandro son juegos infantiles en comparación de los sudores ignorados de un artesano que ama a Jesucristo y es amado por El. Las conquistas de Alejandro mueren con él; los sudores del artesano germinan para la eternidad. Sabios y hombres públicos, que tan orgullosos os mostráis de vuestras obras, en vano trabajáis; no las llevaréis más allá de las riberas del tiempo y de la naturaleza, en tanto que la obra obscura de un trabajador divinizado es semilla de felicidad eterna.

Sí, por Jesucristo y en Jesucristo somos grandes, pero todavía es preciso quererlo. Nos invita a subir con El hasta participar de la vida divina. Por desgracia podemos vegetar y palidecer en la vida de la carne y en la vida de la simple razón, pues somos libres. Somos dueños del terrible poder de resistir a la atracción de Jesucristo. Cierto día, el célebre *Aragó*, explicando al público del Colegio de Francia las grandes leyes de la mecánica celeste, hacía admirar la regularidad del movimiento de los cielos y el orden que preside la marcha de los astros. De repente se interrumpe y dice: "La semana próxima habrá un eclipse de sol, visible en París. La luna se hallará en conjunción con el sol, y la luz del astro rey será interceptada por la tierra. En tal día, señores, en tal hora, en tal minuto, en tal

segundo, tres grandes astros responderán, no a nuestra predicción, sino a la orden de Dios. ¡Unicamente los *hombres* son *recalcitrantes!*" Y a estas últimas palabras pronunciadas lentamente, con voz grave, un escalofrío recorrió todo el auditorio.

Sí, señores, Jesucristo es nuestro centro de atracción. Tenemos el deber de gravitar en torno de El, de bañarnos en su luz, de asociarnos a su vida. Pero también tenemos la formidable libertad de sustraernos a su acción y vivir fuera de El. No lo haremos jamás. El es la cepa; nosotros los sarmientos. Entre El y nosotros la unión será íntima, vital, infrangible; y, comenzada aquí bajo en las sombras de la fe se expansionará allá arriba en los esplendores de la gloria.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMONONA

Necesidad que tenemos de la gracia

SEÑORES:

Jesucristo es la fuente de la gracia. Sobre este punto oigo buen número de hombres que me dicen: "¿Es que tengo necesidad de la gracia? Poseo mi razón, poseo mi conciencia, y esto me basta." Pues bien, no basta. Todos tenemos necesidad de la gracia de Jesucristo. Nuestra naturaleza, nuestra decadencia, nuestra vocación, la reclaman imperiosamente. Leí hace pocos días unas palabras muy hermosas. Un viejo capitán de navío, gravemente enfermo, acababa de recibir el santo Viático. Jesucristo estaba dentro de su corazón. "¿Cómo se encuentra V.?"—le preguntó uno. Y el noble cristiano le respondió: "¡Bien, muy bien! ¡Tengo el práctico a bordo!" Señores, una vida de la cual está ausente Jesucristo, es un navío sin piloto. Va mal, el naufragio es seguro, no podrá llegar a puerto. Mas cuando Jesucristo habita en un alma, no suprime las

tempestades, pero las modera, las hace inofensivas, permite que las atravesemos felizmente, y sean las que sean las agitaciones del viaje, no podemos dejar de conseguir el puerto. El práctico está a bordo. Examinaremos este punto.

Observad, señores, que estamos en plena teología, lo cual no quiere decir que nos encontremos en medio de nubes, en lo inaccesible. En manera alguna. La teología tiene doble ventaja de ser al propio tiempo una ciencia exacta e ilimitada, transcendental y positiva, inmutable y siempre actual. Va de Dios al átomo, y, dirigiéndose al hombre, le penetra totalmente en su espíritu, que ella ilumina, en su conciencia, que ella forma, y en sus actos, que ella ordena. Venid, señores, a esta noble ciencia de la teología. No temáis escalar sus cumbres. En ellas es más puro el aire, más abierto el cielo, más accesible y familiar Dios Nuestro Señor. Subimos fatigados y debilitados, pero descendemos consolados y mejorados. tenemos necesidad de la gracia de Jesucristo.

I. Nuestra naturaleza la reclama.

Dijo Pascal estas hermosas palabras: "El hombre no es ni ángel ni bestia, pero la desgracia quiere que quien desea hacer el ángel, haga la bestia." No olvidemos esto, señores. El hombre es mitad carne y mitad espíritu; su condición le coloca entre el ángel y la bestia, y su vida es una perpetua contradición. Solamente se ve esto en él. El pájaro hiende los aires con ala independiente; el animal ruge sin trabajo en el fondo de los bosques; los monstruos marinos, recorren como apoyados en un remo, siempre seguro de sí mismo, la inmensidad de las aguas; el árbol da, según la estación,

hojas, flores y frutos; el mar invade y deja la playa con regularidad majestuosa; los astros, fieles a su salida y a su ocaso, justifican, con su marcha, con su paso y eclipses, los cálculos más atrevidos. ¿Es así como el hombre realiza su misión y marcha a su destino? De ningún modo. Sin cesar vese atraído en sentidos contrarios. Hecho de carne y de espíritu, mitad ángel, mitad bestia, es presa de inclinaciones ora nobles, ora viles, que se lo disputan y se lo arrojan mutuamente como víctima palpitante. Vedle. Está hecho para concebir *la verdad,* para conocerla, para creerla, y su inteligencia, unida a la materia encadenada a un cuerpo fatigado y enfermo, molestada por pasiones humillantes, pierde una parte de sus cualidades, y se siente paralizada en su arranque, detenida en su vuelo hacia los objetos invisibes. Impotente para resolver los más importantes problemas y para sacudir el peso del escepticismo, exclama como Aristóteles en la agonía: "Viví en la duda y muero en la incertidumbre. *Dubius vixit, incertus morior.* "Está hecho para practicar la *virtud* y para evitar el vicio, y ora se pierde en el humo del orgullo, y trata de escalar el cielo, ora se rebaja, por una sensualidad delirante, aun por debajo de la bestia. Las pasiones se yerguen en su seno; nacen de la unión de las dos substancias de que el hombre se compone; se desarrollan en tal raza o familia por la transmisión de una sangre más viciada y corrompida; se exaltan por la fuerza del hábito, y, tan impotente para hacer el bien como para descubrir la verdad, acaba con frecuencia el hombre por soltar la brida a todas las concupiscencias y aceptar el yugo de la materia, a la que declara tan honrosa como necesaria.

Señores, he ahí el hombre tal como la naturaleza os lo presenta. Esto no obstante, decís que puede bas-

tarse a sí mismo, que, colocado entre las dos potencias de su ser, entre las dos inclinaciones discordantes de la materia y del espíritu, puede triunfar de sus tinieblas, de sus debilidades, de sus pasiones, no una sola vez, sino siempre, y vivir, permanecer y morir fiel a sus deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. No, señores, eso no es posible. La filosofía antigua reconoció esta verdad por boca de sus más nobles intérpretes, y Platón hace decir a Sócrates estas palabras dignas del Evangelio: "¡La virtud viene de Dios!" Está demostrado, señores, que la moral natural os aplasta, y, si falta el auxilio divino, sucumbís a su peso. El hombre no es ni ángel ni bestia; he ahí nuestra naturaleza. "y la desgracia quiere que quien desea hacer el ángel, haga la bestia." He ahí el castigo de los orgullosos que quieren prescindir de Dios en la investigación de la verdad y en la práctica del bien. Añadid a esto que el hombre cayó en su primer antepasado, que hemos contraído una enfermedad nativa, que llevamos la carga de una falta hereditaria, y que necesitamos imprescindiblemente una mano que nos ayude a reparar las ruinas de nuestra naturaleza decaída. Tenemos necesidad de la gracia de Jesucristo.

II. Nuestra degeneración la reclama.

Somos seres mixtos; más todavía, somos seres degenerados, y, a causa de nuestra degeneración, nuestra razón, ya tan limitada de sí, se ha hecho más limitada todavía, y nuestra voluntad, ya tan inclinada al mal, tiene aún menos fuerza para conseguir por sí misma el fin. Nuestra razón y nuestra voluntad no quedaron destruídas, sino debilitadas. Conservan alguna luz, pero una luz eclipsada; algún poder, pero

un poder disminuído. ¿Dudáis de ello? Penetrad *dentro de vosotros mismos*, y comprobad las tristes derrotas de vuestra conciencia y los violentos esfuerzos que os cuestan vuestras victorias. Prestad oídos a los ecos de lo pasado y escuchad los gritos de angustia que lanzan en el curso de los siglos las *grandes almas* atormentadas por la fiebre de las concupiscencias inferiores. Preguntad a la historia y decirle que os refiera algo de las miserias del *hombre pagano*, de aquel mundo griego o romano, cloaca de sangre y de lodo, apenas recubierto de algunas flores. ¿Dudáis de la degeneración? Acordaos del vasto imperio de Roma que, bajo una vicilización enteramente superficial, abrigaba los más groseros errores, los crímenes más abominables, los desórdenes de los sentidos, y numerosas e inauditas infamias. Consumido, devorado por el mal descendió a la esclavitud, al infanticidio, al deshonor de las mujeres, al desprecio de los hijos, a la muerte de los pobres. Desde los pies a la cabeza, desde el esclavo al César, la gangrena lo ponía y lo mantenía en descomposición. Señores no os toméis el trabajo de remover el polvo de la historia. Contemplad *el mundo contemporáneo*, y a medida que se aparta de Jesucristo, contad sus heridas y medid la profundidad de su abyección. La sangre está viciada en las venas del hombre, y desde que se aleja o se paraliza el remedio divino, el contraveneno sublime, que es el cristianismo, la horrible gangrena reaparece. Hay en el día de hoy, en nuestras ciudades y en nuestras aldeas, jóvenes de quince a veinte años que ya no creen en nada, que miran de soslayo a Jesucristo, y lo rechazan, y, con El, toda religión, toda conciencia, y aun la creencia en Dios. ¿Negáis la degeneración? Palpita ante vuestros ojos, se pasea en vuestras calles, llena vues-

tros teatros y vuestros cafés conciertos, canta en nuestras plazas públicas, y, lo que es más horrible todavía, deshonra quizás vuestro hogar, y agota todo el dinero de vuestra casa, todas las lágrimas de vuestros ojos, todos los suspiros de vuestro corazón. Ante la ruina de las almas y de las sociedades descristianizadas, tengo, señores, el derecho de prohibiros negar la degeneración.

Por otra parte, no alimentéis la menor ilusión. Si, no obstante vuestras miserias, valéis cien veces más que los paganos, *lo debéis a la gracia de Jesucristo.* Hace diecinueve siglos que vivís en un medio enteramente impregnado de la gracia de Jesucristo. Respiráis sus divinos efluvios, os asimiláis sus energías sobrenaturales, y aun los que no son cristianos, sin quererlo, sin percatarse de ello, piensan y obran cristianamente. Bien puedo deciros aquí lo que un gran orador decía, hace algunos años, al auditorio de Nuestra Señora: "¿Qué seríais sin la predicación del Evangelio, sin la luz y la gracia de Jesucristo? O salvajes, o bárbaros, o paganos civilizados. El mejor hombre de bien de entre vosotros se comería quizás en la hora actual a su semejante. Viviríais de pillaje y de rapiña. Celebraríanse inmundos misterios. Cubriríanse, como los sabios de la antigüedad, con el manto de la filosofía, algunos de esos vicios que la opinión pública absolvía antes, pero que castiga hoy con irremediable deshonra." No, señores, no atribuyáis a la naturaleza esta honestidad relativa, de la cual, en realidad, es principio la gracia. Lo que de mejor hay en vosotros, lo debéis a la gracia de Jesucristo.

En resumen, con la mano sobre vuestra conciencia y los ojos vueltos al mundo, confesad que somos seres degenerados, seres enfermos, y que vuestras alas son

demasiado débiles para recorrer todo el imperio de la verdad y subvenir a la larga y difícil carrera de la perfección moral. Aunque seamos justos, comprendemos que nos es mucho más difícil subir las cimas abruptas del bien que deslizarnos a los abismos tenebrosos del mal; aunque seamos santos, cada latido de nuestro corazón puede convertirse en una debilidad, si no repetimos con San Felipe Neri: "¡Señor, detened la mano de vuestro servidor; de lo contrario, os hará traición!" Finalmente, no puede haber equivocación sobre esto: la gracia es la que hace al hombre de bien; somos cristianos, y por este título tenemos necesidad de la gracia de Jesucristo.

III. Nuestra vocación la reclama.

Jesucristo vino al mundo. Nació, vivió, padeció, murió por nosotros. Nos llama a la vida sobrenatural allá arriba, y nos procura aquí bajo misteriosas verdades que creer y una moral sublime que practicar. No podemos decir: "Me atengo a mi razón natural, y me contento con ser hombre honrado." Jesucristo es nuestro dueño, le pertenecemos, y si rechazamos el cielo que nos ofrece, su fe y su ley, nos rebelamos contra El, y le infligimos el más doloroso de los ultrajes.

Pero si Jesucristo no nos ayuda con su gracia, ¿podremos aceptar sin tropiezo las verdades que nos propone? No. Si Jesucristo no nos ayuda con su gracia ¿podremos levantarnos de nuestras caídas, romper las ligaduras del pecado, conceder a la virtud los sacrificios que exige, salir triunfantes de la crisis laboriosa del arrepentimiento? No. Si Jesucristo no nos ayuda con su gracia, ¿podremos ver siempre con exactitud, querer siempre con firmeza, hacer constantemente el bien?

¿Podremos responder a nuestra vocación y alcanzar nuestro fin? ¿Podremos vivir como cristianos y morir como elegidos? No, mil veces no. Sed tan honrados como queráis, señores; eso no basta. Dios os pide algo más, y no coronará allá arriba más que lo que aquí bajo haya inspirado la gracia.

La gracia os es necesaria para ganar, con una vida noblemente cristiana, la recompensa eterna. ¿Os faltará la gracia? No. Dios, por lo mismo que es bueno y tierno, proporciona su misericordia a nuestra miseria; y, por cuanto es justo y sabio, adapta en todas sus obras los medios al fin. Los pajaritos tienen alas pequeñas, porque su vuelo no ha de superar la altura del árbol o del bosque en que hacen su nido, ni la altura de la casa a donde van atrevidamente a buscar su alimento a la vista y casi en la mano del hombre. Pero el águila, que no mendiga como los pajarillos, que no pide nada al hombre, que no sabe ni siquiera si hay aldeas o ciudades, que se alimenta en el desierto y hace su nido en los lugares más elevados, tiene alas grandes, como su vuelo, que es grande, y jamás, que yo sepa, se lamenta de que no sean suficientemente grandes para llegar hasta el sol. Y yo, Señor, ¿estaré hecho para llegar hasta Vos y no llegaré por defecto de las alas que me disteis? ¿Me habríais dado la vocación del águila y las alas del pajarillo? No, Dios mío; no me habéis hecho ridículo y sin proporciones convenientes. Mis recursos responden a mis destinos. Habéis hecho el águila para salvar el espacio, y al hombre para elevarse al cielo, y para conseguir estos fines, el águila tiene alas y el hombre vuestra gracia.

La gracia de Jesucristo, señores, es la gran necesidad del linaje humano, y la idea que expresa esta palabra responde tan bien a las necesidades del orden natural

y del orden sobrenatural, que ha entrado por siempre jamás en la lengua de los negocios, de las leyes y de los tratados. Por esta palabra, las naciones cristianas se reconocen como hermanas. Por este título enseñan los los obispos, y gobiernan los príncipes, si saben todavía gobernar.

Bajo este nombre comienzan y acaban su curso los siglos y los años. Estamos en el año de gracia de 1891. Tanto si lo queréis como si no lo queréis, todo vive, todo marcha, todo se sostiene por un solo agente, por la gracia de Jesucristo. Las almas y las sociedades viven de Jesucristo, y se eclipsan, se extinguen, cuando les falta Jesucristo. ¡Oh, qué grave y terrible lección! Me callo para dejar que resuene en vosotros.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMA

Las maravillas de la gracia

SEÑORES:

Tenemos necesidad de la gracia de Jesucristo. Nuestra naturaleza, nuestra degeneración, nuestra vocación la reclaman; pero acerca de esto oigo cierto número de hombres que dicen: "¿Dónde está la gracia de Jesucristo? Jamás la he visto. Es una palabra vacía de sentido, una quimera sin realidad." Dispensadme. La gracia de Jesucristo existe con tanta verdad como la luz que ilumina, como la savia que circula, como el aire que respiramos. Quisiera hacérosla tocar hoy con el dedo en las almas escogidas, en los cristianos ordinarios, y aun en el mismo mundo profano. Hombres de este siglo, hombres positivos y exigentes, ¿queréis, en las cuestiones religiosas, ver con vuestros ojos la verdad y tocarla con vuestras propias manos? Voy a satisfaceros.

I. Creed en la gracia como creéis en la luz que os alumbra.

La luz se eleva en el horizonte y hace resplandecer la cima de las montañas. Del mismo modo, la gracia resplandece en la historia y se refleja en las almas escogidas. Mirad. Vióse un publicano convertido en evangelista, Mateo; un fariseo perseguidor convertido en apóstol perseguido, Pablo; un pecador, un renegado convertido en Príncipe de los Apóstoles, Pedro; un voluptuoso, un herético convertido en sublime doctor, en gran santo, Agustín. Explicadme todas esas conversiones, o creed en la gracia. Hanse visto niños, mujeres, ancianos, subir con paso libre y seguro las gradas del cadalso, besar sus cadenas confesando a Jesucristo, abrazar a sus verdugos para darle gracias por adelantado, y morir cantando en medio de las llamas. Vióselos, en número de doce o trece millones, durante tres siglos, enseñar a la conciencia humana que el derecho es superior a la fuerza, que la verdadera libertad habita en un templo inviolable, cuyas sagradas puertas no puede forzar la brutalidad de los tiranos. Explicad el valor de los mártires, o creed en la gracia. Viéronse justos ambicionar como una gloria la pobreza voluntaria, distribur a los pobres el producto de sus bienes, y edificar, en las cumbres de las montañas o en el fondo de los valles, esos monasterios, esos hospicios, esos lugares de refugio, que abrigaron al género humano diezmado por la guerra, la peste y el hambre. Explicad tanta *renuncia,* o creed en la gracia. Vióse a Genoveva salvar a París, a Juana de Arco salvar a Francia; vióse a San Luis besar sus cadenas con gran admira-

ción de los infieles, y a San Vicente echar sobre sí los hierros de un forzado con gran admiración del siglo de Luis XIV. Vióse a Isabel curar a los leprosos, a los Borromeos y a los Belsunce a la cabecera de los pestíferos, a los Affre en las barricadas. Vióse a los papas en el destierro, en la prisión, cayendo bajo la espada antes que traicionar la fe. Explicadme tanto *heroísmo,* o creed en la gracia. Vióse bajo el cielo de la cristiandad millares de santos y de santas, nube inmensa y luminosa, dejando ver en sí misma el reflejo esplendente de la gracia, como ciertas nubes dejan resplandecer en sus franjas doradas las claridades del sol que parecen ocultar a las miradas. Explicadme los prodigios de *santidad* que brillan en el curso de diecinueve siglos, o creed en la gracia.

Hoy, señores, en nuestro viejo mundo que amenaza ruina, que vacila entre la apostasía total y su vuelta a Jesucristo, ¿os veis privados por ventura de ese espectáculo de almas escogidas, cuya belleza moral ejerce sublime atracción y alimenta en el género humano la gloriosa emulación de las virtudes? ¿Es que la gracia es un resorte gastado? No. Mirad. Tenemos *misioneros* en las cuatro partes del mundo. Abandonan un padre, una madre, hermanos, amigos, su patria, las orillas del río o los flancos de las montañas que los vieron nacer, y se van, con un bastón en la mano y un breviario bajo el brazo, al fin del mundo, a evangelizar, a amar, a abrazar hombres que no conocen. Parten sin esperanzas de volver para los hielos del polo o el fuego del ecuador, para las playas inhospitalarias de Africa, para las ciudades populosas de la China. Mueren allá bajo sobre una cruz, y no volverán a ver a su familia y su patria sino a través de los esplendores del cielo. Admirad esto, señores y creed en la gracia que envía semejantes heroísmos a los puntos avanzados de la cristiandad.

A la hora presente, tenemos en Francia y en el mundo entero, un pueblo inmenso de *vírgenes.* Hombres, mujeres, jóvenes, rehusan a su carne los placeres permitidos, y en esas almas angélicas, las tempestades de la naturaleza, rechazadas a lo lejos, no dejan oir más que débiles gruñidos, no lanzan sino pálidos fulgores... como los de las hermosas tardes de verano. No es preciso que vayáis más lejos que al hospicio de Orleáns o a las Hermanitas de los pobres, y allí encontraréis jóvenes que cuidan al pobre, al anciano, al enfermo, al loco, al huérfano. Admirar esto, señores, y creed en la gracia que envía semejantes abnegaciones a la cabecera de todos los dolores. La gracia brilla en las almas escogidas como la luz en las cumbres de las montañas. ¿Queréis verla más cerca? Las almas escogidas ¿son una excepción y se ocultan a las comprobaciones científicas? Contemplad los cristianos vulgares y

II. Creed en la gracia como creéis en la savia que circula.

La gracia de Jesucristo... permitidme que desde lo alto de esta tribuna proclame sus manifestaciones más palpables y populares. Permitidme que diga muy alto cuanto he visto. He visto en almas de aldeanos y en inteligencias obreras juegos de luz y esplendores de iluminación que hubiesen desconcertado todo el genio de los filósofos y todas las glorias del Instituto. Un pastor de aldea hace, con sus instrucciones familiares, más sabios verdaderos que jamás pudo hacer Platón con toda la pompa de sus discursos; y los hijos del pueblo, los hijos

del artesano, los pequeños guardadores de pavos, si se nos permite instruirlos, contestan con claridad y firmeza allí donde los filósofos responden balbuciendo. Saludad el poder de la gracia. He visto, aun en las capas más inferiores del género humano que vive a nuestra vista, en ese linaje humano tan estrechado por sus propias debilidades y tan subyugado por sus propias pasiones, milagros de paciencia, de sacrificio, de *abnegación,* cuyo misterio no podría explicarme jamás ninguna ciencia humana. Contemplad conmigo, señores, esas mujeres asombrosas que encuentran en su fe el secreto de las más sublimes virtudes; esos jóvenes a los cuales hace tan puros la religión, tan invulnerables, tan angélicos en una edad en que se agitan las pasiones; esos hombres, esos ancianos que, apoyados en la mano de Jesucristo, atraviesan el mundo sin mancharse con su barro ignominioso. Saludad el poder de la gracia. ¿Qué he visto también? He visto en el fondo de ese valle de lágrimas, aun en los seres más sumisos a las opresiones de la desgracia, el padecimiento aceptado, la *resignación* jovial, la felicidad en medio de las lágrimas, y en vano he pedido a la naturaleza que me explicara esa serenidad que únicamente un rayo de Dios puede hacer brillar en la frente del desgraciado. Ante las manifestaciones de la animalidad, afirmo la vida animal. Ante las manifestaciones de la inteligencia y de la libertad, afirmo la vida intelectual y la vida moral. Pues bien, ante esas manifestaciones, no explicadas ni por la vida animal, ni por la vida intelectual, ni por la vida moral, afirmo una vida más elevada que todas ellas, afirmo la vida sobrenatural, lo divino en el hombre, afirmo la gracia, y os pido sencillamente que seáis sinceros y lógicos saludándola conmigo.

¿Me preguntáis aún en dónde está la gracia de

Jesucristo? Mirad. Está en vosotros, circula por vuestra casa. Tocad, pues, con vuestros dedos esa savia que os salta al rostro y anima ante vuestras miradas los seres que os son tan queridos. Esa madre que tantos cuidados generosos os prodigó, y cuyos beneficios quizás pagasteis con ingratitud; esa hermana que renunció a todo para haceros más rico y más feliz; esa mujer que sólo se lamenta ante Dios de vuestros desprecios y os guarda inviolable felicidad; esa hija, honor de vuestra casa, cuya sonrisa ilumina vuestro sombrío humor, y cuya mirada, cuyas palabras, cuyas manos tienen algo tan acariciador y tan dulce; todos esos seres que os aman y os sirven, que os superan y os asombran, ¿qué son sino manifestación cotidiana y palpable de la gracia de Jesucristo? En el orden material todo vive, todo marcha, todo se sostiene por una energía latente, cuyos fenómenos vemos, pero cuya substancia se escapa a nuestras miradas. La electricidad que remueve el mundo y lanza el pensamiento a los cuatro puntos cardinales, puede desafiar al ojo más atento. La atracción que preside la marcha de los mundos, es la más invisible como la más maravillosa de todas las potencias, por cuanto tiene reunidos los mundos a distancias indefinidas, y somete a sus leyes la materia, el espacio y el tiempo. La savia se oculta en el interior del árbol, y de ella salen hojas, flores y frutos. Pues bien, lo mismo ocurre con el orden moral. ¿Negáis la gracia? Pues sabed que circula bajo vuestros ojos, corre por vuestros senderos, vivifica vuestro hogar, y basta que lo queráis para verla, para tocarla, para sentirla, para proclamarla. ¿Qué digo, señores? Aunque no lo queráis, la gracia os envuelve, os penetra. Contemplad el mundo profano, el mundo que hace profesión de indiferencia o de hostilidad con relación a Jesucristo, y

III. Creed en la gracia como creéis en el aire que respiráis.

Hay hombres en este final de siglo, y los hay en gran número, que se ufanan de no ser cristianos, que se vengan de Jesucristo, al que antes adoraron, renegando de El hoy, que ya no doblan la rodilla ante el verdadero Dios, para humillarse ante el becerro de oro y ante el ídolo de una deleznable popularidad. ¿Son tan extraños a la gracia de Dios como afectan serlo? No. *Viven de ella.* Todo cuanto tienen de bueno, procede de ella. Rechazan a Jesucristo, pero viven de su influencia, respiran el aire creado por El, gozan de sus beneficios. Ese sentimiento religioso que sobrevive a la ruina de sus creencias, es el reflejo de una primera comunión bien hecha; esa justicia tan exacta, tan escrupulosa, de que tanto se envanecen, la aprendieron en los bancos del catecismo y a los pies del sacerdote; esa integridad de costumbres, que convierten en argumento contra la fe, la contrajeron en una familia cristiana, sobre las rodillas de una madre santa. Todo lo que tienen de mejor, es la impresión siempre viva de una infancia que penetraba en otro tiempo la religión. Al repudiar a Jesucristo, son ingratos, pues atribuyen a la naturaleza una honradez cuyo principio es realmente la gracia. Reniegan del Evangelio, y lo respiran en el aire, beben sus divinos efluvios, se asimilan su luz y su fuerza sobrenatural, y a pesar de prohibirse el ser cristianos, piensan y obran en cristiano. Hay sectarios que quieren arrojar del mundo a Jesucristo. No es empresa fácil. Jesucristo está en el aire. Todas las noblezas del alma y todas las superioridades de nuestra civilización, son una esencia que dimana de El, y el día en que El se fuera, todo se convertiría en noche, podredumbre y muerte.

Creed en la gracia. Resplandece como la luz en las almas escogidas. Circula como la savia en los cristianos ordinarios, y aun en el mismo mundo profano, se respira como un aire vivificante que alimenta la verdad, la virtud y el honor.

Creed en la gracia, señores. Vivís de ella, y desgraciados de vosotros si se extinguiera esa luz, si dejara de correr esa savia, si cesáramos de sumergirnos en esa atmósfera bendita. Aun con la gracia de Jesucristo, oímos todavía rugir, en el fondo de sociedades perturbadas, los instintos de la bestia, y sólo nos queda a cada uno de nosotros gritos de rabia, gustos depravados, segundas intenciones de revueltas, horas de licencia y de olvido. Aun bajo el reino de la gracia de Jesucristo, se han visto las intrigas de la corte de Bizancio, los asesinatos de la de Clodoveo, los escándalos reales de Carlos IX y Enrique III. Se han visto los desórdenes de Luis XIV, la corrupción de Luis XV, las depravaciones de las letras, de las artes, de las costumbres. Se han visto explosiones muy frecuentes de orgullo insensato, de lujo homicida, de servilismo vergonzoso, de ambiciosa bajeza. ¿Qué sería, pues, en qué se convertiría la conciencia, en qué se transformaría el mundo, si Jesucristo no estuviera en él para sanear las almas y apaciguar las sociedades?

En él está, señores, y en él permanecerá. Ni una sola de sus palabras se ha perdido ni ha sido estéril. Su influencia es inmortal, su autoridad infrangible, su gracia inagotable. Su perennidad desafía los ultrajes de la hora que pasa. El mundo, desorientado, parece que quiere huir de Jesucristo, pero batido por la

tempestad, deshecho sobre los escollos, volverá a los brazos de Cristo Jesús.

Estremeciéndose el mundo sobre el azote que pasa
Hoy sólo ve el diluvio... Yo veo el arca.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Cómo Dios da su gracia

SEÑORES:

Después de estudiar la gracia en su fuente, en su necesidad y en sus efectos, preciso es estudiarla en su distribución.

¿Cómo llega a nosotros? ¿Cuáles son los caminos que sigue, cuando desciende del corazón de Dios al corazón del hombre? Dios tiene dos maneras de obrar. *A veces* procede por la fuerza y por lo imprevisto; llama a grandes golpes que señalan su intervención directa. Esto es la excepción. *Casi siempre* procede con lentitud y suavidad; diríase que se detiene, y marcha; creeríase ausente, y obra. Contemplemos señores, lo repentino y lo industrioso de la gracia. Es admirable. No me censuréis si os elevo tan arriba. Si Dios es grande y si vosotros mismos estáis tan elevados que su mano viene a tocar vuestra frente y a refrescar vuestras sienes, ¿es culpa mía? Si hay en vosotros puntos

sublimes por los cuales Dios llega a vosotros, ¿tendré yo derecho a ocultarlos o suprimirlos? La grandeza de mi asunto aumenta su interés sin disminuir su realidad. Seguidme.

I. A veces la gracia llega impetuosamente. Subyuga.

Contemplad el alma humana. Parece invencible. Dotada de libertad, es más soberbia y altiva que las cumbres que atraviesa el rayo; más dura que los bloques seculares contra los cuales se estrellan las fuerzas del tiempo y la naturaleza; más feroz que los animales del desierto; más agitada que las olas al impulso de la tormenta; más tumultuosa que las tempestades; más tenebrosa que la noche; más corrompida que los cadáveres. ¿Habrá en el mundo un poder capaz de derribar, quebrantar, domar, apaciguar, hacer oir, iluminar, resucitar un alma humana? No. Sólo Dios puede hacerlo. Interviene con su gracia, y en un instante, cuando así lo quiere, subyuga un alma, la trastorna, hace que se arrepienta, la transfigura. ¿Habéis visto esos caballos soberbios y caprichosos que se detienen bruscamente? Bajan la cabeza doblan sus flexibles corvejones, y luego, con el ojo despavorido, y las fosas nasales temblorosas, se enderezan, se lanzan violentamente atrás, a riesgo de derribar al caballero y de rodar ellos mismos por el polvo, y de repente, un vigorozo espolazo hace correr la sangre por sus costados palpitantes y los vemos precipitarse con la impetuosidad del rayo, salvar de un salto el muro o el foso, y devorar la distancia. Han sido vencidos por la mano del jinete que los monta, pero ellos son los vencedores a los ojos del público que los aclama. Señores, he ahí el hombre en presencia de la Verdad y el Bien; cierra los ojos, se

muestra insensible, vacila, retrocede, blasfema en ocasiones; pero de repente una fuerza divina cae sobre él, le oprime, le irrita por un movimiento imprevisto, le transforma. Ya no es el mismo hombre. Es el vencedor de sí mismo y el vencido de Dios.

No neguéis estos fenómenos, señores, pues se encuentran con frecuencia en la historia de las almas. Empezó esto en el Calvario. Bajo la mirada de Jesucristo moribundo, un ladrón pasa de un salto del crimen a la santidad, y en el alma de este gran culpable, hacen irrupción todas las virtudes, como un volcán que se abriera de repente paso a través del granito más compacto y duro. Después, ¿cómo contar los triunfos instantáneos de la gracia de Jesucristo? Acordaos de Agustín. Tenía treinta años de edad y once de iniquidad. Nada había podido convertirle, ni las labores del estudio, ni las meditaciones de la ciencia, ni las ternuras, ni las lágrimas, ni el dolor de una madre, ni los combates de la amistad, ni la elocuencia de Ambrosio, ni el ejemplo de los santos. Pero un día púsole Dios ante los ojos una palabra tomada al azar de las Epístolas de San Pablo, y quedó subyugado. Vencedor de sí mismo, vence todos los errores de su siglo y quebranta el yugo de todas las pasiones. Vencido por Dios, se convierte en genio sublime y en santo de primer orden. Jesucristo, señores, obra soberanamente en las almas. En vano quisiéramos evitar sus persecuciones y ponernos en guardia contra sus sorpresas. Cuando El lo quiere, hace maravillas, y súbitamente lleva a la cumbre de la perfección moral seres insignificantes o recalcitrantes, niños, criminales, letrados, sabios. Pablo estaba animado del celo del perseguidor; Jesucristo le da el celo del apóstol. Javier llevaba en su alma el germen de una ambición inmensa; Jesucristo le

confía las Indias para que las recorra y evangelice. Ignacio es herido en el sitio de Pamplona; Jesucristo entra por esta herida, e Ignacio, que sólo amaba el placer y la gloria, no sueña ya en otra gloria que en la de Jesucristo, ni en otro placer que el de pertenecer a Dios y vivir para El. Lacordaire, estudiando en París, perdió hasta el recuerdo de su primera comunión, de su última alegría religiosa y de la última mirada del alma de su madre sobre la suya; visítale Jesucristo, le subyuga, hace de él el apóstol incomparable de este siglo, y el gran orador no sabe cómo referir el misterio de transformación, cuyos asombros y embelesos ha experimentado. ¿Quiere esto decir, señores, que la gracia procede siempre así, impetuosa, súbita, como el rayo? No. Esto es la excepción.

II. De ordinario la gracia llega insinuante y suave. Solicita.

La gracia pone sitio largo tiempo a las almas antes de invadirlas, y sus industrias, sus lentitudes, sus manejos son todavía más admirables que sus golpes repentinos.

Nuestra alma, señores, es como un teclado espiritual por el cual se pasean los dedos del Señor, y con sólo quererlo, oímos dentro de nosotros notas que nos arroban y nos elevan, ecos misteriosos, recuerdos de infancia, voces de patria, gemidos de destierro, vergüenzas de esclavitud, llamamientos de libertad, invitaciones de misericordia, terrores de justicia. ¿Negáis la gracia? Está en vosotros. Interviene en las penas de vuestro espíritu, en los actos de vuestra voluntad, en los afectos de vuestro corazón, en los recuerdos de vuestra memoria, en los cuadros de vuestra fantasía.

Evoca en el fondo de vuestra alma un secreto amor del deber, nobles movimientos, gustos sobrenaturales y una inclinación tan decidida a la virtud, que la respetáis en los otros aun cuando la traicionarais con vuestras obras.

¿Buscáis a Jesucristo? Está en vosotros. "¡Soy yo! —os dice.—¿Deseas la verdad? Yo seré tu luz. ¿Tienes vacía el alma? Yo la llenaré. ¿Eres débil? Apóyate en mí. ¿Lloras? Seré tu compañero y alimento de tu corazón. ¿No tienes carrera? Yo seré tu ocupación. ¿No tienes porvenir? Te queda el cielo. ¿No tienes amigos? Yo seré tu amigo, tu refugio, tu casa, tu vida."

Señores. No es larga mi experiencia, pero he visto más de una vez ese misterioso trabajo de la gracia en las almas: trabajo de germinación y de resurrección, trabajo de Dios y del hombre, pero en todas partes es Dios el que da la semilla y el crecimiento, no dejando al hombre más que el cuidado de abrir el surco y recoger las garbas. Jesucristo, para penetrar en las conciencias, no necesita intermediarios, se presenta, llama a la puerta, toca nuestras fibras más secretas, suscita buenos pensamientos, santos deseos, resoluciones enérgicas, impulsos sublimes, y llega un día en que el hombre, vencido, exclama con Lacordaire: "Me es imposible decir en qué hora y cómo mi fe, largo tiempo perdida, reapareció en mi corazón, como una antorcha que no estaba extinguida. Leí, razoné, quise, y no triunfé; pero un día en el rincón de una calle, cerca de mi hogar, yo no sé cómo fué, pero ya no fuí el mismo; ¡creí!" Y si yo os preguntara, señores, si yo os preguntara por qué vía entraron en vuestra alma las convicciones que os honran y os consuelan, quizás muchos de vosotros, poniendo la mano sobre el corazón, dirían: *"Digitus Dei est hic!* ¡El dedo de Dios está aquí!" Mis

labios cantan el *Credo*, pero el dedo de Dios que toca el teclado es el que sostiene en mí el concierto de la Verdad y el Bien.

Por otra parte, la gracia, para subyugarnos, cuenta con mil canales secretos, con hendiduras inadvertidas y múltiples industrias. Se oculta en los seres que os rodean y aun en los acontecimientos menos significativos. Oigo al conde Schouvaloff que exclama: "*Mi mujer* era un verdadero diamante caído del cielo. ¡Gloria a ti, Dios mío! Esta mujer bendita fué instrumento de tu misericordia. Muriendo en la cruz, salvaste al género humano; muriendo en un lecho de dolor, mi mujer, merced a tu gracia, ha sido la causa de mi salvación." He ahí la historia de muchos hombres. Dios les habla por el tierno gemido de una mujer amada, por la oración lastimera de una madre, por las lágrimas piadosas de una hermana, por la sonrisa y la cándida alegría de un niño, por la mirada desconsolada de un amigo, o bien aún por los labios de un apóstol elocuente, por la aparición de un sacerdote piadoso, por las páginas de un libro en las que se ha explayado la fe de un alma hermosa y grande. Leed la vida del general Sonís, leed su correspondencia, y os desafío a a que no os sintáis conmovidos por la proximidad de Jesucristo presente en el corazón del guerrero. Con frecuencia os visita la gracia de Dios *en el momento en que menos pensáis en ella*. La encontráis en la tristeza de un día sombrío, en la caída de un día muriente, en uno de esos gritos que obligan a soñar a un alma y la hacen más sensible al toque de lo infinito.

La *campana* del viejo campanario ¿suena y llama a los cristianos al altar? Os recuerda triste y dulcemente vuestra antigua piedad, vuestro amor de niño a la iglesia y a las ceremonias santas. ¿Reza trabajando

su rosario una *pobre criada?* Su vista os recuerda que vuestros labios hace ya mucho tiempo que se cerraron a la oración. ¿Conducen un *muerto* a su última morada? Ese féretro silencioso parece predicaros los derechos de Dios sobre vosotros y vuestros deberes para con El. Un *sacerdote*, cuyo nombre ignoráis, cuyo rostro no visteis jamás, ¿toma con vosotros el mismo tren? De repente en un rincón de vuestro corazón, ignorado de vosotros mismos, sentís revivir el fervor de vuestra primera comunión y los pocos años santos, o por lo menos, ordenados que la siguieron. Enviado por su amo para apoderarse de Pío VII, el general Radet se encuentra en presencia del Padre Santo. Palidece su rostro, tiembla su voz, apenas encuentra palabras para explicar su misión. ¿Por qué ese espanto de la fuerza ante un anciano inerme? "Se me acaba de aparecer mi primera comunión".—dice.

He ahí los caminos de la gracia, señores. Son innumerables. Pero hay uno que merece que lo señalemos con preferencia a los demás: *el dolor*. El Superintendente de Hacienda de Luis XIV gastó más de treinta y seis millones en construir su casa de Vaux. Cuando su madre supo su desgracia y su prisión, prosternóse en tierra y dijo: "¡Gracias te doy, Dios mío! ¡Siempre os pedí su salvación; he ahí el camino!" El superintendente *Fouquet* encontró la gracia en la prisión. También se convirtió así *La Harpe*. *Lamoricière* debió su vuelta a Dios a su destierro. "Durante dieciocho años manejé las armas—dice.—Pasé cuatro años en nuestras luchas y discordias civiles; heme ahora aquí en el destierro a que Dios me ha conducido, para concederme el tiempo y la necesidad de reflexionar, para ver las cosas desde el punto de vista en que las vemos tales como son." Así obra Dios, señores. Llena de sombras

la tierra para que luego brille el cielo. Hiere para curar, se acerca a los que han padecido, ama a los heridos, busca a los que lloran por senderos humildes, en las orillas del camino donde el mundo los abandona, y podría citar tal hombre que olvidaba a Dios en la embriaguez de la vida, y volvió a encontrarlo en la prueba, en la amargura del dolor. Ora es un sueño que se desvanece, ora una ilusión que se deshace, ora una postura que se derrumba, ya un amigo que olvida, ya un corazón amado que se enfría, ya un ser querido que la muerte nos arrebata. Involuntariamente elevamos los ojos más arriba, y sabiendo que todo paso es inútil, y toda bebida amarga, lanzamos el último grito; "¡Dios mío, Dios mío!"

Cuando todo se hunde bajo nuestros pies, desplegamos las alas y nos remontamos hacia Dios.

En resumen, señores, no hay industria que no emplee la divina gracia, ni camino que no emprenda, ni obstáculo que no aparte o no afronte, a fin de conducir al hombre a la verdad, y fijarlo en el bien, y llevarlo de virtud en virtud, y más fácil sería seguir las direcciones mil veces diferentes de la rosa de los vientos, que las vueltas, rodeos y revueltas de la gracia en el mundo de las almas. ¡Gracia divina, véome obligado a absolverte y condenarme! ¡No eres tú la que me juzga; soy yo quien te rechaza!

Señores, os decía hace un momento que Dios, para conmover las almas, se sirve con mucha frecuencia de los seres más débiles. Permitidme que vuelva sobre esta idea y acabe de explicarla. Talleyrand estaba en su lecho de muerte, empedernido. Su sobrina, engalanada con el velo blanco de su primera comunión, fué a verle antes de prosternarse en el banquete de los ángeles, y le dijo llorando: "¡Bendecidme!" El viejo diplomático quedó profundamente conmovido. Una palabra salida de los labios de una niña de doce años acababa de penetrar su corazón como una flecha lanzada por la mano del Todopoderoso. Tal es la historia de Judit libertando a Bertulia y proclamando su victoria con estas palabras cuyo tono no han amortiguado los siglos: "Ni le hirieron los titanes, ni los gigantes le abatieron, sino una mujer, Judit, hija de Merari."

Dentro de tres semanas, harán vuestros hijos la primera comunión; ayudadnos señores, con vuestras simpatías, con vuestros alientos, con vuestras oraciones, con vuestros esfuerzos, a fin de que ese espectáculo tan conmovedor, sea verdaderamente la alegría del sacerdote, la edificación del pueblo cristiano, la renumeración primaveral de esta gran parroquia.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Cómo el hombre recibe la gracia

SEÑORES:

La gracia desciende del corazón de Dios para llegar al corazón del hombre. La hemos visto descender del corazón de Dios, ora impetuosa como lluvia de tempestad, ora insinuante y suave como rocío matutino. Veámosla llegar ahora al corazón del hombre, y cantemos aquí también, en honor de Jesucristo, los misterios de misericordia, de que a menudo somos sujetos inconscientes y testigos distraídos.

I. Suficientemente.

¿Cómo el hombre recibe la gracia?

Escuchad estas hermosas palabras salidas de los labios de Jesús. "¿Quién de vosotros—dice,—si su hijo le pide pan, le dará una piedra, o si le pide un pescado le dará un escorpión? Si, pues, vosotros, que no sois

buenos, sabéis dar buenas cosas a vuestro hijo, ¿cuántos bienes no dará vuestro Padre que está en los cielos a quienes se los pidan?" Señores, pongo por testigos estas divinas palabras: Dios es siempre padre; Dios oye a sus hijos en todas las lenguas y todos los soles; Dios no responde jamás a los padecimientos y deseos de los que le imploran, ni con piedras, ni con escorpiones, sino que en todas partes y siempre, da la luz, el arrepentimiento, la resurrección; en todas partes y siempre, da la gracia y la vida. Dios da a los *justos* la gracia para permanecer fieles, y a los *pecadores,* aun a los más obstinados y corrompidos, la gracia para convertirse. "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva." Pero los *incrédulos,* hoy tan abundantes en nuestro viejo mundo, ¿es que reciben de Dios una gracia suficiente para ver la verdad y volver al bien? Sí, ciertamente. Los oigo afirmar muy alto que no tienen fe, y cuando los estudio, advierto que no quieren ver o que quieren ver mal, a fin de evitar las consecuencias prácticas de la verdad aceptada. Pecan contra la luz. Rehusan obstinadamente abrir la puerta a quien llama y pide un minuto de audiencia. ¿Es que Dios es responsable de su incredulidad? No, ciertamente. Pero los *herejes,* los cismáticos, esas masas compactas de rusos, griegos, protestantes, ¿es que tienen la gracia suficiente para lograr la salvación? No sería posible ponerlo en duda. Si están unidos a Jesucristo y proceden de buena fe, y si además llevan una vida pura y piadosa en relación con los llamamientos de su conciencia, reciben de Jesucristo, por infiltración misteriosa, por caminos secretos e íntimos, todas las luces, todas las excitaciones, todos los auxilios naturales de que tienen necesidad. Pero donde la dificultad aumenta y parece hacerse insoluble, es con relación a los *infieles.*

Ved esas multitudes de hombres que hormiguean en las llanuras elevadas de Asia, en el centro de Africa, en las islas perdidas de Oceanía. ¿Es que la gracia de Dios no parece detenerse en las fronteras de esa región maldita? No, señores. Por dolorosa que sea su situación moral y religiosa, no están tan abandonados los infelices como nos lo figuramos. "Si un infiel—dice Santo Tomás (y quien oye a Santo Tomás, oye la más alta y segura sabiduría teológica),—si un infiel, y aun un salvaje, alimentado en la selva, sigue la inspiración de la razón natural en lo que toca al bien y al mal, hay que considerar como muy cierto (*certissime tenendum est*) que Dios le revelará, por una inspiración interior, lo que es necesario creer, o bien le enviará un predicador de la fe, como ya envió San Pedro al centurión Cornelio." Señores, Dios es infinito en poder, justicia y bondad; si halla en algún punto, así sea en los últimos abismos de la infidelidad, un alma ignorante y sincera; si halla en esta alma un reflejo de lealtad, un germen de buena voluntad, sabrá perfectamente, por medios proporcionados, y poco a poco, conducirla a la verdad y a la salvación.

Insisto sobre esto, señores, porque con mucho frecuencia, la impiedad estúpida y perversa, para triunfar de la doctrina católica, la desfigura, la falsifica, la calumnia. No condenamos en masa a los incrédulos, ni a los herejes, ni a los infieles. No condenamos la ignorancia involuntaria e invencible; pero sí condenamos el error voluntario y culpable, la resistencia a la verdad conocida, o por lo menos sospechada, la negativa del espíritu a llegar a la luz, la duda alimentada y acariciada, sin esfuerzo alguno para salir de ella. En suma, condenamos la negligencia voluntaria con respecto a los intereses vitales y al negocio capital del alma, y declaramos muy alto que "Dios no niega jamás su gracia al que hace cuanto está en su mano." "*Facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam*" Esta doctrina, señores, nada tiene de extraña ni de bárbara, y desafío a la razón más difícil y escrupulosa a que le dirija el menor reproche. Por desgracia, hay en el mundo muchísima gente que nos acusa de intolerancia, de crueldad, de absolutismo, y aun de ultrajar al buen sentido con nuestra doctrina, cuando, por lo general, ignoran las nociones más elementales del catecismo y la primera palabra de la doctrina católica.

Todos los hombres reciben la gracia de una manera suficiente. ¿Es esto decir que la reciben de la misma manera? En modo alguno. La reciben

II. Desigualmente.

En este vasto océano de la vida, cada uno tiene su barca que conducir y su sendero que seguir, y Dios da a todos el viento que hinche la vela y le hace entrar en puerto. Pero este viento, siempre suficiente para conducirnos al término, sopla donde El quiere y como quiere. Los dones de Dios son gratuitos, y en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza, los reparte como place a su sabiduría, independientemente de nuestras combinaciones. Ved cómo marcha el mundo. La fuerza, la salud, la inteligencia, el poder, la fortuna, están muy desigualmente repartidas. He ahí el *mundo moral y social*. ¿Y en el mundo *físico*? La misma ley regula al sol y al átomo. El mismo Dios que ha colgado tantas luminarias de la bóveda celeste, las hace brillar con esplendor muy diverso. El mismo Dios que ocultó la fuente en medio del bosque, abrió también el abismo en que braman las grandes corrientes. La desigual-

dad es, en la naturaleza y en el hombre, el principio mismo del orden común, y de la belleza eterna. Así, pues, ¿por qué habíais de querer que en el *mundo* sobrenatural todos los hombres fuesen Pablos y Javieres por el celo, Tomases por la ciencia, Ambrosios y Basilios por la palabra, Benitos en el claustro, Luises en el trono, Vicentes de Paúl en el altar? Tanto valdría decir: "¿Por qué todos los hombres no son igualmente fuertes, ricos y felices?" Aceptemos, señores, las leyes del gobierno divino. Dios es padre, y da a todos sus hijos la gracia suficiente. Pero al propio tiempo, Dios es señor de sus dones, y no trata con el mismo favor a todas las almas, aunque las ama por modo igual. Adoremos su sabiduría infalible, y no ignoremos, por otra parte, que cuanto más nos dé, más nos pedirá." He ahí lo que nos interesa no olvidar. Las exigencias de Dios siguen a sus liberalidades. "En el juicio de Dios—dice Bourdaloue,—habrá una diferencia inmensa entre el pagano que no conoció la fe cristiana, y el cristiano que, habiéndola conocido, renunció interiormente a ella. Dios, siguiendo las órdenes mismas de su justicia, tratará de modo muy diferente al uno que al otro."

He ahí una verdad terrible, señores. Dios, que es desigual en sus dones, es desigual también en sus exigencias. Cuanto más da, más pide. He ahí un *sacerdote*, Dios vertió en su alma las luces del Evangelio y la gracia de la Redención. Es una fuente, y no da nada; vegeta en la ociosidad, o bien da la muerte cuando debiera dar la vida. Dios, que le ha dado mucho, le pedirá también mucho. He ahí un hombre *elevado* por encima de sus semejantes; tiene ciencia, fortuna, influencia; se sirve de su ciencia para arrebatar al mundo sus últimas creencias o sus últimos escrúpulos; se sirve de

su fortuna para dar gratuitamente a la multitud el veneno de la corrupción; se sirve de su influencia para arrastrar a los pueblos, con blasfemias ruidosas, por los senderos de la impiedad. ¡Desgraciado de él! Dios le pedirá mucho, porque le dió mucho. Dios es justo, y la medida de sus dones es la medida exacta, matemática, de sus exigencias. El hombre recibe la gracia suficientemente, desigualmente. Finalmente, la recibe

III. Proporcionalmente.

a sus esfuerzos y a sus deseos. Tenemos un corazón para suplicar y alas para elevarnos; sirvámonos de estas dos potencias, y la gracia es nuestra.

Oremos. Insectos de un día, perdidos bajo una brizna de hierba, nos agotamos en vanos razonamientos. Pidamos a Dios que nos instruya y nos dirija. El ciego pide su camino, pero el incrédulo que duda, el pecador que vacila, el herido que sangra, tienen un medio más seguro de hallar la luz, la fuerza y la vida, que el de interrogar a la tierra: el de gritar al cielo. Un novelista convertido hace pocos años, exclamaba: "Empobrecido de repente, casi desesperado, llamé en mi auxilio a Dios, y oí que me respondía en lo más profundo de mi ser, le sentí palpitar en las entrañas de mi conciencia, y vertí la primera lágrima, dulce a mis ojos como en otro tiempo la caricia matinal de mi madre, cuando, niño, me despertaba en mi cama. Al día siguiente, fuí a ver un hombre excelente, que sabe mucho, pero que no se envanece de ello, y que me ama. Podía ser mi hijo, pero yo le llamo padre. Enseñóme, como sin pensarlo, cosas enteramente grandes y sumamente sencillas, que yo creía conocer. Y por su boca, nuestro Padre que está en los cielos me per-

donó. Al día siguiente era Navidad... Me postré ante la sagrada Mesa e hice mi segunda comunión cuarenta y siete años después de la primera. Así se anudaron los dos extremos de mi vida por encima del abismo de medio siglo perdido. Salí del templo fortalecido; con el auxilio de Jesucristo, viviré y moriré en esta fortaleza."

¿No tenéis fe? Orad.

Obrad. Conocéis las palabras de Juan Jacobo Rousseau: "Tened vuestra alma en estado de desear siempre que exista Dios, y jamás dudaréis de su existencia."

En efecto, señores, la luz y la gracia nos son dadas de ordinario en proporción a nuestras disposiciones morales, a nuestra buena voluntad, a nuestros esfuerzos, a nuestros méritos. Sin duda que la omnipotencia divina no conoce obstáculos. En un instante puede transformar un vaso de iniquidad en un vaso de elección; pero esto es extraordinario. Lo ordinario no es que el río, engrosado por la tempestad, destroce lo que halle al paso para derramarse por las tierras áridas, sino que corra tranquilamente por los declives en que encuentre menos resistencia. Lo ordinario no es que uno entre en alguna parte forzando las puertas atrincheradas y amuralladas, sino empujando suavemente las que se entreabren. Por consiguiente, la acción de la gracia se dirigirá de ordinario a las almas honradas, con preferencia a las encenagadas en el lodo impuro de todos los vicios; a las almas ignorantes y débiles, con preferencia a las que endurece el orgullo. ¿Se trata de hombres soberbios, de hombres obstinados, que procuran con sofismas ponerse en regla con la iniquidad? ¿Se trata de hombres que nada quieren con la luz o que la rechazan de propósito deliberado? Nada hay que hacer con ellos; por lo general, Dios los abandona. Pero si se trata de seres humildes, de seres abandonados

que se dirigen al mal, menos por su propio movimiento, que atraídos por doctrinas perversas y ejemplos escandalosos, Dios tendrá piedad de ellos. En el mundo hay dos clases de personas: instigadores e instigados. Los primeros son criminales, los segundos son víctimas.

La gracia divina nada tiene que hacer con criminales convencidos, pero está llena de paciencia y de misericordia para con los descarriados.

En resumen, la gracia os visitará en la medida en que la merezcáis. El hombre la recibe suficientemente, desigualmente, proporcionalmente.

Conclusión.—Jesucristo nos ha merecido la gracia; quedamos en libertad de recibirla. "Quien te creó sin ti—dice San Agustín,—no te salvará sin ti. ¿No quieres salvarte? ¿No quieres ayudar a Jesucristo en la obra de tu salvación? ¡No serás salvo, morirás!"

Señores, no hay medio de abstenerse: o con Jesucristo, o contra Jesucristo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

Las fuentes oficiales de la gracia

I.—La predicación

Señores:

La gracia desciende del corazón de Jesucristo al corazón del hombre. Pero ¿hay en la tierra fuentes en donde ella resida en cierto modo oficial y auténticamente? Sí. En primer lugar, la predicación, la palabra de Dios distribuída por el sacerdote. San Agustín dice en alguna parte: "Escuchar con oído distraído la palabra de Dios, es el mismo crimen que dejar caer en tierra por negligencia la sagrada hostia." Y el cura de Ars, queriendo hacernos entender la necesidad de la influencia sacerdotal, dice: "Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote, y se adorará en ella a las bestias." La predicación, o la palabra del sacerdote, es, pues, realmente, una fuente de gracia, donde puede y debe acudir a refrigerarse el pueblo cristiano, y yo os invi-

to a estudiar hoy su autoridad, su fecundidad, su popularidad.

I. Autoridad de la predicación.

¿De dónde viene la palabra del sacerdote? De Dios mismo. Sabéis que Jesucristo dijo a sus apóstoles y a los sucesores de éstos: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; como mi Padre me envió, así yo os envío. Id, enseñad a las naciones, Yo estoy con vosotros para siempre. Pedro, he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca. Confirma a tus hermanos en la fe. Quien os escucha a mí me escucha; quien os desprecia, a mí me desprecia." Ahí tenéis, señores, el génesis de la palabra sacerdotal. Brota de las profundidades de la eternidad; se explaya del seno de Dios mismo, semejante a esos ríos majestuosos cuya velocidad se mide por la altura de las cimas de que descienden. Y así como Dios abrió la cuna en que duerme el océano, así preparó aquí bajo a su palabra un depósito providencial: la iglesia católica. La palabra sacerdotal está primeramente en Dios; Dios la da a su Hijo; su Hijo la da a la Iglesia, y la Iglesia la da a sus sacerdotes que la hacen circular por las almas. Y si algún sacerdote se apartase de la verdadera doctrina, sería corregido por su obispo, y el obispo no podría apartarse a su vez sin ser corregido por aquel que fué encargado de confirmar a sus hermanos en la fe. Ya veis que es difícil distribuíros una palabra más oficialmente, más auténticamente divina que la que llega a vosotros desde la cátedra de la verdad.

El sacerdote, señores, es una fuente. Alimenta a las almas. Las alimenta de la verdad revelada, no de sus ideas, de sus sistemas filosóficos o políticos, sino de la

pura palabra de Dios, cuyo canal es. El vaso puede ser de oro, si se llama Bossuet; de plata si se llama Massillón; de bronce si se llama Bridaine, o el cura de Ars, o simplemente de arcilla, como los modestos oradores sagrados cuya voz oís cada domingo. Pero, de oro o de tierra, lo que contiene, lo que transmite a las almas, es la pura verdad revelada por Dios. La Iglesia toma un niño, un joven, a veces de las más humildes esferas de la sociedad; lo transforma, lo consagra y le dice: "Habla ahora; tienes el derecho y el deber de hacerlo. La palabra, esta virtud inalienable, divina y eternamente libre, la palabra de Dios, se te ha conflado, y yo te ordeno que la lleves a todas partes, sin que nadie tenga jamás el derecho de sellar tus labios un solo día de tu vida. Ve, y predica: *Clama, ne cesses.*" Pero, Señor, yo no soy elocuente, exclama el joven levita espantado, como Moisés, de la grandeza de su misión; mi lengua tartamudea, y mis labios están paralizados. "No, Señor, no me toméis por intérprete cerca de vuestra pueblo.—Yo lo quiero—responde el Señor Dios— Marcha, hijo mío. Pondré mi verdad en tu boca, y te enseñaré lo que debes decir: *Perge et ego ero in ore tuo doceboque te quid loquaris.*"

He ahí el sacerdote, un hombre obscuro, desconocido, pobre, cuyo nombre no está escrito en el frontispicio de ningún templo de la ciencia. Es en la tierra el depositario, el órgano de la palabra divina; brota de él a raudales inagotables. Habla, enseña, exhorta, pero no es un profesor que os da sus ideas, ni un político que desarrolla sus proyectos, ni siquiera un padre que instruye a sus hijos. No habla ni en nombre de la opinión, cosa fugitiva; ni en nombre de la filosofía, cosa discutible; ni en nombre de la familia, cosa personal; ni en nombre de la patria, cosa local. Habla en nombre

de Dios; la orden de Dios resuena en sus labios; es la eternidad que se muestra por su boca. Nuestro púlpito, señores, es nuestro trono, y este trono es más alto que el de los reyes. Porque desde él reinamos en el mundo de las conciencias. "De todos los puestos que un hombre puede escalar en la tierra—dice Lamartine,— el más alto para un hombre es incontestablemente la cátedra sagrada..." "En ella—continúa,—el hombre no es ya hombre, sino una voz, una voz que, como la del trueno en las nubes, o la del órgano en las basílicas, jamás es otra cosa que un órgano de potencia o de persuasión divina para nuestras almas; una voz que no habla más que a auditorios de rodillas; una voz que escuchamos en silencio, a la cual no se responde más que con una inclinación de cabeza, o con lágrimas en los ojos, aplausos mudos del alma; una voz que no se refuta, ni se contradice jamás, ni siquiera cuando asombra o hiere."

He ahí el púlpito que escala el sacerdote. Pero cuanto más elevado es, mejor se comunica.

Algunas palabras sobre la

II. Fecundidad de la predicación.

¿Qué es lo que ha hecho la palabra del sacerdote en diecinueve siglos? Pasiones del corazón humano, ultrajes de sabios, sentencias de muerte de los perseguidores, furores del populacho, leyes astutas de los potentados, todos los obstáculos se le han opuesto y han querido corromperla o cerrarle el paso. Pero ha marchado: viajera ilustre e intrépida, ha visitado todos los rincones del mundo y todas las clases de la sociedad. Se la ha visto llegar a todas las riberas y a todas las conciencias. Como la brizna de hierba que invade lo mismo el

palacio real que la cabaña del leñador, sin que ninguna fuerza humana pueda detener su empuje, ni suprimir su ambiciosa vegetación, se ha difundido por todas partes, así sobre las cimas más elevadas, como sobre los más hondos valles, glorificando a su autor con su expansión milagrosa, con sus triunfos inesperados, con su inmortalidad, que nada ha podido descantillar nunca. Y a la hora presente, la palabra del sacerdote, que cuenta ya diecinueve siglos, es tan joven, tan viviente, tan inmortal en los labios de León XIII, como lo era ayer en los labios de Pío IX y en los de San Pedro al día siguiente de Pentecostés.

Un apóstol elocuente la hace resonar en nuestras basílicas; un generoso misionero, en las profundidades de Asia y Africa; un humilde cura, bajo el techo obscuro de nuestras iglesias del campo... ¿Qué importa? Sus órganos cambian, pero su vitalidad es siempre la misma.

Aquí y allá, hoy como ayer, produce la fe y virtudes vivificantes en la fe, lo cual no es ciertamente pequeño resultado en medio de un mundo en que las convicciones son tan raras, donde se agitan tantas doctrinas incoherentes, tantas lecciones ligeras y perecederas. Mas no solamente ilumina, sino que *convierte*. Apelo a vuestra experiencia. ¿No os ha ocurrido nunca sentiros, al pie de la cátedra sagrada, súbitamente transformados? Una palabra, de ordinario muy sencilla, caía sobre vuestra alma como una centella, y volviéndoos a Dios, entregándoos a su gracia: "Señor—le dijistéis—¿qué queréis que haga?" Estabais fríos, inciertos, divididos, y salís ardientes, convertidos, vencidos por la palabra santa.

Hay, señores, en toda alma humana, fibras secretas que sólo desean palpitar, rincones ocultos en que la fe, todavía presente, pero dormida, no espera más que una palabra para reanimarse. Merced a esto, somos poderosos. Los impíos lo saben muy bien. Por eso temen a nuestra palabra, y, no contentos con mantenerse a distancia de la tribuna santa, alejan de ella las muchedumbres cándidas y crédulas, cuya ceguera e ignorancia religiosa explotan. ¿Habéis reflexionado alguna vez sobre la manera satánica como está organizado el mundo contemporáneo? Hay por lo menos cincuenta obreros sobre cien que no tienen la libertad de oir el domingo la palabra del sacerdote. Se les dice que son libres, pero no tienen ni tan sólo media hora de tiempo para venir a refrigerar su alma en la fuente de la verdad religiosa. Esto es una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre; es un crimen contra el cual no cesaremos de protestar. La palabra del sacerdote es como el rocío del cielo; fué hecha para todos, y especialmente para los pequeños, para los débiles, para los menos favorecidos de bienes de fortuna, que tienen más necesidad de los bienes de la gracia.

Permitidme que os diga, para terminar, algunas palabras sobre la

III. Popularidad de la predicación.

El sacerdote posee el arte divino de cautivar la atención de la multitud, de reunirla en día fijo en torno de su cátedra, de hablarle, sin pedantismo, el lenguaje de la razón, de la virtud, de obtener, sin esfuerzo de elocuencia, el triunfo de la elocuencia, la convicción, la persuasión. Puédese fácilmente remover violentamente las masas, amotinarlas las unas contra las otras, y todas juntas contra las superioridades sociales, verter sobre ellas aguardiente, vino, malos periódicos, para em-

brutecerlas a fuerza de corrupción; pero disciplinarlas ilustrándolas, infundirles la prudencia en compañía de la ciencia, inspirarles el amor del orden, obtener de ellas virtudes, hacer descender a su espíritu la luz, y a sus entrañas atormentadas, el refrigerio, la resignación y la paz, es cosa imposible sin el sacerdote.

El pueblo se mantiene a distancia de la palabra del sacerdote. Hay quien dice con alegría homicida: *¡Tanto mejor!* Pero yo, señores, en nombre de la razón, en nombre de la conciencia, en nombre de la patria, digo: *¡Tanto peor!* Si nuestra palabra es tan elocuente, tan persuasiva, tan interesante, es porque es tan ilustrada, tan convencida, tan cuidada como cualquiera otra palabra. Los espíritus más cultivados pueden oírla sin que disminuya su interés, y si las inteligencias populares la destierran, habrá que confesar que no es ello signo de progreso intelectual en las masas. Aquí vienen de molde estas palabras del cura de Ars: "Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y se adorará en ella a las bestias." Y, de hecho, a medida que un pueblo se aleja de su iglesia, se convierte en presa de las más viles mentiras, de las más estúpidas supersticiones, de los más bajos prejuicios. Cuando desciende la fe, ni se eleva la inteligencia, ni se eleva la virtud. ¡Cuán culpable sería nuestra patria si cerrase los oídos a la palabra de sus cincuenta mil sacerdotes! ¡Cómo abusaría de los divinos dones, y cuán de temer sería que esos dones, libremente desdeñados, fuesen a visitar, a convertir, a santificar regiones menos rebeldes que la nuestra a los avances de la gracia! Al propio tiempo, ¡cuán ciegos serían los que no vieran que hay en eso un peligro inmenso! ¿Pues qué, hay junto al pueblo un hombre de su raza, pobre y laborioso como él, un hombre que habla, que responde, que consuela,

que hace nacer la esperanza y reanimar la virtud, un hombre que es por sí solo toda la vida superior de las almas, y quieren alejarlo del pueblo? Pero eso es tan idiota como criminal. El mundo se divide en dos campos: los hambrientos y los satisfechos, los pequeños y los grandes, los pobres y los ricos. Si no tenéis más que la fuerza para asegurar la paz entre los dos campos, no durará mucho. Porque la fuerza produce retrocesos, y los retrocesos preparan las explosiones.

La religión pone paz en las almas, y la palabra del sacerdote crea la unión en la Justicia y en la Caridad. El sacerdote es el salvador de mañana.

Decís que el pueblo se aleja de la palabra del sacerdote. Pues bien, *hay que acercarlo a él.* Haced esto, señores; es necesario, es posible, y, me atrevo a decirlo, es fácil, a pesar de todas las apariencias contrarias. Hay en el pueblo recursos increíbles de inteligencia, de corazón, de buena fe, de abnegación. Hay en la conciencia popular cuerdas honestas y religiosas que sólo anhelan vibrar. Dad al pueblo gran ejemplo de cristianismo, y os seguirá. Diariamente oigo que hombres inteligentes se lamentan de las tristezas de lo presente y de las amenazas de lo porvenir.

Llamo a todos esos hombres inteligentes al pie de esta cátedra; vengan aquí cada domingo, acrecienten con su presencia la vitalidad de la idea religiosa, impidan con sus ejemplos que el pueblo se descristianice, y yo os aseguro que un fugor de aurora se elevará sobre el mundo.

Venid, señores, a la fuente oficial de la paz, a la palabra del sacerdote. La palabra del sacerdote carece de apariencia, pero es en el mundo un elemento vital. Es como ese torrente de fuego líquido que parte de las regiones solares y atraviesa las frías aguas del mar

en su inmensa extensión. Sin duda que todo el mar no queda calentado; hay todavía regiones glaciales. Pero si ese río bienhechor no existiese, todo se congelaría, todo perecería. Su calor alimenta la vida en todos los puntos en que la vida se encuentra en algún grado. Hace diecinueve siglos que Jesucristo dijo a sus apóstoles y a sus sacerdotes: "*Euntes docete!* Id y enseñad." He ahí el punto de partida del torrente de fuego líquido, del río de paz que riega, calienta, fecunda y vivifica la tierra. El mundo antiguo contaba por millares sus retóricos, que no le impidieron morir. Mas he ahí la palabra de Jesucrito, de sus apóstoles, de sus sacerdotes que le hace revivir. No carece el mundo actual de retóricos y sofistas, pero no encontrará en ellos la resurrección y la vida. Ha de venir a Jesucristo.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Las fuentes oficiales de la gracia

II.—Los sacramentos

Señores:

Os he hablado de la primera fuente oficial de la gracia, que es la palabra de Dios distribuída por el sacerdote. Hay otra mucho más abundante y variada: los sacramentos, ríos divinos, canales misteriosos, que llevan hasta nosotros la ola que siempre brota de los méritos de la Redención. Estudiémoslos hoy a la luz de la historia y de la razón, y, apoyándonos en hechos, y justificándolos con similitudes, convenzámonos de que es igualmente necesario y fácil aceptarlos. ¡Ojala, señores, ilumine este estudio, regocije y fortalezca vuestra fe! Es digno de la mayor atención.

I. La historia, con hechos auténticos, depone en favor de los sacramentos.

Tenemos actualmente en la santa Iglesia católica

siete sacramentos. Existen y funcionan ante nuestros ojos. ¿De dónde vienen? De Jesucristo. La historia nos muestra a Jesucristo ordenando a los apóstoles bautizar a las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; prometiendo este Espíritu a todos los que creyeren en El; transformando el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre, y diciendo a sus apóstoles: "Haced esto en memoria mía;" dándoles el poder de perdonar los pecados; enviándolos por las ciudades y aldeas de Judea para anunciar el Evangelio de la salvación y ungir a los enfermos para curarlos; eligiéndolos como los ministros de su palabra y de su gracia; santificando las bodas con su presencia. Los sacramentos indicados y preparados durante la vida mortal del Salvador, fueron definitivamente constituídos entre la Resurrección y la Ascensión. Y cuando Jesucristo sube al cielo,

La historia nos muestra a los Apótoles teniendo en sus manos benditas el depósito sacramental, distribuyéndolo por todo el mundo, y transmitiéndolo, inviolable y siempre respetado, a las generaciones que los siguen: Recorred los libros de los doctores, órganos de la tradición cristiana; consultad los eucologios griegos, armenios, orientales, órganos de la Iglesia cismática, y veréis que la Iglesia griega y la latina están en perfecto acuerdo sobre el número e institución divina de los sacramentos. En el siglo XVI, salió el protestantismo enteramente armado de la cabeza de un monje apóstata; ¿pero qué hizo de las siete fuentes de la gracia que dejó Jesucristo al nuevo género humano? ¿Qué hizo de esos dones magníficos que responden a todas las necesidades sobrenaturales del hombre, y se apoderan de toda su existencia para purificarla y santificarla? Mirad y comparad.

A la entrada de la carrera, tenemos el *Bautismo,* agua purificante, que da la inocencia de los primeros años, ese bien tan precioso, que sólo tenemos una vez de la bondad del cielo. ¿Qué hizo de él la reforma? En muchas sectas, ya no es otra cosa que un acto que ha perdido su sentido divino, y cuya forma misma ha sido alterada hasta el punto de que la eficacia del sacramento se ha hecho dudosa.

Después de cada falta, después de cada mancha, tenemos la *Penitencia,* baño siempre dispuesto para borrar las menores manchas, para rehacer las fuerzas agotadas y restituir al alma todos los privilegios de la inocencia bajo el nombre de la virtud. ¿Qué ha hecho de ella la reforma? La ha suprimido, y las mejores almas protestantes se lamentan de ello, y confiesan cándidamente que quisieran ser católicas para confesarse.

Tenemos la *Eucaristía,* ese anillo misterioso en virtud del cual el amor infinito une realmente a Dios con el hombre, la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad; ese alimento divino, que cambia en nosotros la incontinencia en castidad, el interés en abnegación, el orgullo en humildad, y nos infunde la vida de Jesucristo. ¿Qué ha hecho de ella la reforma? Una mesa desnuda, cubierta de polvo; una cena que ya no se frecuenta, un pan que no es más que una imagen, un recuerdo extinguido en vez de una viviente realidad.

Tenemos la *Confirmación,* que nos hace soldados de Jesucristo, y el *Orden,* que nos da sacerdotes. En los protestantes, estos dos sacramentos han desaparecido con la supresión del episcopado, y el espíritu de Dios se ha desvanecido con las viejas fórmulas que consagraban su presencia.

Tenemos el *Matrimonio,* ese lazo indisoluble que

Dios bendice, que sella con su autoridad y sus gracias. En los protestantes el lazo sagrado del matrimonio casi no tiene ya otra sanción que la ley civil, y allí donde el Estado permite el divorcio, la reforma, dócil a las leyes del Estado, acepta y consagra tan odiosa ruptura.

En torno del católico agonizante, veo al sacerdote con las hermosas oraciones que consuelan su agonía. con las fuerzas que da la *Extremaunción*. He ahí otro sacramento sepultado en las ruinas acumuladas por el protestantismo. Con razón decía Lutero: "Mi religión es mejor para vivir, pero la del Papa es mejor para morir."

Atengámonos, pues, señores, a la creencia universal confirmada por una prescripción de diecinueve siglos, y a luz de la historia; confesemos que hay en la Iglesia católica siete sacramentos instituídos por Jesucristo para darnos la gracia. Pero aquí exclama la razón humana: "¡Cómo; para obrar sobre el alma, para transformarla, para divinizarla, agua, aceite, pan, vino, bendiciones, fórmulas que pasan!... ¡Eso es imposible! Dispensadme. Lo que Dios quiso, lo que hizo, en manera alguna es imposible, y puesto que se complació en unir a ciertos signos materiales una virtud sobrenatural, sólo nos toca inclinarnos y decir: "¡Creo!" Por otra parte, lo que pueden los hombres, ¿por qué no habría de poderlo Dios? Vamos a verlo.

II. La razón, por similitudes sorprendentes, depone en favor de los sacramentos.

¿Encontráis extraño que haya sacramentos en la religión? Los hay en todas partes.

En el orden *material*, tomáis agua en un vaso cerrado, lo aproximáis al fuego, hacéis penetrar el calor en el líquido adormido, y vedlo mostrarse inquieto, atormentarse, dilatarse, y sus impetuosos movimientos, regulados por vuestro genio, hacen volar legiones de carros sobre los caminos que les habéis preparado. Hacéis maravillas con el agua transformada en vapor. ¿Por qué Dios no habría de servirse de ella como de un signo visible para marcar la invisible pureza de que reviste a un alma bautizándola por mano de su ministro?

En el orden *científico*, colocáis en las orillas de los grandes caminos largos hilos de hierro. Diríase que son perchas desgraciadas en las cuales reposan de cuando en cuando las aves; para eso ponéis esos hilos aéreos en comunicación con una pila eléctrica, y se convierten en instrumentos de fuerza asombrosa, que lleva vuestra pensamiento y vuestra palabra de un extremo a otro del mundo. ¿Por qué no podría hacer Dios lo mismo que vosotros y mucho más? ¿Por qué no habría de tomar elementos materiales para convertirlos en soportes, en vehículos, en una fuerza sobrenatural?

En el orden *individual*, con una palabra, es decir, con un poco de aire puesto en movimiento, expresáis ideas, alborotáis muchedumbres, pronunciáis sentencias de vida y muerte, trasladáis los límites de los imperios, subleváis o apaciguáis los pueblos. ¿Y Dios no podría servirse de esa palabra, de la cual hacéis un uso tan grandioso y tan variado, para purificar, para absorber, para curar? Con un gesto, con un brazo que se extienda, se manda un ejército, se deciden batallas y la suerte de las naciones. César da un paso, atraviesa un río obscuro, y da buena cuenta de Pompeyo, de Roma, del mundo. Napoleón muestra con el dedo a sus soldados los campos de Moravia, y tres días después, su gloria

resplandece al sol de Austerlitz. Y Dios, para hacer descender sobre la frente del hombre sus alegrías y bendiciones, ¿no podría servirse de un gesto y de la mano de sus ministros?

En el orden *doméstico,* amáis a vuestros hijos. ¿Cómo sabéis que os aman? Si guardan a vuestro lado un silencio feroz, si sólo responden con miradas indiferentes a vuestras tiernas miradas, os decís: "¡Desgraciado de mí! Aquel a quien di la vida y en quien tenía puestas todas mis esperanzas, mi hijo, no me ama." Pero llega un día en que este hijo se adelanta hacia vosotros con la sonrisa en los labios, se sienta en vuestras rodillas, os echa los brazos al cuello, acerca a la vuestra su carita, y os da un beso ruidoso en vuestra frente. El beso: he ahí el sacramento del amor filial y del amor paterno; y Dios, con un signo exterior y sensible, ¿no podría cambiar con su criatura el tierno beso de un mutuo amor?

En el orden *social,* tenéis amigos, y le pedís, como testimonio de su afecto, algo diferente de esas vulgares salutaciones de la cortesía mundana, que con frecuencia no son más que vanas apariencias. Conocéis a vuestros amigos en ese franco y vigoroso apretón de manos que hace estremecer los corazones sinceros. Dos hombres van a separarse para dirigirse el uno a la derecha y el otro a la izguierda, y se dan un apretón de manos silencioso, que quiere decir: "Nuestras almas se abrazan como se estrechan nuestras manos; nuestras almas estarán siempre unidas, porque se unieron en un sacramento." El apretón de manos es el sacramento de la amistad; ¿y Dios no podría elegir y designar un signo exterior y sensible para hacer de él algo así como el apretón de manos de su santificadora amistad?

En el orden *patriótico,* tenemos una bandera, cosa pequeña en apariencia, gran cosa por lo que significa. ¿Qué es en apariencia una bandera? Un trozo de tela de varios colores, desgarrada por el viento, descolorida por la lluvia, pero conteniendo, en realidad, la patria toda entera, su pasado, sus instituciones, sus leyes, su porvenir, su vida. Si se levanta, nos levantamos con ella; si marcha, la seguimos; si se agita en la pelea, la rodeamos, y se muere por ella. Los sables, las balas, la metralla, la reducen a girones. No es más que un guiñapo, pero ese guiñapo cubierto de gloria, o consagrado por la derrota, baten los tambores, presentan armas los soldados, y todo el pueblo grita de pie: "¡He ahí la patria que pasa! ¡Viva la patria!" La bandera es el sacramento de la patria.

Hombres, tenéis el poder de encarnar en un trozo de tela las tradiciones, la gloria, las esperanzas de la patria. Permitid, pues, a Dios que encarne en un sacramento su luz, su fuerza, su gracia, su vida; y en presencia de esa agua que corre por la fuente del niño, de ese aceite que unge los miembros del moribundo. de esa mano que arma un confirmado y consagra un nuevo sacerdote, sed respetuosos, y decid: "¡He ahí Jesucristo que pasa! ¡Viva Jesucristo, autor de los sacramentos!" Sacramentos, señores, los hay en todas partes, en todas las religiones, y, lo que es más asombroso, aun en los que se hacen los espíritus fuertes y dicen a la religión: "¡Fuera de aquí! No tengo necesidad de ti. Me burlo de tus viejos símbolos y de tus gastadas ceremonias."

Las supuestas sectas humanitarias que conspiran en la sombra contra las cosas santas, son pródigas, como sabéis, en iniciaciones y en misteriosas insignias por las cuales se reconocen sus adeptos. Son sacramentos

laicos, perfectamente laicos, con el triple inconveniente de haber sido inventados por hombres, de estar absolutamente vacíos, de ocultarse en las tinieblas, donde jamás penetra el vulgo; pero, en fin, son especies de sacramentos que, al remedar los nuestros, los justifican, y acusan en el género humano la necesidad de un culto externo.

Aceptemos, señores, pura y simplemente, los siete sacramentos de la Iglesia católica: la razón más exigente nada serio tiene que oponerles, y la historia nos los muestra instituídos por Jesucristo, saliendo de su corazón como siete cataratas divinas para santificar las almas.

Conclusión.—Sin duda que *son hombres los que os administran los sacramentos,* y que los sacerdotes, dispensadores de sus diversos misterios, son formados del mismo limo y trabajados por las mismas miserias que vosotros; pero no temáis: Dios obra lo que piensa, hace lo que dice, sostiene lo que promete, y su gracia obra por su propia eficacia, independientemente del misterio que la transmite. El sacerdote puede ser abominable a los ojos del Juez eterno, y hacer aceptables y santas ante su tribunal las almas que gobierna; puede salvar a los otros y perderse él mismo. En su misericordia para con los hombres, no quiso Jesucristo que la infidelidad del sacerdote pudiese detener o suspender el curso de sus beneficios. Los sacramentos sacan su virtud, no del sacerdote, sino de Jesucristo. Obran por sí mismos. Así también, la simiente, cualquiera que sea la mano que la siembre, aunque sea la más impura y grosera de este mundo, crece, se desarrolla, fructifica y cubre de magníficas espigas la tierra que la recibió.

Abrid, pues, vuestras almas con toda confianza. La eficacia de los sacramentos es auténtica, oficial, infalible. Pero por lo mismo que sois hombres libres, su eficacia está proporcionada a vuestras disposiciones y a vuestra buena voluntad. "Dios—dice San Agustín—que te creó sin ti, no te salvará sin ti."

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

El Bautismo

SEÑORES:

Cuando un gran general quiere conducir su ejército a la victoria, no lo deja marchar al acaso por regiones desconocidas, sino que por adelantado lo previene y prepara todo. Nada queda olvidado, ni los víveres, ni las municiones para el combate, ni los auxilios para los heridos, ni los vestidos que reclaman los rigores de la estación, ni los medios de rehacer la victoria, si se viera comprometida por una derrota momentánea. Los ejemplos abundan. César refiere minuciosamente en sus *Comentarios* las medidas exactas de atrincheramiento de sus soldados, o de los puentes que les hacía construir. *Napoleón* gobernaba los imperios, y se irritaba al menor error que su mirada de águila descubriera en los cálculos que le eran sometidos. Pero Jesucristo, rey del género humano, proveyó su ejército mejor que hubiera podido hacerlo el más grande de los capitanes.

Desde la cuna al sepulcro, nuestra vida está aprovisionada y protegida por los sacramentos. Tenemos un Bautismo, para purificar a los cristianos que nacen, e incorporarlos a la milicia de Jesucristo. Tenemos la Confirmación, para conducirlos a la lucha, y revestirlos de luz y de fuerza. Tenemos la Eucaristía, para alimentarlos y refrigerarlos. Tenemos la Penitencia, para curar a los heridos y levantar a los vencidos. Tenemos la Extremaunción, para consolar a los que mueren, embalsamar y transfigurar su último suspiro. Finalmente, tenemos el Matrimonio, para dar nuevos reclutas a la sociedad cristiana, y el Orden, para proporcionarles jefes. ¡Oh hombre, ya puedes marchar, ya puedes combatir! ¡Ya puedes pisar con paso firme y confiado el polvo del tiempo, y penetrar sin miedo en el campo de batalla de la prueba! Jesucristo, tu divino general, todo lo previó y todo lo preparó. He ahí, en primer lugar, el Bautismo. Estudiemos su esplendor sobrenatural y sus consecuencias prácticas. Os lo presento y os pido simplemente que lo entendáis y lo respetéis.

I. Que lo entendáis.

El Bautismo es el sacramento de la regeneración por medio del agua y de la palabra.

El *agua* existe en todas partes. Desciende en perlas líquidas sobre las hojas de los árboles, sobre las briznas de hierba y el cáliz de las flores; circula por las misteriosas arterias del globo; brota de la superficie de la tierra en límpidas fuentes; corre en todas direcciones, en arroyos, torrentes, riachuelos y ríos; se amontona en millares de depósitos; ora en humilde cisterna, ora en vasto océano, y donde ella penetra, se estremece la naturaleza, despiértanse los gérmenes, cúbrese la

tierra de brillante aderezo, ábrense las flores, desarróllanse los frutos. Donde ella se descubre, el pequeño insecto, el pájaro del cielo, el animal feroz, la bestia amansada, el hombre su dueño, acuden a extinguir su sed. Cuando ella se ausenta, todo languidece, todo muere; la roca estéril alza melancólicamente su frente despojada, y el árido desierto explaya su triste inmensidad. Por medio de ella, se lava toda mancha, toda boca se refrigera, se fecunda todo germen, se apaga todo fuego; tan variadas y maravillosas son las propiedades ocultas en el misterio del agua.

Pues bien, Dios ha hecho pasar al reino de la gracia esta agua tan vulgar y tan fecunda en el reino de la naturaleza, y de ella se sirve lo mismo para santificar un alma que para hacer germinar una flor. Un sacerdote, o, en caso de necesidad, otra persona toma un poco de agua, la vierte sobre la cabeza de un niño, a la vez que pronuncia estas palabras: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." El agua cae de la mano, las palabras de los labios y el prodigio queda cumplido.

El agua purifica, el agua fertiliza; lo mismo hace el Bautismo.

1.º El que nos engendra, nos mata, dice enérgicamente Bossuet.. Nacemos con el pecado original; en virtud de la ley de herencia, aportamos, al venir a este mundo, la mancha de nuestro primer padre después de su caída. Hay quien dice que esto es absurdo. Tanto peor para ellos. Permitidme, señores, que os pregunte si Bossuet, si San Agustín, si Santo Tomás, fueron espíritus medianos. Pues bien, aquellos hombres, y millares de otros casi de la misma altura, admitieron el pecado original, y Pascal nos afirma con su lenguaje

magistral que el hombre es más incomprensible sin este misterio, que este misterio es incomprensible al hombre; y el gran economista Le Play, después de haber explorado todas las clases sociales y todas las razas, nos declara que el vicio original es un hecho esencial a todo el género humano. Si después de todo esto, los espíritus débiles se escandalizan, se irritan y sacuden el polvo de sus objeciones ante nuestros dogmas, no nos conmoveremos poco ni mucho. Porque haya murciélagos que giren en torno de los campanarios de las catedrales, no son ni menos sólidas ni menos majestuosas.

Así, pues, nacemos con el pecado original y el Bautismo lo borra. Y borra, al mismo tiempo que el pecado de la raza, todos los pecados personales, si se recibe en edad adulta. Las palabras de Jesucristo son formales: "El que crea y sea bautizado, será salvo." El Bautismo todo lo borra. Por modo tal, el marido de Santa Mónica, Patricio, pagano endurecido, se purificó de las faltas de toda su vida en el bautismo que le prepararon las lágrimas de su santa esposa. Así también, un ilustre incrédulo de nuestro tiempo, Littré, recibió en su última hora el bautismo, cuyo beneficio probablemente había merecido por virtudes humanas que jamás deja Dios sin recompensa. El Bautismo borra, pero es para escribir.

2.º Pone algo en el alma. ¿Qué? *La gracia,* es decir, la amistad de Dios, o mejor aún, la vida misma de Dios. No recuerdo qué profesor alemán tenía costumbre de dar, en el siglo XVI, sus lecciones con la cabeza descubierta, para honrar, decía a los cónsules, doctores y maestros que debían salir un día de su escuela. ¡Oh padres, más que un doctor, más que un

cónsul es lo que la santa Iglesia pone en vuestros brazos, cuando os devuelve vuestro hijo bautizado! Es un Dios en flor. La vida divina chorrea en su alma. Es un elegido en germen; posee, con la gracia, el derecho a la inmortalidad. Es *hijo de Dios,* hermano de Jesucristo, templo del Espíritu Santo, heredero del cielo, hijo de la Iglesia. ¿Ambicionáis para vuestra posteridad renombres, títulos nobiliarios? Ahí los tenéis. A los ojos de la fe, todas las cunas se iluminan, todas son gloriosas desde el momento en que en ellas reposa un cristiano. Añadid a esto el *carácter indeleble* que marca al nuevo bautizado. Jesucristo, por el Bautismo, muerde en nuestra alma más vigorosamente que el ácido en los metales y marca en ella la imagen de Dios Trino y Uno con un derecho radical a todas las gracias y a todos los beneficios de la vida sobrenatural. Saludad, señores, el poder y bondad de Dios. El agua cae de la mano, la palabra cae de los labios, el misterio queda cumplido. He ahí un alma purificada, un alma divinizada. Me comprendéis. Voy a deciros algo más.

II. Respetad.

Veo resplandecer el Bautismo en vuestros hijos, en la sociedad y en vosotros mismos.

1.° ¿Por qué *vuestros hijos* están revestidos de invisible majestad, y desde cuándo? Desde que existe el bautismo. Si se levantara entre vosotros, como en otro tiempo entre los paganos, un filósofo o un legislador tan sublime como Platón, tan lógico como Aristóteles, tan juicioso como Séneca, tan influyente como los tres juntos, y dijese, o escribiese: "Matar a los niños; lo exige el buen sentido. Ahogarlos; lo exige el buen sentido. Exponerlos; lo exige el buen sentido", al punto se elevaría un grito en todo el mundo cristiano para excomulgar al filósofo, y en cada familia, habría un padre y una madre dispuestos a lapidar a tan bárbaro filósofo. Es que, en efecto, desde Jesucristo, ha amanecido un día mejor sobre la frente de los niños. Restaurador universal, Jesucristo acabó, al fuego de su mirada, al aliento de su palabra, a la acción de su gracia, con todas las infamias predicadas y practicadas sin pudor antes de El, y restableció al niño en su dignidad, en sus derechos y en su grandeza. Es que el sello del Bautismo consagra a vuestras familias. Es que por el Bautismo resplandece la frente del recién nacido. Es que después del Bautismo se forma en torno del niño algo así como un círculo de honor, de respeto y de santas conmociones.

"Una familia llena de alegría le rodea—dice Chateaubriand;—ella renuncia en su nombre al pecado; le da el nombre de su abuelo, que se hace inmortal en este nacimiento, perpetuado de generación en generación. Ya el padre se apresura a tomar a su hijo para llevarlo a su esposa impaciente, que cuenta todas las campanadas del campanario bautismal. Todos rodean el lecho materno; lágrimas tiernas y religiosas brotan de todos los ojos; el nuevo nombre del niño, el antiguo nombre de su antepasado, es repetido de boca en boca, y todos, mezclando los recuerdos de lo pasado a las alegrías de lo presente, creen reconocer al viejo en el recién nacido que hace revivir su memoria."

Comparad este cuadro tan familiar en las familias cristianas, con el del patricio romano, que tenía sobre su hijo el derecho de vida y muerte, ya levantándole de tierra con un gesto que le permitía vivir y crecer,

ya, padre desnaturalizado, matándole con su propia mano y arrojándolo al Velabro. Comparad, señores. bendecid a Jesucristo y respetad en vuestros hijos la gracia del Baustismo. Fomentad con vuestros ejemplos, con vuestras palabras, con vuestros esfuerzos, el desarrollo de las virtudes sobrenaturales que están en germen en el fondo de esas almas juveniles. No permitáis que se los eduque como paganos sin hablarles jamás del Evangelio en que hay que creer, y de Jesucristo al que hay que adorar. Por favor os pido que no leguéis a lo por venir una generación de descreídos. Si se os habla de neutralidad, contestad que no es lícito ser neutral con relación a Jesucristo. Le pertenecemos. Por el Bautismo le habéis dado vuestros hijos; pasar a su lado sin saludarle, sin querer reconocerle, es pura apostasía.

Os juro, señores, por vuestro corazón y vuestra fe, que si ponéis una mano sobre las cenizas de vuestros padres difuntos ungidos con el óleo santo, y la otra sobre la cabeza de vuestros hijos todavía húmeda de las aguas del Bautismo, jamás será la impiedad la ley de vuestra familia, ni la vergüenza de vuestra vida, ni la herencia de vuestra posteridad. ¡Jamás, jamás!

2.º La *sociedad* también está bautizada. Respetad el signo del Bautismo que brilla en su frente y en su historia. Como ciudadanos que sois, tenéis pasión por la *igualdad social.* Perfectamente, pero sabed que el Bautismo creó la igualdad en lo que ésta tiene de legítimo y honesto. "La religión—dice Chateaubriand —nos muestra el hijo de reyes, en su púrpura, renunciando a las grandezas de Satán, en la misma piscina en que el hijo del pobre vestido de harapos acaba de renunciar a las pompas, a las cuales ciertamente no

será condenado." El Delfín, padre de Luis XVI, deseando ver el suplemento de las ceremonias del Bautismo de sus dos hijos, de siete y ocho años de edad, que habían sido ungidos cuando su nacimiento, hizo que le llevaran el registro de la parroquia en el que sus nombres estaban inscritos a continuación del nombre de hijo de un artesano. "Ya lo veis—les dijo;— a los ojos de Dios, todas las condiciones son iguales; no hay más distinciones que las que se adquieren por la fe y la virtud. Seréis un día más grandes que este niño a los ojos del mundo, pero él será más grande que vosotros a los ojos de Dios si es más virtuoso."

He ahí, señores, la verdadera igualdad. Tiene su raíz y en principio en el Bautismo, que nos hace a todos, ricos y pobres, reyes y pastores, hijos del mismo Dios y herederos del mismo cielo. Si no se vuelve a este punto de partida, la igualdad no es más que una mentira. En vano se grabará en los muros; no penetrará en las costumbres. Ciudadanos, tenéis una pasión: la *superioridad nacional.* Perfectamente, pero aquí, sabedlo, el Bautismo es también el que os hace grandes. Le debéis el honor, la iniciativa de las grandes empresas, la gloria de recorrer, de asombrar, de civilizar al mundo. Levantad vuestra frente entre los pueblos, pueblos del Bautismo y del cristianismo. En las guerras, en la industria, en el comercio, en las artes, forzáis las barreras, imponéis vuestras condiciones, reináis. Ante el signo del Bautismo, retroceden los infieles; el árabe pliega su tienda y huye al desierto, el indio cierra sus pagodas, y China abre sus puertas; la misma raza musulmana, para permanecer en las últimas provincias que le quedan en Europa, procura copiar las instituciones y costumbres que debéis al Bautismo renunciando al infanticidio, haciendo más

rara la poligamia, elevando cristianos a los cargos del Estado y apuntalando sobre naciones bautizadas los restos de un edificio que se derrumba por todas partes.

Ved los mismos judíos, que no tienen patria y detentan el oro de todas las patrias. Su sueño dorado consiste en rozarse con el cristianismo; se sienten impulsados a las aguas bautismales por cálculos de ambición, porque saben que por el Bautismo se entra verdaderamente en lo escogido del linaje humano. Somos grandes por el Bautismo, y lo digo en nombre de la historia, harán una obra antinacional y cometerán un crimen de lesa patria, los que borren de la frente de nuestra nación el signo de su Bautismo. Renegando de las glorias de lo pasado, ajarán también las glorias de lo por venir. No lo harán, señores; no se lo permitiréis vosotros.

3.º *Vosotros* estáis bautizados. Salvad el bautismo de vuestra patria, salvad el bautismo de vuestros hijos respetando el vuestro. Grande es el que eleva sus obras a la altura de su nacimiento; el que sea hijo de un hombre honrado y viva como un vulgar bribón, será más culpable. Por vuestro Bautismo sois hijos de Dios: llevad por todo el mundo el prestigio de vuestra filiación. Glorificad con vuestras palabras y vuestras obras al Dios al cual servís y cuyos hijos sois, y si los impíos, asombrados de la profesión de vuestra fe, deslumbrados por el resplandor de vuestro bautismo, os preguntan: ¿Quién sois?, respondedles como el célebre escritor La Harpe al ser preguntado por su religión: "Soy cristiano porque no lo sois vosotros. Una religión que tiene por enemigos mortales los más mortales enemigos de toda virtud, de toda moral, de todo hombre, es necesariamente amiga de la virtud, de la

moral, del género humano; es, pues, buena." Señores, seamos fieles a estas palabras. ¡Viva nuestro Bautismo! ¡Atrás los imprudentes que quieran despojar de este signo augusto la patria de hoy y la patria de mañana! ¡No se lo permitiremos!

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

La Confirmación

SEÑORES:

Los sacramentos de la Iglesia no son vanos símbolos; significan, contienen y dan la gracia. Recordad lo ocurrido esta semana entre vosotros, en esta parroquia. Nos habéis confiado vuestros hijos, y después de varios años empleados en enseñarles la religión, les hemos administrado tres sacramentos. En primer lugar, el sacramento de la *Penitencia*. Imaginad el más refulgente de los diamantes, el más límpido cristal; ni siquiera tendréis la imagen de un alma de niño purificada, regenerada, transfigurada por la absolución. Nosotros, con una palabra salida de nuestros labios, tenemos el poder de hacer pura un alma, de hacer que un alma se convierta en espejo de Dios, en reflector de su santidad infinita. Reunid todos los políticos, todos los químicos, todos los filósofos, todos los poderosos de la palabra, de la ciencia, de la espada; ponedlos

ante un alma infantil que pide el perdón de sus faltas; nada pueden sobre esto. Nosotros tenemos en la mano la sentencia que perdona y rehabilita; tenemos algo mejor: en esas almas purificadas colocamos un segundo sacramento: la *Eucaristía*. A nuestra voz, desciende Dios de las colinas eternales, se oculta bajo las apariencias de pan, que ya no es pan, y con mano temblorosa lo damos en alimento a vuestros queridos hijos. Pero esas tiernas criaturas están destinadas a la lucha. La religión, no contenta con absorberlos y alimentarlos, quiere también armarlos, por lo cual los ha llamado por tercera vez ante el altar para administrarles otro sacramento, la *Confirmación*. El Obispo entró en el templo, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, bendiciendo con la mirada, con los labios, con la mano; subió las gradas del santuario, y, con las manos extendidas, llamó sobre aquellos jóvenes cristianos el Espíritu Santo con todos sus dones. Luego, pasando revista a los nuevos reclutas, dijo a cada uno: "¿Cómo te llamas, joven soldado? Te marco con el signo de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salvación, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." Queda armado el soldado de Cristo. El aceite de los atletas ha tocado y virilizado su frente. Le ha dado por bandera la cruz, y se le ha nombrado el rey a cuyo servicio entra: es el Dios Trino y Uno, y la bofetada que ha recibido es como la última prueba de su fidelidad y como el primer fuego del enemigo. Señores, lo repito, no son estos vanos símbolos. La Confirmación es el sacramento de la fuerza, y vamos a aprender a conocerla estudiándola a la luz de lo pasado y de lo presente.

I. Hace ya diecinueve siglos que se administra la Confirmación.

La Confirmación es el sacramento que nos da el *Espíritu Santo*. El Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, no hace más que un Dios con el Padre y el Hijo. Vémosle desde el principio extender sus alas invisibles sobre la tierra salida de la nada, difundir la luz, desarrollar la vida, hacer nacer el primer hombre. La Biblia nos le muestra obrando en los patriarcas, hablando con los profetas, llenando de su soplo y de sus inspiraciones, durante cuarenta siglos, a Judea y a todo el pueblo de Israel. Después, bajo la Nueva Alianza, cubre con su sombra a la Virgen María, y forma en su carne virginal la naturaleza humana unida a la persona del Verbo. Hace de Jesucristo el más hermoso de los hijos de los hombres, aparece en su bautismo y le envuelve en el Tabor en una nube luminosa. Finalmente, se apodera de los Apóstoles el día de Pentecostés para convertirlos en sabios, en héroes, en conquistadores, en mártires, y continúa en la tierra, durante diecinueve siglos, santificando a los justos y alimentando en la Iglesia católica esa vitalidad sobrenatural que la hace sobrevivir a todas las constituciones y a todas las castas, a todas las dinastías derrocadas y a todos los ídolos quebrantados. Pero ¿se nos ha dado oficialmente el Espíritu Santo? Su presencia invisible, ¿va unida a un signo sensible por virtud del cual nos alcanza y toma bajo su posesión? Sí.

El *sacramento de la Confirmación* es el signo divinamente instituído que aporta al Espíritu Santo y nos le da. Jesucristo había dicho a los Apóstoles: "Voy a mi Padre, pero no os dejaré huérfanos. Mi padre os enviará a su Paráclito, quien os consolará, os enseñará toda verdad y os dictará las animosas palabras que deberéis responder a los poderes perseguidores, cuando os lleven ante sus tribunales." ¿Pero reciben el Espíritu Santo para guardarle en un alma avara y celosa? No. Para darlo, para difundirlo, para distribuirlo a todos, porque debe permanecer eternamente en la Iglesia de Jesucristo: *ut maneat in æternum*. En efecto, vemos que los Apóstoles imponen las manos sobre la cabeza de los nuevos bautizados, y éstos reciben el Espíritu Santo. Los vemos transmitir a sus legítimos sucesores este rito sacramental, y el Concilio de Trento no hizo más que resumir una tradición dieciséis veces secular cuando respondió a las inprudentes negaciones del protestantismo con esta solemne definición: "Si alguien afirma que la Confirmación que se da a los bautizados no es más que una ceremonia ociosa, y no un verdadero y propio sacramento, sea anatema." Por la Confirmación nos aporta el Espíritu Santo, con su presencia, la luz y la fuerza; nos arma; nos convertimos en soldados de Jesucristo. Para tener conciencia de vuestro título y de

Vuestro alistamiento, consultad los *Anales del ejército santo*, en el cual os ha incorporado la Confirmación. A principios del siglo XIX contaba Francia con un gran ejército, cuyos reclutas eran electrizados recordándoles las gloriosas jornadas de Austerlitz, de Jena y de Friedland. Pequeños recuerdos eran estos en comparación de los que se ciernen sobre el inmenso ejército de Jesucristo. Doce *héroes* formaron sus primeros batallones, y abrieron las hostilidades contra el mundo que había que convertir a la fe de Jesucristo. Luego, los *mártires*. Durante tres siglos los verdugos

crucifican, estrangulan, magullan, despellejan, atenazan, desgarran, arrastran, queman, asan. No se oye más que un solo grito dictado por el Espíritu de fortaleza: "¡Soy cristiano!" Por fin, desconciertan a los tiranos, y devuelven el mundo, vencido por sus armas, a Dios a Jesucristo, a la Iglesia. Después, los anacoretas, los confesores, las vírgenes, cuyo testimonio, aunque no sangriento, no es menos heroico. Vigorizados por el Espíritu Santo, supieron, en el desierto y bajo las bóvedas del claustro, en el trono y cerca del altar, en la soledad del hogar doméstico y en medio de las agitaciones de la vida pública, combatir por la fe y glorificarla con sus obras. A la incredulidad que los despreciaba, a la herejía que se esforzaba en reducirlos, a los poderes que los amenazaban, al mundo que los tentaba, a las pasiones que los atormentaban, respondieron siempre: "¡Soy cristiano!" Finalmente, dirigiendo ese gran concierto, y obedeciendo directamente al gran impulso del Espíritu Santo, los obispos penetran en todas las razas, civilizan al mundo entero y consagran todos los pueblos para convertirlos en el ejército invencible de Jesucristo.

Hace un siglo, nuestros viejos obispos reaparecían, sobre la tierra de Francia devastada por la Revolución como si volvieran de otra edad. Tomaban su mitra desprovista de diamantes, su báculo de madera, el vaso de las santas unciones y recorrían los campos para llevar a ellos los dones del Espíritu Santo. Bajo esta acción de los pontífices, la fe de las antiguas edades se despertó en toda Francia. Viéronse cristianos de toda categoría, de todo partido, de toda edad, pedir juntos la unción del santo Crisma. El soplo del Espíritu Santo rejuvenecía la Iglesia de Francia y renovaba su juventud y su belleza. Después, señores, ¡cuántos

acontecimientos se han sucedido en la móvil superficie de nuestra sociedad! He ahí el siglo que acaba, y el mundo agitado por la fiebre, busca una orientación nueva, y agita más problemas que puede resolver. Lancemos una mirada a ese siglo agonizante y convenzámonos de que

II. La Confirmación es hoy más necesaria que nunca.

Hace diecinueve siglos que funciona armando a los cristianos para la lucha y conduciéndolos a la victoria. ¿Es que la lucha en la hora actual os parece menos ardiente y más fácil la victoria? Pues yo creo que el combate es más atroz, y declaro que perecerán en él los que, en la pelea de hoy y de mañana no se hallen animados de la fortaleza de lo alto. Sin salir de nosotros mismos, hallamos ya todo un pueblo de pasiones indómitas que nos aplastarán si no las aplastamos, y, para vencerlas, se necesita gran aliento. Pero las pasiones son de todos los tiempos, y hoy quiero señalaros los enemigos particulares de vuestra época. Véamoslos:

¿Estáis seguros de que la era de las persecuciones ha pasado? ¿Pensáis que la pasión antirreligiosa que fermentaba en tantas cabezas no llegará a sangrientas tragedias? Yo no sé nada, pero os digo que todo es posible. ¿Estáis dispuestos, soldados? Si atentaran a vuestra fe, a vuestra vida, ¿diríais como los mártires: "¿Soy cristiano?"

Además, si no hubiera más perseguidor que la espada, contra la espada se revela la conciencia y triunfa. Pero hay persecuciones más pérfidas, que exigen una resistencia más enérgica: tales son las exclusiones injustas, las medidas vejativas, que pueden esperarnos en las manifestaciones de nuestra fe, en la educación

de vuestros hijos, y aun en vuestra vida material; tales son las injurias públicas lanzadas contra vuestras creencias, y la blasfemia manchando cuanto veneráis. ¿Estáis dispuestos, soldados? ¿Tendréis el valor de dejaros aplastar antes que callaros, de reivindicar con decisión los derechos de vuestra paternidad y salvaguardar el alma de vuestros hijos? ¿Tendréis el valor de defender la santa causa de Jesucristo y de emplear para protegerla vuestro talento, vuestra ciencia, vuestra autoridad? ¿Tendréis el valor de oponeros decididamente a la insolente impiedad? Por desgracia, ¡cuántos se contentan con gemir cuando es preciso pelear! ¡Como si fuera digno de un soldado llorar ante el enemigo y lanzar este grito lamentable: "¡Estamos perdidos!", sin atreverse a echar mano de sus armas!

¡Ah, conozco una persecución peor aún que la espada, peor que la blasfemia audaz: la risa indecente de una *opinión* burlona, que no puede soportar la profesión pública del Evangelio! Se tiene miedo, y por causa del miedo, se degrada el hombre, vende su conciencia, llena la historia de cobardías, de bajezas y traiciones. *Pilatos* reconoce la inocencia de Jesús, pero un grito se eleva de la turba amotinada: "¡No eres amigo del César!" A estas palabras, se turba el gobernador y entrega la sangre del Justo. Tiene miedo de perder la amistad del César; tiene miedo de perder su cargo. Así es el mundo, hoy besando los escalones de un trono, mañana arrastrándose por el lodo a los pies del poder del pueblo, siempre con los ojos elevados al ídolo, con los oídos en la dirección del viento dominante, con la boca dispuesta a aclamar la última victoria. *Pedro* es interpelado por la voz de una criada: "¿No eres tú también discípulo de Jesús?" A estas palabras se hace renegado y blasfemo; tiene miedo.

Así proceden esas multitudes espantadas, aturdidas, convertidas en juguete de todos los acontecimientos y en presa de mentiras anónimas. ¿Por qué siempre se quebrantan las leyes de la Iglesia ante una mesa que proclama el desprecio de ellas? ¿Por qué contestamos con una sonrisa complaciente a una frase impía o licenciosa que reprueba la conciencia? ¿Por qué nos abstenemos de atravesar el domingo el portal de la iglesia para mezclarnos con la multitud de los cristianos? ¿Por qué? Porque tenemos miedo. Pues bien, soldados, ¿estáis dispuestos a desafiar la oposición? ¿Estáis dispuestos, no solamente a no cercenar nada de vuestras prácticas religiosas, sino a hacerlas más evidentes, a fin de rechazar mejor las censuras imbéciles de un mundo, más falto todavía de convicciones que de valor para confesarlas? Acordaos aquí de los famosos versos de Racine. Joad no temblará ante la soberbia Atalía:

> El que pone un freno al furor de las olas,
> Sabe también de los malos deshacer los complots.
> Sumisos con respeto a su voluntad santa,
> Temo a Dios, caro Abner y a nadie más temo.

Noble fórmula, altiva divisa, cara a toda alma y a toda sociedad que quiere ser dueña de sí misma, continuar siéndolo y conservar su dignidad.

> Temo a Dios, caro Abner y a nadie más temo.

He ahí el valor, señores. El Espíritu Santo es quien lo da; confesad que hoy tenemos más necesidad de él que nunca.

Dejad, pues, que nuestros obispos difundan el Espíritu Santo por ciudades y aldeas. Ellos han hecho

la patria como las abejas hacen los panales. Ellos fueron los que, a principios de este siglo, nos trajeron de nuevo las creencias y los hábitos religiosos. Pues bien, hay que rehacer a nuestra patria; hay que resucitar en ella la gracia de Dios. Vayan, pues, con el vaso de la sagrada unción, con las manos extendidas sobre las nuevas generaciones, y consagren la juventud para días mejores, y conduzcan, a los grandes combates de la fe, los cristianos vacilantes y tímidos, y revivan, al eco de su voz y a la virtud de su acción, las osamentas áridas y secas, y en toda nuestra patria resucitada a la fe, a la virtud y a la paz, tengan plena realización los hermosos versos de Lamartine:

> Y elevóse el campo entero de la muerte,
> Convirtióse en gran pueblo y adoró a Jehová.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La Eucaristía

I.—La presencia real

Señores:

Un humilde sacerdote sube al altar; toma en sus manos temblorosas un poco de pan y un poco de vino; pronuncia sobre estos vulgares y frágiles elementos cuatro palabras llegadas hasta él en el transcurso de diecinueve siglos: "Este es mi cuerpo; esta es mi sangre", y en lugar del pan y del vino, hay un Dios. Jesucristo está allí, todo entero en el sacramento de la Eucaristía. ¿Es esto verdad? Sí, es verdad, es posible, y todas las objeciones de la incredulidad, todas las estúpidas burlas del librepensamiento no son buenas más que para pisotearlas. Pues bien, sí, es verdad. El Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo, está en la Eucaristía, con su cuerpo, con su sangre, con su alma, con su divinidad.

Sí, un Dios oculto es el Dios en quien hay que creer;
Mas, por oculto que esté, para revelar su gloria,
¡Cuántos ilustres testimonios amontonados ante mí!

I. El primer testigo de la presencia real es Jesucristo mismo.

Un año antes de su muerte, después del milagro de la multiplicación de los panes, en la sinagoga de Cafarnaúm, oigo que dice a los judíos: "Yo soy el pan vivo descendido del cielo; el pan que os daré, es mi carne. Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." Y repite estas mismas palabras de comer y beber, de comida y bebida hasta dos veces. Escandalizados los judíos, se alejan de El; lo dejan partir, mas dirigiéndose a los Apóstoles, les dice: "Y vosotros, ¿queréis también abandonarme?" Como si quisiera decir, como observa Bossuet: Nada tengo que añadir, ni quitar a mi discurso; nada quiero añadir, ni nada puedo rebajar; ahora tomad vuestro partido. No quiero discípulos que no lleguen hasta allá, y pongo su fe a este precio. Y Simón Pedro responde: "Señor, ¿dónde iríamos? Vos tenéis palabras de vida eterna."

El tiempo continúa su carrera. Jesucristo está en vísperas de su muerte. Va a hacer su testamento y a pronunciar sus últimas palabras. Está en el Cenáculo con sus Apóstoles. Toma el pan, lo bendice, lo parte, y se los da diciendo: "Tomad y comed; este es mi cuerpo." Luego, tomando el cáliz, añade: "Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será repartida para la remisión de los pecados." Y, mirando a los Apóstoles, y, en los Apóstoles, a todos los sacerdotes, dice: "Haced esto en memoria mía." Y al golpe de estas palabras omnipotentes brota la Eucaristía en medio del mundo para permanecer siempre en él.

Esto es tan claro, que el apóstol Pablo habla de ello como de una cosa notoria, pues dice: "El cáliz bendito, ¿no es la participación de la sangre de Jesucristo, y el pan que partimos la participación de su cuerpo?"

Esto es tan claro, que los Padres de la Iglesia, los Doctores y los Concilios jamás vacilaron sobre este punto, y ni siquiera dejan sospechar la eventualidad de una duda o de una objeción.

Esto es tan claro, que el cisma y la herejía han sido vencidos por esta evidencia. Lutero lo derrocó todo: la autoridad del papa, el dogma del purgatorio y de las indulgencias, la unidad e indisolubilidad del matrimonio, todas las verdades más sólidas y consoladoras; pero un día se encuentra frente a estas cuatro palabras: "Este es mi cuerpo"; se detiene, y revolviendo con rabia el texto evangélico, exclama: "No sé que daría por encontrar alguien que fuese suficientemente hábil para persuadirme que no hay en la Eucaristía más que pan y vino; me haría un gran servicio. He trabajado esta cuestión con el sudor de mi frente, pero confieso que me veo atado, y no veo el medio de salir triunfante. El texto del Evangelio es demasiado claro: *textus Evangelii nimis est apertus.*"

"Estas palabras—dice Melanchton—tienen la claridad del rayo, y el espíritu humano nada puede objetar contra ellas."

"Esta doctrina es dura—dicen los incrédulos copiando a los judíos:—*durus est hic sermo.*" Pues bien, escu-

chad: dos bárbaros se ven transportados de repente ante uno de esos pesados vagones que ruedan sobre nuestros caminos de hierro. Jamás vieron cosa igual. Hombre del vapor, intentas instruirlos, y después de escucharte, exclama uno de ellos: "¡Qué maravilla! No comprendo nada, pero puesto que V. es más sabio que yo, le creo por su palabra, y admiro lo que veo." —"¡Muy bien—diréis;—he ahí un hombre razonable!" Pero el otro os mira con aire socarrón, y paga vuestras demostraciones con este cumplido: "Todo eso que V. dice es un absurdo. Jamás me hará V. creer que no haya algún animal oculto en el vientre de esa máquina."—"¡Qué bruto!"—diréis muy bien.— ¿Comprendéis el apólogo, señores? Más que la palabra del sabio, merece vuestra fe la palabra de Jesucristo, y puesto que nos afirma su presencia real en la Eucaristía, el acto de fe por el cual acogemos su palabra, es el propio tiempo un acto de razón. No temamos. Con Jesucristo que dice: "Soy yo", he aquí los testigos que se presentan y repiten su afirmación.

II. El segundo testigo de la presencia real es el número.

Visteis el domingo último, en el curso de la procesión del Corpus, compactas muchedumbres, respetuosas, enternecidas. Sin duda que entre esas muchedumbres se encontrarían algunos burlones, pero el conjunto, la masa innumerable tenía una actitud religiosa. He ahí la imagen muy debilitada de la gran familia cristiana arrodillada, hace ya diecinueve siglos, ante la Eucaristía. En esta familia hubo, y hay todavía en el día de hoy más que antes, hombres que son una excepción de la fe y de la adoración común, frentes que no se

inclinan, voces que murmuran y dicen al divino sacramento: "¡No te conozco!" Pero tomad el conjunto, pesad la masa que cree, que adora, que canta; en todos los puntos del globo, en el curso de diecinueve siglos, su testimonio es aplastante, y puesto que está de moda hoy en día exaltar el poder del número, puesto que los más ardientes librepensadores apelan sin cesar a este poder, hago lo mismo, y, apoyado en la historia, digo: "¡El número canta la presencia real!" Mirad: ¿quién está de rodillas ante la Eucaristía? Pueblos enteros. ¡Y qué pueblos! No son hordas bárbaras perdidas en las inmensas estepas; no son sociedades degradadas en las vergüenzas del fetichismo y de la idolatría; es la gran familia cristiana, la más grande, la más fuerte, la más sensata, la más liberal, la más inteligente que haya jamás existido bajo el sol. Es la noble Francia, la brillante Italia, la hidalga España, la soñadora Alemania, la industrial Inglaterra, la infortunada Polonia, la potente Rusia, la vieja Europa, la joven América. En una palabra, el espíritu humano elevado a la más alta potencia. Quitad de esta masa todas las defecciones y todas las minorías que queráis; por lo menos os quedará un ejército de adoradores.

Y notad que a la cabeza de este ejército marcha un cuerpo escogido. Mientras que en el paganismo las más grandes inteligencias eran las que creían menos, aquí las más hermosas almas, las más fuertes, las más inteligentes son las que creen más.

III. El tercer testigo de la presencia real es el genio.

En torno de la Eucaristía, ¡qué asamblea, qué estado mayor! Es el Concilio del género humano. Cristianos, no tengáis miedo de arrodillaros ante la hostia

santa; vais en buena y hermosa compañía. Algunos impíos se burlan estúpidamente de un misterio que espanta a su conciencia todavía más que a su razón; pero he aquí los *poetas* que cantan la Eucaristía: un Santo Tomás, un San Buenaventura, un Dante, un Racine, un Corneille. Cogen la lira y saludan a

Ese Dios que amándonos con amor infinito,
Quiso morir con ignominia por nosotros;
Y que, por un esfuerza de este exceso de amor,
Quiere verse por nosotros ofrecido cada día en el altar.

He aquí los *doctores* que explican o defienden la Eucaristía: San Agustín, San Justino, Malebranche, Bossuet. Este último, como llevara el Santísimo en una procesión, confiesa que estaba tan abstraído en Aquel al cual llevaba, y tan absorbido en gozar de la presencia de su Dios, que no advirtió si caminaba o no.

He aquí los *arquitectos* que edificaron para albergar a Jesucristo templos sublimes, y no quisieron dar sus nombres, para honrar el misterio del Dios oculto. Quitad la Eucaristía de nuestros templos, de nuestras basílicas, y no tendréis en ellos más que un nuevo profano, un edificio sin unidad ni objeto. ¡Gloria a nuestros artistas cristianos! Bajo la acción de su mano, la piedra habla y adora, y todas las líneas arquitectónicas de nuestras iglesias cantan la presencia real.

He aquí los *pintores* que fijaron en los muros de las catacumbas, en la tela, en el vidrio, los esplendores de la Eucaristía: un Miguel Angel, un Leonardo de Vinci, un Rafael. He aquí los *soldados* que inclinaron ante la Eucaristía frentes que jamás se humillaron ante nadie: un Condé, un Turena, un Vaubán. Y notad que

no evoco más que lo pasado. Todo el género humano, en lo que tiene de más grande, se arrodilla ante la Eucaristía. Señores, ¿es que no digo la verdad? ¿Por ventura es el genio la parte más elevada del género humano? No. Por encima del genio está la virtud. Si el número y el genio se encuentran en la misma fe y en la misma adoración, es ya una prueba esplendorosa y brillante de la sagrada Eucaristía. Esto no obstante, el número puede engañarse, el genio puede engañarse; pero que la virtud, que el heroísmo, que la abnegación, que la pureza de los ángeles se engañen, y que Dios lo permita durante diecinueve siglos, digo que es imposible. Pues bien, mirad:

IV. El cuarto testigo de la presencia real es la virtud.

El género humano recogió de los labios de Jesucristo estas extrañas palabras: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Comed de él; bebed de ella." Y el género humano tomó a la letra esta afirmación, y comiendo este nuevo alimento, y bebiendo esta nueva bebida, se ha transfigurado. Torturad la historia como queráis; no podréis negar que hay en el mundo como dos vertientes, y que, entre estas dos vertientes, tan desemejantes, tan opuestas, hay una cruz, y al pie de esta cruz un cáliz. El género humano lleva a sus labios este cáliz, y he aquí que la virtud germina en sus venas. He ahí los mártires que se dirigen al suplicio con paso firme y seguro. He ahí los misioneros que se dispersan por los cuatro vientos del cielo. He ahí un pueblo inmenso de vírgenes que se inmolan en el puesto de todos los sacrificios. He ahí las pasiones que se apagan en las almas de veinte años. He ahí la energía moral que renace inagotable en el corazón de los desesperados. He

ahí la inocencia del Bautismo que se refleja en la frente de vuestros hijos que acaban de hacer la primera comunión. He ahí los moribundos que emprenden sin temblar el viaje del tiempo a la eternidad. He ahí, de una parte, reducidas al silencio y subyugadas las pasiones que nos matan, y, de otra, he ahí disciplinadas y elevadas hasta lo sublime las pasiones que nos santifican y nos divinizan.

Pues bien, ¿qué pensáis de todo ello? Si no es Dios que entra en el alma bajo el símbolo transparente del pan y del vino; si Jesucristo no está en la hostia consagrada, ¿os atreveréis a decir que la virtud es un fruto que tiene su raíz en una ilusión, en un error, en una mentira? No, en manera alguna. Sed, pues, lógicos, y juzgad el árbol por sus frutos. Creéis en la pureza, en el sacrificio, en la abnegación. Creéis en las virtudes que embalsaman, en los dolores que consuelan, en las pasiones que se apagan. Y puesto que hace ya diecinueve siglos que tan sublimes cosas nacen de la sagrada Eucaristía, es porque ella es la verdad.

> Sí, un Dios oculto es el Dios en quien hay que creer;
> Mas, por oculto que esté, para revelar su gloria,
> ¡Cuántos ilustres testimonios amontonados ante mí!

Los testigos de la presencia real son, en primer lugar, Jesucristo, y, haciendo eco a la palabra de Jesucristo, el Número, el Genio, la Virtud.

Entrad, señores, en ese sublime concierto. Creed, adorad, cantad. Glorificad a vuestro Dios, y, con la frente en el polvo, saludad la presencia real de Jesucristo en su santísimo y adorabilísimo sacramento: *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui!*

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMOCTAVA

La Eucaristía

II. El sacrificio de la misa

Señores:

El acto por el cual Jesucristo se hace presente en la Eucaristía se llama el Sacrificio de la Misa. La Misa es poca cosa en apariencia, pero, en realidad, es una maravilla más grande que el levantamiento de un mundo.

No midáis el valor de un objeto por el puesto que ocupa. Con un poco de dinamita conmovéis toda una ciudad. Un granito de trigo contiene una potencia de reproducción tan grande, que bastaría para asegurar la la alimentación del género humano. Con una pila eléctrica, que no tiene aspecto alguno, enviáis vuestro pensamiento y vuestra palabra a través de los océanos y por encima de las montañas. Bajo la acción de la gota de agua insignificante e imperceptible, nuestras cam-

piñas se cubren de verdor, nuestros jardines de flores, nuestros campos de cosechas, nuestros árboles de frutos. En la naturaleza veis a cada instante y a cada paso que las más pequeñas cosas producen los más grandes resultados. Es la misma ley que impera en el reino de la gracia. Abrid los ojos, y medid conmigo la grandeza del Sacrificio de la Misa. Ese acto tan silencioso, tan sencillo, tan rápidamente ejecutado, tiene un eco inmenso y una radiación ilimitada.

I. El sacrificio de la Misa resuena en el cielo, en la tierra, en el purgatorio, en Dios, en los vivos y en los muertos.

¿Cómo es posible esto?

Conocéis el valor del sacrificio de la Cruz. Durante cuarenta siglos, el género humano culpable había estado buscando una víctima que pudiese reconciliarlo con el cielo. Los paganos habían inundado de sangre los altares de sus falsos dioses, y habían inmolado en ellos aun víctimas humanas. Dios se apartaba con horror de aquellos sacrificios abominables y sacrílegos. Los judíos, mejor instruídos, no habían ofrecido a Dios más que víctimas figurativas, y Dios por boca del Profeta, les decía: "¿Qué fruto saco yo de todos vuestros sacrificios? ¿Acaso tengo yo necesidad de la sangre de los machos cabríos y de las terneras?" Pero he ahí que llega Jesucristo. Sube a la cruz, y colocado entre lo pasado y lo por venir, suspendido entre el cielo y la tierra, reconcilia y salva a todos los justos de la Nueva Ley por la aplicación futura de su sangre derramada. Se acabó con todo lo antiguo. Una sola oblación, dice San Pablo, para santificar el mundo en lo pasado y en lo por venir. Necesitamos sangre para lavarnos,

añade el gran Apóstol; *sine sanguinis effusione non fit remissio.* Pero ¿qué sangre? ¿La sangre de las batallas? ¡Oh, circula casi siempre al servicio de la ambición! ¿La sangre de las guerras civiles? ¡Ah, está negra de odio y cargada de maldiciones! ¿La sangre de los justos? Sí, pero no es pura más que a condición de ponerse en contacto con la sangre de Jesucristo. Sólo hay una víctima: Jesucristo; un altar: el Calvario; un sacrificio: el de la Cruz.

Pero el Sacrificio de la Misa, ¿qué es, pues? Es el mismo sacrificio que el de la cruz en otra forma y bajo otro aspecto. Quitad las apariencias, y encontraréis en el altar todo lo que había en el Calvario. En la Misa como en el Calvario, Jesucristo es el sacerdote, y Jesucristo es la víctima. Continúa su inmolación, la renueva, la actualiza, aplica su virtud, perpetúa sus efectos. El sacerdote que dice la Misa no es más que el órgano visible del Sacerdote invisible que le dice: "¡Haced esto en memoria mía!" Pero, tanto en la Misa como en la Cruz, la sangre de Jesucristo es la que habla: *Vox sanguinis clamat!*

1.° En la Misa, Jesucristo es sacerdote y víctima. La voz de su sangre sube *hasta el cielo*. Las oraciones del hombre, dice el viejo Homero, son cojas, se retrasan en su marcha, llaman con aire tímido y con pie discreto en el umbral de la eterna misericordia. Pero la sangre del Hombre-Dios no halla obstáculo alguno. Su valor es equivalente a la majestad implorada. Alburquerque atraviesa el océano ensoberbecido. Va a zozobrar; ¿qué hace? Coge un niño, al que su madre oprimía con desesperación contra su pecho, y elevándolo entre el cielo encendido y las olas furiosas, exclama: "¡Gran Dios, para proteger la inocencia, per-

donad al culpable!" Y la tempestad se calma y se salva el navío. He ahí Jesucristo en el altar.

2.º En la Misa, Jesucristo es sacerdote y víctima. La voz de su sangre desarma al cielo y protege a *la tierra;* obtiene para los hombres gracias de conversión y de penitencia en el orden espiritual o gracias de santidad, de vida, de fortuna, de prosperidad en el orden temporal. A cada sacrificio que se ofrece, derrama El bendiciones, en primer lugar, sobre aquellos por los cuales es ofrecido, y luego, sobre el mundo entero, de suerte que la Iglesia católica es como una inmensa asociación de socorros mutuos que tiene su centro en torno del altar en la sangre de Jesucristo. Allí, y en ninguna otra parte, se armonizan todas las edades, todas las clases, todas las lenguas, todas las razas, todas las naciones. Allí se forma el alma del pueblo. El niño, por medio del cual se renueva la sociedad, saca de allí fácilmente grandes pensamientos y los generosos instintos de la fe. La esposa derrama allí lágrimas discretas. La virgen busca allí a Dios en la sombra y el misterio. El anciano medita allí los años eternos. El pueblo entero se reúne allí, llevando a su cabeza los jefes y guardianes de la ciudad, siente correr por sus venas el divino escalofrío de la fe, y, regado con la sangre de Jesucristo, se levanta más tranquilo, más sumiso, abrigando en su alma con valor más robusto, pensamientos más alegres. Cuando los librepensadores encuentren algo mejor que la Misa para consolar, sanear y transfigurar un pueblo, harán bien en comunicarnos su hallazgo. Añadid a esto, señores, que Jesucristo, sacerdote y víctima, al propio tiempo que se interpone entre el cielo y la tierra, consuela las almas de los difuntos.

3.º La voz de la sangre desciende hacia el *Purgatorio*. Santa Mónica moribunda decía a su hijo: "Lo único que te pido es que te acuerdes de mí en el altar del Señor, en dondequiera que te encuentres." En el altar del Señor se inmortaliza, en efecto, el recuerdo. ¡Oh culto católico, cuán extensas son tus perspectivas, cuán seguras tus bases, cuán brillantes tus cumbres! Del más humilde de los altares parte una súplica, que desafía la muerte y borra el olvido. Cuando sea deshecha vuestra tumba, y vuestros huesos, removidos por el sepulturero, sean arrojados al camino; cuando vuestros sobrinos los pisoteen sin conocerlos; cuando ya no tengáis ni sobrinos, ni hogar, ni nombre, ni recuerdo alguno aquí bajo, la Iglesia se acordará todavía de vosotros, y la sangre de Jesucristo aprovechará a vuestra alma. La última Misa, aunque se celebre más allá de los siglos, en un pueblo todavía por nacer, en una lengua actualmente desconocida, en el último terrón del mundo hundido y crujiente, abrazará en su último *Memento* a todos los que murieron en Jesucristo. Y cuando la última gota de la sangre de Jesucristo, caída del último altar, haya extinguido, en el fondo del abismo, los últimos fuegos del purgatorio, el Angel del Testamento romperá el cáliz de la Misa que fué de siglo en siglo a refrigerarse en el Gólgota. La obra de la Redención quedará entonces acabada.

Hasta entonces, el sacrificio de la Misa permanecerá en el mundo, desplegando su sonoridad en el cielo, en la tierra y en el purgatorio. A la voz del Cordero inmolado, gana sus combates la Iglesia militante, obtiene su libertad la Iglesia doliente, goza de su felicidad la Iglesia triunfante, y estos tres pueblos, aunque separados en apariencia, se reúnen en realidad en una magnífica armonía. Sus manos, que se buscan, se en-

cuentran, sin experimentar materiales apretones, en torno del altar eucarístico. Cuando el sacerdote dice la Misa, escribe el autor de la Imitación, honra a Dios, regocija a los ángeles, edifica a la Iglesia, auxilia a los vivos, salva a los muertos. El acto es sencillo, el eco inmenso, la irradiación sin límites. Abrid los ojos por segunda vez y medid el alcance de la *Misa.*

II. El sacrificio de la Misa irradia por todos los espacios y por todos los tiempos.

Es ofrecido en todas partes, en las más altas montañas y en los más profundos valles, en el espesor de una selva sombría, en la cubierta de un barco, en medio de los campos, en basílicas suntuosas, en donde todo un pueblo se recoge, se arrodilla y es bendecido, o, en la época de las persecuciones, en el recinto de un casa fiel, en una cueva cubierta de matorrales, en la misma prisión en que víctimas amontonadas se preparan, a subir mañana, con aire sonriente, con paso libre y animoso, los escalones del cadalso. La sangre de Jesucristo corre por todos los puntos del globo, y cuando un misionero llega a una ribera desconocida del centro de Africa o de algunas de las islas perdidas de Oceanía, su primer cuidado es plantar una cruz, y en este altar improvisado, decir Misa y ofrecer la sangre de su Maestro, y Jesucristo toma posesión de pueblos que antes no le conocían.

Es ofrecido en toda la tierra. Mientras nos entregamos al sueño se dice la Misa en las riberas lejanas de la China y del Japón, y apenas terminada en Oriente, empieza en Occidente, del Atlas a los Carpatos, y del Rhin al Danubio, en Génova, en Lión, en Madrid. Continúa en Londres, que ya no se extraña de verla, en el

Canadá, tierra tan cristiana y tan francesa, civilizada por Colbert, y siempre fiel a nuestra lengua y a nuestra vieja fe, y en los Estados Unidos, ochenta obispos y veite mil sacerdotes inmolan cada mañana la divina Víctima. La sangre de Jesucristo corre a la vez en Nueva Orleáns, en Nueva York, en Boston, y, más allá de las Cordilleras, en México, en Lima, de suerte que, girando sobre sí misma, la tierra presenta sucesivamente a los rayos del día los cristianos de todos los hemisferios arrodillados ante el altar de la Misa. ¡Qué irradiación la del divino sacrificio!

¿Hay por ventura *en los astros viajeros* que pueblan el firmamento seres necesitados cuyo oído sutil perciba el ruido argentino de la campana que anuncia el momento del sacrificio realizado en nuestros altares, y cuyo corazón se abra para recibir su divina eficacia? Sólo Dios lo sabe. Mas ¿por qué no? ¿Quién se atrevería a afirmar que la sangre de Jesucristo no va a reconciliar y pacificar, en esas esferas superiores, creaciones desconocidas a nuestras miradas mortales? La Iglesia lo canta, por lo que puedo repetirlo aquí: "*Terra, pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine!* La tierra, los mares, los astros, el universo entero, todo es lavado por la sangre de Jesucristo." El divino sacrificio irradia por todos los puntos del espacio.

Irradia en todos los tiempos. Duró cerca de tres siglos en el fondo de las catacumbas. Duró a pesar de los bárbaros, que nadaron en la sangre de nuestros viejos obispos, y a pesar de los musulmanes, que dieron el pienso a sus caballos humeantes en las basílicas de España, de Africa, de Sicilia y del Imperio de Occidente. Duró a pesar de la guerra impía y sacrílega de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII, de Zwinglio, que destruyeron nuestros santuarios, nuestras estatuas, nuestras

imágenes, y lanzaron a los vientos nuestros tabernáculos, nuestros relicarios, nuestros vasos, nuestros sagrados ornamentos. El siglo XVIII vió pasar el hacha después de la pluma, los demoledores después de los sofistas. Nada bastó. La Misa duró a pesar de la filosofía, que se burlaba de ella, a pesar de las revoluciones, que intentaron abolirla. Levantóse de las ruinas del mundo moderno, sobrevivió a sus perseguidores, y todas las tempestades de lo por venir no podrán extinguir jamás los dos cirios encendidos al pie del Crucifijo, ni destronar al Dios oculto bajo un poco de pan.

Es preciso que dure. Porque el día en que sea abolida, ya no tendrá religión el mundo civilizado, y, por consiguiente, no tendrá calor, ni cohesión, ni vitalidad. Reinará la muerte. Ausente la Misa, se evapora la religión, y se hiela el mundo. El mundo ya no tendrá razón de ser, y cuando el último cáliz, sostenido por el último sacerdote, sea roto sobre el último altar, la mano de Dios reducirá a polvo la creación profanada.

Y ahora, señores, paréceme que estoy en el derecho de concluir y deciros: ¡Venid a Misa! Para *anunciar* el divino sacrificio repican las campanas de nuestros campanarios y el órgano hace resonar sus grandes voces, y se encienden las velas, y se eleva con la oración el incienso, y los cánticos de los Profetas resuenan en el recinto santo. Para rodear, para *encuadrar* el santo sacrificio, se levanta el templo, y en el templo, se dan cita todas las bellas artes: la arquitectura, la estatuaria, la pintura, la música y la elocuencia sobre todo. Sí, la elocuencia. Por inculta que sea a veces la palabra del sacerdote, es necesariamente elocuente por la naturaleza misma de las verdades que anuncia y por las fibras que está segura de tocar del alma humana. El pueblo, para *asistir* al divino sacrificio, llena las vastas naves

del templo y hombres, mujeres y niños, ancianos, magistrados, cabellos encanecidos en las vigilias del estudio, o cubiertos de sudor en el trabajo del taller, justos arrobados por el éxtasis, tibios que se reaniman, pecadores que se golpean el pecho, toda esa multitud entra, se arrodilla, se recoge, ora, se transfigura. Escuchad con el poeta ese piadoso silencio, invisible unión de la tierra y de los cielos. Jesucristo se inmola; Dios es glorificado, la tierra queda santificada. Se ha dicho la Misa. Las frentes se levantan, la multitud se retira, vuelve a comenzar el ruido del mundo; pero la voz de la naturaleza se remonta hasta Dios por medio de Jesucristo, y los ecos del tiempo repiten los himnos de la eternidad. ¿Queréis poesía, moral, religión, pacificación social? ¿Queréis cuerpos que reposen y almas que se eleven? ¿Queréis progreso en la luz, en la virtud, en la dicha? Todo eso se encuentra en torno de la Misa. Venid a Misa: es un gran paso. Y añadiré: Traed a Misa al mundo que os rodea, que no la conoce ya, o que no se atreve a seguiros: es un gran deber, es hoy en día el apostolado necesario.

Así sea.

CONFERENCIA VIGESIMONONA

La Eucaristía

III. LA COMUNIÓN

SEÑORES:

Acabo hoy nuestro breve estudio sobre la Eucaristía. Dios está allí, en ese augusto sacramento: es la presencia real. Se inmola en el sacrificio: es la Misa. Finalmente, se ofrece como alimento a nuestras almas: es la comunión. ¡Cómo, Jesucristo nuestro alimento! ¡El, cuya grandeza supera la inmensidad de los cielos, venir a instalarse en este átomo de polvo que soy yo!

I. ¿Es esto verdad?

Señores, no cabe la menor duda, Jesucristo hace depender todo su Evangelio del mandamiento expreso de la comunión. "Yo soy—dice—el pan vivo que vino

del cielo. Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis Vida en vosotros." Palabras extrañas, diréis vosotros. Permitidme que os las explique con semejanzas y con hechos.

Todos los seres viven por la comida. Es una ley universal. Ved la *planta.* Va a buscar en la tierra, y aun en la árida roca, los elementos que aspira, y en la atmósfera, la luz, el gas, el rocío, que bebe con avidez. Todo esto lo convierte en su savia, y la savia se convierte en tallo, ramas, vástagos, hojas, flores y frutos. El agua, el aire, la tierra, el lodo, todos esos elementos inertes, son tomados por la planta, incorporados a su substancia y elevados por ella a la gloria de la vida vegetativa. Subid un grado. He ahí el *animal.* Se apodera de seres inferiores; los tritura, los engulle, los trabaja enérgicamente, compone con ellos su sangre, su carne, sus huesos. Se apodera de los vegetales, los cambia en su propia substancia, los eleva a una vida superior, la vida sensitiva. ¿Se acaba aquí todo? No. Rey de la creación, el *hombre,* a su vez, se alimenta de todas las vidas que encuentra a mano. Las toma en los campos fértiles, o en las ramas generosas en que crecen, en los costados palpitantes de las bestias domésticas o salvajes que Dios ha sometido a su real dominio, y de todas esas vidas reunidas y asimiladas nos hace este hermoso cuerpo, cuya magnífica arquitectura y maravillosas funciones, nos explica la ciencia. ¡Hecho prodigioso! Por la comida nos apoderamos del reino vegetal y del reino animal, los incorporamos a nuestra substancia, los cubrimos con el honor de nuestra personalidad, los elevamos a la participación de la vida humana. ¿Es esto todo? No. El hombre es *un ser divino.* Dadle lo que hay de más exquisito y sutil en la materia, la ambrosía y el néctar de que se

embriagan las divinidades del Olimpo, ¿qué es eso para el hombre que aspira a algo más que la vida sensitiva? Dadle placeres, bienes, honores; ¿qué es eso para un alma inmortal? Dadle todas las ciencias del mundo, todos los secretos del universo, los descubrimientos más inesperados; ¿qué es eso para un alma que tiene hambre de verdad y sed de justicia, que muere de cansancio, de desaliento? Solamente Dios está a la altura de sus deseos y necesidades. He ahí por qué Jesucristo nos dijo un día: "¡Tomad y bebed; esta es mi sangre! ¡Tomad y comed este es mi cuerpo! ¡Y con mi cuerpo y mi sangre, esta es mi alma unida a mi divinidad! ¡Sois seres divinos; alimentaos de mi divinidad! Señores, no digáis que esto es imposible. La ley es universal. Por la comida, se convierte en planta la tierra, y en animal la planta, el animal se hace hombre, y el hombre se hace Dios. Tengo un cuerpo, y, para alimentarlo, como el trigo de la tierra, bebe el agua pura de la montaña, o el vino de la colina. Tengo un alma, y, para alimentarla, como el cuerpo de Jesucristo, y bebo su sangre preciosa. Algunos granos de trigo y algunas gotas de vino nos dan, no solamente la fuerza y el vigor de los miembros, sino la alegría, la vivacidad, la llama del espíritu. Así, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, recibidos en la comunión, nos infunden una vida divina. Creed en la comunión, y si las similitudes no bastan a convenceros,

Mirad los *hechos*. Los *Apóstoles* salen del Cenáculo, llevando en sus manos el cáliz, y en el cáliz la sangre de Jesucristo, y allí donde aparecía esta sangre, veíanse renacer a la vida las generaciones enfermas, florecer las virtudes y exhalar la tierra los aromas de la humildad, de la obediencia, de la castidad, del sacrificio. Y cuando desapareció el Imperio romano, cuando llegaron, con otras pasiones, los bárbaros, llevando en sus venas la misma sangre viciada, salióles la Iglesia al encuentro, mostróles el cáliz, y de la sangre divina difundida por aquellas naturalezas incultas, nacieron virtudes que no eran ni menos numerosas, ni menos odoríficas; y cuando más tarde se descubrieron, en las selvas de *América*, salvajes llegados al último de la abyección humana, envió la Iglesia pobres sacerdotes que ni siquiera hablaban su lengua, que carecían de poder, autoridad y elocuencia, pero que llevaban en sus manos un cáliz, y en este cáliz algunas gotas de sangre divina, y allí viéronse aparecer también las mismas maravillas que florecen en todas partes en que se vierte la sangre de Jesucristo. Sobiesky, antes de asegurar con las armas la liberación de Viena y la paz de la cristiandad, ayudaba a Misa y comulgaba en medio de los campos ante todo su ejército. Luis XVI, el mismo día de su muerte, hallaba en la Eucaristía fuerzas para subir al cadalso, y el sacerdote que le había asistido sacaba de ella la autoridad para decirle: "¡Hijo de San Luis, subid al cielo!" Napoleón se inclinaba con toda su gloria y sus reveses ante la sagrada Hostia, y el último acto de su vida fué una comunión. Verdad es que Jesucristo dijo: "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." Mientras la Iglesia tenga un cáliz para beber en él la sangre de su Maestro, pasará por la tierra haciendo germinar bajo sus pasos tiernas conmociones, resoluciones generosas, virtudes sobrehumanas.

II. ¿Para qué?

Voy a responderos. El ilustre *Lacordaire* había abandonado momentáneamente la casa de educación de So-

rrièze, que él dirigía. Uno de sus amigos quería retenerlo en París por causa de asuntos graves y delicados; pero era la víspera de una fiesta, y el santo religioso respondió: "¡No puedo! Esto dejaría sin confesión algunos de mis hijos que se preparan para la próxima fiesta, y yo no puedo calcular el efecto de una comunión menos en la vida de un joven." E hizo doscientas leguas para procurar este auxilio y este alimento a los jóvenes de que estaba encargado. ¡Ah, señores, preguntáis con espanto cómo salvaréis la virtud de vuestros hijos! La pubertad es como un cabo de tormentas que pocos doblan sin naufragio. Poned, pues, a Jesucristo en esas débiles embarcaciones. Se dice que Mitridates arrojaba oro tras su paso para detener la persecución de los romanos; pero Jesucristo siembra más que oro en vuestras familias al sembrar en ellas las virtudes que producen la paz y el honor. Ese joven atormentado se aproxima a la Eucaristía. Su fe comenzaba a palidecer; iba a beber al torrente de las culpables voluptuosidades; pero el pan eucarístico tocó sus labios, la savia del sacramento descendió a su corazón, estremecióse a su contacto, comulgó, y al comulgar, gustó la paz deliciosa, la pura alegría, el inocente y divino éxtasis de la virtud conservada. Pero la comunión ¿sólo a la juventud es necesaria? No lo creáis. La edad madura tiene dudas, desfallecimientos, congojas, que reclaman también imperiosamente la presencia y la influencia de Jesucristo.

No tenéis fe; vuestra fe es vacilante, decís: Razón de más para acercaros al Dios que la da, que la fortalece, que la aumenta. Vuestros ojos se abrirán cuando os arrodilléis ante la sagrada mesa; al partir el pan se reconoce a Jesucristo, se siente su divinidad, se le adora. Comulgad, y creeréis. Hay jóvenes que estudian la religión como los químicos analizan un licor. No es esto. Para aceptar la religión, más vale gustarla y experimentarla que disecarla. Un gustador percibe matices que no sabe apreciar el químico. Escuchad estas hermosas palabras de Ozanam: "Aun cuando todo el mundo abjurase de Jesucristo, hay tan inexplicable suavidad en una comunión y en las lágrimas que hace verter, hay en ella un poder tal de convicción, que haría abrazar la cruz y desafiar la incredulidad de toda la tierra." ¿Tenéis dudas? Anegadlas en la sangre de Jesucristo.

¿Tenéis desfallecimientos? Señores, no conozco los hechos que han compuesto hasta aquí el tejido de vuestra existencia, pero sí conozco las angustias invisibles que se agitan en el fondo de vuestra alma. Hay en vosotros pasiones arrebatadas, remordimientos violentos, deseos que es tan difícil satisfacer como contener, fluctuaciones sin tregua y sin fin entre el bien y el mal. En vano os debatéis y decís que no experimentáis la necesidad, el hambre, la sed de la Eucaristía. Desde el momento en que formáis parte del linaje humano, declaro que sois débiles, y que lo ganaréis todo si os acercáis a ese foco de pureza, a ese alimento de los elegidos, a ese licor que hace germinar vírgenes. Sin duda que la influencia de la comunión no se mide ni se calcula como un teorema de geometría; pero decidme, ¿se calcula la influencia que ejerce en las plantas el rocío matutino? ¿se calcula la acción vivificante de la luz sobre la naturaleza? ¿se calcula cómo el agua que se infiltra en las entrañas de la tierra, la fertiliza y hace salir de ella flores y frutos? Pues bien, en el mundo moral, como en el mundo físico, hay causas que es imposible someter a cálculo riguroso, hay influencias imperceptibles, y son precisamente las más

potentes, porque obran con admirable delicadeza. Pues así obra la Eucaristía cuando penetra en un alma. Disipa las sombras de la duda, cura las debilidades de la naturaleza.

Apacigua las congojas del corazón. ¿Cómo enumerarlas? Los lazos que tiende el odio, los tiros de la envidia, las traiciones de la amistad, las decepciones del mundo, los descontentos de cada edad y de cada carrera, las enfermedades propias de toda posición y de toda edad, los desencantos de la tierra, y ese no sé qué, que Bossuet llama con tanta exactitud el inexorable disgusto que constituye el fondo de la vida humana. Visitaba yo cierto día el castillo de un príncipe. Vivía allí, rodeada de todos los esplendores de la fortuna, una viuda cuyo nombre es bien conocido en nuestra historia. Entré en la capilla, y terminada mi oración, tuve la curiosidad de abrir por la primera página un librito que había en el reclinatorio y llevaba por título *El libro de los que padecen.* Y me dije, y me digo todavía: ¿Cómo? ¿Es esto verdad? ¿Hay también padecimientos en los palacios como los hay en las cabañas? ¿Hay, pues, dolores arriba como abajo, y quizás más arriba que abajo? Sí, señores, así es. Hay tristezas bajo la púrpura, como las hay bajo el sayal. La púrpura y el sayal no son más que un velo insignificante arrojado sobre el alma humana, y bajo el resplandor deslumbrante de la una como bajo el color obscuro de la otra, se oculta una terrible igualdad de padecimientos, Hagámonos tan valientes como queramos. Podremos alejar el dolor o disminuirlo un poco, pero no podremos suprimirlo. Maltratados un día u otro por los choques de la vida o por los golpes de la muerte, tenemos necesidad de un apoyo. En vano pedimos a la tierra que nos consuele. Nada puede de-

cirnos, nada puede darnos. Dirijámonos al altar, al altar de Dios que ilumina, fortalece y consuela, que es la luz de las almas rectas, la fuerza de las almas valerosas, el refugio de los corazones acongojados.

He procurado deciros, señores, lo que es la Eucaristía. Perdonad las imperfecciones y desfallecimientos de mi palabra en tan magno asunto. Les confieso humildemente, y me consideraré dichoso si, no obstante ellos, he podido hacer apreciar la presencia real, el sacrificio de la misa y la comunión. Señores, ¿créeis en la Eucaristía? Pues levantaos en medio del mundo, y agrupaos en torno del Santísimo Sacramento, para decir a vuestros hermanos, indiferentes o enemigos: "¡Dios está allí! ¡Venid a adorarle!" Con vuestras palabras, y todavía más, con vuestros actos, oponed la verdad al error, el bien al mal, el respeto al insulto, el valor a la audacia, la fidelidad inquebrantable a la rebelión obstinada, la afirmación que nada cede a la negación que lo amenaza todo, la caridad que perdona siempre al odio que no se desarma nunca. ¿Que esto es la lucha? ¿Y qué importa? La lucha nos eleva, la lucha nos fortalece.

Dejad, señores, dejad que los vientos de la impiedad soplen sobre vuestra cabeza. Agrupaos ante el altar, hundid las raíces de vuestra alma en la sangre de Jesucristo, y en medio de este mundo que pasa, sed discípulos y apóstoles del Dios inmortal que permanece.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMA

La Penitencia

I. LA CONFESIÓN

SEÑORES:

Llego hoy al sacramento de la Penitencia, objeto de la admiración de los unos, del temor de los otros, del desprecio, de la cólera de muchos. Soy pecador; me postro a los pies de un sacerdote; le digo mis faltas, y, en nombre de Jesucristo, me perdona.. La *Confesión;* tal es el primer elemento del sacramento de la Penitencia y os lo señalo como una necesidad, como un hecho, como un deber. Hay hombres que pierden toda su sangre fría cuando hablan, u oyen hablar, de nuestros tribunales sacramentales que justifican a los que se acusan. Vosotros no sois de esos energúmenos. Conozco vuestro respeto por las cosas santas, y acometo sin temor ante vosotros mi importante y delicado asunto.

I. La Confesión es una necesidad.

Jesucristo pide la confesión del pecado. Tanto mejor, pues con ello responde a *una profunda necesidad* de la naturaleza humana.

Paganos como Platón, Plutarco y Séneca entrevieron soberanamente esta verdad, y quedaríais asombrados si os citara las palabras de esos hombres que tenían, si no la luz total, por lo menos el deseo de encontrarla y el mérito de buscarla. Básteme apelar a la conciencia universal que reconoce en la confesión espontánea una fuerza expiatoria y un acto reparador. Ved la *madre*. Aun cuando conoce la falta de su hijo, intenta hacérsela confesar. Es que es preciso que, con un acto personal, expulse el niño el mal de su corazón. Ella le dice: "Confiesa y no te castigaré." Los *magistrados* también conceden gran importancia al hecho de que el acusado confiese su crimen. Sin duda que esta confesión no salva al culpable, pero atenúa su responsabilidad, consuela la conciencia pública y transfigura el castigo. He ahí por qué en todas las *religiones* hay ritos solemnes de expiación que contienen la confesión pública de los pecados del pueblo, pues el género humano comprendía como por instinto que es imposible obtener el perdón, si no se empieza por confesar la falta.

Esta confesión reputada tan necesaria, es natural al alma, lo cual se comprende fácilmente. Se han visto *criminales* correr a denunciarse a sí mismos. El *niño* tiene ya secretos, dudas, esperanzas, temores y remordimientos, que necesita confesar. El *joven* tiene tristezas y alegrías, deseos y lasitudes, alientos y retrocesos, actos imprevistos y situaciones nuevas. ¿A quién

referirá su vida? ¿A vosotros? Por desgracia, vosotros no sois casi nunca los confidentes de vuestros hijos. Por lo general, viven fuera de vosotros, apartando cuidadosamente la mirada que quisierais deslizar en sus obras. Pero si evitan haceros confidencias, tienen necesidad de hacérselas a otros; y si, por desgracia, han roto con el sacerdote, ya podéis sospecharlo todo y temerlo todo, pues no guardarán en su interior los secretos que los oprimen, sino que irán a confiarlos a sus compañeros de placer, a los que se lo dirán todo, aun lo que no hicieron, y ellos se encargarán de repetirlo y de amplificarlo. El *hombre* maduro también tiene necesidad de la confesión. Rico o pobre, busca un oído benévolo y un corazón amigo para verter en él sus turbaciones, sus disgustos, sus tormentos, sus remordimientos, sus luchas continuas, sus alternativas de victorias y reveses. El *pobre* apenas ve hoy en día más que afortunados que le salpican al pasar, o indiferentes que le rehusan el honor de su atención distraída, y busca en todos los rincones de la sociedad alguien que aligere su carga compartiéndola con él. El rico ¿podrá bastarse a sí mismo? No. Hay sombras en su frente, dudas, incertidumbres, angustias en su alma. Busca una regla para sus actos, un contrapeso a sus placeres, una humillación a sus honores, una necesidad de confesar. Luis XIV, después de sus faltas, siente descender sobre él el peso del remordimiento más pesado que el peso de su cetro; se considera culpable, y, presintiendo sobre su cabeza el juez invisible *que hace a todos justicia y pesa con la misma balanza lo que hacen los pastores y lo que hacen los reyes*, se arroja a los pies de un sacerdote para confiarle sus faltas y rehabilitarse por la confesión. La necesidad de la confesión es universal. Todos los que tienen conciencia experimentan esa necesidad, lo mismo la última hija del pueblo que la más noble patricia, lo mismo el mozo de cuadra que el más altivo potentado.

Y cuando no se satisface esa necesidod, todo podéis temerlo. En nuestro siglo, señores, ¡cuántas decepciones, cuántos reveses, cuántas almas desoladas, cuántos interiores amargos, cuántas explosiones de odio y desesperación? En diez años solamente se han sacado del Sena más de seiscientas mujeres y jóvenes, y más de dos mil hombres que se suicidaron de desesperación. El remordimiento largo tiempo comprimido, forma en los repliegues ocultos del corazón humano como una terrible mina que explota por el suicidio y siembra por todas partes el espanto. ¡Ah, priváis a las almas de esta válvula de seguridad, de esta salida secreta de la confesión sacramental, que tanto necesitan! Pues bien, preparaos para contemplar explosiones y catástrofes. La naturaleza humana tiene necesidad de confesar. Bendecid a Jesucristo que se adelantó a esta necesidad, que se apoderó de ella para satisfacerla espléndidamente, que hizo de ella una ley del orden sobrenatural elevándola a la dignidad de sacramento.

II. Jesucristo pide la confesión del pecado.

Y, cosa asombrosa, la ha obtenido. El *hecho* respondió a su palabra.

Era esto muy atrevido. Tomar al hombre en su orgullo, y decirle: ¡Oh hombre, aunque llegues a la madurez de la edad, a la plenitud del talento y de la experiencia; aunque te encorves al peso de los honores, sentado en las gradas del trono, y en el trono mismo; aunque seas sacerdote, obispo, papa; aunque ostentes en tu frente todas las coronas y todas las tiaras, sean

los que sean tu nombre, tu edad, tu valor personal y tu situación social, te arrodillarás a los pies de un hombre pobre, sencillo, sin genio, sin gloria, menor que tú quizás sobre muchos puntos, y le dirás: "¡Padre mío, he pecado!" Confesad, señores, que esto era muy atrevido. Pero he aquí otra imposibilidad. Para recoger estas confesiones, era preciso encontrar sacerdotes, es decir, hombres salidos del pobre linaje humano, formados de barro, como todos los demás, y, ello no obstante, capaces de amar a los pecadores con corazón siempre puro, de escucharlos con oído siempre discreto; era preciso sembrar en todos los puntos del globo, y en todos los siglos, millares de sacerdotes dotados de un amor intenso, de una pureza ideal, de una discreción invencible, que lo oigan todo, y jamás digan nada, como esos pozos profundísimos que se encuentran en las montañas, en los cuales se lanza una piedra, sin que jamás ruido alguno llegue de sus profundidades al oído que se inclina para escuchar.

Realmente, señores, es esta una empresa poco menos que imposible.

¿Pero triunfó? Sí. Jesucristo pidió la confesión del pecado, y la ha obtenido.

1.° He ahí mil novecientos años que Jesucristo dijo: "¡Arrodíllate y confiesa tus faltas!" Y hace ya mil novecientos años que el hombre se arrodilla y confiesa sus faltas. Esta costumbre tan extraordinaria empezó en las catacumbas, continuó en los palacios, floreció entre los esplendores de las letras y las artes, humilló bajo el mismo yugo la frente del romano soberbio, del griego sutil, del fiero sicambro, del feroz americano. Allí donde se planta la cruz, al lado del agua que bautiza, hállase el baño que regenera, muy

cerca del altar en que Dios se inmola, el tribunal en que el hombre, acusándose, se justifica. Y *hoy* como hace ya diecinueve siglos, en Europa como en Oceanía, bajo la bóveda de las catedrales como en la sombra misteriosa de los bosques todavía vírgenes, vemos hombres que se sientan a los pies del crucifijo y hombres que se arrodillan a sus pies para hacerle, bajo el sello de inviolable fidelidad y de invencible silencio, la confesión de sus penas, de sus faltas, de sus ignominias, todo *se ha armado* contra esta potente institución: el furor, el desdén, la burla. Tiene en contra suya los ladrones, los impúdicos, los vengativos de todos los siglos. No hay género alguno de literatura que no la haya arrastrado por el fango, ni impiedad o herejía que no haya hecho su proceso, ni falsos sabios o filósofos vulgares que no la hayan declarado inconciliable con la ciencia, la filosofía y el progreso de la razón humana. Pero ella dura todavía, ella triunfa, aunque sólo sea en los últimos momentos, de las repugnancias y prejuicios de casi todos los pecadores.

2.° ¿Pero es verdad que hace ya mil novecientos años que Jesucristo halló en la tierra millones de hombres que se acusan? Sí. ¿Y también millares de sacerdotes que reciben sus confesiones sin traicionarlas jamás? Sí. Interrogad a la historia, y ella os dirá que ha habido sacerdotes apóstatas y prevaricadores, pero sacerdotes reveladores de conciencias, jamás. Hace ya diecinueve siglos que el sacerdote, a pesar de su humana debilidad, lleva esa carga imposible. Lo oye todo, y no revela nada. Reconoced, señores, que semejante institución, semejante duración con semejantes garantías, no puede venir más que de Aquel que da la vida y la conserva para sus obras. En efecto, Jesucristo fué quien

elevó la confesión a la dignidad de sacramento. Pidió la confesión, y la ha obtenido ¿Somos libres de sustraernos a esta divina institución? No.

III. Jesucristo pide la confesión del pecado. Es un deber obedecerle.

En primer lugar, ¿qué medio tenemos de purificar nuestras conciencias sino el instituído por Jesucristo? A las exclamaciones de la razón rebelada, de la falsa ciencia, del orgullo castigado en lo vivo, de la voluptuosidad encolerizada, de la impiedad delirante, sólo puede responderse lo que el gran Constantino decía, en el concilio de Nícea, al Obispo novaciano, Acesio, que ponía en duda la necesidad del sacramento de la Penitencia y de la absolución sacerdotal: "Pues bien, Acesio, poned la escala, y subid solo al cielo." Jesucristo no instituyó treinta y seis medios de lavarnos de nuestras faltas, sino uno solo: la absolución del pecado tras la confesión del pecador.

Dijo: "Los pecados serán perdonados a los que los perdonareis, y retenidos a los que retuviereis." El sacerdote deberá perdonar o retener, es decir, elegir y juzgar, y, por tanto, conocer y discernir. Pero ¿cómo podrá perdonar o no perdonar con conocimiento de causa, si quien cometió los pecados no los confiesa? La confesión del pecado no está especificada en el texto del Evangelio, pero está lógicamente contenida en él, lo cual es lo mismo. Y, de hecho, en el transcurso de diecinueve siglos, el hombre cristiano nunca vaciló sobre este punto, y la tradición, soldándose a las palabras de Jesucristo, las completa, las explica, las ilumina de tal modo, que desafía toda objeción y disipa toda duda.

¿Diréis que la confesión del pecado es simplemente

facultativa? Si la confesión fuera libre, nadie la querría. Si la confesión fuera libre, en vez de hacerla al sacerdote, lo que siempre cuesta, nos contentaríamos con hacerla a Dios, lo que es fácil y a nada compromete. Hubiera parecido que Jesucristo hacía algo y creaba una gran institución, pero en el fondo no hubiera hecho nada, no hubiera instituído nada, hubiera confiado a sus sacerdotes un poder vano, inútil, ya que se podría prescindir de él sin inconveniente alguno. Hubiera empezado por el énfasis, hubiera decretado una quimera, hubiera caído en el ridículo y en la impotencia.

Descartad, señores, todas esas hipótesis que no pueden mantenerse en pie, y aceptad la verdad sencillísima, tal como está escrita en el Evangelio, en la historia y en la naturaleza humana, a saber, que la confesión del pecado es una necesidad, un hecho y un deber.

¡Oh santa y divina religión, cuán poco conocida eres! Un gran poeta moribundo exclamaba: "¡Luz, luz!" He ahí el grito que dirijo yo también a los hombres de este siglo: "¡Luz, luz!" ¡Ah, los malos no quieren luz! Tienen miedo de ver claro. Trabajan en la sombra, y por cuanto únicamente son poderosos en las tinieblas, hacen la noche en su conciencia y en la conciencia de sus hermanos. Envuelven en nubes nuestros dogmas, nuestros sacramentos. Desfiguran la verdad religiosa, la historia, el sacerdocio. Y las muchedumbres, engañadas, buscan en vano, durante la noche en que se hallan sumergidas, la regla de las creencias y de las costumbres. Pero vosotros, señores, amáis la luz. Venid a buscarla en la escuela de Jesucristo, y difundidla en torno vuestro. Muchos quizás se negarán a seguiros. ¿Qué importa? Habréis cumplido con vuestro deber, y si Israel se pierde a pesar de vosotros, por lo menos podréis decir en

vuestra última hora: "¡Reñí el buen combate!". Es todo lo que Dios os pide.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

La Penitencia

II. El arrepentimiento

Señores:

Dirigen contra el sacramento de la Penitencia una objeción que parece muy seria. Se dice: "Vosotros los católicos os imagináis que basta confesar vuestras faltas a un sacerdote para obtener el perdón de ellas; eso es demasiado fácil para que sea verdadero; esta confesión puramente externa, engaña las conciencias y no las rehabilita." La objeción es fútil; toda ella descansa en la ignorancia de las cosas religiosas. Si los incrédulos consintiesen tan sólo en leer con atención el catecismo que enseñamos a los niños, verían que hay en el sacramento de la Penitencia algo más que la confesión del pecado. Arrodillado a los pies de un sacerdote, le digo mis faltas; pero durante este tiempo, ¿qué hace mi corazón? ¿Puede desinteresarse de las confesiones

que brotan de mis labios? No. La religión me pide un corazón contrito y humillado: *contritum et humiliatum*, es decir, el arrepentimiento al propio tiempo que la confesión. Escuchad lo que *Royer-Collard* escribía a uno de sus amigos: "Fuí sincero, nada retuve, nada disfracé, nada acomodé a mi vanidad (he ahí la confesión). No triunfo, no hay motivo para ello, pero siento una verdadera satisfacción. He hecho cuanto de mí dependía; he entrado en el orden para no salir ya de él" (he ahí el arrepentimiento). Es el segundo elemento del sacramento de la Penitencia. Comprobad primeramente conmigo un fenómeno particular de este siglo.

I. En nuestro mundo contemporáneo, el arrepentimiento es muy poco conocido.

En los siglos de fe habría, como los hay hoy, desfallecimientos, vicios, desórdenes morales. Existía el mal, atrevido, impetuoso. En ciertas horas conmovía la sociedad en sus ramas y en sus raíces. Podría creerse todo perdido. Pero no. Había diques. La religión, potente y respetada, se presentaba ante la conciencia culpable para decirle con indomable energía: "¡Has pecado; arrepiéntete!" Y el remordimieento nacía a estas palabras, y del remordimiento salía la virtud radiante y pura, como el lirio crece entre espinas, tanto más bello cuanto más laborioso y menos esperado fué su desarrollo. Hablábase cierto día ante un sacerdote de gran inteligencia de esos jóvenes tan numerosos a los cuales su educación cristiana no preserva de las mordeduras del pecado, de esos jóvenes que hoy son puros bajo el ala de la religión, y mañana se dejarán manchar por el común contagio. ¿Qué es lo que hacéis?, preguntaban al sacerdote. Y él respondió: "¡Creamos el remordimiento!" ¡Oh qué hermosa contestación! La religión, señores, tiene ese poder. Queda en la conciencia como una protesta resonante contra el mal; crea el remordimiento. Contemplad el siglo XVII. Aquel gran siglo, bien pesado todo, ni es el siglo de la virtud, ni el siglo de la corrupción; es el siglo de los grandes arrepentimientos, lo cual supone a la vez graves desórdenes y potentes energias morales para repararlos. Es el rasgo dominante de las costumbres de la época. Los desfallecimientos son numerosos, y profundos los desarreglos. Pero se tiene fe, y se arrepienten. El mismo Luis XIV, cuando ultrajaba la moral, conservaba suficiente rectitud de espíritu para reconocer que los principios olvidados y la ley desconocida seguían siendo los principios y la ley contra los cuales no podía prevalecer el orgullo de su inteligencia y de su voluntad.

Hoy, señores, la licencia es, si no más escandalosa, por lo menos más general, y ya no se arrepienten. Los desfallecimientos morales son numerosos, pero el arrepentimiento no existe. Cuando Polonia, en 1839, fué ahogada en la sangre de sus hijos; cuando Rusia hubo paseado sobre esta nación mártir sus batallones, su pesada artillería; cuando hizo reinar por todas partes el silencio y el terror, y nadie resolló, hubo un hombre que se atrevió a pronunciar en la tribuna francesa estas palabras: "¡El orden reina en Varsovia!" Palabras eternamente desdichadas, consideradas por el mundo como la absolución del triunfo de la injusticia. Por desgracia, ¡cuántas conciencias de nuestro siglo se inspiran en la misma fórmula! La muerte acumula sobre ellas ruinas cada vez más numerosas; todas las barreras quedan rotas, y todas las leyes morales, saqueadas y pisoteadas. El pudor y la probidad quedan sumergidos por la ola del vil interés y del placer más

vil todavía. Preciso sería detener ese torrente devastador, reparar tantas ruinas, levantar de nuevo los altares de la virtud. Preciso sería arrepentirse. "No, responde la generación contemporánea, no. El orden reina en Varsovia. El orden reina en mi vida.' Sigo la pendiente de mi natural. Soy correcto ante el mundo. Nada tengo que reprocharme. ¿Para qué arrepentirme?" Y, cosa estupenda, señores: cuanto más avanzamos, más se afirma el mal, coronando su cabeza con una corona de honor, usurpando homenajes tan sólo debidos a la virtud y exigiendo el respeto de la muchedumbre. Cuanto más avanzamos, menos se enmiendan los malos por el arrepentimiento. Esto es fatal.

Sin religión, es casi imposible el arrepentimiento. Un culpable sin fe puede conocer el cansancio, la decepción, el desaliento, el hastío; puede decir por lo bajo: "¡Soy un miserable!" Pero no dirá mirando del lado del cielo: "¡Dios mío, he pecado; sanadme!" No conocerá el arrepentimiento en sentido regenerador unido a esta palabra, ni se remontará a la segunda, si Dios no le tiende la mano. "Sólo a la religión cristiana pertenece—dice Chateaubriand—haber hecho, del arrepentimiento y la inocencia, dos hermanas."

II. En el cristianismo, el arrepentimiento es muy apreciado.

¿No es esto razonable? Decidme: ¿en dónde colocais la grandeza moral del hombre? ¿En la inocencia? Pero todos nosotros somos poco más o menos pecadores. ¿En el orgullo del vicio? Pero la virtud no es más que un nombre vano, si el vicio puede arrebatarle su honrosa corona. Henos, pues, colocados entre dos extremos igualmente imposibles: la inocencia que hace

a los ángeles, y el orgullo del vicio que hace a los brutos. "Pero el hombre ni es ángel, ni bestia"—dijo Pascal. Entre ambos extremos, colocó Jesucristo el arrepentimiento. Escuchad sobre esto unas bellísimas palabras de San Gregorio Niceno. Queriendo definir al hombre, decía: "No me place la definición de Aristóteles, ni menos la de Platón. Se dice que Demócrito dió la suya, y también Epicuro. Prescindamos de todas esas definiciones. He aquí una que prefiero a todas las otras: el hombre es un ser que tiene la facultad de arrepentirse." Y, en efecto, con esta grande y noble facultad, ¿qué no podremos hacer?

Fijaos en el poder del arrepentimiento. He ahí un hombre que ha perdido la fe. De repente toma un gran partido. Dice: "¡He pecado!" Lamenta sus faltas, detesta sus malas inclinaciones, y muy pronto entran en su alma por la puerta del arrepentimiento la plenitud y la serenidad de la fe. He ahí un corazón desecado por el viento devorador del placer; es como una flor que puede llevar muy bien una gota de rocío, pero que se mustia por la abundancia de las aguas; las pasiones le han muerto. Pero que el arrepentimiento la toque tan sólo, y al punto recobra sus delicadezas más exquisitas y sus más generosas energías. He ahí un rostro que ha perdido, bajo la acción del pecado ese aroma de gracia, esa suavidad de rasgos que tienen su raíz en la pureza del alma. Partió la inocencia, pero quedó el arrepentimiento, reduce los sentidos a la santidad de su consagración, y en su rostro deshonrado imprime algo así como una segunda virginidad. He ahí una vida a la cual hace estéril el pecado y le priva de toda influencia y de toda irradiación para el bien. Pero vuelve a templarse en el arrepentimiento, y tenemos un Pablo, un Pedro, un San Agustín, y, en

nuestros días, un P. Lacordaire. La voz de un hombre que ha frecuentado Babilonia antes de predicar en Jerusalén, es más fuerte. El P. Lacordaire sacó de esta situación gran parte de su influencia. En su palabra, nueva, original, arrebatadora, sentíamos palpitar, con el entusiasmo de un profeta de los antiguos tiempos, el acento conmovido de un hombre de nuestros días. No neguéis, señores, el poder del arrepentimiento, y puesto que el arrepentimiento es tan necesario y tan fecundo, dad gracias a Jesucristo que lo dió.

Una forma práctica en el sacramento de la Penitencia. Notad bien esto: las ideas, cualquiera que sea su fuerza, no tienen más que una existencia precaria, hasta el momento en que llegan a encarnarse, por decirlo así, en una institución. De aquí que toda idea que quiere ejercer una acción, tiende necesariamente a crear una institución que la represente y en la cual ella se personalice. El arrepentimiento es un sentimiento poderoso, pero correspondía a Jesucristo darle una forma precisa, concreta, práctica, y esto es lo que hizo por medio del sacramento de la Penitencia. Fuera de este sacramento, el arrepentimiento es, de ordinario, una cosa vaga, indecisa y flotante; es una fuerza no dirigida, no utilizada, y, por consiguiente, casi enteramente perdida. En el sacramento que justifica a los que se acusan, el arrepentimiento se afirma, se actualiza, toma una existencia real y definida. Este germen brota de mi corazón, se convierte en tallo y espiga, produce sabrosos frutos.

Confieso, me pesa, el rocío de la absolución cae sobre mis confesiones y sobre mi arrepentimiento, y quedo perdonado. Mis remordimientos se desvanecen, la paz y la luz vuelven a mi alma. Encuentro de nuevo la amistad de Dios y la estimación de mí mismo. Entro con

nuevo ardor por el sendero del bien. Bajo la acción del arrepentimiento sacramental, ¡cuántas pasiones domadas después de parecer indomables! ¡cuántos odios extinguidos que parecían eternos! ¡cuántas reconciliaciones reputadas hace un momento como imposibles! ¡cuántos fermentos de división ahogados! ¡cuántas restituciones operadas en secreto, más numerosas que aquellas de que, a veces, tanto se asombra el público!

Imaginaos, señores, *un pueblo enteramente fiel a la ley del arrepentimiento.* ¡Ah! ¿Buscáis un remedio universal, tópico, soberanamente eficaz? Ahí lo tenéis. No descenderé de esta cátedra sin desear a la sociedad, jefes y súbditos, contables, soldados, magistrados, industriales, patronos, obreros, que frecuenten los tribunales del arrepentimiento.

Niños, acercaos al tribunal del arrepentimiento. Los ángeles del cielo envidiarán vuestra inocencia, y vuestras madres de la tierra, acercándose a vuestra cuna, besarán vuestra frente como templo del Espíritu Santo.

Jóvenes, acercaos al tribunal del arrepentimiento y arrastraréis, con firme corazón y alma invencible las grandes luchas de la virtud en el campo de batalla de vuestras conciencias y del mundo.

Hombres maduros, acercaos al tribunal del arrepentimiento; dad esta alegría a una esposa cristiana, y correrá a dar gracias a Dios, derramando las más hermosas lágrimas que jamás haya vertido, y a su regreso, la encontraréis más dulce, más amante, más abnegada que nunca.

Acercaos al tribunal del arrepentimiento. Allí los *príncipes* del pueblo reconocen que son hombres, falibles, culpables, y no les es permitido guardar el campo de Nabot.

Allí, los *súbditos* desechan los pensamientos de sedición y de revuelta.

Allí, los *contables* ordenan sus balances de conformidad con la justicia eterna.

Allí el *soldado* reanima su valor y hace provisión de ese magnífico desprecio del peligro y de la muerte.

Allí, el *magistrado* recuerda que también él será juzgado tantas veces como habrá juzgado a los demás.

Allí, el *hombre de negocios* se pregunta con escrupulosa exactitud sobre sus ganancias y provechos, y sobre los riesgos que ha podido correr su conciencia en el gran concurso de las ávidas concupiscencias y de los intereses desatados.

Acercaos al tribunal del arrepentimiento. Allí está el freno soberano, allí la justicia incorruptible, allí, para una nación cristiana, el secreto del orden público.

Por otra parte, ¿sabéis qué es lo que la impiedad detesta más en nuestra santa religión? Lo que más detesta son nuestros tribunales sacramentales. No puede verlos sin temblar, ni hablar de ellos sin disparatar. Luego hay en ellos algo potente, algo divino. Los impíos detestan los tribunales del arrepentimiento, como los ladrones detestan a los magistrados y a los guardias. Suprimid al magistrado y al guardia, y veréis el desorden en la calle. Suprimid nuestros tribunales sacramentales y tendréis el desorden en las conciencias. ¿Queréis la paz en la calle? Tenéis necesidad de una magistradura civil. ¿Queréis la paz en las almas? Necesitáis una magistratura espiritual. Pero si es verdad que tanto la magistratura civil como la magistratura espiritual tienen el derecho de juzgar, la una tiene el derecho de castigar, y la otra el de perdonar. "A la religión cristiana corresponde haber hecho, de la inocencia y del arrepentimiento, dos hermanas."

Saludad, señores, los tribunales del arrepentimiento; merecen vuestro respeto, vuestra admiración, vuestra gratitud, vuestra confianza.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

La Penitencia

III. La reparación

Señores:

Terminamos hoy nuestro breve estudio sobre el sacramento de la Penitencia. Me arrodillo a los pies de un sacerdote, con la confesión en los labios y el arrepentimiento en el corazón. ¿Me absolverá? No. Me pedirá, en nombre de Jesucristo y en nombre de la razón, un tercer elemento necesario al sacramento: la *reparación*. Nuestras faltas sólo pueden ser reparadas si abrigamos la disposición de repararlas por el firme propósito de enmienda, por la expiación, por la restitución.

I. Todo pecado produce en nosotros una ruina.

Una disminución, una decadencia. ¿Puedo yo contentarme con confesarlo y deplorarlo? No. A la confe-

sión y al arrepentimiento, debo añadir el firme propósito que se traduce por el cambio de vida y por la huída de las ocasiones.

He ahí una cristiana de pacotilla que viene con mucha frecuencia al tribunal de la penitencia sin que se note en ella la menor mejora; que no hace el menor esfuerzo para corregirse; que viola sin escrúpulo las más santas leyes de Dios y de la Iglesia; que tiene una lengua infernal; que no paga sus deudas; que se adelanta a las ocasiones próximas del pecado; que no toma precaución alguna contra los lugares, las personas, las cosas que constituyen, para su fe o para su virtud, un peligro cierto; que acaba de recibir la absolución y no vigila ni sus palabras, ni sus lecturas, ni sus actos, ni sus relaciones. ¿Puede tener tranquila su conciencia? No. ¿Tiene verdadera religión? No. Vive en lo falso, en la ilusión. Sale del santo tribunal más culpable de lo que entró. Su religión no es más que una apariencia, una máscara, una caricatura. Desde el momento en que no tiene el firme propósito, desde el momento en que ni siquiera inicia un esfuerzo, un aletazo hacia Dios, sus confesiones nada significan, su arrepentimiento es una mueca, y el sacramento de la Penitencia, que recibe mal, no hace más que aumentar su culpabilidad. Por favor, señores, no nos atribuyáis una enseñanza ridícula. Apoyados en el Evangelio y en el buen sentido, rechazamos sin misericordia toda piedad superficial que no conduzca al mejoramiento de la vida. Repartimos la misericordia, pero declaramos que los que no están dispuestos a prevenirse contra los pecados de lo por venir, no merecen misericordia por los pecados presentes.

¿Queréis contemplar un hermoso espectáculo? Mirad ese cristiano sincero cuya noble actitud, cada vez que

le encuentro, me arranca lágrimas de ternura y gratitud. Se acusa, se arrepiente, hace esfuerzos para corregirse. Promete a Dios apartarse de las ocasiones que le han hecho caer, evitar las recaídas, los hábitos, se arma, se previene. se levanta animado de las mejores intenciones, dispuesto a la lucha, fuerte, avisado, prudente.

¿Quiere esto decir que es impecable y que el polvo del camino no volverá jamás a manchar su alma soleada de inocencia? No. Puede caer todavía, pero se levanta siempre. No es invencible, pero es infatigable. ¡Salud, soldado de Cristo! ¡Vales más con tus faltas que el fariseo soberbio con sus virtudes! ¡Marcha! Acusarse sin cesar, expulsar del corazón los menores granos de polvo, reparar las faltas cometidas por la firme resolución de no volver a cometerlas, ¿no es un espectáculo espléndido? Si la belleza moral está en alguna parte, vedla en ese esfuerzo, en ese firme propósito que precede, acompaña y sigue al sacramento de la Penitencia. ¿Es esto todo? No. Al propio tiempo que nos hacen descender, nuestras faltas se elevan contra Dios, a quien ultrajan, y por este motivo piden una reparación.

II. Todo pecado ofende a Dios.

Dios, por cuanto es bueno, perdona; pero, por cuanto es justo, exige cierta expiación. Es la ley de la historia; los más grandes nombres son inmortales ejemplos de expiación. Los Teodosios lloran a la puerta de los templos. Los Jerónimos inundan con su sangre la gruta de Belén. Los Agustines escriben con lágrimas y suspiros el relato de sus descarríos ha ya mucho tiempo perdonados. La primitiva Iglesia cerraba sus san-

tuarios a los pecadores, y los tenía mucho tiempo encorvados bajo la vara de las humillaciones públicas. La Iglesia, en su maternal condescendencia, ha mitigado estos santos rigores, pero su espíritu permanece el mismo, y continúa declarándonos que ha que satisfacer la justicia divina, ya por la penitencia sacramental que el sacerdote nos impone en el santo Tribunal, ya por las pruebas de la vida cristianamente aceptadas, ya por la expiación voluntariamente practicada como ayunos, limosnas, mortificaciones, oraciones.

La doctrina de la expiación ha producido en el curso de los siglos resultados admirables. Veo, desde la cuna del cristianismo, millones de *mártires* que van a la muerte con alegría. Esto no es sorprendente. Por adelantado estaban familiarizados con todas las agonías de su suplicio por las austeridades libres y silenciosas de una vida penitente. Contemplad, en las soledades de Egipto, esas legiones de solitarios que viven como ángeles en cuerpos mortales, que duermen de pie, o apenas apoyados en una piedra, que se alimentan de dátiles, y beben el agua de los torrentes. ¿Qué hacen allá, en cavernas sombrías, en chozas apenas cubiertas de follaje, entre las ruinas de Tebas y de Menfis? Dan nacimiento al mundo nuevo, expían los viejos pecados del romano, sepultado en la corrupción, y las violencias de los bárbaros, en quienes fermentan todas las pasiones de su juventud todavía idólatra o ya herética. Pero ¿qué significa esa multitud de monasterios que cubren el suelo de Occidente desde el siglo V al siglo XV? En ellos, millones de religiosos oran, ayunan, dan limosna, predican, escriben, trabajan. Esos libros, conservados, copiados, compuestos; esos campos cultivados y fecundos; esos bosques roturados, esos hospitales, esos templos construídos en todas partes,

¿qué son sino la obra milagrosa de los religiosos mortificados, que pagaban con satisfacciones voluntarias la deuda del hombre pecador y corrompido? Hay en nuestro siglo gran número de escribas sin valor y sin conciencia que se burlan de nuestros viejos monjes; en nombre de la historia y en nombre del buen sentido, doy gracias a los monjes que, a fuerza de mortificación, conquistaron y conservaron la ciencia, la libertad, el honor, y la civilización de las razas cristianas. Leed ahora la historia de las Cruzadas. Se ha dicho de las Cruzadas que cada una de ellas fracasó, pero que todas triunfaron. En efecto, contuvieron la barbarie musulmana y cubrieron el nombre cristiano de una aureola terrible y gloriosa, que dura todavía en el Oriente. Libertaron a Sicilia y España; alargaron las vías del comercio, desarrollaron la industria, esclarecieron la geografía y la historia, inspiraron las Bellas Artes, favorecieron la unidad nacional, la liberación de los pueblos y el poder tutelar del Pontificado. Pero las Cruzadas fueron con frecuencia un acto de penitencia, y nosotros gustamos todavía hoy los frutos de tan gloriosa expiación.

Todo pecado ofende a Dios, y pide, por consiguiente, reparación. Tal es la ley de la historia; tal es la ley del sacramento de la Penitencia.

Más todavía. Con gran frecuencia nuestras faltas, al propio tiempo que son una decadencia para nosotros y un ultraje para Dios, alcanzan también al prójimo en su vida, en su persona, en su honor, en sus bienes, y por esto mismo, se impone también la reparación.

III. A veces nuestros pecados hacen mal al prójimo.

Por la injuria, por la maledicencia, por la calumnia, por el robo, ejercemos una acción punible. Bastaría para ser perdonados que dijéramos al sacerdote: "He injuriado, he calumniado, he robado." Esto sería en verdad muy fácil, pero es preciso reparar.

¿Odiáis a vuestro hermano? Deponed ese odio y cambiadlo en amor; de lo contrario, todas las absoluciones del mundo no os servirán de nada.

¿Habéis injuriado gratuitamente a vuestro hermano? Pedidle perdón, presentadle vuestras excusas, ofrecedle vuestra amistad; de lo contrario, el sacramento de la Penitencia es nulo y sin ningún efecto.

¿Habéis calumniado? Devolved a vuestro hermano la honra que le habéis quitado, decidle que habéis mentido, desengañad a todas las almas débiles y crédulas que habéis emponzoñado con el veneno de vuestra palabra. Justificad al prójimo de las imputaciones calumniosas que habéis hecho caer sobre su cabeza inocente y humillada; de lo contrario, la sentencia del sacerdote se deslizará sobre vuestra alma culpable sin purificarla.

¿Habéis robado? Restituid. La restitución real, cuando es posible hacerla, o por lo menos, la voluntad sincera de hacerla cuando se pueda, es absolutamente necesaria a la salvación. San Agustín dijo: "*Non remittitur peccatum nisi restituatur ablatum;* sin restitución no hay perdón." Tal es el grito de la religión y de la conciencia.

He ahí un hombre que se enriqueció con el bien ajeno. Su fortuna es fruto de la usura, de un comercio ilícito de especulaciones sospechosas; sin chocar jamás con ningún artículo del Código, halló el medio de hacer entrar en su caja el dinero mal adquirido. Robó en la bolsa, robó con pesos y medidas falsas, robó faltando a la cantidad y a la calidad, robó a pobres infelices, quizás robó a otros ladrones. En vano se

confesó y se confiesa aún; si no restituye, no será perdonado. Aunque todos los obispos del mundo, con el Papa a la cabeza, asistieran a un moribundo obstinado en no restituir, sólo podrían decirle con lágrimas en los ojos: "¡Restituye, restituye! ¡Sin restitución no hay perdón!"

¡Feliz el hombre que puede elevar al cielo sus manos limpias y puras, en las que no se vea una mancha, ni un óbolo del bien ajeno!

¡Ah, cuando el tribunal de la Penitencia es honrado como se merece, cuántas injusticias repara! ¡Cómo os asombraría si pudiera referiros los resultados prácticos de una absolución bien recibida! Odios extinguidos, reconciliaciones logradas, restituciones prometidas y realizadas.

¿Que el tribunal de la Penitencia no tiene hoy en día el crédito que debería tener? ¡Tanto peor para la sociedad! Ya casi no se tiende hoy la mano a un enemigo. No se reprochan ya de haber robado el bien ajeno. Mueren sin pensar en devolverlo. Las grandes reparaciones, tan comunes en los antiguos tiempos de fe, son rarísimas en nuestra edad, en que la usura está tan difundida, en que hay tantas fuentes de provechos ilícitos, tantas fortunas inexplicables y escandalosas .

Señores, en mi sencillez, hallo que el sacramento de la Penitencia es hoy más necesario que nunca.

Más que nunca tenemos necesidad de confesar nuestras faltas, de lamentarlas, de repararlas,

Con el firme propósito, con la expiación, con la restitución.

Señores, en medio del mundo que nos rodea, estáis expuestos a oir reflexiones muy extrañas acerca del sacramento de la Penitencia; no os asombréis por ello. La impiedad sólo es poderosa por la ignorancia que

explota y por las pasiones que fomenta. Nuestros dogmas y nuestras instituciones son invulnerables ante la razón que las examina y ante la conciencia que en ella encuentra su apoyo y su fuerza.

No tengo tiempo, en estas reuniones dominicales, de discutir todas las objeciones que tratan de obscurecer la verdad religiosa; pero creo haber dicho lo suficiente para ilustrar a todo hombre de buena voluntad. Haced provisión de luz, señores, sed rayos luminosos en la noche que os envuelve.

Y si vuestra razón reclama claridades más abundantes, me pongo a vuestra disposición. Soy todo vuestro; es para mí un día feliz el día que puedo arrojar una chispa de luz y de verdad en el alma de un hombre recto y sincero. Personalmente o por carta, pedidme todas las explicaciones que necesitéis.

Hay hombres inconvertibles. Son los que temen la luz, los que no la quieren, los que la detestan. En cuanto a vosotros, señores—y en ello consiste vuestra gloria y vuestro mérito,—tenéis sed de verdad, y si no la poseéis todavía por entero, tenéis el deseo de encontrarla. ¡Animo, pues!

Nuestros dogmas y nuestros sacramentos son divinos. Afirmad vuestra fe. Sea ella cada vez más vibrante en vuestro corazón, más resonante en vuestros labios, más eficaz en vuestra vida.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCERA

La Extremaunción

SEÑORES:

Luis XIV iba a morir. El joven Delfín acababa de recibir su última bendición, y todos los grandes oficiales encontrábanse allí agrupados alrededor del soberano. Luis XIV les dijo: "¿Por qué lloráis? ¿Por ventura me creíais inmortal?" He ahí cómo somos todos nosotros. No queremos creer en la pérdida de los que nos son queridos, y cuando la muerte aproxima su cáliz a sus labios, nos rebelamos, protestamos con gritos y gemidos, y damos muestras de creerlos inmortales; tanto miedo tenemos a convencernos de que no lo son. Y cuando nosotros, por desgracia, nos vemos atacados de la enfermedad, muy a menudo cerramos los ojos a la inminencia del peligro. Atacados mortalmente, nos decimos por lo bajo: "No, todavía no me ha llegado el turno". Señores, nuestro turno quizás llegue muy pronto, y en aquel momento, vere-

mos aparecer junto a nuestra cabecera, la misma religión que santificó nuestra cuna, y nos ofrecerá el sacramento de los enfermos, la Extremaunción. ¿Cuál será nuestra actitud ante este sacramento? Vais a elegir entre la actitud del impío, la del indiferente y la del cristiano.

I. El impío va a morir.

Durante su vida, despreció los dogmas, la moral y los sacramentos. Y no contento con abstenerse de toda práctica religiosa, pesó con todo el peso de sus ejemplos, de sus palabras, de su autoridad sobre la conciencia de su mujer y de sus hijos, para mantenerlos alejados de Dios y del sacerdote. Toca a su última hora. Todavía puede repudiar su pasado y salvar su eternidad. La santa Iglesia olvida que fué despreciada, combatida, acechada por este hombre. Se presenta ante él; le tiende la mano, le aporta las santas unciones, le dice: "¡Soy tu madre; hijo pródigo, recibe mi último beso, acepta mi perdón!" Pero él responde con rabia: "¡No, vete; quiero morir como he vivido!" Insiste la Iglesia, ruega, amenaza, llora, envía intermediarios que intenten ablandar esta conciencia empedernida.

A veces triunfa en esta obra de misericordia. Conocéis la historia de aquella hija que, a punto de morir, hizo que se acercase su anciano padre, incrédulo y ateo, y, cogiéndole por la mano, le dijo: "Padre mío, voy a morir dentro de poco; os ruego que me digáis formalmente si debo creer lo que habéis asegurado muchas veces en mi presencia; que no hay Dios, ni alma, ni cielo ni infierno, o si debo atenerme al catecismo que me enseñó mi madre." El padre quedóse

como herido por el rayo; y luego, inclinándose sobre el lecho de la enferma, le dijo entre sollozos: "Hija mía, querida hija mía, cree únicamente lo que aprendiste de tu madre" Así obra Dios de cuando en cuando. Se vale de la niñez, de la juventud para recobrar la vejez que se le escapa. El cielo sabrá cuántas almas han sido fruto de esta suave e invencible violencia de de la verdad. ¡Cuántos hombres que nada quisieran ver ni oir, se despertaron del sueño del error en el lecho de la muerte y adoraron con su aliento expirante al amor eterno que se mostraba a ellos bajo la forma angelical de una hija amadísima!

Por desgracia, casi siempre resiste el impío a las más potentes importunidades de la familia y de la religión. ¡Desgraciado de él, sobre todo si forma parte de una secta tenebrosa que rodea su lecho, sitia su debilidad y se apresta a explotar su muerte! Muere, y los pontífices de la irreligión, organizan la ceremonia de las exequias. El ataúd pasa con altivez por delante del lugar santo; ni una gota de agua bendita cae sobre él, ni un labio murmura palabras sagradas de esperanza y de perdón. Entran en el camposanto, y las osamentas de un padre, de una madre, de una hermana, que un día fueron santificadas por el contacto de la religión, se estremecen de espanto y de horror al paso de aquella carne profana que acaba de rechazar la consagración del último sacramento.

Señores, la impiedad no quiere para vosotros más que gusanos, podredumbre y olvido. No contenta con profanar la vida, deshonra la muerte. Compadezcamos a las miserables víctimas que persigue hasta en sus funerales y en su sepultura, a las cuales arranca las esperanzas de la resurrección y de la gloria, y contemplemos otro espectáculo.

II. El indiferente va a morir.

Vivió, no en el odio, pero sí en el olvido de Dios. Subió el sendero de su juventud con paso alerta y alma descuidada. Llegó a la mitad de su vida, a la cumbre del destino, tratando la religión como cantidad despreciable. Ya desciende la otra vertiente de la vida, la que mira a la tumba. Marcha a brida suelta, porque la pendiente es rápida, y por ella se desliza uno, mejor que marcha. A su lado, a lo largo de la ruta, caen sus compañeros de viaje, como esas piedras que el excursionista empuja con el pie por el flanco de la montaña haciéndolas descender al abismo con lúgubre estrépito. Avanza ante las ruinas, dejando tras de sí pedazos de su corazón, sus recuerdos, sus afectos, sus negocios, sus placeres, sus sueños desvanecidos. Ha llegado al término; hele ahí extenuado, agotado, jadeante entre el tiempo que huye y la eternidad que se acerca.

Se presenta la religión. *Tiene miedo*. Tiene miedo del sacerdote que es, a pesar de todo, su mejor y su último amigo, pero al que sólo de lejos ha visto; tiene miedo de la oración cuyo hábito hace ya mucho tiempo que perdió, y cuyo lenguaje no sabría ya encontrar; tiene miedo de las santas unciones, cuyos reparadores aromas tanto bien harían a sus sentidos tan doloridos y quizás tan culpables; tiene miedo del mundo, de la opinión, cuyo espectro helado siente todavía en su aposento funerario después de haber pesado toda su vida sobre su conciencia esclavizada, silenciosa; tiene miedo del sacramento que, recibido a tiempo, le consolaría, pero que pronto no servirá para nada por cuanto se aplicará a un cuerpo y a un alma ya parali-

zados por los ataques de la muerte. ¿Qué? ¿*Nadie le advertirá*? ¡Nadie! Sin duda que hay en torno del moribundo amigos, padres, hijos. Por desgracia, tienen más prisa de que haga testamento que de que se confiese; temen espantar al enfermo con el espectáculo del sacerdote y de las sagradas ceremonias, y se ocultan en el punto más retirado de la casa cuando el ministro de Dios, llamado a última hora, llega a administrar la santa unción a un cadáver que se disuelve.

Pero el sacerdote se acerca al moribundo; vierte el óleo santo; pronuncia las hermosas oraciones de la Iglesia, y nadie responde a su voz; toma la imagen de Jesucristo, la aplica sobre la boca que se decolora, y sus palabras, sus exhortaciones no obtienen respuesta; o bien, si se atreve a despertar en el alma del moribundo el sentimiento de la contrición, si se arriesga a hablarle de sus pecados y del perdón que debe pedir a su Salvador, oye a veces resonar en sus oídos esta estúpida exclamación: "¡Oh, señor, créame V., yo nunca hice mal!" Cállase el sacerdote, porque la vecindad de la muerte no le permite entrar en discusión, y se va con la cabeza inclinada, la mirada llena de consternación, y el corazón presa de indecible tristeza. Aplaudid, parientes crueles; vuestro enfermo no ha tenido violentas conmociones, porque no ha reconocido al sacerdote, y ha muerto sin haber purificado su alma con los últimos sacramentos. Si esto es ternura, declaro que es una falsa, ciega y bárbara ternura.

Señores, si la muerte del impío es horrible, la muerte del indiferente es triste y lamentable. Dícese que *Desportes*, poeta del siglo XVI, después de adular las bajas y depravadas fantasías de sus reales protectores, después de presentar el veneno de sus versos aduladores a las almas enfermas de los Valois, después de recoger en su vil oficio un poco de oro, sintió con espanto que la muerte abría su puerta, y exclamó con amargura: "¡Poseo treinta mil libras de renta, y tengo que morir!" En efecto, no es agradable vivir únicamente para el oro, el placer o la gloria, y dejar todo esto para caer con las manos vacías bajo los golpes de la justicia divina, en presencia de un Dios que es Creador y Juez, al que se trató como a un extraño durante la vida y al que ni siquiera se ha querido saludar en el último suspiro. Apartad señores vuestra mirada de ese espectáculo aflictivo, y fijad vuestra atención en el último cuadro que voy a presentaros.

III. El cristiano va a morir.

No se teme poner muy pronto a su lado al ministro de Jesucristo. Está rodeados de amigos y parientes formados a su imagen, que conocen sus sentimientos y le profesan un afecto sobrenatural. Refiérese de Miguel Angel que, habiendo perdido un hermano suyo, se consolaba pensando que había recibido los auxilios de la religión; y habiéndosele avisado que su padre estaba en peligro de muerte, al punto escribió a su hermano: "Haz por manera que no le falte nada de las cosas del alma y de los sacramentos de la Iglesia." Así, el verdadero cristiano halla en cuantos le rodean voces amigas y fieles que le advierten, antes de que la enfermedad haya hecho irreparables progresos.

He ahí el sacerdote que llega con las santas unciones. La cámara del moribundo se ha vestido, como un santuario, de misterioso ornamento. Veo, en una mesa cubierta de un paño blanco, un crucifijo caro a la familia, agua bendita, boj bendito. Todos los parientes están allí, arrodillados y llorando, pero la oración se mezcla

a todas las lágrimas y endulza su amargura. El enfermo ofrece, con piadosa solicitud sus miembros doloridos al médico de su alma. Se reanima al contacto del aceite santo. Comprende y sigue todas las invocaciones y todas las plegarias. Por siete veces implora el perdón del Señor el ministro de Dios para todos los pecados cometidos por los sentidos: la vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto, cerrando con sus manos todas las partes por las cuales entró el pecado en aquella alma moribunda.

Escuchad un gran escritor, *Chateaubriand*: "Ha llegado el momento supremo. Un sacramento abrió a este justo las puertas del mundo; un sacramento va a cerrarlas. La religión le meció en la cuna de su vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le dormirán también en la cuna de la muerte. La religión prepara el bautismo de este segundo nacimiento, pero ya no echa mano del agua, sino del aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco a poco las ataduras del fiel. Su alma, medio escapada de su cuerpo, se hace casi visible a su vista. Ya oye el concierto de los serafines; ya está dispuesta a volver a la región a la cual le invita la esperanza divina, hija de la virtud. Ya el ángel de la paz, descendiendo sobre este justo, toca con su cetro de oro sus ojos fatigados y los cierra deliciosamente a la luz. Muere, pero nadie ha oído su último suspiro; muere, pero todavía sus amigos continúan largo tiempo silenciosos en torno de su lecho, porque creen que duerme todavía; con tanta suavidad dejó la vida este cristiano."

Tal es, señores, la muerte del cristiano. Al verlo morir, diríase que es un sol poniente que, antes de ocul-
púrpura y de oro. Su muerte es la tarde de un hermoso
tarse, lanza todavía, en un cielo dulcificado, un rayo de

día y la aurora del día eterno. Acercaos con respeto y sumergid la rama de boj en el agua bendita para hacer caer sobre el cristiano dormido sus gotas refrigerantes.

Su cuerpo es todavía un templo. El bautismo lo santificó, la Confirmación lo fortaleció contra la violencia de las tempestades, la Penitencia lo purificó; la Eucaristía, más santa aún, hizo de él un tabernáculo; la Extremaunción acaba de hacerlo para siempre jamás augusto y venerable. Hele ahí consagrado para la eternidad. No temáis para él ni la corrupción, ni los gusanos, ni los estragos del tiempo; los ángeles lo construirán de nuevo en la luz y en el ambiente de la celestial Jerusalén.

Señores, hago un voto por vosotros y por mí: Que la unción de los muertos se nos lleve temprano. Séanos permitido recibirla con espíritu libre y corazón agradecido. Despréndase nuestra alma poco a poco, bajo la acción del aceite santo, de sus últimos lazos, y quebrante, con suave y supremo esfuerzo, las últimas barreras de su prisión mortal. Temple esta unción bendita nuestra tristeza, consuele nuestro dolor, devuelva a la naturaleza fatigada las fuerzas y la libertad de sus movimientos, y la ayude así a dormirse en la paz del Señor.

La muerte es triste, pero cuando la religión la consagra, toma un rostro radiante, le presta la fe sus alas, y la esperanza le procura un aderezo. Hay alegría en las lágrimas, el consuelo es superior al duelo, y el pesar de separarse queda suavizado por la esperanza de volver a verse.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

El Matrimonio

I.—LAS LEYES DEL MATRIMONIO

SEÑORES:

Nos resta estudiar dos sacramentos: el Orden, que propaga y conserva la vida sobrenatural y da jefes al pueblo cristiano, y el Matrimonio, que conserva y propaga la vida del cuerpo, que consolida, renueva y perpetúa la familia y la sociedad.

Empecemos por el matrimonio. ¡Qué asunto tan digno de atención! Toca en las entrañas mismas de la patria, y contiene todas sus esperanzas y todo su porvenir. Entremos con respeto en este gran asunto, y, bajo la mirada de Dios, estudiemos las leyes, los deberes y la santidad del Matrimonio. En primer lugar, las leyes del Matrimonio: son la unidad y la indisolubilidad. Dios las instituye desde el origen; el mundo antiguo las degrada; Jesucristo las restaura divinamente; la

Iglesia las mantiene, hace ya diecinueve siglos, con celosísima solicitud.

I. Dios, desde el origen instituye las leyes del Matrimonio.

No se crea, señores, que los hombres tengan el derecho de manejar y remanejar las leyes esenciales de la sociedad conyugal. Nada de eso. Dios es aquí el dueño, y los hombres serían insensatos y criminales si tratasen de borrar lo que El escribió en la cuna misma del género humano. Leed la primera página de la Biblia y adorad la legislación divina del Matrimonio.

Comienza el mundo. Por seis veces las olas de la creación brotan de la nada respondiendo al llamamiento de Dios que declara que todo es bueno, que todo está en su punto. En efecto, los físicos, los geólogos, los astrónomos, los sabios de toda especie y de todos los siglos, llegaron después de Kepler y Cuvier, a comprobar, versículo tras versículo, el relato del Génesis, y exclamaron: "¡Todo esto es hermoso, exacto, profundo! ¡Dios hace bien todo lo que hace: *vidit quod esset bonum!* Pero al final del sexto día, o del sexto período, Dios corona su obra. Da a la creación un rey: el hombre, la más hermosa figura que había aparecido hasta entonces en el mundo, el hombre, reflejo de Dios por su alma.

Pero todavía no está Dios contento. Su obra le parece imperfecta. Le mira, y declara que no es bueno dejarle en tal estado. "¡No es bueno que el hombre esté solo!" Le forma, pues, una compañera, una ayuda semejante a él, y se la presenta. Entonces Adán, abriendo los ojos, arrobado de admiración y de alegría, exclama: "He ahí el hueso de mis huesos y la carne de

mi carne; por ella el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una misma carne." Adán, viendo lo por venir, y comprendiendo los designios divinos, canta y profetiza con estas palabras todos los destinos del linaje humano, cuya cabeza es. Canta las leyes inmortales del Matrimonio: su unidad entre un solo hombre y una sola mujer; su indisolubilidad entre dos esposos inseparables, como dos miembros de un solo cuerpo, que todo lo abandonan para constituir una sola familia. He ahí el origen; ya sabéis la continuación. Este edificio, construído por las divinas manos, fué destruído por las pasiones humanas.

II. El mundo antiguo degrada las leyes del Matrimonio.

Durante cuarenta siglos, vemos cómo la poligamia y el divorcio se instalan victoriosamente sobre las ruinas de la unidad y de la indisolubilidad conyugal. Interrogad la vieja civilización de Grecia y Roma. Cuanto más brillantes son, más infamias autorizan. La mujer, el marido, el criado, el hijo, esas piedras sagradas del hogar, son desunidas y cubiertas de lodo. El marido se convierte en tirano, la mujer en esclava, el criado en instrumento de vergüenza, el hijo a menudo en víctima. No hay matrimonios, sino nudos formados por el capricho, manchados por el desorden, rotos cada día para dar paso a otros que no serán más duraderos; de tal suerte que, en el siglo de Augusto, las mujeres cuentan sus divorcios por el número de meses del año, y, a falta de ciudadanos conocidos por sus buenas costumbres, las magistraturas se ven invadidas por Césares y Catalinas, cubiertos de todos los crímenes, cuya vida deshonrada se extiende como un escándalo a los ojos del universo.

Los príncipes de la ciencia no valían más que el vulgo. Los escritos del divino Platón sobre este asunto os harían enrojecer. Con toda su imaginación y todo su genio, Platón no comprendió la dignidad del Matrimonio.

Las viejas religiones paganas ¿protestaron al menos contra la decadencia de las costumbres matrimoniales? No. Autorizaron y agravaron la corrupción con el ejemplo de los dioses. Homero canta los amores y celos de los falsos dioses en lengua griega, y Ovidio en lengua latina. Entre los griegos como entre los romanos, la religión y la filosofía están en decadencia, como las costumbres, y estos pueblos famosos no tienen más que hogares sin honor. El matrimonio sólo existe de nombre, y el mal es humanamente irremediable.

Y, cosa asombrosa, el mismo pueblo judío, el pueblo escogido por Dios, hizo que se doblegaran las leyes sagradas del Matrimonio. Moisés no aprueba, pero tolera y regulariza el divorcio por parte del marido. Aquellos judíos, groseros y carnales, no tenían aún un corazón bastante puro o bastante tierno para amar siempre a la misma esposa y para sacrificarlo todo a este único amor. En suma, sobre toda la superficie de la tierra, la obra de Dios es desfigurada por mil años de pecado y de corrupción. Era preciso un remedio divino. Helo aquí:

III. Jesucristo restaura las leyes del Matrimonio.

Cierto día acercáronse los fariseos a Jesús para tentarle, y le dijeron: "¿Es permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?" Jesús les respondió: "¿No habéis leído que Aquel que hizo al hombre al principio dijo: Dejará el hombre a su padre y a su

madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne? Lo que Dios unió no lo separa el hombre." Mas ellos añadieron: "¿Por qué, pues, ordenó Moisés darle un acta de repudio y despedirla?" Jesús les respondió: "A causa de la dureza de vuestros corazones, os permitió Moisés despedir a vuestras mujeres, pero al principio no fué así. Pero yo os digo: El que despida a su mujer y tome a otra por esposa, es adúltero, y el que tome por esposa la mujer despedida, es adúltero." Esto es claro y decisivo. Es preciso volver a la ley primitiva, quedan revocadas las concesiones hechas a la fragilidad humana; el matrimonio es uno, el matrimonio es indisoluble. La sentencia es dictada por Jesucristo, solemne, general, auténtica, dos veces repetida. San Lucas la trae, como San Mateo, y San Marcos, como San Juan: todos los Evangelistas están de acuerdo. Y tras el Maestro, he aquí su discípulo *San Pablo*: "En cuanto a los casados, no soy yo, sino Jesucristo quien les dió este mandamiento: La mujer no se separe de su marido. Si ella se separa, permanezca sin marido o se reconcilie con el suyo. La mujer casada está unida a su marido mientras dure su vida; sólo cuando ha muerto, queda ella desprendida de la vida conyugal." Esto es claro y decisivo. El Apóstol supone que una mujer puede legítimamente separarse de su marido, pero afirma que jamás puede casarse con otro. Sólo la muerte disuelve el lazo formado por las leyes del Matrimonio.

Luego la simple separación de cuerpo o de bienes puede ser autorizada en ciertos casos, pero el divorcio está absolutamente condenado por el Evangelio. Aun cuando las leyes humanas cesaran de defenderla, la ley del Evangelio no dejaría de subsistir. El lazo del Matrimonio es indisoluble. Jesucristo lo dijo, y el simple

buen sentido responde: ¡tanto mejor! La inviolabilidad del lazo conyugal es un bien para el *orden público*, por cuanto pone un freno a las pasiones inconstantes; es un bien para los *esposos*, cuyo afecto mutuo garantiza por la certeza que les da de pertenecerse siempre; es un bien para los *hijos*, los cuales se convierten necesariamente con el divorcio en huérfanos de un padre vivo, que los abandona, o de una madre desolada, que los reclama en vano.

Señores, bendecid a Jesucristo, que restauró las leyes del Matrimonio. Bendecid a la Iglesia santa que hace diecinueve siglos vela con celosísima solicitud por la obra de Jesucristo.

IV. La Iglesia católica guarda las leyes del Matrimonio.

Los nudos sagrados del Matrimonio fueron confiados a la Iglesia, y la historia nos dice cómo ha velado ella por este sagrado depósito: hasta el punto de poner en juego la cabeza de sus papas y la sangre de sus mártires.

Entra en el mundo. Vosotros sabéis lo que era el mundo: la frívola Atenas, la impura Corinto, y Roma, que acababa de abrir su Panteón a todos los dioses, sus palacios a todas las infamias, sus vicios y sus anfiteatros a todas las crueldades. Pero bajo la acción de la Iglesia, el Matrimonio se convierte en santo y honroso, y el lecho nupcial sin mancha, en aquellas ciudades famosas en que el teatro había hecho de él su juguete, los Césares su presa, los filósofos y los poetas su irrisión.

Ved los bárbaros que descienden de las altas planicies de Asia, con sus hábitos de incontinencia, de poligamia, de voluptuosidad sin freno. La Iglesia sale a su encuentro, les hace leer los textos sagrados que ates-

tiguan la unidad del Matrimonio; los suaviza, los modera, los transforma. ¿Y qué sucedió? Los Alarico, los Segismundo, los Clodoveo se inclinan bajo el yugo de la nueva moral, y las Clotilde se convierten en santas haciendo reinar sobre su marido y sobre su pueblo las leyes inviolables del matrimonio cristiano.

Ved la Edad Media. Los príncipes oponen su omnipotencia a la Moral del Evangelio, pero la Iglesia no se deja amedrantar por la cólera de los príncipes, y erguida ante los reyes como ante los pueblos, dice: "¡Respetad las leyes del matrimonio!" Durante quince siglos las pasiones soberanas y los atrevimientos del libertinaje todopoderoso ceden ante esta resistencia heroica, y las luchas del sacerdocio y del imperio, emprendidas con tanto valor, sostenidas con tanta perseverancia, terminadas con tanto honor, no permiten que la espada de los Césares desgarre la carta inviolable del matrimonio cristiano.

Ved el protestantismo. Inglaterra y Alemania vense agitadas, más que nunca, por las pasiones que perdieron a Salomón y a tantos otros reyes. Enrique VIII quiere casarse con Ana Boleyn en vida de Catalina de Aragón, *Felipe de Hesse* sueña con tener dos mujeres a la vez; *Alberto de Brandeburgo* forma nudos adulteros al par que sacrílegos. Lutero, consultado, aprueba y ratifica todos estos escándalos, y el escándalo de su ejemplo se añade al de su doctrina. Europa entera se conmueve. Las leyes del matrimonio ¿serán arrebatadas por la tempestad? No. La Iglesia vela por el lecho nupcial y salvará su honor. El obispo Juan Fischer y el canciller Tomás Moro, resisten hasta la muerte a los caprichos tiránicos de Enrique VIII; el papa Clemente VII sacrifica Alemania e Inglaterra antes que las leyes inviolables del Matrimonio. Sola

en medio del torrente, la Iglesia permanece en pie; sólo ella protege al precio de su sangre la unidad e indisolubilidad conyugal.

Al principio de este siglo, se introduce el divorcio, durante veinticinco años, en nuestra legislación; salió de ella, y volvió a entrar en ella hacia fines del siglo XIX. ¿Qué esperáis de mi, señores? ¿Esperáis que, sacerdote de Jesucristo, desgarre el Evangelio? No. Sois cristianos, y con todo derecho me despreciaríais, si discutiera, o solamente velara, en esta cátedra la ley divina que data del primer día del mundo, y fué sellada en el Calvario con la sangre de Jesucristo. No, el hombre no tiene derecho a separar lo que Dios unió. Todo cristiano que use del divorcio, comete una apostasía. Hace diecinueve siglos que lo viene diciendo la Iglesia, y sobre las ruinas del mundo derrumbado, lo seguirá diciendo.

Y notad bien, señores, que es la religión la que sostiene a la familia. Cuando la irreligión sopla, el lazo conyugal cruje por todas partes. Cuando los altares son agitados, los hogares vacilan. La religión es la raíz del árbol doméstico y la misma hacha que hiere la raíz, destruye todo el árbol. Volved a Jesucristo. Sólo El tiene la mano bastante fuerte, porque es divina, para estrechar los nudos del Matrimonio.

El, y solo El, trajo y aclimató en la tierra el dogma de un solo Dios y la moral de una sola mujer. Sobre estas dos inquebrantables bases, fundó El la gran civilización cristiana, cuyos hijos somos, y a la cual nada podrá reemplazar en lo por venir.

En todos los puntos en que no es conocido Jesucristo, reina el politeísmo y la poligamia, es decir, el desatino y la desmoralización. En todas partes en que Jesucristo es conocido, adorado, amado, servido, veis

reinar el monoteísmo y la monogamia, el culto de un solo Dios en el cielo y de una sola mujer en la tierra, es decir, los dos principios civilizadores escritos desde el origen de la cuna del mundo, obscurecidos durante cuarenta siglos de degradación y, finalmente, devueltos a la tierra por Jesucristo, verdadero reconciliador y organizador de la especie humana.

Volvamos a Jesucristo. Separados de El, nos vemos desorientados y descarriados. Siguiéndole, volvemos a la luz, al honor, a la paz del alma y a la salvación del hogar.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

El Matrimonio

II.—Los deberes del Matrimonio

Señores:

Voy a hablaros hoy de los deberes del Matrimonio. Para tratar semejante asunto con toda la precisión y delicadeza que exige, es insuficiente el talento humano. Preciso es una iglesia católica, en esta iglesia una cátedra, y en los labios de este sacerdote la palabra de Dios dictada por los ángeles. Prestadme como siempre vuestra atención y vuestra benevolencia.

I. Primer deber del Matrimonio: la fidelidad.

¿Queréis que levante un poco el velo bajo el cual se ocultan las depravaciones contemporáneas? Hay en nuestro siglo buen número de matrimonios cuyo punto de partida y razón de ser única es *el dinero* o *la pasión*. Sin duda que las ventajas de la fortuna y la inclina-

ción mutua pueden contribuir a fundar la unidad matrimonial. Pero, si no hay más que esto, es demasiado poco, y generalmente se acaba mal.

Por grande que sea la virtud mágica del dinero, el dinero no rehace ni toda una parentela, ni toda una educación; el dinero no rehace ni la familia ni el honor, ni el corazón, ni el espíritu; el dinero no reemplaza las cualidades intelectuales, ni el valor moral. Y la pasión ¿para qué sirve? Ciega, arrastra, precipita, imagina cualidades allí donde no hay más que defectos; sueña con delicias imposibles, puebla de quimeras imposibles un palacio edificado por la imaginación en delirio, en el que hay sitio para todo, menos para la realidad y los deberes de la vida.

Cuando la belleza se marchita, cuando el dinero se evapora, cuando se extinguen los primeros fuegos, ¿qué es lo que queda? Tras esa máscara ajada, una fealdad repugnante; tras la dote perdida, el malestar o la miseria; tras la llama, el humo, la ceniza, la nada, el vacío, la inquietud, el enojo, y, finalmente, la *tentación.*

El hombre y la mujer tienen necesidad de ayuda en su debilidad para sostenerse, en su tristeza para consolarse, en sus luchas para defenderse, en sus desfallecimientos para levantarse. Para eso se unieron sus manos en el Matrimonio. Pero una vez separadas y desunidas estas dos almas, buscan otra mano; la tocan primeramente temblando, luego se enardecen, y acaban por no soltarla. Es la mano del pecado, es la mano del adulterio, es la mano que lisonjea, que acaricia, que arrastra, que conduce al abismo.

¡Ay de esos *refugios adúlteros,* fundados a dos pasos del hogar legítimo! Allí se despojan, por la licencia de una pasión criminal, de los frenos que impone todavía la honestidad de una esposa desconocida, engañada

o abandonada. Allí se llevan sus lágrimas para reírse de ellas, y sus aderezos para vestir a una rival con ellos. Allí se engullen, como en un abismo sin fondo, el honor, la salud, la fortuna. Allí se hunden a veces siglos enteros de recuerdos y virtudes. ¿Tendré todavía valor para descender más bajo y señalaros una llaga más degradada, más extendida, más inmunda todavía? Sí. Hay una lepra que cubre la faz del mundo moderno, que alcanza a todas las edades, que se extiende desde las grandes ciudades a las pequeñas aldeas, que emponzoña lo que resta a la nación de buena savia y de sangre generosa. La cortesana era antes casi exclusivamente aristocrática o real; aparecía en aquellas alturas en que muy a menudo se creían por encima de las leyes, por encima de la moral misma. Provocaba allí tempestades, o allí las recogía. ¡Tregua a estos recuerdos! ¡Paz a los muertos! La ola de las revoluciones pasó sobre los palacios y los lavó en sangre. Hoy el reino de las cortesanas es más democrático. Sin desertar desgraciadamente de los poderosos de este mundo, ha dilatado el círculo de su imperio y extendido la seducción del vicio por los diferentes grados de la jerarquía social. Escuchad a M. Le Play, un seglar, un economista, un observador íntegro de la sociedad contemporánea: "A menos de recoger como vengo haciéndolo hace diez años los dolores de las familias heridas en sus más caros intereses, no sería posible sospechar los desórdenes sociales provocados en París por algunos millares de mujeres en abierta rebelión contra los deberes de su sexo." Os ruego, señores, que me permitáis servirme de la autoridad de la palabra santa para estigmatizar los desórdenes, las corrupciones que devoran vuestras honradas almas... Permitidme que haga vibrar en mi voz las lágrimas del sacerdote y los duelos

del ciudadano, y proteste contra la decadencia de las costumbres públicas en nombre de la religión, en nombre del honor, en nombre de la patria.

Y ahora, descansemos nuestras miradas en el cuadro de la fidelidad conyugal prometida al pie de los altares y guardada hasta el último momento. Contemplemos esos dos esposos cuyo amor reposa, no en el oro y la pasión, bienes frágiles y muy pronto desvanecidos, sino en esas cualidades sólidas y reales que nada puede arrebatarles: el honor, la probidad, la delicadeza, las mismas tradiciones, las mismas simpatias, las mismas creencias. Desde el momento en que se encontraron por esos aspectos tan nobles y tan hermosos, no temáis por el atractivo que los encadena mutuamente. Ese atractivo, en vez de disminuir con el tiempo, aumenta y se fortalece; esos lazos del mutuo amor crecen con la edad madura y con la vejez; se templan en las aguas de la tribulación; se renuevan a cada nuevo vástago que aparece en el hogar; se estrechan en la asociación de las alegrías y trabajos. Estos dos corazones alimentados por las mismas ideas, no hacen verdaderamente más que uno. La llama de la felicidad conyugal brilla todavía a los cincuenta años, y el día en que uno de los dos esposos abadone la vida, le elevará el otro dentro de su corazón un santuario y un altar en el que su recuerdo sagrado no morirá jamás. Plegue a Dios, señores, que este cuadro, que es nuestra historia y la historia de vuestras casas, se convierta en conmovedora y viviente realidad en todos los hogares de nuestra patria.

II. El segundo deber del Matrimonio es el mutuo apoyo.

En todos los hogares, aun los mejor dotados, hay

diversidades, imperfecciones, dolencias; defectos que sólo se corrigen con tiempo y paciencia y a los que agrava e irrita la contradicción; defectos del espíritu y del natural, que se atenúan a veces, pero que casi nunca se curan, y con las cuales hay que saber vivir y morir; enfermedades del cuerpo que hay que tratar, cuidar y soportar con resignación, como las propias. Esto es lo que hizo decir a un gran santo, con mucha verdad y algo de malicia: "El matrimonio es una especie de convento, en el cual, si hubiera un noviciado de un año, quedarían muy pocos profesos." La frase es de San Francisco de Sales y podemos repetirla desde el púlpito sin lastimar a nadie. Esto quiere decir que el apoyo mutuo es necesario, absolutamente necesario, para la felicidad del hogar.

Esta aserción es demasiado evidente para que nos detengamos en demostrarla.

Sin tolerancia y mutuas concesiones la vida conyugal pronto se convierte en un infierno. Con la inclinación natural que cada uno tiene a la contradición. hay en vida ordinaria del hogar cierta monotonía que acaba por hacerse insoportable al espíritu humano, ávido siempre de la novedad. Y si añadís a esto las causas de conflictos que indicaba hace poco, veréis por adelantado cómo marchan las cosas. Se contradice por nada, empieza la lucha. mézclase el amor propio, nace y se desarrolla la suspicacia; después, ligeros enfriamientos, un humor quebradizo, luego una secreta herida, finalmente, llagas que se enconan a cada palabra y casi a cada mirada. Queda declarada la guerra, ora ruidosa, ora sorda, pero incesante, porfiada, renovada bajo todas las formas.

Uncidos al mismo yugo, y tirando en sentido contrario, los esposos se hieren, y cambian un fardo pesa-

do en una cadena que desgarra. Vosotros, señores, que sois reyes y dominadores de la familia, practicad amplia y generosamente la hermosa virtud de la paciencia, que acaba por triunfar de todas las dificultades. Sócrates, que era pagano, soportaba con la paciencia más inalterable el natural áspero y violento de su mujer Xantippa, la cual no cesaba de importunarle con murmullos y exigencias, hasta el punto de arrojarle en plena calle a la cabeza un jarro de agua sucia. "Después del trueno, era preciso que lloviera"—dijo tranquilamente Sócrates. Esta dulzura acabó por enternecer el corazón de su mujer, la cual confesaba que jamás le vió cambiar de humor ni de semblante.

Con tolerancia y mutuas concesiones, la paz reina en el hogar. El marido confiesa que tiene una mujer capaz de sacrificios, y la mujer reconoce que lleva el nombre de un hombre abnegado y generoso; el marido y la mujer comprueban que estaban hechos el uno para el otro, y que hay en su unión tesoros inagotables de felicidad. Y los hijos que crecen en esta atmósfera de virtud y de concordia, se benefician de los ejemplos que contemplan sus ojos y de las santas influencias que los rodean. Beben a largos sorbos, sin advertirlo siquiera, el licor exquisito de los sentimientos más puros y más nobles; aprecian y aman a sus padres, y se hacen instintivamente buenos por imitación.

III. Tercer deber del Matrimonio: la educación de los hijos.

Los padres tienen dos vidas que dar a sus hijos, la vida del cuerpo y la vida del alma, y se les pedirán dos cuentas, de su vida y de su misión. "Creced, multiplicaos y llenar la tierra:" tales son las grandes palabras que Adán y Eva oyeron al recibir, con las fuentes de la vida, la orden de conservarlas y transmitirlas. Estas palabras crearon el hogar doméstico, las razas, las patrias, el género humano entero. Hace seis mil años que se cumplieron, y según que son observadas o desconocidas, crece o se hunde el hogar, florece o decae la patria, se mejora o declina el género humano. Acabo de nombrar la patria. Señores, la patria que se despuebla carece de enjambres para enviar afuera, y dentro, comienza a estar desierta la colmena. Francia disminuye, decrece, se debilita, camina a su ruina, porque no comprende ya su honor ni los deberes del matrimonio. Los hogares quedan desiertos; en vez de esa posteridad numerosa, a las que están prometidas las bendiciones del cielo y las gracias de la tierra, veo crecer entre el padre y la madre un vástago único. La muerte le acecha. Los hombres, en su egoísmo, se dicen: Uno, dos; y el cielo, en su justicia, responde: ¡Cero! Se ponen todas las esperanzas en una sola cuna, pero quedan sepultadas de improviso en una sola tumba, o bien, si este hijo único es respetado por la muerte, con mucha frecuencia es víctima del vicio. Pierde en viles placeres la virtud, el honor, la salud, el dinero, y un hermoso día vemos hundirse de repente hogares fundados en el desprecio del deber, fortunas que parecían inagotables, nombres que en la estimación de los hombres eran sinónimos de gloria y fidelidad.

Padres, tened confianza en la Providencia, y prestad oídos a los dolores del linaje humano, de la patria y de la familia. Dad vida a la patria, dad gloria a la palabra de Dios.

Demasiado poco es todavía que deis a vuestros hijos la vida del cuerpo. Formad esas almas juveniles, cuya carga y responsabilidad tenéis. Vuestros hijos son in-

teligencias que debéis cultivar, voluntades que debéis dirigir, corazones que debéis modelar. Enseñadles a pensar con exactitud, a sentir con nobleza, a querer el bien con ardor. Apartad los peligros que los amenazan, reprimid los primeros ímpetus de la naturaleza pervertida. Llamad en vuestra ayuda colaboradores dignos de recibir vuestras órdenes y capaces de continuar vuestras excelentes tradiciones. Dad a vuestros hijos el vigor y el nombre, la inteligencia y el valor, el honor y la fe, la vida física y la vida intelectual, la vida moral, la vida religiosa, la vida eterna. Conviértase la patria, por vuestra mediación, en un cuerpo formidable animado por un alma grande: *Mens sana in corpore sano*. Tal será el honor, el beneficio y el milagro del matrimonio.

¡Qué obra, señores, la de la educación de los hijos! Incumbe a la vez al hombre y a la mujer: al uno la orden de trabajar la tierra y ganar el pan de la familia con el sudor de su frente; a la otra, la misión de poner en el mundo, con gritos, lágrimas y dolores los seres arrobadores que pueblan el hogar. El peso del alumbramiento corresponde a las entrañas de la mujer; el peso del día y del calor, a la cabeza del hombre, y para uno y otro, el trabajo es pesado y la empresa es igual. La mujer debe bendecir, amar, alentar a su marido, cuyas manos valerosas y a veces magulladas, aportan al hogar el pan, el bienestar, el buen ejemplo, el aliento, el honor, las bendiciones de lo alto. El hombre debe venir en ayuda de su compañera, que sucumbiría bajo el peso de los cuidados que la maternidad le impone. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de una familia en la cual numerosos hijos se desarrollan a la vida bajo la doble influencia de un padre y de una madre igualmente unidos y venerados. ¡De los

brazos de la madre, pasan a las rodillas del padre, y ambos se ven rodeados de sus cándidas solicitudes. Los padres, embelesados de sus primaverales gracias, olvidan sus penas, y sólo piensan en su dicha. Se consideran felices, aun bajo su carga, porque la llevan de común acuerdo, y sus brazos entrelazados ya no piensan en plegarse a su pesadumbre.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

El Matrimonio

III.—La consagración del Matrimonio

Señores:

Continuamos hoy nuestro breve estudio sobre el Matrimonio. El Matrimonio es santo; reclama la intervención de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia.

I. La intervención de Dios.

Esto es fácil de comprender y de probar. Tres palabras resumen el Matrimonio: amor, sacrificio, paternidad; de aquí se deduce que la presencia de Dios es necesaria, y que el Matrimonio sale de la categoría de las cosas profanas y se eleva a la región de las cosas religiosas.

El Matrimonio reposa en el *amor* recíproco de los dos esposos, por lo cual decís: "Está bien; el amor

es un sentimiento potente, que basta por sí mismo para salvaguardar la unidad, la indisolubilidad, la fidelidad, la felicidad conyugal." No, señores; preguntad a la historia y comprobaréis la dolorosa insuficiencia del corazón humano. Sintiéndose desfallecer, ¿qué hizo? Llamó en su auxilio primeramente la *ley,* el poder público, la magistratura de su país, y le confió la guarda de sus juramentos. La ley, pues, intervino, pero, desgraciadamente, fué débil, se hizo odiosa, traicionó, y la vemos, en el curso de los siglos, autorizar la poligamia, permitir el divorcio, consagrar todos los desfallecimientos o todos los caprichos del corazón, abrir la puerta conyugal a todas las ignominias y a todas las brutalidades. Entonces los hombres, al comprobar la impotencia de las leyes, viéronse obligados a subir más alto y en todas partes vemos correr las jóvenes a refugiarse al pie de los altares cuando quieren formar una familia. A Dios piden la gracia de amarse, de amarse largo tiempo, de amarse siempre, de abrigar en su corazón mortal un amor que no sienta el peso del tiempo. Pero todavía las falsas religiones claudicaron como las leyes; ciertos altares han hecho traición como la magistratura, y la verdadera religión vióse obligada a esperar la edad de su pleno poder y de su más alto grado de pureza y de perfección, antes de rehabilitar definitivamente la legislación matrimonial, antes de asentar el matrimonio, sobre sus verdaderas bases, en la unidad, en la indisolubilidad, en el honor. Y si el amor conyugal reclama imperiosamente la intervención de Dios, ¿qué será de los otros elementos que entran en el Matrimonio?

Veamos, en primer lugar, el *sacrificio.* El sacrificio en el Matrimonio es de todos los días, mejor dicho de todos los instantes. Ya no se pertenecen los esposos. Se han dado el uno al otro; son dos libertades que han

abdicado. Mil circunstancias externas los torturan a los dos, y a veces al uno por el otro. "Y el Matrimonio—dice Mons. Bougaud,—que comenzó en las sombras perfumadas del Edén, acaba con frecuencia en una cruz." ¿Acaso esperáis que, expulsado Dios del Matrimonio, el marido y la mujer se sacrifiquen mejor el uno por el otro? En manera alguna. Yo les predigo tristes días: disensiones, querellas, sordas asperezas, disentimientos que ni siquiera se sabrán disimular en público, y ¿quién sabe?, quizás tragedias o comedias sangrientas, que comienzan en la intimidad del hogar y acaban en plena luz ante los tribunales. Luego, sobre la frente de los esposos veo descender

La corona de la *paternidad*. Hay espinas en esta corona. El niño, ese pequeñín tan querido, desde que aparece, no sólo desgarra el seno de su madre, sino que tortura la frente de su padre, lo agobia bajo el peso de la más grave responsabilidad. Señores, tened la sinceridad de reconocerlo: la educación de una familia numerosa es una carga muy pesada, y sólo la religión, la confianza en Dios, la conformidad con la divina Providencia, el sentimiento de la misión divina de la paternidad, puede hacer aceptar a los padres la santa y completa fecundidad del Matrimonio. Pero los hijos tienen un alma inmortal; el ponerlos en el mundo es poca cosa; hay que elevarlos a la dignidad, al honor, a la pureza, a la ternura, a la fe, al respeto de ellos mismos, al amor de Dios y de los hombres; y si caen, es preciso hablarles, advertirles, realzarlos, y si resisten y se hunden en el lodo, hay que llorar, gemir, salvarlos, a fuerza de lágrimas y oraciones. ¿Creéis que, sin Dios, un padre y una madre cumplirán hasta el fin tan formidables oficios? No. O retrocederán ante la paternidad, o bien, si fundan una familia, será para

su castigo. Expiarán en sus dolores el crimen de haber querido prescindir de Dios.

II. La intervención de Jesucristo.

Puesto que venía a santificar al género humano, ¿en dónde podía Jesucriso colocar mejor su gracia que en el origen de la familia? El, que es tan bueno, la bondad por esencia, ¿podía olvidar, en la distribución de sus auxilios sobrenaturales, el estado de matrimonio, uno de los más cargados de deberes y penas, uno de los más importantes y difíciles de santificar, que tanta influencia tiene sobre la salvación de las almas y el porvenir de las sociedades? ¿Podía encontrar al Matrimonio en su camino, tratarlo como cosa profana, como cantidad despreciable, y decir: "Esto no me concierne; hombres, arreglaos como podáis; os cedo el negocio del Matrimonio?" No, Jesucristo no podía, en su bondad y en su justicia, obrar de este modo.

Y vedle puesto a la obra. No contento con promulgar la doctrina del Matrimonio, la eleva a la dignidad de Sacramento, le imprime un carácter augusto, hace de ella algo sagrado, que significa y produce la gracia, y oigo a San Pablo que escribe: "Maridos, amad a vuestras mujeres, como Jesucristo amó a su Iglesia y se entregó por ella. Este sacramento es grande. Sí, es grande, yo os lo digo, en Jesucristo y en la Iglesia." Y toda la tradición repitió esas palabras y vivió de esa misma creencia. ¿Qué necesitan los esposos? Un ideal y una fuerza. Así obra la religión cristiana. Coloca ante los ojos de aquellos cuya unión bendice, un *ideal* austero, Jesucristo viviendo y muriendo por las almas que viven y mueren por El, y al propio tiempo ofrece a su voluntad el *poder* de alcanzar este ideal.

Pueden ahora estos jóvenes emprender el áspero camino de la vida; en él hallarán espinas y dolores, pero jamás superiores a su valor; una fuerza inagotable no cesará de sostenerlos a la altura de todos sus deberes. El orden, la paz, la armonía, el amor, reinarán siempre bajo su techo, porque, si es verdad que la cruz está allí, también está la unción de Dios. He ahí el Matrimonio a la luz de la fe. He ahí cómo lo entendieron y practicaron nuestros padres.

Se nos dice ahora que todo esto son hipótesis. En este desfallecimiento de la fe, de que somos testigos, el sacramento del Matrimonio es para muchos cristianos una ficción religiosa, como el texto de nuestros códigos les parece una ficción legal. Se someten a él por razones de alta conveniencia, pero no se ve en él un signo que ilumine, ni se busca suficientemente en él una fuerza que sostenga. Con demasiada frecuencia se recurre a este sacramento con corazón ligero y conciencia no purificada. ¡Tanto peor! ¿Por ventura creéis que es prudente entrar por la puerta del sacrilegio en la dura carrera del Matrimonio? Señores, no busquéis en otra parte la causa de tantos matrimonios desgraciados; se encuentra en las malas disposiciones con que se llegó a él. Se ha querido prescindir de Jesucristo en el acto más grave y uno de los más sagrados de la vida; se desconocieron todas las leyes de la Providencia y de la más vulgar prudencia; sólo se escucharon las pasiones; en vez de una unión santa, se hizo un negocio y un trato; quizás se mofaron de la confesión al soportarla, para desafiar después a Dios en su templo y pedirle que bendiga una unión reprobada por El. "Sobre estos matrimonios—dice el ángel a Tobías—tiene poder el demonio," y no hay necesidad de atravesar las paredes de las casas para convencerse de ello.

Señores, el Matrimonio es santo. Así lo quiso Jesucristo. Pero este Matrimonio instituído por El y enriquecido con sus gracias, ¿a quién lo confió? A su Iglesia. Redoblad aquí vuestra atención. El Matrimonio reclama

III. La intervención de la Iglesia.

Todo matrimonio entre cristianos, para sed válido, debe celebrarse ante la Iglesia, es decir, ante el cura propio, o el sacerdote delegado por él, y dos o tres testigos.

El matrimonio civil es nulo ante Dios. Santo y bueno que el Estado regule los efectos civiles del contrato, que registre los nombres de los contrayentes, que inscriba en sus libros el día y el lugar en que empieza esta nueva familia; tal es su derecho, su papel, su misión. Pero ¿es real el matrimonio, queda ratificado ante Dios y ante la conciencia, desde el momento en que el oficial del estado civil obtiene el consentimiento mutuo de las partes? No. Donde Dios no interviene, no hay matrimonio.

El cristiano sólo tiene un medio de casarse válidamente, y es casarse cristianamente según las leyes de nuestra santa madre la Iglesia. Desde el momento en que somos cristianos, estamos obligados a observar la ley de Jesucristo. Pues bien, Jesucristo hizo del matrimonio un sacramento. Debemos contraer un matrimonio santificado, o no contraer matrimonio, unirnos como los hijos de los santos, o caer por debajo de las uniones paganas, para unirnos en el crimen. Aquellos para quienes el juzgado ha sido la iglesia, no están casados. Cuando mueran, irán a declararlo también al juzgado, y el juzgado inscribirá otra vez sus nombres; esto no quiere decir que todo haya terminado entonces;

del mismo modo la inscripción de un matrimonio en el juzgado atestigua los efectos civiles del matrimonio, pero no la realidad y validez del matrimonio ante Dios y ante la conciencia.

He aquí la respuesta del catecismo. ¿Qué hay que pensar de las personas que se casan civilmente, y no por la Iglesia? La unión de personas que se casan civilmente, y no por la Iglesia, no es legítima ante Dios, y vivir juntos de esta manera, es permanecer en estado habitual de pecado mortal.

Señores, los mismos paganos apoyaban su hogar en el altar, y es preciso vivir en tiempos perturbados como los nuestros para que se haya ocurrido a ciertos hombres prescindir de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia en una empresa tan formidable, como el Matrimonio.

Así, pues, ¿qué es lo que vemos a toda hora? ¡Qué tristezas y desencantos! ¡Cuántas catástrofes domésticas! ¿Qué es lo que vemos? La familia destruída, el santuario conyugal violado, deshonrado el lecho nupcial por las más tristes costumbres, torturado el corazón de la mujer, los hijos ausentes o mal educados. En verdad que la irreligión sólo es buena para una cosa: "para despoblar el cielo y desilusionar la tierra."

Pero no. El Matrimonio no perderá su carácter augusto y sagrado. Saldrá glorioso de los desfallecimientos contemporáneos. La antorcha nupcial que Dios encendió con su mano en la cabeza del primer hombre, y Jesucristo reanimó con un soplo divino, y mantuvo la Iglesia con brazo tan firme y tan valeroso en medio de tantas pruebas, encontrará de nuevo sus suaves claridades como en las viejas edades de la fe.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

El Matrimonio

IV. Los impedimentos del Matrimonio

Señores:

Bien precisadas las nociones del Matrimonio; firmemente establecidas sus leyes fundamentales, la unidad y la indisolubilidad, y defendidas de los ataques de la incredulidad; claramente formulados los deberes que impone, sólo me resta hablaros esta mañana de los impedimentos del matrimonio. El asunto es importante y de actualidad. Con frecuencia se habla de esas barreras, de esos obstáculos que la Iglesia levanta en el camino del Matrimonio, y lo retrasan o hacen difícil su acceso; se habla de ello, y, como de todo lo que molesta, se lamentan de ello; se acusa a la Iglesia de inmiscuirse en cuestiones que no le competen; se sostiene que esas prohibiciones no tienen razón de ser, y que, por otra parte, puede prescindirse de ellas, pues

eso no trae consecuencia alguna. A esas afirmaciones, que indican una profunda ignorancia y un deseo evidente de dañar a la Iglesia, opondré las tres afirmaciones siguientes:

1.ª Los impedimentos del Matrimonio son cosas *legítimas*. La Iglesia tiene el derecho de decretarlas.

2.ª Los impedimentos del Matrimonio son cosas *prudentes*. La Iglesia no las ha establecido más que por el mayor bien de todos.

3.ª Los impedimentos del Matrimonio son cosas *graves*. La Iglesia une a su violación una sanción rigurosa.

I. Los impedimentos del Matrimonio son cosas legítimas.

La Iglesia tiene el derecho de determinarlos. ¿Por qué, se dice, ha de mezclarse la Iglesia promulgando impedimentos al Matrimonio, rehusando su bendición y su sacramento si no se llenan ciertas formalidades y condiciones? Señores, muy sencilla y claramente: la Iglesia se mezcla en lo que le conviene. No, la Iglesia no registra ciegamente y como por modo automático la declaración de todas las parejas que se le acercan para manifestar su intención de unirse en matrimonio; no, ella no reparte inconscientemente y sin comprobación su bendición a todos los que la solicitan. ¿Es esto legítimo? ¿Es esto justo? Sí. ¿Hay aquí abuso de poder? ¿Hay aquí usurpación? Señores, incontestablemente, no. Reflexionad. La Iglesia tiene una triple misión aquí bajo. Debe repartir la gracia divina, asegurar la salvación de las almas, trabajar por el bien de la sociedad.

¿Encuentra ella en el cumplimiento de su misión algún obstáculo que se oponga a la comunicación de la gracia, que sea un peligro para el bien de un alma, un peligro para la sociedad? Pues tiene el derecho de señalar ese obstáculo, de decir a los que la consultan: No paséis por eso; y, si se obstinan, negarse a sancionar su error y su terquedad, no hacerse cómplice de su imprudencia ni de su descuido.

Ahora bien, señores, esto es todo lo que hace la Iglesia, y nada más, cuando promulga los impedimentos del Matrimonio.

El matrimonio contraído en ciertas condiciones supone una *violación manifiesta* de la voluntad de Dios; por ejemplo, en el caso de adulterio, de homicidio, de violencia, de rapto. La Iglesia, distribuidora de los dones de Dios, se niega a sancionar semejante unión, que no es más que el resultado del pecado, fruto del crimen; se niega a implorar sobre las cabezas culpables una bendición que se transformaría en maldición. Tal es su misión. Está en su derecho.

El matrimonio contraído en ciertas condiciones es una *ocasión* de pecado para el alma de los esposos; por ejemplo, entre fieles e infieles. La Iglesia, que tiene cargo de almas, se niega a sancionar semejante unión, llena de peligros para la fe y la virtud de un alma. Tal es su misión. Está en su derecho.

El matrimonio contraído en ciertas condiciones, sin ciertas formalidades precisas, es un *peligro* para la sociedad, cuya paz turbará con discusiones inevitables; por ejemplo, los matrimonios clandestinos; o bien no dará más que miembros enfermizos y degenerados; por ejemplo, los matrimonios entre parientes demasiado próximos. La Iglesia, atenta al bien de la nación, se niega a sancionar semejantes uniones que serían una

fuente de inconvenientes para la sociedad. Tal es su misión. Está en su derecho.

Pero no cumple su misión, ni sobre todo está en su derecho, el que, juzgando que es mejor casarse por la Iglesia, que es bueno atraer los favores y gracias de Dios sobre una unión que, aun dichosa en su aurora, no queda preservada de las arideces y tempestades de un mediodía demasiado ardiente, o de una tarde demasiado tormentosa, se rebela, grita, hace aspavientos furibundos, declara que la Iglesia se excede de su derecho cuando el ministro de Dios le dice: "Sin estas formalidades, sin estas condiciones, no podemos concederos las bendiciones de Dios ni admitiros a la recepción del sacramento del Matrimonio." Sí, está en un error, porque, en último resultado, ¿por qué esa indignación y esas invectivas? La Iglesia, depositaria de los dones divinos, no los impone a nadie; libremente se le piden, y entonces, no queda otro recurso que someterse a las condiciones exigidas, o precindir de esos dones, pero nunca irritarse. Por eso, señores, la Iglesia no se conmueve por esas cóleras; fuerte en su derecho, no obstante las amenazas de los poderosos de este mundo, a pesar de la cólera indignada de las pasiones comprimidas, ha mantenido contra viento y marea la barrera de sus impedimentos. Sabía que el derecho estaba de su parte; tenía conciencia de que, más que ejercer un derecho, cumplía un deber, porque no solamente los impedimentos del Matrimonio son cosas legítimas, sino que

II. Son cosas prudentes,

que la Iglesia ha establecido para el mayor bien de todos.

No es mi intención, señores, mostraros sucesivamente, y con todo género de detalles, la conveniencia, oportunidad y rectitud de cada uno de los impedimentos que la Iglesia creyó deber instituir, para proteger y afirmar la santa institución del Matrimonio. Sólo quisiera convenceros con algunos ejemplos que la Iglesia, en sus medidas restrictivas, no se ha guiado más que por un solo sentimiento, la bondad, ni ha perseguido más que un fin, el bien de los individuos, el bien de las familias, el bien de la sociedad.

El bien de los individuos. He ahí el impedimento del matrimonio mixto, que se opone al matrimonio entre personas de religión diferente. Un cristiano, un bautizado, un hijo del verdadero Dios, quiere casarse con una judía, con una musulmana. La Iglesia eleva la voz y le dice: "Me opongo, y si rompes esta barrera, si desprecias mi prohibición, tu unión es nula de pleno derecho." Un católico quiere casarse con una hereje, con una protestante. La Iglesia eleva su voz y dice: "Me opongo, y si, a consecuencia de declaraciones falsas, llegas a recibir mi bendición, tu matrimonio es válido, pero estás en pecado." ¿Qué cosa más prudente y razonable que esta prohibición? La ocasión de perder la fe, este bien incomparable e irreemplazable, ¿no está suficientemente multiplicada en torno nuestro para que la introduzcamos en nuestra morada, y bajo la forma potente y persuasiva, sutil y convincente que da el amor conyugal? Y aun desde el solo punto de vista humano, entre esposo y esposa, por el solo hecho de estar amasados del mismo barro imperfecto, ¿no hay suficientes causas de rozamientos, de incompatibilidades, de discusiones, para que nos complazcamos en añadir esa fuente inagotable de disgustos que lleva consigo la diferencia en materia de religión?

El bien de las familias. He ahí el impedimento del parentesco, que con frecuencia suscita murmullos. ¡Qué sabiduría, ello no obstante, entraña semejante prohibición! "La Iglesia—dice el P. Monsabré—sabe tan bien como los fisiólogos que dos sangres demasiado próximas a su fuente son difícilmente fecundas; que su semenjanza las predispone a la herencia patológica, es decir, a la funesta transmisión de enfermedades que afligen a una familia; que, semejantes a dos polos eléctricos, dos sangres que vienen de lejos se combinan mejor y hacen brotar más vigorosamente la centella de la vida. Por eso prohibe, no solamente las uniones incestuosas, que repugnan a la naturaleza como una monstruosidad, sino que extiende sus prohibiciones a los grados inferiores del parentesco en las cuales advierte algún peligro. "Si fuera preciso, señores, una confirmación a tan graves palabras, os diría: consultad las legislaciones de los pueblos antiguos, y veréis que ese impedimento de parentesco existe en todas partes, no solamente entre los judíos por orden de Dios, sino en el seno mismo de las naciones paganas, más o menos respetado, verdad es, pero siempre inscrito en los códigos como una indicación y un reproche.

El bien de la sociedad. He ahí el impedimento de clandestinidad, que hace nulos los matrimonios no contraídos ante el párroco de uno de los esposos. ¿Por qué esta exigencia? Para remediar un abuso que hacía verdaderos estragos en el siglo XVI y originaba a la nación grandes perturbaciones: el de los matrimonios clandestinos. Podíase entonces contraer matrimonio en todas partes, aun en una casa cualquiera, sin testigos; la única condición era que existiese el mutuo consentimiento. De ello resultaba que muchos, casados lejos, iban a instalarse a otro país y allí contraían nuevo matrimonio, sin

que fuese posible hallar rastro del primero. Para remediar este desorden, la Iglesia, en el Concilio de Trento, a petición de muchos soberanos, declaró que todo matrimonio que no se contrajera ante el párroco propio, y en presencia de varios testigos, sería nulo. ¿No era esto sabio y prudente?

Ya veis, señores, por estos ejemplos, que la Iglesia, al instituir estos impedimentos, sólo tuvo un fin: el bien de los individuos, de las familias y de la sociedad.

En cuanto a los que, mal intencionados, buscan otra causa, y no ven en estos impedimentos más que un medio para que la Iglesia se procure dinero distribuyendo dispensas, les diré que su alegato es estúpido y falso, y les ruego que se fijen en estas tres observaciones:

1.ª Si la Iglesia quisiera sacar dinero con sus impedimentos, en verdad que habría errado el camino. Porque, por un lado, hay impedimentos que no consiente en dispensar por ningún precio, ni siquiera a precio de oro, y, por otro, jamás concede acogida simpática a los que piden dispensa, sino que empieza por inducirlos a que cambien de designio, y, si persisten, antes que pedirles dinero, les pide, y esta es la segunda observación,

2.ª Una razón, y, en ciertos casos, una promesa, que nada tiene que ver con las especies sonantes. Si la razón es nula, o vana, y si se niega la promesa, la Iglesia rehusa la dispensa.

3.ª En cuanto al dinero percibido, su empleo es de los más legítimos, y su razón de ser de las más motivadas: sirve para indemnizar los pasos y la correspondencia exigidos por la demanda de dispensa, y para aumentar el tesoro de las buenas obras. Efectivamente,

es justo que el que recibe un favor, haga recaer en cierta manera sobre sus hermanos el beneficio recibido.

La Iglesia es prudente en los impedimentos que promulga, pero no lo es menos en las dispensas que concede. Sepamos decirlo cuando llegue la ocasión, y no prestemos oídos benévolos a las insinuaciones venenosas y a las declamaciones interesadas de ciertas gentes, ni nos convirtamos en ecos suyos. Los impedimentos del Matrimonio son cosas prudentes; así, para asegurar su respeto, la Iglesia las ha protegido con sanciones rigurosas.

III. Los impedimentos del Matrimonio son cosas graves.

Ocurre a veces, cuando hacemos a los futuros esposos preguntas impuestas por el ritual, a fin de conocer si existen impedimentos, que tenemos que oir reflexiones singulares. Así, no es raro que se nos diga: "¿Es que esto puede hacer que no se publiquen mis amonestaciones?" O bien: "que se me case sin obtener dispensa de un impedimento de parentesco." Y ocurre que, para evitar formalidades, o ciertos plazos, se da a sabiendas una dirección falsa, no revelan un impedimento o comunican indicaciones erróneas. ¿Qué puede hacer esto? Dos cosas gravísimas, señores: siempre un pecado, que puede ser mortal, y con frecuencia, un matrimonio nulo.

En efecto, la Iglesia, que sabe siempre proporcionar los efectos a las causas, y los castigos a la gravedad de las transgresiones, no dió a todos los impedimentos la misma sanción. Se trata de uno de esos impedimentos que, en términos canónicos, se llaman *impedientes,* tales como la falta de publicación de las amonestaciones, la celebración de un matrimonio en tiempo prohibido; es decir, desde el primer domingo de Adviento a la Epifanía, y desde el Miércoles de Ceniza al primer domingo de Pascua, el matrimonio no es nulo, pero sí ilícito, y si voluntariamente se ha transgredido esta prohibición, se ha cometido una falta, un pecado, cuyo autor deberá acusarse y buscar la absolución. Pero si se trata de la violación de uno de los impedimentos llamados *dirimentes,* tales como la clandestinidad, el parentesco en uno de los grados determinados, el defecto de consentimiento, el matrimonio es radicalmente nulo, no existe, las personas en cuestión no están casadas. Hay que recordar este efecto de los impedimentos dirimentes, a fin de apreciar como es debido la conducta y decisiones de la Iglesia en ciertas circunstancias especiales, sobre las que quisiera, para terminar, atraer vuestra atención.

A veces oís hablar de la anulación de matrimonios pronunciada por los tribunales eclesiásticos, de matrimonios rotos, casados—esta es la expresión—por la Iglesia, de esposos que recobran su libertad primitiva, y quizás os habéis preguntado si no era eso algo así como la reproducción del divorcio, si no era eso el divorcio condenado antes, pero admitido ahora por la Iglesia. Señores, no hay nada de eso. La Iglesia es, y continúa siendo, enemiga irreconciliable del divorcio; jamás rompió, jamás romperá, un matrimonio contraído en condiciones regulares; pero puede ocurrir, y a veces ocurre, que ciertos matrimonios celebrados exteriormente con todas las ceremonias ordinarias, carecen de una de las condiciones requeridas para su validez. Dos primos hermanos quieren casarse; para evitarse las formalidades de una demanda de dispensa, ocultan su parentesco al sacerdote; escuchan la exhortación y reciben la bendición, pero no son casados; la ceremonia

no tiene valor alguno; los futuros esposos no eran capaces de contratar. Y si un día se convencen de que no pueden entenderse, y piden a la Iglesia que los separe, que rompa su unión, la Iglesia nada tendrá que romper, nada que desatar; para ella jamás estuvieron unidos; ella comprobará únicamente y declarará que el matrimonio no era válido, que jamás existió.

Ya veis, señores, que la sanción de los impedimentos del Matrimonio es rigurosa; esos impedimentos son cosas graves.

Para terminar esta conferencia algo árida, saludemos una vez más la sabiduría y bondad de la Iglesia, siempre solícita de la felicidad de sus hijos.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

El Orden

I.—Los poderes del sacerdote

Señores:

Hemos acabado nuestro corto estudio sobre el Matrimonio, y nos resta, para terminar nuestras conferencias sobre los sacramentos, estudiar el sacramento del Orden. Como el sacramento del Matrimonio, el sacramento del Orden tiene un fin social. El Matrimonio está destinado a consagrar y santificar la familia humana; el Orden debe proveer al bien de la sociedad espiritual fundada por Jesucrito. Trataremos hoy, pues, del sacramento del Orden, y empezaremos por ver los poderes que confiere. Pueden reducirse a tres: poder de enseñar, poder de consagrar, poder de absolver; tres cetros, puestos por Jesucristo mismo en las manos de sus sacerdotes para el mayor bien de la sociedad cristiana.

I. Poder de enseñar.

"De todos los puestos que un mortal puede escalar en la tierra—dice Lamartine,—el más elevado es el púlpito." En efecto, señores, en el púlpito ejerce el sacerdote una función sagrada, un ministerio querido por Dios. Escuchad las cartas credenciales del sacerdocio católico cuando os dirige la palabra santa. Están escritas en el Evangelio mismo: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Como mi Padre me envió, así yo os envío. Id, enseñad a las naciones. Yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos. Pedro, he rogado por ti para que tu fe no desmaye. Confirma a tus hermanos en la fe. El que os escucha, a mí me escucha; el que os desprecia a mí me desprecia. *Euntes docete.*" *Euntes docete*: entendamos bien estas palabras, señores, y tratemos de apreciar su inmensa trascendencia, pues sobre ellas descansa todo el magnífico edificio de la fe cristiana. Jesucristo no hizo más que pasar por la tierra, no vivió más que en un país reducido, y esto no obstante, en El solo reside, por todo tiempo y lugar, la salud y la vida. ¿Cómo todos los tiempos y todos los lugares irán a El? Por su Iglesia. La Iglesia es la permanencia, la supervivencia, la irradiación, el desenvolvimiento de Jesucristo en el mundo. Mas ¿cómo la Iglesia tomará posesión del mundo? Por la palabra "*Euntes docete.* Id, enseñad."

No os engañéis, señores, sobre el origen de la palabra sacerdotal; brota ella

De las profundidades de la eternidad; sale del seno mismo de Dios, semejante a esos ríos impetuosos cuya velocidad se mide por la altura de las cimas de que descienden. He ahí la fuente, he ahí el depósito. Dios, al arrojar la palabra sobre la tierra, no la abandonó al

acaso. Era preciso colocar en alguna parte esta divina palabra. Pues bien, no solamente la fijó en libros inspirados, cuyos autores El mismo instruyó, escogió y dirigió, sino que confió su depósito a la guarda de la Iglesia establecida por El; y habla en esta Iglesia, ya por boca de los concilios ecuménicos, compuestos de obispos sucesores de los Apóstoles y presididos por el Papa, ya por el Papa mismo, sucesor de Pedro y predicador infalible de la Iglesia universal en todas las materias que tocan a la fe, a las costumbres, a la disciplina general. Sí, el mismo Dios que creó la cuna en que dormita el océano, preparó con su palabra un depósito providencial, la Iglesia católica, y de esta Iglesia infalible desciende la verdad sobre el mundo. La palabra sacerdotal está primeramente en Dios; Dios la da a su Hijo, su Hijo la da a la Iglesia, y la Iglesia la da a sus sacerdotes, que la hacen circular por las almas.

Escuchad al ministro protestante. Sin duda que su palabra es respetable, pero él ¿de dónde procede? De otros ministros que se han sucedido sin poder borrar la mancha de su origen, ni la fecha de su sacrílega usurpación. Su autor común es Lutero; la fecha de su principio, el siglo XVI; y más allá de esta genealogía, ni el menor fundamento en lo pasado, ni una sombra que puedan hacer salir de la tumba, para tenderles la mano y unirse por medio de ella a los Apóstoles y a Jesucristo. El sacerdote católico tiene un pedestal, la tradición de diecinueve siglos, y, por imperfecta que sea la forma, su predicación posee una autoridad sorprendente, una autoridad divina, puesto que viene de Jesucristo por mediación de los Apóstoles y de sus sucesores. El sacerdote va a buscar la palabra que anuncia en los labios mismos de la Iglesia infalible, y, si algún sacerdote se apartase de la verdadera doctrina, sería reprendido por su

obispo, y el obispo no podría apartarse de ella a su vez sin ser reprendido por aquel que recibió la orden de confirmar a sus hermanos en la fe. Admirad, señores, ese gran fenómeno de la palabra sacerdotal. La Iglesia toma un niño, un joven, a veces en los más humildes valles de la sociedad; lo transforma, lo consagra, y le dice: "Habla; ahora tienes el derecho y el deber de hacerlo. Se te ha confiado la palabra sacerdotal, ese algo inalienable, divino, eternamente libre, y te ordeno que la lleves a todas partes, sin que nadie tenga jamás el derecho de sellar tus labios un solo día de la vida. Ve y predica."—"Pero, Señor, yo no soy elocuente—exclama el joven levita, aterrado como Moisés por la grandeza de su misión; mi lengua es vacilante, y mis labios están obstruídos. No, Señor, no me toméis por intérprete cerca de vuestro pueblo"—"Lo quiero—responde el Señor Dios.—Marcha, hijo mío; pondré mi verdad en tu boca, y te enseñaré lo que debes decir." Y ahora, ved ahí un sacerdote, un hombre obscuro, un desconocido, un pobre, cuyo nombre no está inscrito en el frontis de ninguno de los templos de la ciencia; es sobre la tierra el depositario del órgano de la palabra divina, y ésta brota de sus labios en oleadas inagotables. Habla, enseña, exhorta, pero no es un profesor que nos comunica sus ideas, ni siquiera un padre que instruye a su familia; no habla ni en nombre de la filosofía, cosa discutible, ni en nombre del afecto, cosa personal, ni en nombre de la patria, cosa local; habla en nombre de Dios, la orden de Dios resuena en sus labios, es el Eterno que se expresa por su boca. Sí, señores; somos pecadores como vosotros, pero, aunque pecadores, no dejamos de ser ministros legítimos de la palabra de Dios; he ahí por qué podéis estar seguros de las verdades que os son anunciadas. La palabra sacerdotal ordena la confianza y la docilidad, porque es la palabra de Jesucristo.

Pasemos ahora de la cátedra al altar, y contemplemos allí al sacerdote ejerciendo el

II. Poder de consagrar.

1.º *¿Qué hace el sacerdote en el altar?* Consagra. Toma en sus manos la víctima del Calvario, la coloca entre el cielo irritado y la tierra culpable, y, en virtud de esta poderosa mediación, perdona Dios a su criatura culpable. El mundo caído tiene necesidad de un intercesor cerca de Dios. ¿Cómo llegaría a Dios, al Dios purísimo, si está manchado de crímenes; al Dios altísimo, si no es más que bajeza y nada; al Dios justísimo, si siempre está expuesto a los rayos de la divina venganza? Busca, pues, un representante, un mediador. En todos los siglos, en todos los pueblos, hallamos esa preocupación ardiente, tenaz, de crear un sacerdocio encargado de reanudar con el cielo relaciones que la tierra, por sus crímenes, rompe constantemente.

El paganismo arrojó sobre esta tradición del género humano el fango con el cual manchó todas las otras, e hizo de sus sacerdotes los pontífices de sus vicios y los consagradores de sus degradaciones. Pero aun su persistencia en mantener el sacerdocio, mostraba que aquella mediación misteriosa era reclamada por una angustia universal, y respondía al grito de todo el linaje humano.

Pero entre nosotros, en el cristianismo, se halla el verdadero sacerdote, el sacerdote que reconcilia el cielo con la tierra. *"Habemus altare;* tenemos un altar", y allí, en este altar, toma el sacerdote en sus manos la víctima del Calvario. Entre las manos del sacerdote se opera

un cambio, una revolución más grande que el levantamiento de un mundo. El pan y el vino se cambian en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, y sobre el altar está Jesucristo mismo, todo entero, Jesucristo en la integridad de la naturaleza humana y con las riquezas de la naturaleza divina. Señor, ¿qué es el hombre para que le deis ese incomparable honor, esa facultad sobrehumana de penetrar los cielos, de traeros a la tierra, de tomaros tal cual sois en sus débiles manos, de fijaros, invisible y presente, en las mezquinas apariencias del pan y del vino? No digas ya ¡oh David! que Dios colocó al género humano un poco por debajo de la naturaleza angélica, no digas ya que el hombre es un ángel disminuído, porque en el santo sacrificio de la Misa, la naturaleza angélica está silenciosa y temblorosa; el hombre habla y manda, los ángeles adoran y el sacerdote consagra. El sacerdote toma en sus manos la riqueza del Calvario, y la coloca entre el cielo irritado y la tierra culpable. Un día el Hombre-Dios se tendió sobre el árbol de la cruz; el género humano tenía necesidad de la sangre expiadora, de una sangre pura, inmaculada, sin contacto con el pecado y más grande que los hombres, de una sangre divina. Hela ahí, brota de la cruz, y sella nuestra reconciliación con Dios.

Pero si Jesucristo sólo murió una vez, halló el secreto de perpetuar su sacrificio, de renovarlo cada vez y en todas partes, de aplicar sus méritos infinitos. Por el sacerdocio, Jesucristo continúa su inmolación. El altar es el Calvario, sin la efusión dolorosa de la sangre, pero con ese anonadamiento sin medida, que es el carácter propio del sacrificio eucarístico; en la cruz estaba únicamente oculta la divinidad del Salvador; en el altar queda velada su misma humanidad; el mismo cuerpo sagrado entregado en el Calvario, es todavía entregado

en el altar por la vida del mundo; roto a golpes y heridas durante su pasión, es todavía roto durante la Misa, pero en el sentido de que está colocado en forma de alimento bajo las apariencias de pan, y está destinado a servir realmente de alimento; la misma sangre, tan pura, que corre a raudales sobre la cruz, corre todavía con la misma abundancia en el cáliz después de la consagración, se nos presenta bajo las apariencias de vino, para convertirse en nuestra bebida, y está dispuesta a derramarse sobre las almas, para la remisión de los pecados. Sí, el sacerdote en el altar, teniendo en sus manos la víctima del Calvario, reconcilia la tierra con el cielo, y este prodigio es perpetuo y universal. Hace ya diecinueve siglos que esto dura; a toda hora, de día o de noche, la inmolación de la Víctima celestial se renueva en ambos hemisferios; y cuando el cántico vesperal de las Completas anuncia la caída del día en nuestra Europa, el de Maitines precede ya a la aurora en otras regiones; y mientras que la noche sepulta en sus sombras nuestro hemisferio, el augusto Sacrificio es celebrado en los Andes y en las islas del Pacífico. El sol ilumina incesantemente la producción milagrosa de la Eucaristía, y desde el Viejo al Nuevo Mundo, el santo Sacrificio se continúa sin interrupción, como la vida orgánica, la respiración de las plantas, la rotación de la tierra sobre su eje, o la traslación del sol por la inmensidad del espacio. He ahí la obra inmensa, universal, del sacerdocio católico. Pero ¿cuál es

2.° *¿El secreto de esta maravillosa operación?* ¿Cómo el sacerdote puede ejercer su misión de mediador, si él, como todos los hijos de Adán, sus hermanos, vese encorvado por la carga del pecado? ¿Cómo puede reconciliar a los otros, si primeramente tiene él necesi-

dad de reconciliarse con Dios? He aquí la explicación de este misterio. El sacerdote católico se presenta ante Dios, conducido por el Sacerdote eterno, el Sacerdote-Dios, de cuya santidad y poder se halla investido, cuya obra continúa, cuya oblación enteramente divina ofrece. El sacerdote en el altar es absorbido por Jesucristo. Lo que hizo Jesucristo la víspera de su muerte instituyendo la Eucaristía, lo hace con el mismo poder el sacerdote. Jesucristo tomó el pan; el sacerdote toma la hostia; Jesucristo bendijo el pan, y lo mismo hace el sacerdote; Jesucristo dijo a sus discípulos: "Tomad y comed, este es mi cuerpo;" el sacerdote repite estas palabras, no como suyas, sino del Salvador; y no dice: "Este es el cuerpo de Jesucristo", sino que dice: "Este es mi cuerpo." En este momento supremo, ya no es él solamente el que habla, es Jesucristo el que habla por su boca, el que hace desaparecer con su omnipotencia la substancia del pan y del vino, para sustituirlas con la substancia de su cuerpo y de su sangre, el que se abandona en manos de su ministro, el que se pone, por medio de él, en estado de inmolación visible. Así, ante el sacerdote, ante ese mortal portador de la sangre de un Dios, el cielo se abre, el Santo de los santos aparta su velo, se retira la justicia, la misericordia y la gracia triunfan. El sacerdote, por su unión con el Pontífice supremo, se convierte en un ser enteramente celestial, enteramente divino, en un Dios que también merece en Jesucristo ser escuchado a causa de su dignidad. En el altar, el sacerdote no hace más que uno solo con Jesucristo, y del mismo modo que, en el Calvario, Dios estaba en su Cristo reconciliando al mundo, así también, en el altar, está en el sacerdote prosiguiendo la misma obra de reconciliación, *Deus erat in Christo*. En el altar como en el púlpito, el sacerdote ejerce su ministerio sobrenatural y divino; distri-

buye la palabra que salva, y consagra la víctima que expía; pero no quedan con esto limitados sus poderes, pues en el tribunal de la Penitencia reconcilia a las almas con Dios.

III. Poder de absolver.

Toma en sus manos consagradas el alma del pecador, la purifica con las palabras de la absolución, le concede el perdón, la paz, la amistad de Dios. Sí, el sacerdote, y solamente el sacerdote, tiene el poder de ir a las almas, de obrar sobre las almas, de resucitarlas, de arrojar sobre ellas la gran palabra de la reconciliación, *verbum reconciliationis*, que llama a la vida. No solamente el sacerdote santifica las almas, es decir, les da y les sustenta la vida, la vida divina y eterna, por la palabra santa, por los sacramentos, por la gracia que comunica en todas las funciones de su ministerio, sino que solamente él da esta vida por el poder de su absolución. ¿Comprendéis la grandeza, la majestad, de esta función sacerdotal? Tomar un alma enemiga de Dios, horrible a los ojos de los ángeles, y devolverle su inocencia, abrirle el cielo, hacerla resplandecer con todo el esplendor de la vida sobrenatural, ¡qué maravilla! El poder mismo de llevar el cuerpo de Jesucristo al altar me parece menos prodigioso que el poder de llevar a Dios a un alma odiada por El, y hacer entrar el espíritu santificador en ese tabernáculo manchado todavía por la presencia de su enemigo. Y notad bien que la absolución que da el sacerdote es una palabra de autoridad, un juicio resolutivo, una sentencia irrevocablemente pronunciada. El sacerdote habla como juez, no como suplicante, ni como abogado. Dice: "¡Te absuelvo!" Y al punto se abre el cielo lleno de alegría, Dios desciende con su gracia y vuelve a

entrar en el alma pecadora, como la luz en la obscuridad y la vida en la muerte.

Y esta maravilla se renueva sin cesar y en todas partes. Allí donde hay un alma pecadora se presenta el sacerdote para levantar la caña medio quebrada y reanimar la mecha humeante todavía. Llega, perdona, no una vez sola, sino setenta y siete veces siete; perdona, no solamente el pecado, sino la vergüenza, no solamente la vergüenza, sino el remordimiento. Y esto dura hace ya diecinueve siglos. El sacerdocio con sus manos desarmadas y siempre bienhechoras, acoge a los pecadores, los perdona, los reconcilia con Dios.

Y ahora, si me preguntáis: *¿Cuál es el secreto de esta maravillosa operación,*? os diré: "El sacerdote en el santo tribunal, como en el altar, como en el púlpito, es instrumento visible de Jesucristo. Detrás de esta mano frágil que se eleva sobre una cabeza culpable, hay la omnipotencia de Dios. A través de esta voz que cae sobre un alma manchada para atraer sobre ella la gracia, hay el Verbo divino que pasa, que desciende, que obra."

El sacerdote es un instrumento al cual está como encadenada la mano Omnipotente para obrar como quiera, puesto que se le dijo al sacerdote: "Los pecados serán perdonados a aquellos a los cuales los perdonareis, y serán retenidos a aquellos a los cuales los retuviereis."

El poder sacerdotal deriva de Dios, y sólo de Dios, por Jesucristo. Así, pues, sea el que fuere nuestro valor propio e individual, nuestras personas desaparecen ante los poderes de que estamos investidos. La fortuna, el saber, el genio, la elocuencia, la virtud misma, sólo vienen aquí en segundo término; detrás del sacerdote está el que supera todo el conjunto de las cosas creadas, está Jesucristo, que se identifica con él. Este origen sobrenatural, este carácter sobrenatural y único del poder sacerdotal, os permite inclinaros ante él sin que vuestra dignidad de hombres quede jamás menoscabada por una sumisión que únicamente se dirige a Jesucristo. Aunque concentrarais en vosotros todos los poderes de la tierra, y reunieseis en vuestra frente todos los rayos del genio, todos los esplendores de la gloria; aunque fueseis Teodosio o Carlomagno por el poder, Pascal o Newton por la ciencia, Turena o Condé por el valor, podríais sin desdoro arrodillaros ante ese hombre, por humilde que sea, a quien Jesucristo consagró como su ministro y su representante. Podéis sin humillación alguna escuchar sus palabras, recibir su perdón, porque en los poderes que ejerce, el hombre no es nada; Dios lo es todo. Pero ¡si es un joven! diréis. ¿Qué importa? El sacerdote no tiene edad. Cualquiera que sea el número de sus años terrenales, es sacerdote eterno, lleva en la frente los siglos de la Iglesia, y todos, al inclinarse ante él, se inclinan ante una majestad secular, ante un poder que cuenta los años de Dios. Es el anciano que ofrece la oblación santa en el altar, el anciano que pronuncia en el santo tribunal formidables sentencias, el anciano, en fin, que acoge todas las almas torturadas, todos los corazones angustiados, para reconciliarlos con Dios.

En el santo tribunal, el sacerdote no hace más que uno con Dios, y Dios está en él como estaba en su Cristo reconciliando al mundo culpable.

El sacerdote en el púlpito es Jesucristo en la montaña, enseñando a las turbas agitadas las verdades eternas. El sacerdote en el altar es Jesucristo en el Calvario, derramando su sangre redentora sobre todo el linaje humano. El sacerdote en el confesonario es Jesucristo junto al pozo de Jacob entrando en la conciencia de la Samaritana, cuidando y salvando al alma culpable.

Acercaos, pues, al sacerdote vosotros todos que tenéis necesidad de luz, de perdón y de salud; él os iluminará, os perdonará, os salvará en nombre de Jesucristo, cuyo representante y órgano es.

Así sea.

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

El Orden

II.—La fuente del sacerdocio (1)

Hermanos míos:

La continuación de nuestras conferencias me lleva a hablaros hoy de la vocación. Es un asunto demasiado grave e importante para que no aproveche la ocasión que se me ofrece de tratarlo ante toda la parroquia reunida. Por otra parte, hablar de la vocación, es cantar las alabanzas del Espíritu Santo, padre de las luces, fuente de la vocación y fortaleza de los Apótoles. Veamos, pues, lo que es la vocación y cuáles son vuestros deberes para con ella.

(1) Esta conferencia fué pronunciada en la Misa mayor, ante toda parroquia, el día de Pentecostés.

I. ¿Qué es la vocación?

La vocación es el llamamiento que Dios hace oir a los que destina al sacerdocio.

¿Es preciso, pues, ser llamado por Dios para ser sacerdote?

¿Cómo se manifiesta este llamamiento?

¿Por quién es comprobado y verificado?

La respuesta a estas tres preguntas os enseñará lo que es la vocación.

No es sacerdote el que quiere serlo, sino el que Dios ha destinado para serlo. El sacerdocio no es un oficio ni una profesión ordinaria que uno abraza por necesidad, por interés, por ambición. No, es una función divina, y, para aspirar a ella, preciso es ser llamado a ella por Dios mismo.

Esta ley está escrita en los actos y palabras de Jesús cuando creó el sacerdocio en la persona de los Apóstoles.

En sus actos. Pasaba Jesús a lo largo del mar de Galilea, cuando vió a Simón y a Andrés, su hermano, que echaban las redes. "Seguidme—les dijo;—os haré pescadores de hombres." Siguiendo más adelante, vió a Santiago y a Juan, su hermano, que remendaban en una barca sus redes, y les dijo: "Seguidme." Iba a salir de Cafarnaúm, cuando vió en el despacho de la aduana a Mateo el publicano: "Sígueme." Cerca de Caná distinguió debajo de una higuera a Bartolomé, y le invitó a seguirle. Y lo mismo hizo con los otros apóstoles. Es el santo llamamiento al apostolado, y Jesús es quien lo hace.

Trasladémonos ahora al pie de una montaña de los alrededores de Tiberíades. Una muchedumbre inmensa se aprieta en torno de Jesús; todo el mundo quiere verle, oirle, tocarle. De repente, del seno de esta muchedumbre llama Jesús a doce hombres, a los cuales consagra definitivamente apóstoles. ¿Cuáles fueron estos hombres? Los que El mismo quiso, dice el Santo Evangelio.

Los apóstoles obedecieron, y en esto consiste su eterna gloria; pero Jesús fué quien los llamó.

Del mismo modo, antes de abandonarlos, el Maestro se lo dirá. Escuchad *sus palabras.*

Era la noche del Jueves Santo; los Apóstoles iban a quedar los únicos representantes de Dios en la tierra, y los poderes de la Divinidad les iban a ser conferidos. Contra ellos, humildes pescadores galileos, iba a sublevarse el mundo; ¿no temblarían ellos? Bajo sus manos iban a multiplicarse los milagros; ¿no se enorgullecerían? Para fortalecerlos contra el mundo y contra ellos mismos, llama Jesús a los que iban a ser sus apóstoles, y les dice: "No me habéis elegido vosotros; yo soy quien os ha elegido."

Desde entonces, siempre ha ocurrido lo mismo. Los diecinueve siglos pasados no han modificado en nada el plan divino. Jesús continúa pasando cerca de nuestros mares o de nuestras montañas, por nuestras llanuras o por nuestras ciudades, sin cuidarse de las distinciones humanas, sin hacer caso de las posiciones terrenales; ve un niño, un adolescente, y deja caer de sus labios divinos en su alma las misteriosas palabras: ¡Sígueme! Esto basta; este niño puede aspirar al sacerdocio; esto basta, pero esto es necesario: nada hace digno del sacerdocio fuera del llamamiento divino. Nadie diga, pues: Yo seré sacerdote, sino: ¿Soy llamado al sacerdocio?

¿Cómo se manifiesta este llamamiento de Dios? ¿Es que se reconoce que uno es llamado al sacerdocio? Je-

sús ya no está aquí para designarnos con el dedo y decirnos con voz que no admite el equívoco: "¡Ven!"

Se reconoce el llamamiento divino mediante dos signos que son ordinariamente la aptitud y el atractivo.

La aptitud. Función divina, sustraída, en lo tocante a su reclutamiento, a los caprichos y cálculos humanos, el sacerdocio debe ejercerse, ello no obstante, entre los hombres, y necesita, por consiguiente, cualidades que permitan ejercerlo. No son llamados al sacerdocio aquellos a los cuales ciertas enfermedades o deformidades corporales impedirían cumplir el santo ministerio, ni aquellos a los cuales falta el grado de inteligencia necesario para adquirir la ciencia sagrada. El dedo divino los declara ineptos para el sacerdocio; pero fijaos bien en que digo al sacerdocio, no a la santidad, pues hay grandes y hermosas almas en cuerpos débiles y deformes, y creo que muchas bellezas humanas palidecerán súbitamente el día del juicio ante los rayos resplandecientes que despedirán algunas de esas fealdades que agobian con su desdén y su insolente sonrisa.

Pero entre los que tienen las aptitudes físicas y normales, ¿cómo reconocer a los llamados? Por

El atractivo. El atractivo "es demasiado delicado—dice Mons. de Hulst—para que sea de fácil definición; pero es de tal modo obra de Dios, que no es posible desconocerlo, una vez sentido." Es una especie de gusto interior que, primeramente, hace que el sacerdocio complazca y agrade, que luego encuentra dulces todos los sacrificios y todas las separaciones necesarias para lograr el ideal entrevisto; que hace que el alma se conmueva y se entusiasme a cada palabra que le revela las sublimidades del sacerdocio. El atractivo, potencia misteriosa e íntima, que, en algunos, se revela desde los juveniles años, en las primeras fantasías de la infancia: a los diez años

Turena reñía batallas, Rafael bosquejaba cuadros, San Carlos oficiaba en un pequeño oratorio. El atractivo es cosa real; ¿no se dice a veces: Pero cómo admitir esos jovencitos en el seminario? ¿Saben ellos lo que hacen? Palabras irreflexivas; ¿por qué tal niño de la misma edad, preguntado al efecto, respondió: "No, yo no quiero ser sacerdote?"

La aptitud y el atractivo; tales son los medios ordinarios de que se vale Dios para manifestar la elección que hace de un alma. Digo los medios ordinarios, porque Dios puede emplear, y emplea a veces, medios extraordinarios: crea aptitudes allí donde faltan; se han visto santos a los cuales un defecto físico parecía hacer impropios para el sacerdocio, recibir de repente el don de una palabra convincente. Habla El mismo y manifiesta muy alto su voluntad: aterrado San Pablo en el camino de Damasco, recibe la orden de ir a encontrar a Ananías; San Francisco de Asís recibe la orden, en el santuario que dedicó después a Nuestra Señora de los Angeles, la revelación de su misión futura. Pero estos son hechos extraordinarios. Ordinariamente la vocación se manifiesta por la aptitud y el atractivo.

Pero ¿quién comprobará y declarará la realidad de esas aptitudes y atractivos?

Hermanos míos, los obispos y el pueblo.

A la entrada de la carrera sacerdotal, han colocado barreras los obispos: los seminarios; y tras esas barreras, guardianes: los directores de los seminarios. En esas casas silenciosas, y cerca de esos hombres, preparados, por la oración, el estudio y la soledad, para discernir espíritus, el que se cree llamado por Dios, estudia y comprueba sus aptitudes y atractivos. Si recibe una respuesta favorable, advierte de ello a los fieles de su parroquia en la plática del domingo, y si éstos no

protestan, admítelo el obispo a la recepción de las Ordenes sagradas: tal es el llamamiento definitivo, la sanción suprema: al hombre toca obedecer.

II. Deberes para con la vocación.

¡La obediencia! Sí, tal es la palabra que resume muy bien todos nuestros deberes para con la vocación, ora se trate del llamado, ora de sus padres o de la comunidad de los fieles.

¿Experimenta un adolescente en su alma el deseo, el atractivo del sacerdocio? Su primer deber es comprobar este atractivo: ¿es real, viene de Dios? Para averiguarlo, debe abrir el corazón a su confesor, debe examinarse a sí mismo, debe recurrir a las luces de un director ilustrado, debe someterse a los ejercicios y al estudio que se le impondrá con este objeto; hágalo sin temor, pues no se violentará su libertad. Hermanos míos, es un error grosero el creer que, una vez en el seminario o en el noviciado, debe uno necesariamente permanecer en él, y que se hace lo indecible para retenernos allí. ¿Por ventura no vemos llegar dos personas a buscar al mismo tiempo, en el mismo asilo, cerca del mismo director, luces para lo por venir, y acabar la una abandonando el mundo y la otra regresando a él?

Examínese el llamado y sométase.

Examínese el llamado, y responda como Samuel: "¡Heme aquí, Señor!" Sométase sin tardanza. "Cuando llegue la hora de obedecer al Señor, que me había separado, desde el seno de mi madre, para enviarme a predicar el Evangelio, rompí con la carne y con la sangre." Tal fué el grito de San Pablo; sea este también nuestro grito. A este efecto, tiene Tertuliano una frase

que hace estremecer: "Toda la razón de ser de la condenación, reconoce a menudo por causa la infidelidad a la vocación." Ese hombre que espanta a la tierra con sus crímenes, quizás si hubiera escuchado la voz de Dios, sería un santo, y el que parece un demonio, sería un ángel. Ya puede ser rudo el camino, que si Dios os quiere en él, lo recorreréis con seguridad y alegría, pues su gracia solícita os sostendrá en él. Ya puede ser fácil, que si lo emprendéis contra su voluntad, encontraréis en él mil dificultades.

Sométase sin tardanza, y también sin pesar; sí, dé gracias a Dios por haber sido llamado a su servicio. Quizás en el momento de entregarse enteramente a Dios, tiemble su juventud espantada por el peso de la carga que echa bajo sus hombros, seducida por la dulzura de los placeres rechazados por siempre jamás; nada de extraño; es el grito de la naturaleza; pero que espere y dé gracias por lo menos. La vida no tardará en enseñarle que, bajo ricos decorados y apetitosos cebos, oculta el mundo horribles llagas y espantosos dolores, y la experiencia le mostrará muy pronto la verdad de estas palabras del Salmista: "Vale más un día en tu templo que mil en los palacios de los hombres." Dé gracias, y aunque pase penas, trabajos y dolores, no dejará de oir siempre en el fondo de su corazón la voz de Jesús compasivo y bueno, y de cuando en cuando gustará esa alegría desconocida del mundo, que hacía decir a San Pablo: "Superabundo de alegría en mis tribulaciones."

El deber del llamado consiste en obedecer; es también el de sus padres.

Sólo Dios es dueño de la vocación. *Padres,* no digáis jamás: Mi hijo será sacerdote", o "no será sacerdote." Será lo que Dios quiera.

No alentéis la vocación de vuestros hijos. Cualquiera que sea el ardor de vuestros deseos, sin duda muy loables, de ver un sacerdote en vuestra familia, no lo toméis por una inspiración de lo alto, ni vuestra imaginación por la voluntad de Dios; no impulséis a vuestros hijos, a pesar de ellos, a una carrera que está reservada exclusivamente a los elegidos de Dios.

¡Qué dolor para vosotros si un día, ese hijo demasiado dócil dijera de vosotros las palabras que pronunció Talleyrand, obispo infiel a sus deberes, para justificar sus defecciones: "Todo el respeto que debo a los que me dieron el ser, no me impedirá decir que toda mi juventud fué inclinada a una profesión para la cual no había nacido!"

No hagáis la vocación de vuestros hijos, pero tampoco, y aun añadiré *sobre todo,* no pongáis obstáculos a la vocación de nuestros hijos. Eso sería quizás más bien empujar a vuestros hijos a los bajos fondos, que apartarlos del camino que conduce a las alturas. Escuchad este relato de San Juan Crisóstomo: "Conocí—dice—un joven cuya primera juventud estuvo exenta de pasiones y cuya virtud admiraba toda la ciudad. Hoy ya no es el mismo: rumores escandalosos se le atribuyen; se le ha visto en las plazas públicas con sospechosas compañías; ¿qué digo?, se ha quitado la máscara, es un impío corrompido. Infortunados padres, deploráis su pérdida. Consultad vuestros recuerdos y decidme: ¿No es verdad que hicisteis lo indecible para apartarlo del estado eclesiástico? ¿No es verdad que pronunciabais, de cuando en cuando, algunas palabras que hacían presentir los obstáculos que opondríais a su entrada en las Ordenes? ¿No es cierto que lo lanzabais con más frecuencia al mundo? ¡Ah, padres desgraciados, qué hicisteis? ¡Hubiera él honrado el santuario, y ahora hace enrojecer al mundo!" "Lo mismo podría decir de esa infortunada—añade el Crisóstomo—que gime en los lazos de un matrimonio que le fué impuesto. ¡Hubiera edificado al claustro, y escandaliza a la tierra! ¡Hubiera vivido feliz en el retiro, y morirá de dolor en el mundo!" No pongáis trabas a la vocación de vuestros hijos. Aunque ello os cueste desgarros y sacudidas; aunque sea preciso renunciar a ciertos sueños entrevistos, decid como aquel catedrático universitario en el momento en que su hijo entraba en el seminario: "Aunque pudiera impedirlo, no lo haría; pero sólo tengo un hijo, y es muy duro." La vocación es una planta delicada; para crecer y engrandecerse, tiene necesidad de evitar los grandes choques y las temperaturas demasiado movidas; necesita un ambiente propicio. ¿Ofrecéis siempre este ambiente a vuestros hijos? El placer, la frivolidad, la indiferencia, ¿no vienen con frecuencia a adormecer el fermento divino, a ahogar la flor que, bajo otro techo, y otras influencias, se desarrollaría llena de gracia y lozanía?

Padres, respetad el llamamiento divino.

Fieles, vosotros también obedeced a Dios, creyendo en la vocación, fomentando las vocaciones, orando por las vocaciones.

Creed en la vocación. Dios es el que elige a sus sacerdotes y llama a quien quiere; no critiquéis, no juzguéis la elección divina, no tengáis dos medidas para apreciar la entrada en el santuario: compadeciendo a éste, porque deja una fortuna y un porvenir brillante; alabando a aquél, porque, pobre, se labra una posición; atribuyendo al uno un mérito muy grande, y al otro un cálculo interesado. No, uno y otro obedecieron a la misma voz divina, su mérito es el mismo. En cuanto a vosotros, retened estas palabras de Dios transmitidas por el pro-

feta Isaías: "Vuestros pensamientos no son mis pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos."

Fomentad las vocaciones. Fieles que no habéis tenido que pagar vuestra deuda de sangre en el reclutamiento del sacerdocio, cuando la Iglesia os tienda la mano para sus seminarios, ayudadle a formar y alimentar sacerdotes que, en el santo ministerio, consigan bienes que os sean atribuídos aun después de vuestra muerte.

Rogad por las vocaciones. En tiempos de perturbación, prodúcense dos hechos: de una parte, la necesidad de mayor número de sacerdotes, para hacer frente al enemigo y rechazar sus multiplicadas agresiones; de otra, la dificultad de que germinen y crezcan las vocaciones en medio semejante. ¿Hay que perder por ello la esperanza? No, sino recordar que Dios es el que crea la vocación y deposita sus gérmenes en el corazón de los hombres. Conjurémosle, pues, con ardientes y fervientes oraciones para que las multiplique y las fecunde.

Permitidme, hermanos míos, que os cite para terminar, las hermosas palabras de un gran cristiano, Mons. Acarie; ellas resumen admirablemente toda esta instrucción: "Si tuviera solamente un hijo, y fuese yo la reina de todo el universo, y debiese ser él mi único heredero, y Dios lo llamase a entrar en religión, no lo impediría en modo alguno; mas si tuviese cien hijos, y no tuviese nada por dejarles, no quisiera hacer entrar por mí mismo uno solo en religión, porque es preciso que la vocación venga únicamente de Dios. El estado de religión es cosa tan elevada, que todo el mundo junto no es capaz de hacer un buen religioso, si Dios no pone mano en ello."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

El Orden

III. — Los beneficios del sacerdocio en el orden temporal

Señores:

Os he descrito los poderes del sacerdocio, y os he mostrado la fuente sagrada que asegura el reclutamiento sacerdotal. Echemos ahora una rápida ojeada sobre los frutos benditos que han germinado bajo la acción bienhechora del sacerdocio. Hablemos hoy de los beneficios del sacerdocio en el orden temporal y humano. "Cosa admirable—dice Montesquieu;—la religión cristiana que parece no tener por objeto más que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad aquí bajo."

Me apoyo, señores, en estas célebres palabras, y mi conferencia no será más que el comentario y justificación de ellas. El sacerdocio católico trabaja en la dicha temporal del género humano. Esto es lo que intento probaros al mostraros: 1.º que el sacerdocio no es ene-

migo de la civilización; 2.° que el sacerdocio es el guardián de la civilización.

I. El sacerdocio no es enemigo de la civilización.

¡La civilización! Hay que empezar por abrir esta gran palabra, por descomponerla y hacer salir de ella todos los elementos que contiene. ¿Qué es la civilización? Es el conjunto de las cosas propias para asegurar a las sociedades la mayor suma de felicidad y honor. ¿Cuáles son estas cosas? Hay que colocar en primera fila la religión y la moral. Sin ellas no hay sociedad posible; con ellas, el cuerpo social está en buen estado. Después de la religión y la moral, que satisfacen las necesidades del alma y del corazón, y son base de todo lo demás, vienen la agricultura, el comercio y la industria, que responden a las necesidades del cuerpo. Finalmente, una tercera categoría de elementos constitutivos de la civilización, que responden especialmente a las necesidades de las facultades del alma, son las letras, las ciencias y las artes. He ahí todo lo que entra en la civilización. Pues bien, ¿a cual de estas cosas se opone el sacerdocio? A ninguna. No me contento con afirmarlo; voy a probarlo.

1.° *¿Se opone el sacerdote a la religión y a la moral?* Sostenerlo, sería absurdo.

El sacerdote católico profesa sobre Dios las creencias más elevadas y le ofrece el culto más perfecto. Sostenemos en el mundo ideas, creencias, hábitos religiosos. No vivimos más que para la religión, y nuestras fuerzas se consumen en defenderla, en predicarla, en propagarla. Evidentemente, no somos enemigos de la religión.

¿Somos enemigos de la moral? Cítese en nuestra enseñanza una sola prescripción encaminada a justificar las pasiones, a lisonjear los malos instintos del corazón, a acreditar el vicio en la tierra. Los mismos indiferentes se ven forzados a confesar que los ministros de la Iglesia no enseñan más que buenas y excelentes cosas, y los incrédulos, que discuten los artículos del símbolo, no se atreven a discutir la belleza del decálogo.

La prueba de que no somos enemigos de la moral ni de la religión, es que ponemos el progreso moral y religioso por encima de todo.

Este siglo, bien lo sabéis vosotros, hace poco caso de la verdad y de la virtud. Habituado a manipular la materia, para que le produzca dinero y goces, tiene en poca estima las cosas inmateriales, y si ha de elegir entre una buena comida y un acto de abnegación, entre un saco de escudos y una oración, de buen grado sacrificará los deberes para con Dios y el prójimo, al goce egoísta y bajo. El sacerdocio católico condena semejantes propensiones, y, a pesar de todos los vientos contrarios, nuestra barca remonta la corriente. Tenemos un símbolo de fe en medio de un mundo que ya no cree en nada, una regla de costumbres en una sociedad que se corrompe, esperanzas de vida y de inmortalidad, cuando todo en torno nuestro nos muestra el reinado del escepticismo, de la desesperación y de la nada. No, jamás el sacerdocio pactará con lo que hay de perverso en nuestro siglo, con los errores que lo ciegan, con las pasiones que lo pervierten, con la indiferencia que lo deshonra, con el mal que lo empuja al abismo. ¡Viva Dios y su ley santa! He ahí nuestro grito de guerra. Somos los defensores de la religión y de la moral, y como os lo he dicho antes, esto es tan verdadero, que precisamente tenemos por adversarios todos los enemigos de Dios y de su ley.

La causa de Dios y del bien se identifica con la nuestra. Esto constituye nuestro honor, y es prueba evidente y palpable de que no somos opuestos ni a la religión, ni a la moral.

2.º *¿Es opuesto el sacerdote a la agricultura, a la industria y al comercio?*

Sostenerlo, sería absurdo.

El sacerdote predica la gran ley del trabajo, la gran ley de la propiedad, la gran ley de la probidad; trípode sagrado, sobre el cual reposan las grandes cosas que acabo de nombrar: agricultura, industria, comercio.

Durante los diez siglos de Edad Media, el sacerdocio roturó la mayor parte de nuestros campos, antes cubiertos de bosques salvajes. Con frecuencia se habla en ciertos círculos de las invasiones del clero, y con esta palabra descarrían a los pueblos, los conducen, los impulsan a la violencia, y aun al pillaje. Esta palabra es verdadera en cierto sentido; helo aquí: decid que el clero invadió, con la laya en la mano, las tierras ingratas para cultivarlas, los bosques para roturar el suelo, los estanques para desecar su cieno impuro, las colinas cubiertas de brezo para plantarlas de viña; decid que invadió la patria para hacerla fértil, rica y próspera, y diréis la verdad, nada más que la verdad, y apenas toda la verdad.

Pero si esto es verdad, pues es pura historia, ¿cómo os atreveríais a decir que el sacerdote es enemigo de la agricultura? El sacerdote alienta la industria, bendice las grandes empresas, los inventos modernos. No sólo no discutimos los progresos naturales de nuestro siglo, sino que somos los primeros en admirarlos y en beneficiarnos de ellos. ¿Por qué habríamos de sentir yo no sé qué rencores insignificantes y ridículos con respecto a los descubrimientos modernos, a los progresos de la ciencia y de la industria? Les debemos la luz que nos alumbra, la tela que nos cubre, la página que leemos. Les debemos esa electricidad que lleva hasta el fin del mundo los mensajes y las bendiciones del que es Cabeza de la cristiandad, y ese vapor con alas de fuego, que toma a nuestros misioneros y los deposita en el seno de los pueblos infieles. Pero no, no somos enemigos del progreso material, sino que lo colocamos en segundo término, después del progreso moral y religioso; helo ahí todo, y esto es de justicia, porque si colocamos el alma por encima del cuerpo, y la virtud por encima de la riqueza, ¿quién se atrevería a levantar la voz para decir que nos equivocamos?

3.º *¿Es opuesto el sacerdocio a las letras, a las ciencias, a las artes?*

Sostenerlo, sería absurdo.

El sacerdocio, en los siglos de decadencia, conservó las obras maestras de la antigüedad pagana.

El sacerdocio fundó las primeras escuelas populares, la segunda enseñanza y las enseñanzas superiores. Vuestras bibliotecas no son más que despojos de las que él amontonó en capítulos y monasterios. La ciencia en la Edad Media se llamaba clerecía. El hombre sabio era llamado un gran clérigo, y desde el siglo V al XIII, todo lo que tenemos de filosofía, de política, de historia, de geografía, de bellas artes, es obra exclusiva y completa del clero. El sacerdocio levantó, o hizo levantar, esos millares de catedrales, de templos, y de otros monumentos que son el orgullo de nuestras ciudades. El los ornamentó con esas pinturas y esculturas que arroban nuestras miradas por su perfección y belleza; él descubrió el secreto de esos cantos celestiales que con-

mueven nuestros corazones, apaciguan nuestras pasiones y elevan nuestras almas a la región del bien. ¿Hablaré del siglo XVII, el más grande siglo del linaje humano? ¡Qué continuación de genios incomparables, de grandes oradores, de grandes poetas, de grandes hombres de Estado, de grandes generales! Es el momento exquisito del género humano, aquel en el cual el espíritu del hombre habló, escribió, sintió con mayor grandeza y hermosura. Pues bien, el mundo debe a nuestra patria ese momento exquisito, lo debe al clero. ¡Ah! aunque podamos desaparecer como todos los pueblos, y descender a nuestra vez a esos mudos abismos en donde duermen las cosas finitas, no por ello dejará de ser verdad que hubo un momento en que fuimos el pueblo más grande de la tierra. ¿Gracias a quién? Gracias al sacerdocio, que con sus manos virginales y consagradas, sembró en nuestra tierra, y en todos los siglos de nuestra historia, gérmenes abundantes de civilización, gérmenes fecundos, que se han desarrollado sucesivamente, y han procurado a nuestra patria la gloriosa floración de todas sus grandezas.

No, el sacerdocio no es opuesto en nada a lo que constituye la civilización; pero aun hay más:

II. El sacerdocio es el guardián de la civilización.

1.° *Allí donde existe la civilización, hízola nacer el sacerdocio.*

¿Qué había antes de él? El mundo romano y el mundo bárbaro, es decir, la barbarie en una y otra forma.

¿Qué puso en su lugar? El mundo cristiano, es decir, la libertad para los esclavos, la restauración de la familia, la consagración de la mujer, del esposo y del hijo, la protección de los huérfanos, el consuelo de las viudas, la consideración de la vejez, el abrigo, el alimento, el vestido, el honor de los pobres, la transfiguración de las letras y de las artes, en una palabra; el linaje humano rehecho a imagen del paraíso terrenal.

Quitad de vuestras bibliotecas todas las producciones bíblicas, históricas, teológicas, filosóficas, oratorias, literarias, cuya existencia es debida al sacerdocio; ¿qué os quedará?

Quitad de vuestros museos y del mundo todas las obras maestras de arte debidas a la inspiración del sacerdocio; ¿qué quedará?

Quitad de la sociedad los hábitos, las instituciones nacidas por su iniciativa y alimentadas con su vida, y quedará un vacío espantoso, ruinas innumerables, y un retroceso de veinte siglos. ¿Por qué? Porque el sacerdocio lo invadió todo. Una vez entrado en el mundo, todo lo atrajo a sí. Dirigió las tres facultades maestras: la imaginación, la inteligencia, la voluntad. Reinó en la ciencia, en las bellas artes, en las instituciones sociales, y cuando quedaba arruinada la cultura, ¿quién la lavantaba? El sacerdocio. Todos vosotros sabéis cómo se abrió el siglo XIX. La ironía, la duda, la licencia, habíanlo invadido todo, todo lo habían debilitado, todo lo habían abatido. Las creencias, las costumbres, las instituciones habían caído en el mismo abismo. Todo había desaparecido en el fango y en la sangre; sí, todo, el derecho como el deber, la autoridad como la libertad. ¿Qué hizo Napoleón I? Frente a los hombres que habían desterrado a Dios de las leyes y de las costumbres, de la ciencia, de los templos, de todas partes, atrevióse a proclamar la necesidad social de una religión positiva y del sacerdocio católico. Inició negociaciones con el Papa, ordenó que se le tratara

como si dispusiera de un ejército de doscientos mil hombres, y concluyó esa transacción famosa que, con el nombre de Concordato, restableció la antigua alianza de Francia con la Iglesia, e hizo revivir las mejores tradiciones de lo pasado.

Aquel genio poderoso, vióse arrojado en medio de ruinas; midió de una ojeada toda su extensión, y vió que necesitaba alguien que levantara lo que había caído, alguien que rehiciera lo que había sido destruído. Comprendió que necesitaba al sacerdote y le llamó en su auxilio. Tenía capitanes famosos, cuya gloria se unía a la suya para componer los florones de su corona; tenía un ejército poderoso, que conducía a la victoria por todos los caminos de Europa; tenía grandes magistrados, que trabajaban en la reforma de nuestras leyes civiles. Pero todo ello no le bastaba. Comprendió que un edificio no puede sostenerse sin fundamentos, que un pueblo no puede vivir sin religión, que una religión no es posible sin sacerdocio.

Y entonces, con el concurso del sacerdocio, la civilización, un momento sepultada en sangre y en ruinas, adquirió nuevo esplendor, y así como el sacerdocio hace nacer la verdadera civilización, así también la protege y la salva de los asaltos de los que la corrompen y destruyen.

2.° *Donde la civilización es amenazada, el sacerdocio la protege.*

Sin duda que hay, para proteger la civilización, el ejército, la magistratura, la ciencia, la riqueza, en una palabra, todos los grandes organismos que constituyen el cuerpo social. Pero estos organismos son por sí mismos insuficientes para la dicha y prosperidad de un pueblo. Al lado del soldado, del magistrado, del sabio, del rico, debe estar el sacerdote. Que el guerrero se arme para la defensa de la patria, que el sabio se enriquezca con el fruto de sus vigilias y descubrimientos, que el magistrado mantenga sus leyes en todo su vigor, que el favorecido de la fortuna se entregue a grandes empresas, todo esto es sin duda honroso y saludable; pero, a pesar de la opulencia, de la fuerza, de la ciencia, de las leyes, ¿en qué se convertiría el orden social sin la religión? ¿En qué se convertiría la religión sin el sacerdote que perpetúa la enseñanza de la misma, que inspira sus sentimientos y hace practicar sus virtudes?

No defendemos, como lo hace el guerrero, al Estado con las armas, pero, soldados de Jesucristo, somos centinelas vigilantes sobre los muros de la ciudad santa, teniendo en una mano la trompeta evangélica para tocar alarma contra los escándalos y los vicios, que son la llaga de las costumbres y de las familias, y en la otra, la espada de la verdad, para combatir las malas doctrinas, que propenden a hacer a los hombres malos por sistema. No enseñamos a los hombres, como lo hace el sabio, a conocer el curso de los astros, la estructura del globo, los animales que los habitan o las plantas que embellecen su superficie; pero enseñamos a los hombres a adorar, a amar al Autor de todas las maravillas, les enseñamos la primera de todas las ciencias, la de sus deberes.

Santo y bueno que el magistrado vele por el mantenimiento de las leyes, que reprima a los malos y proteja al inocente contra el opresor; pero si el magistrado, por el imperio que ejerce sobre los actos, condena los crímenes cometidos, el sacerdote, por el imperio que ejerce sobre las conciencias, impide el crimen mismo. Si

el primero termina las discusiones, el segundo las ahoga en su nacimiento.

Santo y bueno que el favorecido por la fortuna emprenda grandes trabajos, y con capitales acumulados, ocupe millares de obreros. Pero bueno es también que el sacerdote venga a llamar a la conciencia y a la puerta del rico para recordarle los derechos imprescriptibles de la justicia y de la caridad, para decirle: "Ten cuidado; por encima de tu cabeza hay un Dios que pesa tu oro en su balanza inflexible; bajo tus ojos, hay pobres que piden pan y reclaman tu conmiseración." Sí, al lado del ejército, de la magistratura, de la ciencia, de la riqueza, se necesita la religión, que dirige, completa y fecunda todas esas fuerzas. Al lado del soldado, del sabio, del magistrado, del rico, es preciso el sacerdote. El sacerdocio es el aroma que evita que se corrompan las fuerzas sociales; es el cemento sin el cual toda la civilización se disuelve y perece.

Donde la civilización está amenazada, el sacerdocio la protege.

3.° *Donde la civilización no existe, el sacerdocio la funda.*

¿Quién se dirige a los pueblos bárbaros para civilizarlos? El sacerdote.

Esos obreros benditos de la Iglesia y de la civilización parten, sin armas, casi sin rcursos; tras años de fatigas, llegan al corazón de las tribus salvajes, desconocidas de los geógrafos; plantan la cruz y comienzan a predicar el Evangelio. Generalmente, los primeros reciben el martirio; pero llegan otros, después otros, hasta que su sangre haya hecho un suelo cristiano. Entonces los bárbaros, vencidos por el heroísmo de sus voluntarias víctimas, reciben el bautismo.

Quedan echados los cimientos de la civilización. Poco a poco se dulcifican las costumbres, se depura la familia, se respetan los derechos de cada uno; y algunos siglos después, aparece allí un pueblo en el cual florecen la religión, la agricultura, el comercio, la industria, las artes, todo lo que constituye la civilización.

Así se formó Europa, así se han formado las partes civilizadas de América, y así se civilizan en la actualidad los pueblos de toda la tierra en que no ha triunfado todavía enteramente el Evangelio. Porque todos los días continúa la Iglesia enviando los más animosos de sus sacerdotes a esos trabajos lejanos y gloriosos. Parten en todas las direcciones de la tierra, a las regiones heladas del Norte, a las ardientes arenas del suelo africano. Sólo en 20 años y nada más que para llevar la civilización donde no existe todavía, ha enviado la Iglesia a tierras infieles más de 10.000 de sus ministros.

Y durante ese tiempo, ¡oh vergüenza de nuestra civilización!, en el seno de nuestras grandes ciudades, tranquilamente sentados en cómodos sillones, junto a un fuego alegre y juguetón, rodeados de todas las elegancias y voluptuosidades de la vida, unas cuantas mediocres inteligencias lanzan estúpidas carcajadas sobre tan nobles empresas, y asesinan con su pluma a los hermanos de los que reciben el martirio en los avanzadas de la cristiandad. Sí, hay quien se dedica a tan valiente oficio. Los salvajes que matan a nuestros misioneros son menos culpables que esos pieles rojas de la prensa, de la novela, de la tribuna, porque éstos saben lo que hacen. En último resultado, no nos preocupemos mucho; la obra de la civilización sigue avanzando; como nosotros también morirán ellos, y un día nos encontraremos frente a frente del Dios vivo.

Sí, el sacerdocio atraviesa los mares, afronta el destie-

rro, soporta la pobreza y padece el martirio, para enseñar a los salvajes la verdadera religión, la pura moral, la gran ciencia de la civilización.

El sacerdocio ofrece a nuestro mundo de filósofos escépticos, de epicúreos ajados, de ávidos traficantes, el espectáculo de su ejército de soldados que, con el Evangelio en los labios, la cruz en la mano y el amor de Jesucristo en el corazón, dicen adiós a los amados horizontes de su infancia, renuncian a las ternuras del hogar, a los abrazos de su viejo padre de cabellos blancos, de su pobre madre anegada en lágrimas, y corren a los hielos del polo, al fuego del ecuador, a las playas inhospitalarias de Africa, a las populosas ciudades de la China, a vivir, padecer y morir por la civilización. He ahí la verdad. El sacerdocio no es enemigo de la civilización, sino su mejor guardián.

Donde existe la civilización, procede del sacerdocio.

Donde no existe, la funda.

Viéneme ahora a la memoria una fábula antigua de los poetas paganos. Refieren éstos que un gigante, aterrado, pero vivo todavía, hállase tendido en el centro de la tierra, y cada vez que hace un movimiento, conmuévese el mundo hasta en sus profundidades.

Si se me permite servirme de esta imagen para aplicarla a un misterio de nuestra santa fe, diré que, en las entrañas de nuestras cristianas sociedades, se halla Jesucristo, el divino Crucificado, el Redentor viviente y victorioso. Cuando sean reconocidos sus derechos, cuando las naciones flageladas vuelvan a El y se inclinen bajo el yugo de su ley, entonces, y sólo entonces, gozaremos de duradera paz. Nuestra sociedad está profundamente agitada, porque todavía rehusa apoyarse en su base primera, Jesucristo.

Ahora bien, ¿quién introduce a Jesucristo en las en-

trañas de la sociedad? El sacerdocio. Honrad, respetad a vuestros sacerdotes, señores: es de rigurosa justicia.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

El Orden

IV.—LOS BENEFICIOS DEL SACERDOCIO EN EL ORDEN MORAL

SEÑORES:

El sacerdocio hace servicios al hombre desde el punto de vista temporal y humano; esto es incontestable, pero no se limita aquí su acción bienhechora, y aun me atreveré a decir que esto es lo accesorio, lo superrogatorio. Su misión especial es la santificación de las almas y la propagación de la virtud.

Pues bien, señores, permitidme que os muestre la manera como el sacerdocio, con su ejemplo y género de vida, contribuye a la difusión de una moralidad más elevada y de virtudes más sublimes.

I. El sacerdocio, con su género de vida, acredita la piedad.

¿Tendré necesidad de demostrarlo? ¿Es que toda la vida del sacerdote no está al servicio de Dios y de las almas? ¿Qué es el sacerdote, según San Pablo? Es el hombre de Dios y el soldado de Cristo, cuya vida entera se resume en esto: glorificar a Dios por la salvación de las almas.

Para esto hemos abandonado el mundo y nos hemos encerrado en la soledad. Para esto nos tendimos como muertos sobre el pavimento del santuario el día de nuestro gran sacrificio; para esto nos levantamos, con espíritu potente y animoso, a fin de soportar todas las fatigas y todos los combates del apostolado. Humildes obreros del padre de familia, ocultos en la obscuridad del ministerio parroquial; doctores obligados a subir a la brecha en defensa de la verdad desconocida y ultrajada; catequistas, limosneros, misioneros, todos de un extremo a otro de la jerarquía, desde el Vicario de Jesucristo hasta el más humilde sacerdote, todos no tenemos más que una pasión: la gloria de Dios por la salvación de las almas, y por ellas, por vuestras almas amadas en Dios, vivimos, y estamos dispuestos a morir. He ahí la vida del sacerdote. ¡Cuán bella es! Haber dejado las cosas perecederas por el amor de los bienes eternos; pasar la vida en la contemplación de la Verdad del Bien y de la Belleza; desatar las sandalias, como el Profeta, al pie de la montaña, elevarse como él a las altas cumbres donde Dios habita en la luz, contemplarle en su esplendor, dejar que el espíritu se embeba, se penetre en esa luz de fe y de gloria; vivir en el zarzal ardiente, en el hogar de la santa caridad; pasar en él

los días, las semanas, los años, y luego, con la frente iluminada, las tablas de la ley en las manos, volver a descender al pueblo, darle a conocer a Dios, enseñarle a amarle, desprenderlo de la tierra, hacerlo remontarse a Dios; ¿no es verdad que es una hermosa vida, la más hermosa que pueda concebirse, y que hay en ella algo que merece atraer la mirada de un mundo indiferente e impío? Dios es olvidado por el mundo, el mundo no le conoce, no le ama. Dios es el gran abandonado del mundo. Pero cuando el mundo ve toda la tribu sacerdotal consagrada a Dios, está obligado a pensar en su Creador y a decir golpeándose el pecho: "¡Dios existe, y no pensaba en El!" El sacerdocio, con su género de vida, acredita aquí bajo la piedad y los deberes para con Dios.

II. El sacerdocio, con su género de vida, acredita el desinterés.

Vedle primeramente en su vocación y desde los orígenes de su ministerio, y decid si su estreno no es un acto grande de desinterés. Todos en la tierra tenemos nuestra historia. Hay una página instructiva e interesante cual ninguna: la de la vocación. ¿Qué haré?, se pregunta el adolescente; y la respuesta a esta pregunta es la vocación. Todos los sacerdotes hemos pasado por esta hora problemática en nuestra existencia.

El porvenir vino a llamar a nuestra puerta, y, exponiendo a nuestras miradas sus lejanas perspectivas, su mil y una rutas, las salidas todas de su panorama, nos dijo: "¡Elegid!" A nuestro lado, la juventud mundana, de la que formábamos parte, se agitaba por la misma necesidad de un destino, y, animada casi toda ella por la fiebre de las ambiciones terrenales y permitidas, se precipitaba a raudales en las carreras humanas, gloriosas, lucrativas; de este lado, brillaban las pepitas de oro de la riqueza, el precioso diamante de la fama, y, por encima de todo, el sol de la libertad y de la independencia iluminando las puras alegrías de la familia. Podíamos encaminar nuestros pasos al encuentro de aquellas perspectivas humanamente tentadoras, pero no lo hicimos. Pertrechados de instrucción suficiente para ocupar en el mundo un puesto honroso, rechazamos aquel tan seductor porvenir. Sin duda que somos todos, o casi todos, hijos del pueblo, *non multi potentes, non multi nobiles;* pero mucho os engañaríais si creyeseis que hemos hecho del sacerdocio un pedestal para realzar nuestro nacimiento, algo así como el sustitutivo de una ambición que no ha podido subir más arriba. El sacerdocio, si lo tomáis en sus ventajas puramente naturales, no se presta gran cosa a los sueños de la ambición, y el joven, aunque sea hijo del último artesano, el joven que llega a la edad de los deseos y de las aspiraciones, con la educación terminada y el alma abierta a las más nobles empresas, casi no puede entrar en la Iglesia atraído por el cebo de una posición humanamente deseable. En efecto, tras largos años pasados en los estudios preparatorios y en la soledad que reclama la sublimidad de sus funciones, a la edad en que sus antiguos compañeros están en el camino de la fortuna o son dueños de un honesto bienestar, el sacerdote casi carece de recursos.

La Iglesia, despojada, nada puede asegurar a sus ministros, y el sacerdote vese obligado a vivir al día, de las limosnas debidas a la caridad de los fieles y a los miserables recursos que el Estado le mide y pesa cada año en la misma balanza en que se agita lo destinado a caminos vecinales. ¿Quién es el hombre instruído

que, después de quince años de estudios, se conformará con la choza del cura de campo, con su pan escaso y a veces tan amargo?

Y cuando el sacerdote se ha agotado en el servicio de las almas, y sus manos temblorosas, según la expresión del gran poeta, no pueden ya elevar el cáliz, ¿qué le queda de ordinario para pasar los días de su vejez? Nada. El sacerdote es el único funcionario público que no goza de retiro. El maestro lo tiene, el factor lo tiene, pero no el sacerdote. Así dice Mons. Bougaud: "No hay espectáculo más grande que el que ofrece ese inmenso clero rural, que no tiene de que vivir, pero que visita los enfermos, cuida los pobres, recoge los huérfanos, da de lo poco que posee, y cuando ha agotado su bolsillo, pero no su corazón, se hace mendigo para los mendigos. En este siglo en que tan fea es la pobreza, pero también tan molesta, y tan molesta porque es tan envidiosa, hay una pobreza digna de admiración: la pobreza radiante, contenta, bienhechora del sacerdote."

El sacerdote no es tan pobre como todo eso; tiene el presupuesto de Cultos.

Sí, el presupuesto de Cultos; hablemos de él.

¿Qué es el presupuesto de la Iglesia de Francia? Es la reparación precaria de un robo sacrílego, el interés mezquino del capital enorme que la Revolución francesa confiscó en 1790. Ese interés es muy pequeño, porque el Estado robó cinco mil millones y no paga al clero más que cuarenta o cincuenta millones. Esa reparación es sumamente precaria, porque se vota cada año en las Asambleas, está expuesta a disminuciones arbitrarias, o a la supresión total, y la indemnización estipulada por el Concordato, en vez de inscribirse en el Gran Libro de la Deuda pública, es discutida por

todos los partidos que sucesivamente gobiernan la nación.

Además, aun con el presupuesto, el sacerdote es pobre. Sin duda que no está condenado a laboriosa y humillante mendicidad; sin duda que no está obligado a entregarse a una profesión vulgar para ganarse diariamente el pan; sin duda que no está expuesto a aventurar su consideración y su honor en un oficio o en un negocio cualquiera; pero ¿creéis que un cura rural con sus 900 francos, y un vicario con sus 450, nadan en la abundancia? ¿Pensáis que les es fácil, con tan mezquinos recursos, honrar la sublimidad de sus funciones y las múltiples obligaciones derivadas de su ministerio de caridad y de perpetua beneficencia?

Hay un hecho, señores, de notoriedad pública, un hecho de experiencia cotidiana; helo aquí:

Los desgraciados consideran al sacerdote limosnero de la Providencia. A él acuden instintivamente como a su natural refugio, y a él se exponen con preferencia los infortunios que temen no poder conmover los corazones de los demás hombres; a él se revela la pobreza vergonzosa, por lo que es preciso que tenga, con un corazón compasivo, manos siempre abiertas. ¿Y creéis que, teniendo que subvenir a sus propias necesidades y a las exigencias de su ministerio, el sacerdote no es pobre, y muy pobre?

Señores, somos pobres, y nos envanecemos de ello, porque la pobreza es una fuerza, si es bien soportada, y porque es un sello de semejanza con Dios, que nos hizo sus ministros.

Somos pobres, pero hay entre nosotros quien recoge millones para arrojarlos a los abismos de la miseria. Somos pobres, y se nos amenaza con empobrecernos todavía más, quitándonos con nuestra humilde asigna-

ción, la vida, el vestido y la habitación. ¿Qué hará, pues, el clero, si esto llega? Vivirá en una pobreza honrosa; mendigará sin avergonzarse. El pueblo católico ha tomado a su cargo los huérfanos, los abandonados, los ignorantes, los enfermos; tomará también a su cargo al sacerdote pobre y perseguido, y partirá con él su pan.

Llegue lo que llegue, Dios no abandonará a su sacerdote. Cuanto más pobre sea el sacerdocio, más se impondrá al respeto, a la admiración, a la imitación de un mundo egoísta y codicioso. Cuanto más se eleve sobre los bienes de la tierra, más poder y autoridad tendrá para desligar de ella las almas.

Con su género de vida, acredita aquí bajo el sacerdocio, predica y populariza el desinterés.

III. El sacerdocio, con su género de vida, acredita la castidad.

Señores, la castidad es necesaria al sacerdote. Ante todas cosas, el sacerdote es el hombre de Dios. Pues bien, yo os preguto: ¿cómo podría habitar en esa serena región en que se mantiene contantemente cerca de Dios, si, atareado con el peso de una familia, se viera obligado a descender al mundo, a mezclar su vida con la vida del mundo, a sumergirse en negocios vulgares, a discutir intereses sin relación alguna con su ministerio, si es que no propende a rebajarlo? ¿Cómo pondría al servicio de la oración pública una boca envilecida por los acentos de un amor profano? ¿No os parece que debe tener el corazón libre y las manos puras para ser llamado a los formidables y sublimes contactos con Dios, el que todos los días debe tocar los signos augustos por los cuales pasa la vida de un Dios y en los cuales reside substancialmente su persona adorable?

El sacerdote, no solamente es el hombre de Dios, sino también el servidor de todos. Ahora bien, permitidme que os pregunte igualmente, ¿cómo podría ser, sin reserva y a toda hora, el servidor de todos, si una ley natural lo encadenara a una multitud de servicios domésticos? ¿Cómo se convertiría en promotor, organizador, director y sostén de todas las buenas obras, si se viera obligado a satisfacer los caprichos de una mujer, a pensar en las necesidades de sus hijos, a educarlos, a prepararles una carrera, a asegurar su porvenir, a proveer a su colocación? ¿Cómo podría entregarse si la familia lo poseyera? Finalmente, el sacerdote es el director de las almas. Niños, jóvenes, ancianos, hombres, mujeres, doncellas, vírgenes consagradas al Señor, todos lo llamáis "Padre mío" en el orden de la gracia. ¿Por qué? Porque nadie le llama "mi padre" en el orden de la naturaleza. Le confiáis vuestros secretos y vuestros pesares: vuestros secretos ocultos aun a la intimidad misma del hogar conyugal; vuestros pesares, cuya fuente corrompida e inagotable es ese mismo hogar. Le confiáis esos formidables secretos y esos agudos pesares, ¿por qué? Porque no hay a su lado un oído que se incline para escuchar la confidencia de ellos. El corazón del sacerdote os pertenece porque no pertenece a nadie en particular. Dejad, pues, al sacerdote esa hermosa corona de la virginidad que lo separa del pueblo, como el signo de su servidumbre voluntaria, y lo reserva a Dios como el signo de su gloria. Dejad al sacerdote, con su santa virginidad, la santa libertad de servir a Dios, de servir a las almas, de servir al género humano. Esa libertad asegura la paz de vuestros hogares, porque da a vuestros hijos guías

seguros y devotos, a vuestras mujeres, guardianes sagrados de vuestro honor, a vosotros mismos amigos que os aman a pesar vuestro. La castidad es necesaria al sacerdote.

El sacerdocio católico es casto.

En el paganismo existía sin duda la idea de pureza, pero existía en la esfera ideal, y de ella no salía. En el catolicismo, la idea de pureza desciende de la región teórica, se encarna en una institución, resplandece en la tribu sacerdotal. Si el sacerdote ostenta todavía hoy una aureola en la frente, la debe a la castidad. El mundo mismo, desde que consiente en ser sincero, es sensible a ese carácter santo que la castidad nos da, y cuando se niega a creer en nuestra virtud, es porque esa comprobación le condena, como dice Lacordaire: "Maldice ese fruto divino de la castidad, que nace en nosotros y nos protege. Pero lo maldice en vano, porque la maldición que cae sobre la virtud, es como la que caía sobre la cruz de Jesucristo la antevíspera de su resurrección." Sí, un sacerdocio virgen, es algo que hiere las miradas de un mundo sensual, algo capaz de hacerle triunfar de su extremada repugnancia por la pureza.

Por su género de vida, el sacerdocio honra la moral, acredita y alimenta la castidad en medio del mundo. Antes de terminar respondamos a una

Objeción.—*Los escándalos del clero.*

En efecto, quizás nunca ha explotado tanto como hoy en día la impiedad esta irrisoria y desleal objeción.

Pues bien, yo afronto esta objeción, y, dirigiéndome a hombres razonables y honrados, como lo sois vosotros, he aquí mi contestación:

1.° Que hay sacerdotes infieles al espíritu y deberes de su vocación. El divino sacerdote Jesucristo, al comunicar sus poderes a hombres, no les transmitió su impecabilidad. Había doce sacerdotes en torno suyo cuando comenzó el drama de su pasión, y de estos doce, al día siguiente de su ordenación, vemos que un infame traiciona a su Maestro, le vende por treinta dineros, y le entrega a sus enemigos, un perjuro que reniega de El, nueve cobardes que le abandonan. Uno solo tiene el valor de ir al Calvario. Creo que nunca fué tan considerable en el cuerpo sacerdotal la proporción del escándalo. ¡Escándalos en el clero! Y bien, sí; los hay hoy en día, los hubo ayer, y más o menos los habrá siempre. Dios permitió y permite todavía esas defecciones en el cuerpo sagrado al cual confió sus poderes, a fin de mostrar que esos poderes son independientes del mérito de quien los recibe, que no se le han dado al hombre para él mismo, sino para un servicio público, al cual puede y debe recurrir siempre el pueblo cristiano. Por consiguiente, os concedo que hay, y que ha habido escándalos en el clero; pero si yo soy sincero, sedlo también vosotros.

2.° Esos escándalos, ¿no es verdad que se exageran, se explotan y se sacan de ellos consecuencias desleales? Para algunos hechos ciertos, ¡cuántas sospechas sin fundamento! ¡cuántas y cuán pérfidas insinuaciones! ¡cuántas afirmaciones que no descansan más que en testimonios sospechosos! ¡cuántas prevenciones deshonrosas que terminan en solemnes absoluciones! ¡cuántos periódicos que no viven más que de carne de cura regalando cada día a sus lectores una calumnia contra el clero!

Toda acusación contra un sacerdote les parece buena

presa. ¿Qué importa la realidad de las hechos y la inocencia reconocida? Saben muy bien los enemigos del sacerdocio que el sacerdote es pacífico y tolerante, caritativo y resignado; que no les pedirá cuenta de las heridas inferidas a su reputación, que difícilmente se decidirá a recurrir a la justicia, y que, para evitar un escándalo, del cual sale siempre perdiendo la religión, prefiere devorar en silencio el oprobio de una difamación inmerecida. Saben esto, y abusan de su humildad y de su caridad, para agrandar, hasta las proporciones del crimen, hechos sin importancia, para dar a miserables chismografías el aspecto de relatos auténticos, para transformar en acusaciones serias denuncias tan bestiales como malvadas, para comer diariamente un poco de carne de cura en los sueltos y columnas de sus hojas impías. Sí, se exageran hasta lo indecible los escándalos del clero. Por otra parte, si fuésemos culpables de todas las villanías de que se nos acusa, ya se nos hubiera lapidado a todos y hubiéramos llevado nuestro merecido. Pero precisamente ocurre todo lo contrario: contamos con la estimación y confianza de todas las personas honradas; las mismas que leen cada mañana en su periódico el acta de acusación contra nosotros, nada creen de ella en el fondo; continúan profesando al sacerdocio un sagrado respeto, y nos confían lo que más aman en el mundo: la virtud de sus hijos.

Pero no solamente se inventan y exageran los escándalos del clero, sino que los explotan y sacan de ellos desleales consecuencias. Se generalizan, y se prevalen injustamente de las debilidades de un solo sacerdote para condenarlos a todos en masa. Al propio tiempo que una falta de buen sentido, es una falta de equidad.

Sin duda que, en su larga historia de diecinueve siglos, el sacerdocio pagó su tributo a la debilidad humana contando personas indignas en su seno. Pero ¿qué prueba esto? Que los sacerdotes son hombres sujetos a las debilidades humanas. Sí, ciertamente, y nadie dice lo contrario. Pero ¿prueba esto que hay que condenarlos en masa y hacer que recaiga, sobre diecinueve siglos de gloria y sobre la corporación entera, la vergüenza parcial de algunas defecciones individuales y momentáneas? En manera alguna. Las faltas inseparables de lo que hay de humano en la Iglesia y en sus instituciones, no deben asombrarnos, como tampoco pueden servir de argumento a la impiedad; y esto porque aquéllos hacen resaltar mejor el aspecto divino de Jesucristo, y porque aparecen como ahogadas por el conjunto. También el océano tiene su espuma, que lanza al romperse contra las rocas de la orilla; pero ¿es acaso menos majestuoso por ello? Y cuando bate con sus olas potentes las riberas de ambos mundos, ¿no decís, a pesar de la espuma que flota en su superficie: "¡Qué magnífica creación! ¡qué hermosa imagen de la presencia de la inmensidad divina?" También el sol tiene sus manchas, comprobadas por la ciencia. ¿Es por ello menos resplandeciente? Y cuando vierte a raudales sobre vosotros su luz y su calor, ¿no decís, a pesar de las sombras que quisieran alterar las fuerzas de sus rayos: "¡Qué magnífica creación! ¡qué imagen tan hermosa de los divinos esplendores?" También la tierra cría plantas inútiles o dañinas, que el trabajo del hombre procura extirpar. ¿Es por ello menos fecunda y generosa? Y cuando en la primavera extiende bajo vuestros pies un tapiz de verdor, cuando en el verano pone en vuestras manos ópimos frutos de una cosecha lujuriosa, ¿no decís, hollando con vues-

tros pies las hierbas parásitas que quieren empobrecer su seno y deslucir su vegetación: "¡Qué magnífica creación! ¡qué imagen tan hermosa de la fecundidad divina?" No, no; las imperfecciones de los detalles no destruyen la hermosura del conjunto, como las sombras de un cuadro no condenan el genio del artista. Juzguemos a la luz de estos principios las obras del divino Artista, las obras naturales del Dios creador, las obras sobrenaturales del Dios redentor. Juzguemos a la luz de estos principios la Iglesia y sus instituciones, la Iglesia y el sacerdocio.

El sacerdocio, por su género de vida, da al mundo la triple lección de la castidad, del desinterés, de la piedad. No contento con predicar la moral y con aplicarla a los demás, procura practicarla, y lo logra casi siempre, y ejerce una acción moralizadora incomparable. Suprimidlo, y abriréis un abismo espantoso en el mundo; se amontonarían las ruinas, y la moral retrocedería veinte siglos.

Señores, la virtud es hoy más que nunca necesaria a nuestra pobre sociedad. Permitid al sacerdote que la predique con su palabra, que la aplique por sus apóstolado, que la acredite con sus ejemplos. Tal es nuestra ambición y nuestra gloria; nuestra soberana dicha consiste en triunfar en esta obra de singularísima importancia.

Así sea.

NOTA—La Supresión del Presupuesto de Cultos ocurrida después de pronunciar estas conferencias, da más peso todavía a nuestras consideraciones sobre el desinterés del clero francés, y los *pretextos* alegados para esta supresión, no quitan valor alguno a las *razones* que invocábamos para justificar el mantenimiento de un contrato que no podía romperse sin pisotear la justicia, el honor y la gratitud.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

La vida religiosa

SEÑORES:

Después de hablaros cuatro domingos del sacerdocio, quisiera deciros algo sobre la vida religiosa. Esto no será inútil, porque con frecuencia el mundo se muestra, con relación a ella, ignorante y desagradecido, pues no la comprende, ni aprecia sus beneficios.

Permitidme, pues, que os muestre esta mañana la vida religiosa, y os revele algunas de sus ocultas bellezas. Todo quedará resumido en una frase, si os digo que la vida religiosa es una imitación de la vida angélica: *Erunt sicut angeli Dei in cælo.*

El pueblo comprende muy poco la vida religiosa; la juzga con demasiada ligereza. La joven que abandona una familia amada, una posición dichosa, un porvenir repleto de esperanzas, para revestir sus veinte años con un sayal, y sepultar en su claustro impenetrable su juventud y su belleza, esa joven, dice el mundo, se ve

arrastrada por loco entusiasmo; su acto es un acto de exaltación que pagará muy caro, y que quizás llore amargamente durante su larga cautividad. ¡Qué error, señores! Disipémoslo estudiando lo que es la vida angélica y, por consiguiente, la vida religiosa que la reproduce.

I. ¿Qué es la vida angélica? Es la pureza.

Un ángel es un espíritu puro. Las obras de Dios forman como una escala inmensa, en la cual no hay la menor laguna, la menor solución de continuidad. En la base, yacen los cuerpos brutos, que no tienen especie alguna de vida. Luego, por encima de esos mudos abismos en que duermen los minerales, se elevan las plantas, que viven y no sienten. En una región más elevada, se ofrecen los animales, que sienten y se mueven. Subid más todavía, y encontraréis un ser mixto, vecino de los animales por su cuerpo, imagen de Dios por su razón y su voluntad; es el hombre, que despliega, por encima de las criaturas inferiores, las riquezas de su doble naturaleza. Finalmente, para unir a El toda la cadena de los seres, colocó Dios en la cumbre de su obra, una criatura enteramente espiritual: el ángel.

El ángel es espíritu. Hay algo en nosotros que lanza un grito sublime, que se expresa a la vez por una palabra llena de misterio y de iluminación: yo. Este yo que habla, es el poder que dice: existo; el poder que dice: pienso; el poder que dice: reflexiono, juzgo, raciocino; el poder que dice: quiero, deseo, amo; finalmente, el poder que dice: hablo. Hay en el punto central de mi ser un poder enteramente distinto de mi cuerpo, un pensamiento que mi ojo no puede ver, un sentimiento que mi mano no pesó jamás, una inteligencia que irradia, un corazón que palpita, todo un mundo de reflexiones, de recuerdos, de deseos, de afectos, de voluntades; concierto armonioso de cosas espirituales e invisibles que llamo mi alma. ¿Es eso la fisonomía de un ángel? Sí, eso es, o por lo menos, casi es eso. Un ángel es un espíritu como nuestra alma, pero un espíritu no colocado en las mismas condiciones que nuestra alma. Es un *espíritu puro*. Imaginaos un alma independiente de toda adición material y gozando por sí sola de la personalidad; imaginaos un espíritu dueño de sí mismo y girando en el círculo de su destino sin arrastrar consigo un satélite inseparable, una substancia que lo complete; imaginaos un espíritu puro dotado de inteligencia y amor, libre, inmortal, feliz, contemplando el ser divino, y sacando de esta visión su vida y su felicidad, iluminado directamente y penetrado por Dios, como el aire por la luz, vecino de la esencia divina, que él refleja como el océano la luz del sol; imaginaos un ser totalmente desprendido de la materia, pura inteligencia, pura voluntad, puro amor, y habréis comprendido, o por lo menos, habréis entrevisto la fisonomía de los ángeles. La vida angélica es una vida desprendida de la materia y absolutamente pura.

Ahora bien, esta vida superior de los ángeles la encuentro aquí bajo, ¡cosa maravillosa! en el seno de nuestra pobre naturaleza. ¿Qué es la vida religiosa sino una imitación, una copia, un esbozo de la vida angélica? *Erunt sicut angeli Dei!* La vida religiosa es la virginidad, y San Agustín, hablando de las vírgenes, nos dice: "Tienen en la carne algo que no es carne, algo que pertenece al ángel más que al hombre. *Habent aliquid jam non carnis in carne.*" Palabras magníficas, que bastan por sí solas para vengar la vida religiosa de todos los ataques de que es objeto. Los espíritus y el cuerpo, he

ahí los dos extremos opuestos; la virginidad, he ahí el medio, que participa del uno y del otro. Está en la carne, y por ella pertenece al género humano; pero tiene en la carne algo que no es de la carne, y por ello toca en el ángel. Es el medio entre los espíritus y el cuerpo; no es esto decir bastante; es una filtración de la vida de los ángeles en la corrupción de nuestros cuerpos; desprende el alma, espiritualiza el cuerpo, y cuando se apodera de una criatura humana, la hace salir de su esfera, la eleva por encima de la materia, la transforma, la transfigura, imprime en ella la belleza inmortal de los espíritus puros. "¿Comprendéis la excelencia de la virginidad?—exclama aquí San Juan Crisóstomo—*Videsne virginitatis præstantiam?*"

La naturaleza humana igualada a la naturaleza angélica: *terrarum incolas sic afficit ut qui corpore vestiti sunt, eos incorporeis mentibus exæquet.* La vida religiosa es la virginidad, y la virginidad es aquí bajo, en un cuerpo mortal, en el seno del mundo corrompido y corruptor, la vida superior de los ángeles: *Erunt sicut angeli Dei in cœlo!*

¿Pero qué? Salir hasta allá, desprenderse de la naturaleza humana y rivalizar con la naturaleza angélica, ¿no es un sueño, una quimera, una imposibilidad? No. Hay almas que son llamadas a este género de vida. Hay almas que no son hechas para el mundo, sino que tienen aspiraciones y aptitudes que las impulsan más lejos.

Sin duda que la vida religiosa es una excepción, pero no es una quimera, no es un sueño, sino una realidad; y cuando siente uno estremecerse dentro de sí ese germen sagrado, caído de la mano y del corazón de Dios, no tenemos el derecho de ahogarlo, sino que tenemos el derecho de alentarlo primeramente con el soplo de una

oración ardiente, y luego de hacerlo germinar. Padres cristianos, si la vocación religiosa visita vuestras familias, y amenaza con arrebataros vuestros hijos, que tanto amáis, si Dios os pide vuestros hijos para el altar, o vuestras hijas para el claustro, os suplico que no disputéis a Dios la parte que se haga en vuestras familias; no rechacéis el soplo divino que pase sobre vuestras mansiones y llegue para arrebatar un alma escogida a los instintos terrenales y a los lazos de los afectos naturales.

Y los que sean llamados a llevar la vida de los ángeles, bendigan a Dios por la vocación que les haya dado y por la suerte que les ha deparado. Entrar en la vida religiosa, no es caer, sino subir, porque la virginidad, cuyo hábito se viste, aproxima a la naturaleza angélica. La virginidad los eleva, y les permitirá en adelante ejercer en la tierra las funciones de los espíritus bienaventurados: la contemplación y el sacrificio.

II. ¿Qué es la vida angélica? Es la contemplación.

Los ángeles son espíritus puros, sin mezcla de materia, por sutil y etérea que la concibamos Pero ¿qué hacen? Contemplan la esencia divina, mas su contemplación no es muda, ni inactiva; adoran y obedecen. "Vi los serafines—dice el Profeta;—permanecían de pie cerca del trono sublime en que Jehová estaba sentado, y, con la faz velada, exclamaban del uno al otro: "¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria!"

Se velan la faz por respeto al profundo misterio que celebran en su cántico, y para mostrar que ellos, los puros por excelencia, se consideran indignos de tan gran visión. Cantan, dice el profeta Isaías; y el apóstol San

Juan intentó darnos algunas notas de su divino cántico en su libro el Apocalipsis. ¿Se encierra aquí toda la vida de los ángeles? No; a la adoración, a la oración, a la alabanza, se une la obediencia anonadada. Los ángeles se mantienen ante Dios como hijos siempre dispuestos a cumplir a la menor señal las amorosas voluntades de un padre. El Salmista pinta enérgicamente esta perfecta sujeción de los espíritus celestiales cuando os muestra a Jehová, sentado sobre los querubines, y todo el ejército de las Potestades y de las Virtudes prestando oídos a sus palabras para cumplir sus mandatos. Son los ministros de Dios, y su beatitud no les hace olvidar un solo instante que deben obedecer. He ahí lo que son los ángeles: adoradores de la majestad de Dios y dóciles instrumentos de su voluntad.

Ahora bien, esta vida maravillosa de los ángeles, la encuentro ¡cosa maravillosa! aquí bajo, en el seno de nuestro pobre género humano. La vida religiosa es una imitación, una copia, un esbozo de la vida angélica. *Erunt sicut angeli Dei.* La vida religiosa no encierra en un desierto árido y ardiente las almas elegidas, sino que las introduce en una región luminosa y sana, en la que el aire es más puro, el cielo más abierto, Dios más accesible y familiar.

Allí, en la vida religiosa, el aire es más puro: *aer purior.* Los ejemplos santos, los procedimientos caritativos, los buenos consejos; tales son los elementos que entran en la vida del claustro. En el mundo, hay que defenderse sin cesar de todo cuanto nos rodea. Allá no hay más que dejarse llevar por el movimiento unánime de las almas fieles que viven a vuestro lado, que llevan con alegría el yugo del deber, que os muestran la virtud amable, y os enseñan con sus ejemplos a escalar las más altas cumbres de la perfección. En el mundo, la

verdadera caridad es rara, y si es verdad que la cortesía anda por casi todas partes, no lo es menos que la abnegación y la amistad no aparecen casi en parte alguna. Allá todos los corazones están unidos, y lo que los une no son las frágiles cadenas de las conveniencias mundanas, sino el lazo flexible y fuerte de la caridad cristiana. En el mundo los verdaderos amigos son raros, pero en cambio no faltan los aduladores que explotan nuestras debilidades, ni los censores que las exageran. Allá los buenos consejos afluyen de todas partes; llegan al alma, ora del tribunal sagrado de la penitencia, ora de los labios siempre prudentes de la que se llama la Madre. Sí, la vida religiosa separa de la familia según la carne, pero da una familia según la gracia; ella os conduce a una montaña que, alejándoos del mundo, os acerca al cielo. El aire es puro en ella.

El cielo es en ella más abierto: *cœlum apertius!* En el mundo todas las frentes se inclinan hacia la tierra. Aquí, en la vida religiosa, las almas toman un vuelo sublime hacia las alturas. Los ejercicios religiosos que se reparten las jornadas, ¿qué son sino vuelos sin cesar renovados y como aletazos hacia la patria celestial? A ejemplo de los santos ángeles que llenan la ciudad bienaventurada de los acentos de sus divinos cánticos, se adora a Dios, se cantan sus alabanzas, se elevan hacia su majestad santa; y si, a veces, el vuelo del alma se enfría, se cuenta, para sostenerlo, con las oraciones incesantes de las almas hermanas, que se juntan a las nuestras y las hacen más vivas, más atentas, más intensas. En la vida religiosa, el aire es más puro y el cielo más abierto.

Dios es más accesible y más familiar: *familiarior Deus.* En los bajos valles del mundo, Dios es olvidado y desconocido. La impiedad lo trata como un enemigo,

la indiferencia como un extraño, y el mismo fervor apenas lo oye, apenas lo reconoce, apenas lo sirve. Pero en las cumbres de la vida religiosa, se revela, habla, se deja ver y amar. El lazo se desata. Jesús muestra su rostro, envía la sonrisa de su gracia, deja ver el rocío de su palabra, se ofrece perpetuamente a nuestras adoraciones, se entrega en la comunión frecuente al alma ávida de poseerlo. ¡Ah, si me fuera dado referir aquí las efusiones de su ternura, las relaciones de amistad que sostiene con sus privilegiados, las iluminaciones que hace resplandecer en sus tinieblas, las consolaciones que aporta en sus tristezas, los apoyos que ofrece a sus desfallecimientos, los reproches que dirige a sus tibiezas, los alientos que sugiere a su piedad, las infinitas delicadezas con las cuales atiende a todas las situaciones, a todas las necesidades de sus almas! Mas para completar mi relato, debería, en correspondencia a los avances de Dios, trazar los varios esfuerzos del alma religiosa siempre en movimiento hacia su Creador y Padre: Piensa en El, le ama, le adora, le canta, se anonada ante su majestad, medita sus ternuras, su misericordia, su justicia, su poder, su sabiduría, su bondad. Como los ángeles, contempla a su Dios, y se muestra siempre dispuesta a servirle y a ejecutar sus órdenes; como los ángeles, vive con Dios, y si sale de ese comercio íntimo, es para trabajar en su gloria, sacrificándose por entero al servicio del prójimo, como los espíritus bienaventurados. *Erunt sicut angeli Dei*. Como la vida angélica, la vida religiosa es una vida de abnegación.

III. ¿Qué es la vida angélica? Es la abnegación.

Los ángeles son espíritus puros; contemplan a Dios y están dispuestos a cumplir sus órdenes; esto quiere decir que tienen funciones que desempeñan con relación al mundo, y especialmente con relación a las almas, pues una sola de ellas vale más que todos los mundos juntos. Fueron propuestos desde el principio de los días para gobernar la naturaleza entera y guardar las naciones, las ciudades, las familias, los individuos. Mensajeros misteriosos entre el cielo y la tierra, nos aportan los buenos pensamientos, los consejos intrépidos, las grandes resoluciones, que sólo vienen de Dios, y, tomando en nuestros labios y nuestro corazón las oraciones apenas formadas, las animan con el fuego de su amor, y las llevan con toda la velocidad de sus alas a los pies del Altísimo. Velan en torno de los altares del Señor, y despliegan sobre sus tabernáculos sus alas invisibles, cuyo luminoso estremecimiento fué oído durante el silencio de la noche por los santos que velan en los claustros. Todos tenemos nuestro ángel de la guarda: el niño, el joven, la virgen, el sacerdote, el soldado reciben su asistencia. Cada familia está colocada bajo la tutela de uno de estos espíritus bienaventurados. Los hay que permanecen sobre las ciudades para purificar el aire y alejar a los enemigos. Otros, encargados de un mandamiento más vasto, extienden su vigilancia y protección a pueblos enteros, acompañan a sus ejércitos en las batallas, a sus flotas en los mares, su bandera a todas las partes a donde lleva el sentimiento del honor, los verdaderos principios de la civilización. He ahí los santos Angeles: son misioneros invisibles del Evangelio, ministros del gobierno divino, y, recorriendo en todos los sentidos la creación material, insinuándose en todas las esferas del género humano, hacen progresar en ellas el reino de Dios y la salvación de las almas. En la aflicción, nos consuelan, en el peligro nos advierten, en la lucha nos protegen, en la duda nos acon-

sejan, después de la falta nos reprenden, durante la vida nos purifican, nos iluminan, nos perfeccionan, y en la hora de la muerte, nos introducen en la eternidad beatitud; en una palabra, se sacrifican.

Ahora bien, esta vida superior de los ángeles la encuentro ¡cosa maravillosa! aquí bajo en el seno de nuestro pobre género humano. La vida religiosa es una imitación, una copia, un esbozo de la vida angélica: *Erunt sicut angeli Dei*. Como los ángeles, las almas consagradas se sacrifican, interceden y obran.

Oigo decir que hoy en día el mal es grande y aterradores sus progresos. Verdad es; en la hora actual, se me aparecen ángeles llevando ante Dios copas de cólera llenas de las iniquidades de los hombres. En esos cálices de la cólera divina, en esos vasos terribles, hay blasfemias, iniquidades sin número; es de creer que la medida está llena y el vaso va a desbordarse. Los justos, los santos de la tierra están horrorizados, y contemplando los preparativos de la justicia divina, nos dicen que oyen las palabras de Dios a sus ángeles: "Id a difundir por la tierra la cólera divina: *Effundite phialas iræ Dei super terram!*"

Las copas de cólera se llenan y amenazan con desbordarse. Pero al propio tiempo se me aparecen otros ángeles llevando ante Dios incensarios de oro, en los que se amontonan otros tantos aromas, las oraciones y obras agradables a Dios. Esos aromas se exhalan en abundancia. Yo los veo elevarse hacia el trono del Altísimo, y me parece entonces que la justicia deja paso al amor, y que el cielo envía a la tierra un beso de paz y de reconciliación. Esos ángeles de misericordia son los religiosos y las religiosas; ellos son los que negocian entre Dios ofendido y los hombres culpables, el perdón de que tanta necesidad tenemos. Oran, hacen

penitencia, interponen sus súplicas entre el cielo y la tierra y sus expiaciones, y cada uno de nuestros claustros se eleva, en medio del mundo impío y corrompido, como un pararrayos cuyo radio de influencia carece de límites, porque va a desarmar la cólera divina.

Semejantes a los ángeles, las almas consagradas, interceden, obran, unen la acción a la contemplación. La religiosa no abandona su claustro, pero el mundo acude a ella; las familias le llevan sus hijas para que las instruya, las eduque, las santifique. ¡Cuántas jóvenes deben a estas santas casas su ciencia, su virtud, su perseverancia en el bien, sus cualidades morales, su distinguida educación! ¡Cuántas madres cristianas, hoy en día esparcidas por el mundo, fueron a beber en esas soledades la fe que ilumina, la confianza en Dios que sostiene, el amor del deber, el hábito de la piedad! Es que, en efecto, la religiosa no aspira a gastarse enteramente en la obra que se le ha confiado, sino que sale de la plegaria para lanzarse a la acción, deja a Dios para correr a las almas, desciende de las alturas de la contemplación para consumirse en un sacrificio sin tregua, y el amor que profesa a Dios es la medida del amor que prodiga a sus hijas de adopción. Una sola frase resume toda su vida: es el ángel de la guarda visible de la infancia, de la juventud y de la sociedad: *Erunt sicut angeli Dei!*

La vida religiosa es la vida angélica realizada en la tierra; es la pureza, la contemplación, el sacrificio vividos en medio de nosotros para nuestro mayor bien. Sepamos comprenderlo, y sepamos proclamarlo a la faz de todos los descarriados por la pasión o cegados por la mala fe. Más todavía, señores: esforcémonos, en las diversas situaciones en que Dios nos ha colocado, en dar ejemplo de virtud, de abnegación y de pie-

dad, porque también nosotros debemos ser ángeles aquí bajo, si queremos ser elegidos en el cielo.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

La sociedad de las Almas en la participación de la doctrina y gracia de Jesucristo

SEÑORES:

Hemos estudiado la doctrina y la gracia de Jesucristo. Hoy vamos a resumir y concluir.

Merced a la doctrina que venimos explicándoos hace ya muchos meses, fácil os será comprender

I. El don que Jesucristo hizo a la tierra.

Señores, no acabo de pronunciar una palabra vacía de sentido, sino una palabra que expresa una gran realidad. Sí, Jesucristo trajo algo a la tierra. ¿Qué trajo? Su palabra, que es la luz del género humano, y su gracia, que es su fuerza. Esto es el tesoro y la vida del mundo.

El pensamiento del hombre, sea lo que sea, poeta, orador, moralista, político, historiador, es siempre el

pensamiento del hombre, es decir, el acto de un ser débil, limitado. Este pensamiento no brota al primer impulso, ni tras varios impulsos, límpido, rápido, incorruptible, digno de ser archivado en las urnas de los siglos para refrigerar al género humano. El pensamiento del hombre más favorecido de los dones del cielo, es un torrente que corre de mayor o menor altura, abriéndose un lecho más o menos profundo en la memoria de los otros hombres, pero que corre siempre con espuma, lodo, arena, que no debe recogerse con el agua del cielo. El pensamiento humano se parece a esos ríos de la América del Sur que, de cuando en cuando, dejan algunas pepitas de oro en medio de un diluvio de fango. Cuando llega el otoño y baja el río, cuando el agua se seca, el buscador de oro desciende al lecho del río, hace escurrir el agua, tamiza la arena, recoge lo que brilla, arroja al viento la tierra, y sólo saca, de toda aquella profusión, algunas pepitas para aumentar el tesoro del linaje humano. ¿Es ese el pensamiento de Jesucristo? No, señores. El pensamiento de Jesucristo emanación de un ser infalible e infinito, es enteramente límpido, sabroso, incorruptible. Desciende de la Eternidad. No contiene ni espuma, ni limo, ni arcilla; y los hombres que quieren explorar este río divino, no hallan en él más que el oro puro de la verdad. Estudiad, señores, la doctrina de Jesucristo. Escrutadla en su profundidad y en su sublimidad, y hallaréis en ella misterios sin duda, pero jamás contradicciones. Comparadla con la sabiduría antigua y con la filosofía irreligiosa de este siglo, y veréis que la doctrina de Jesucristo, tan magnífica cuando se la considera, es sencillamente prodigiosa cuando la comparamos. En tanto que todas las filosofías humanas caen en la duda y, a veces, en lo absurdo, y plantean más problemas que resuelven, la doctrina de Jesucristo combate todos los vicios, alienta todas las virtudes, consuela todos los dolores, santifica todos los arrepentimientos, disipa todas las incertidumbres. Ilumina por modo superior las inteligencias más medianas, y al propio tiempo eleva al genio humano a alturas que el paganismo no conoció jamás; inspira al talento; fomenta las artes; afirma y engrandece a la razón humana; y sobre todo, hay depositada en el fondo de esta doctrina una influencia misteriosa.

Esta influencia no se prueba como una vana teoría, sino como un hecho íntimo y soberano; no se busca a fuerza de argumentos ni empleando telescopios, sino que se siente; no habita en lo más alto de los cielos, sino que obra en las profundidades de la conciencia.

Esta influencia se llama la gracia de Jesucristo. Señores, notad bien esto: único entre todos los seres, puede elevarse el hombre por encima de su naturaleza merced al sacrificio, o descender por debajo de ella merced a la depravación. La fuerza que le abate por debajo de sí mismo, es la pasión; la que le eleva por encima es la gracia. Fuera de Jesucristo, el hombre se hace inferior a su propio nivel.

La última palabra de la sabiduría antigua fué este grito desesperado del poeta: "Deseo el bien y hago el mal." Todavía hoy, se legitiman, fuera del cristianismo, ciertos vicios para no tener que combatirlos, y se niega la parte heroica del deber, para no verse acusados de traicionarlo. Es que, para triunfar de ese poder desordenado y casi fatal que se llama la pasión, no bastan las palancas más o menos ineficaces de la moral independiente, sino que es preciso un aumento sobrehumano en la voluntad humana. Para igualar el poder de nuestras virtuosas resistencias con el de nuestras per-

versas atracciones, hay que restablecer en nosotros equilibrios perdidos, ¿Quién hizo esto? Jesucristo. El que creó al hombre es el único capaz de restaurarlo. Con su doctrina, puso en la tierra su gracia, que llega a nuestra alma por innumerables canales, por la oración y por las buenas obras, pero sobre todo por los sacramentos, cuya magnífica ordenación hemos estudiado.

He ahí, señores, el don de Jesucristo. Su palabra es la luz del género humano, y su gracia constituye la fuerza del hombre. ¿Pero a quién se ofrece este don? ¿Cuál es?

II. La ambición de Jesucristo?

Cuando aportó su doctrina y su gracia; cuando, colocándose en el centro de la historia, dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida," ¿habló tan sólo para sus oyentes de un instante, para sus contemporáneos, para los hombres de su país? No; habló para todos los tiempos, para todos los lugares, para todos los hombres.

La doctrina y la gracia de Jesucristo son para todos los lugares. "Id—dijo,—enseñad a todas las naciones. y bautizadlas." Y, en efecto, desde el origen, bajo el pontificado de San Pedro, el Evangelio rebasa los límites de Judea para invadir el mundo entero. Muy pronto se lamenta Plinio el Joven de que ya no hay quien compre la carne de las víctimas paganas. Poco a poco Jesucristo se apodera de las naciones. Hace cien años, Inglaterra y Escocia no contaban más que con sesenta mil católicos, hoy son cinco o seis millones. Hace cien años, no existía más que un obispo en los Estados Unidos; hoy son ochenta, con diez millones de fieles.

La doctrina y la gracia de Jesucristo son para todos

los tiempos. "Id—dijo;—yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos."

Cierto que Jesucristo, que es la verdad y la santidad infinita, no carece de enemigos apasionadamente encarnizados en destruir su imperio; Jesucristo los molesta, sueñan en suprimirlo; toman el ruido que hacen por señal de su próxima victoria, y engañan con sus cantos de triunfo los enojos de una espera tan larga y tan a menudo defraudada. Hoy más que nunca los ofusca y los irrita el reino de Jesucristo. Hablan más alto, escriben más deprisa, aumentan el número de sus periódicos, les asignan nuevos papeles, y varían asombrosamente su flexibilidad y su astucia. No tengáis miedo, señores, este siglo va a terminar, pero Jesucristo no terminará jamás. Todos los tiempos le pertenecen. Hay hombres que le dicen como Diógenes a Alejandro: "¡No me quites el sol!" Son insensatos o criminales. Si Jesucristo se retira, ¿quién o qué le sustituirá? ¿Qué se pondrá en lugar de su doctrina y de su gracia? Nada, absolutamente nada. El mundo tiene necesidad de El; todos tienen necesidad.

La doctrina y la gracia de Jesucristo son para todos los hombres. Todas las edades de la vida, todas las condiciones sociales, todos los estados de alma dependen de El. Dice: "Venid todos a mí. *Venite ad me omnes.*" Venid todos a mí, la infancia, la adolescencia y la juventud, la edad madura y la vejez, porque tengo en mi mano el aroma que santifica la cuna, el freno que contiene la pasión, el bálsamo que cura las heridas del alma, la antorcha que ilumina el camino, las divinas esperanzas que transfiguran la muerte. Venid a mí todos, de la buhardilla y del palacio, del taller, de la granja y del castillo, de la extremada pobreza y de la soberana opulencia. Porque yo soy el

que santifica, consuela y enoblece el trabajo; yo soy el que moraliza, enternece y modera el capital; yo soy el que salva de la desesperación y del orgullo; yo soy el que enseña a los hombres el secreto de reconocerse y de amarse, de armonizarse y ayudarse como hermanos; yo soy el que hace descender a las entrañas enfermas de la sociedad una virtud pacificadora y unitiva. Venid a mí todos, los que padecen, los pecadores, porque yo soy el que cura las llagas del corazón, yo soy el que lava las manchas de la conciencia. Venid a mí desde las profundidades del vicio y desde las cumbres de la virtud, porque yo soy el que pone alas a las almas caídas, y se elevan a la luz; a las almas justas, y suben los últimos escalones de la belleza moral; yo soy el que cambio la duda en certeza, la falta en arrepentimiento; yo soy el camino, la verdad y la vida. He ahí mi doctrina; creed. He ahí mi gracia; obrad. Tened fe, tened obras.

Medid, señores, la grandiosidad de la obra de Jesucristo, su deseo, su anhelo, su ambición. No es el hombre de una época, de un pueblo, de una clase de personas. Quiere estrechar en sus brazos, sobre su corazón, todos los lugares, todos los tiempos, todas las almas. Lo que ha pedido, ha obtenido. Estableció en la tierra algo grande, prodigioso, único. ¿Qué?

III. La sociedad de las almas en la participación de su doctrina y de su gracia.

La sociedad universal de las almas, ¿vió jamás esto? En la antigüedad no veo más que desconfianzas, ataques, sangrientas rivalidades, anatemas recíprocos, destrucciones que se suceden y ruinas que se amontonan y se confunden. En un momento de la historia pudo

creerse que iba a realizarse la unidad bajo el *imperio romano*. ¡Ay, qué unidad! Cien millones de esclavos se borran ante algunos millares de hombres libres. El Senado se arrastra a su vez ante el Emperador, el Emperador tiembla ante los soldados que le eligieron, hasta el punto de que aquella sociedad, en la cual no había otro lazo que el del miedo, se abisma y desaparece, en un día de tempestad, en la sangre de las invasiones de los bárbaros. Y *hoy* ¿hemos llegado por fin a la unidad? Sí, después de quince siglos de viajes y tres de descubrimientos, hemos doblado todos los cabos, hemos descubierto todos los continentes, hemos recorrido todos los desiertos, lo hemos penetrado, visitado, medido todo con la exactitud de la geografía moderna. ¡Cuántas montañas salvadas, cuántos ríos atravesados, cuántos prejuicios destruídos! Todas las barreras quedan derribadas, los mares ya no son más que lagos, las naciones parece que se dan la mano y no son más que provincias de un solo imperio ¿Es esto la unidad? ¡Ay, no! Vuestros telégrafos comunican declaraciones de guerra; vuestros caminos de hierro transportan soldados; vuestros navíos, cañones. La llaga de la guerra ha ensangrentado este siglo. Todas las naciones se agotan alimentando ejércitos permanentes, y sólo bastaría una chispa para provocar un incendio que abrase a toda Europa. En el orden político y social, el ideal de la unidad parece más que nunca una cruel burla, una utopia demostrada por los hechos.

Pero ¿qué? ¿hay que desesperar del género humano? La sociedad universal de las almas no es un sueño, ni una ilusión. Existe en el orden moral y religioso; Jesucristo la fundó; Jesucristo, al dirigirse a los hombres de todos los lugares y de todas las categorías, los unió en el mismo pensamiento, en el mismo amor y en la

misma vida. Pone ante ellos su doctrina y su gracia, y les inspira las mismas virtudes, les abre la misma vía, les propone el mismo objeto, y los conduce al mismo paso a la conquista de la misma felicidad. Jesucristo, señores, está colocado en el centro del mundo. Reúne en torno suyo todos los corazones, y "en este centro—dice Fenelón,—todos los hombres se tocan, desde la China al Perú, desde todos los puntos del mundo, desde todos los tiempos de la historia, desde todas las condiciones de la vida." Señores, levantad los ojos y mirad todos los astros del cielo: cualquiera que sean sus dimensiones, su alejamiento, la distancia aparente que separa a los unos de los otros, se relacionan, se colocan, se encadenan, se armonizan en la inmensidad de los cielos alrededor de un astro común. Es la unidad más completa en la más vasta diversidad. Ahora bien, ese espectáculo se refleja en el mundo espiritual. Como en un cielo poblado de estrellas, las almas, aunque parezcan alejadas la una de la otra por la distancia, el tiempo o la condición social, se acercan, se tocan, se compenetran en Jesucristo, su centro y su hogar. Se iluminan de su pensamiento, se mueven de su impulso, se animan de su vida, gravitan en torno de su divina persona, y el sueño de la unidad, que atormenta al mundo moderno, no es más que pálida copia de esta sociedad universal de las almas que Jesucristo vino a fundar en la tierra. Fuera de Jesucristo, la unidad no es más que una palabra, o por lo menos, no es más que una superficie.

Señores, el mundo se agita, pero Jesucristo es el dueño, y continuará su obra. "¿Cómo queréis que os represente?"—preguntó el pintor David a Napoleón. Napoleón respondió: "Sereno sobre un caballo furioso en medio de la batalla." Napoleón no era más que un hombre. Solamente duró una hora, y, al estrujar a Europa, no le hizo mucho bien. Murió con su caballo fogoso, y la batalla continúa. Jesucristo es Dios. No muere. Permanece en medio del mundo, sereno, pacífico, omnipotente, rey de los espíritus y los corazones.

Colocaos en torno suyo. Aclamad su doctrina, vivid de su gracia. Sed sus discípulos, sus amigos, sus testigos, sus apóstoles.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

El gobierno de Jesucristo

SEÑORES:

Jesucristo estableció en la tierra la sociedad universal de las almas, en la participación de su doctrina y de su gracia. Pero aquí salta una pregunta que exige respuesta inmediata. Para continuar y dirigir esta sociedad de almas, ¿dejó Jesucristo un gobierno encargado de reemplazarlo y de continuar su obra? Sí. Vamos hoy a comprobar la necesidad, a contemplar la realidad, a admirar la belleza del gobierno de Jesucristo.

I. Comprobemos la necesidad de un gobierno para la sociedad de las almas.

En el orden humano, desde que os proponéis fundar una sociedad cualquiera, sentís la necesidad de darle una autoridad, una cabeza, un gobierno. ¿Se trata de establecer una sociedad económica, comercial, industrial,

agrícola, científica, una simple cooperativa, un modesto sindicato? Al punto instituís una junta, un comité, administradores, gerentes. Sin esto, la sociedad no funciona; es un cuerpo sin cabeza. La ley es absoluta; en todas partes en que elementos diversos concurren a una unidad, es preciso que una voluntad directriz las una haciéndose obedecer. Ved un pueblo. Para que exista, tiene necesidad de un gobierno. La democracia pura es un sueño; un estado de cosas en que nadie mandara, ni nadie obedeciera, sería un caos. Preciso es que el orgullo democrático se de a partido. Puede borrar de su vocabulario oficial la palabra súbdito y la palabra príncipe; la cosa está en las entrañas de la naturaleza humana: donde haya hombres agrupados en sociedades, habrá, de un lado, mando, de otro sujeción; y cuando una nación ha llegado al extremo de destruir y mutilar el aparato de la autoridad, se encuentra en la pendiente de la ruina, se disgrega, está en vísperas de descomponerse y de morir. Si suena la hora de las grandes luchas, este cuerpo, que carece de alma, se abate sobre sí mismo, y para sepultarlo, basta que el bárbaro le toque con la punta de su lanza. Esto está escrito en todas las páginas de la historia, a veces con letras de sangre: no hay sociedad sin gobierno.

Ahora bien, Jesucristo vino a fundar en la tierra la sociedad universal de las almas. El es sin duda el rey inmortal de esta sociedad, pero hace diecinueve siglos que murió, que entró en lo infinito y en lo invisible, y permanece oculto a distancia inaccesible. Tuvo, pues, que dejar aquí bajo una representación externa y sensible de su santa autoridad. Tuvo que dejar un gobierno para universalizar, perpetuar e individualizar su doctrina y su gracia, para continuar su obra, para mantener y dirigir la sociedad de las almas. Sin esto, ¿qué

quedaría de su aparición? Nada quedaría de Jesucristo, como ocurre con esos metéoros brillantes e inútiles que iluminan los abismos, pero que no ayudan a atravesarlos. Sin esto, las almas hubieran quedado desparramadas. Desparramar es propio de un espíritu ruin. Las grandes inteligencias agrupan y concentran. Ved la creación; nada aislado hay en ella; todos los seres se agrupan en sistemas armoniosos y reunidos en sociedades. La sociedad augusta de las almas no podía ser un esparcimiento. Pues bien, lo que Jesucristo debía hacer, lo hizo.

II. Comprobemos la realidad del gobierno fundado por Jesucristo.

Agrupa en torno suyo los Apóstoles, los instruye, les comunica su autoridad y su poder; los envía primeramente a las ciudades de Judea. les pide cuenta de su misión; escoge y designa a su cabeza, les nombra auxiliares; finalmente, quiere que los que formó se repartan por el mundo entero, prediquen su doctrina, y apliquen a todos los pueblos los beneficios de la Redención. Apreciad todo esto en detalle.

Jesucristo funda un gobierno encargado de enseñar. Escuchad: "Id". ¿Para qué este viaje? ¿Para disertar, reprender, aconsejar? No. Para enseñar: *docete!* ¿A quién? A los pequeños, a los grandes, a los súbditos y a los reyes; a todos los pueblos: *omnes gentes!* ¿De qué manera? En alta voz, públicamente, sobre los tejados: *prædicate super tecta!* ¿Con qué aparato? No llevad con vosotros ni oro, ni plata, ni moneda alguna. ¿Cual será vuestra recompensa? Seréis odiados, perseguidos, flagelados, condenados a muerte por mi causa. ¿Cuál será vuestra autoridad? La de Jesucristo:

"Quien os escucha a mí escucha; quien os desprecia, a mí me desprecia. Como mi Padre os envió, así yo os envío."

Señores, cuando los hombres fundan un gobierno, ponen a contribución el tiempo, la palabra, el ruido, y a veces, la sangre. Esto, en ocasiones, dura años; queman mañana lo que fundaron ayer, y rehacen sin cesar sus constituciones políticas, tan frágiles como castillos de naipes. Jesucristo procede de otro modo. Vedle en un rincón de Judea. Avisa a veces a los hombres, les dice algunas palabras: "Id; el mundo os pertenece" Y todo se reduce a esto. Las almas tienen un gobierno por los siglos de los siglos. Hace ya diecinueve que esto dura, y no da señales de acabar. Pero si este gobierno se limitara a enseñar verdades especulativas, que no dañan ningún interés, ninguna pasión... Pero fijaos bien: Jesucristo funda un gobierno encargado de *dirigir* las voluntades, de regular las conciencias. "Enseñad a los hombres a guardar todo lo que os he ordenado. No se quite ni un solo punto, ni una sola coma." Y, en efecto, hace diecinueve siglos que no se ha tocado ni una sola coma del Decálogo. Por una sola palabra que no quisimos tocar del Símbolo, *Filioque,* perdimos el Oriente. Por una sola palabra que no quisimos tocar de la ley moral autorizando el adulterio de Enrique VIII, perdimos a Inglaterra. Y cosa digna de notarse: este gobierno de Jesucristo, implacable en sus principios, es de una misericordia inagotable para con las almas: Jesucristo se comparó al buen pastor, que va en busca de sus ovejas, a la buena ama de casa, que busca la dracma perdida, al padre afligido, que se dirige cada mañana al encuentro de su hijo pródigo, a la gallina, que se esfuerza en reunir bajo sus alas a sus pequeñuelos para preservarlos de la tempestad. Pues bien,

hay herederos del poder de Jesucristo que hacen lo mismo cada día. Los reyes del mundo dominan las naciones y hacen recaer sobre sus súbditos el peso del cetro, del impuesto, del código penal. Los reyes de las almas, los revestidos del poder de Jesucristo, encarnan en sus palabras y en sus actos su misericordia, y tienen la misión de ofrecer a todos una regla que nada puede doblar, y una ternura que nada puede desalentar. Enseñan, dirigen. Pero hacen algo más y mejor.

Jesucristo fundó un gobierno encargado de *santificar* las almas. ¿Qué falta al género humano? ¿La luz que ilumina su espíritu y la regla que dirige su conciencia? Sí, sin duda. Pero esto no basta. Quiero todos los tesoros de la gracia para poseer todas las esperanzas de la gloria: el Bautismo, con la certeza de la divina fórmula; la Eucaristía, con la orden y el poder de consagrarla; la Penitencia, con la promesa auténtica del perdón. Quiero la fuerza para marchar, y la seguridad de que se me abrirá el cielo. Pues bien, ¿quién tiene aquí bajo la fuerza para dármela y las llaves del cielo para abrírmelo? ¿Quién? Los que Jesucristo designó. Hay en la tierra hombres a los cuales dijo Jesucristo: "Bautizad, consagrad, perdonad, abrid y cerrad el cielo." Y así fué hecho. A la cabeza de la sociedad de las almas colocó Jesucristo su gobierno.

En el primer grado, el ejército inmenso de sacerdotes disciplinados, ordenados jerárquicamente bajo la autoridad de los obispos;

En el segundo grado, el cuerpo episcopal unido jerárquicamente bajo la autoridad del Papa;

En el tercer grado, la serie majestuosa, la sucesión nunca interrumpida de los Soberanos Pontífices. Y más alto que todos esos sacerdotes, que todos esos obispos, y aun que todos esos Soberanos Pontífices, Jesucristo, invisiblemente presente en medio del mundo, gobernando las almas por medio de sus representantes, y por ellos haciendo llegar su doctrina y su gracia hasta la última de las almas perdida en la más humilde de las cabañas.

III. Admiremos la belleza de este gobierno.

En primer lugar, está compuesto de hombres. ¿Quién quisierais para gobernar las almas, para distribuirles la verdad de la gracia? ¿Angeles? No. No los querríais; no los creeríais; les diríais: "Criatura inmaterial, ¿por ventura conoces al género humano? ¿Conoces la tentación, el dolor, la muerte? ¡Fuera de aquí! Entre el ángel y el hombre media un abismo."

Dios, señores, no os envía ángeles, sino hombres, y los convierte cerca de vosotros en órganos incorruptibles de la verdad, en arterias vivientes de la gracia; y tienen el doble poder de llegar a vosotros porque se os asemejan, y de santificaros porque son superiores a vosotros. Tienen vuestra *naturaleza*. Por consiguiente, pueden conoceros, amaros, compartir vuestras necesidades y vuestras dolencias.

Preguntóse un día a Bourdaloue: "¿En dónde habéis estudiado el corazón humano para conocerlo tan bien?"—"Aquí"—contestó poniendo la mano sobre el suyo. Pero esos hombres, al propio tiempo que se os asemejan por la naturaleza, os son superiores por *sus poderes*, que son independientes de su persona.

En el gobierno de Jesucristo, ¿qué importa el valor del hombre? Judas absuelve tan sólidamente como San Juan. El menor sacerdote consagra tan sólidamente como el más santo. Todos sus poderes son, no para ellos, sino para las almas. Jamás se vió nada igual en

parte alguna. En la sociedad civil, las dignidades son enteramente externas. En la sociedad religiosa, los poderes son indelebles y sobreviven a todas las tempestades. Mientras que el menor viento de las revoluciones se lleva a los alcaldes, a los gobernadores y a los reyes, las más violentas tempestades nada pueden contra el carácter sagrado impreso en la frente del sacerdote, del obispo, del papa. Expulsado, preso, desterrado, el sacerdote es siempre sacerdote, el obispo es siempre obispo, el papa es siempre papa. Se les obedece en la prisión como en el trono, y la santa jerarquía permanece inquebrantable.

Pero el gobierno fundado por Jesucristo, tan hermoso en su composición, es todavía más admirable en *su amplitud*. Los legisladores, los héroes, los sabios de la tierra forman planes de reformas, pero no abarcan más que una ciudad, un pueblo, y el resto de la tierra queda fuera de su alcance. Moisés únicamente gobernó el pueblo judío; Semiramis sólo enriqueció a Babilonia; Licurgo no legisló más que para Esparta, y Solón únicamente para Atenas. Verdad es que Roma dominó el mundo entero, pero sólo en provecho de su orgullo. Roma, cebada con el despojo de las naciones, solamente se convirtió en cabeza de ellas encarnizándolas. Allí donde puso sus manos o sus plantas, no vemos más que el pretor ávido, o el soldado brutal. Todas las tierras que pisoteó sintieron el peso de las cadenas, y el poeta no hizo más que expresar la indignación de la tierra esclavizada cuando exclama en los *Horacios*:

> Sí, doy gracias al cielo de no ser romano,
> Para conservar todavía algo de humano.

No es ese el gobierno establecido por Jesucristo. Es

universal, y las almas se inclinan libremente bajo su cetro bendito.

Mas ¿cuándo acabará? Escuchad a su divino fundador: "Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." Sin duda que esto no es más que una frase, pero tened cuidado: es una frase de Dios. Dios no tiene necesidad de frases para hacer cuanto hace. Con una palabra fundó la tierra sobre sus fundamentos. Con otra palabra lanzó el polvo brillante de las estrellas sobre los caminos del firmamento.

Otra palabra encargó a los granos de arena que contuviesen el mar. ¿Os asombraríais de que con otra palabra diese la duración a su divino gobierno, mucho más precioso para El que los cielos, la tierra y el mar?

Los poderes de aquí bajo dependen de mil cosas exteriores: murallas, espadas, oro, voluntades y pasiones humanas; así, la muerte llega fatalmente temprano o tarde. Pero el gobierno de Jesucristo es divino; por consiguiente, es imposible de desarraigar, es inmortal. Todas las astucias, todas las plumas, todas las espadas se quebrantarán contra el granito de estas divinas palabras: "Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos."

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

La forma del gobierno de Jesucristo

SEÑORES:

Jesucristo unió las almas en sociedad, y a la cabeza de esta sociedad puso su gobierno encargado de dirigirla y santificarla. Pero ¿cuál es la forma de este gobierno? Pregunta interesante, a la cual voy a dar respuesta en poquísimas palabras.

I. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno monárquico.

En el orden humano, sabéis que hay diferentes especies de gobiernos, y cada pueblo es libre de elegir el que le conviene, ora gobierne uno solo, ora varios, ya la asamblea de los más sabios y poderosos, ya la totalidad del pueblo: monarquía, oligarquía, aristocracia, democracia. Esto es obra del tiempo, del lugar, de las costumbres, de las conveniencias.

Gracias a Dios, no tengo que pronunciarme sobre la excelencia de tal o cual gobierno. La monarquía tiene sus glorias y sus ventajas, pero, también, nada más legítimo que la república cuando está regularmente constituída, y no tengo dificultad en confesar que podría ser el mejor de los gobiernos, si todos los hombres fueran igualmente instruídos, prudentes, desinteresados y virtuosos.

De todas las formas gubernamentales, ¿cuál es en sí la mejor y más perfecta? Pregunta platónica y casi insoluble; por otra parte, nada me interesa, pues yo me elevo por encima del orden político.

En el orden espiritual, moral y religioso, y a la luz del Evangelio, declaro que una voluntad muy positiva de Jesucristo constituyó la sociedad universal de las almas bajo la forma monárquica. Jesucristo no tomó granos de polvo, ni levantó sobre arena movediza las columnas de su templo, sino que un día, en una llanura del Oriente, rodeado de sus Apóstoles, mirando a uno de ellos al rostro, le dijo: "Tú eres Pedro; yo te coloco como roca inquebrantable en los cimientos; pero mi mano te sostendrá, y tú, a tu vez, sostendrás la sociedad de las almas. Todas esas almas reunidas son como un navío lanzado al océano de las edades. No es conveniente encargar su dirección a una tripulación sin piloto. Pedro empuña el timón, y ¡mar adentro! La nave es frágil, la mar muy grande, sembrada de escollos, fecunda en tempestades; allá abajo aparecen puntos negros, y muy pronto los relámpagos de la tempestad iluminarán el horizonte. ¡Mar adentro, te digo, y nada temas! Sobre tu cabeza brillan las estrellas, a lo lejos se destaca el puerto, y el Dios que abrió la cuna donde dormita el océano, sabrá, con su mano soberana, tra-

zar el camino a través de las olas, a la barca que lleva los destinos del linaje humano."

He ahí, señores, la institución de Jesucristo: un solo rebaño para un solo pastor. A la cabeza de la sociedad de las almas, coloca ¿a quién?, ¿qué? ¿Un parlamento, una asamblea deliberante, un senado, un comité, un consejo, algunos hombres? No, *un solo hombre,* a quien da promesas de vida indefectible, las llaves del cielo, el poder de atar y desatar, el derecho de gobernar las ovejas y los corderos, es decir, los pastores y los fieles. En el reino de Jesucristo, los Apóstoles son sin duda jefes, pero Pedro es monarca, es rey. Es la cabeza visible de la sociedad espiritual que Jesucristo invisible protege, conserva, rige con sus santas leyes. Y este Rey universal de las almas, ¿de quién tiene su poder? ¿de la voluntad de los grandes de un pueblo? ¿de los príncipes temporales? ¿de los sufragios de la multitud? No, de Dios mismo. Obra por mandato del cielo, y no por mandato de las asambleas. Y este poder tan divino en su origen, ¿a *quién* está sometido en su ejercicio? ¿Habrá que decir del cabeza de la sociedad cristiana que reina y no gobierna? No. Jesucristo no colocó a la cabeza de su reino aquí bajo un rey constitucional. Es un rey en toda la plenitud de la palabra y de la realidad, un monarca verdadero, que lleva sobre sus hombros y sobre su frente el peso y la gloria de una autoridad total, lo cual no quiere decir que el gobierno de Jesucristo tenga ese carácter de absolutismo que marca en lo pasado ciertos poderes humanos, y repugna a las legítimas orientaciones de nuestro siglo. Mirad:

II. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno temperado.

En el orden humano, los pueblos se ingenian cada vez más en temperar, en inspeccionar, en moderar el poder. Esto no es mal. Los pueblos, como deben ser gobernados, tienen el derecho de imponer, de estipular contrapesos y garantías que hagan equitativo el poder. Obedecen a la ley, por lo que está en su interés contar con buenos legisladores. Pagan impuestos, por lo que es bueno que, por lo menos, se protejan contra las exigencias que pudieran ser injustas. Vierten su sangre para que triunfe y brille la patria, por lo que no sería justo reprocharles que tomen precauciones para que sus gobernantes no declaren la guerra más que cuando sea justa y necesaria. En suma, un pueblo no puede abandonarse y abdicar entre las manos de un hombre diciéndole: "¡Haz de mí lo que quieras! Soy tu cosa, tu bien, tu propiedad sujeta al trato y a los servicios que quieras. Hoy más que nunca, los gobiernos deben atender a las necesidades, a los deseos, a las exigencias legítimas de los pueblos.

Señores, en el orden religioso, en la sociedad de las almas, los gobernados nada tienen que temer del monarca que los gobierna. En torno de este monarca hallan, sin buscarlos, los más admirables temperamentos. ¡Ojalá todas las sociedades civiles tuvieran un gobierno tan temperado como el de la sociedad religiosa. En efecto:

1.° ¿Queréis *barreras* que contengan al poder público? Os desafío a que halléis en parte alguna barreras tan sólidas y probadas como las que rodean al Cabeza

de la sociedad cristiana. Porque esta Cabeza augusta jamás obra por capricho, sino que está sometida a instituciones divinas, de las cuales no es posible cambiar nada; está sometida a la tradición, cuyas enseñanzas debe seguir; está sometida a la Escritura, cuyo texto sagrado debe respetar, y sobre todo, está sometida a la asistencia del Espíritu Santo, que hace imposible la arbitrariedad, los extravíos, las decisiones injustas.

2.° Queréis *asambleas* deliberantes? Contemplad en la sociedad de las almas, junto al Papa, el Episcopado, es decir, una aristocracia venerable, cuya cooperación no es posible descartar, ni reducir a un simple papel de mandatario. En efecto, el obispo recibió de Dios, no solamente el poder de hacer oir la voz de sus consejos, sino el derecho de deliberar, de juzgar, de pronunciar, de definir, de legislar, de regir por su cuenta y en su propio nombre la porción del rebaño asignado a a su jurisdicción. El Episcopado proviene de Jesucristo, que lo hizo eterno, indestructible, indesarraigable, como el Pontificado mismo, de igual institución divina, aunque de autoridad desigual.

3.° Finalmente, ¿queréis en las sociedades civiles la presencia y la infIluencia siempre creciente del *elemento democrático*? ¡Ah! hace mucho tiempo que todos nuestros votos fueron realizados y superados en la sociedad religiosa. Ninguna constitución gubernamental dió jamás tan hermosa participación al pueblo más humilde como la constitución jerárquica establecida por Jesucristo. El gobierno de Jesucristo no se parece a los templos de la Iglesia protestante oficial de Inglaterra, en los cuales se sientan cómodamente, en filas claras, correctos *gentlemen* y encantadoras *ladies*, pero

sin que jamás se vea en ellas una blusa ni un vestido remendado. No, en la sociedad católica, la puerta queda del todo abierta al plebeyo y al pueblo para llegar a las más altas dignidades.

Más de un vez escogió Jesucristo hijos del pueblo para consagrarlos con el óleo santo, para elevarlos a la majestad del sacerdocio, para hacer de ellos, no solamente sacerdotes, sino obispos, y aun, si estaban dotados de genio y de virtudes, podían llegar, aquellos hijos del pueblo, a ocupar el primer trono, y llamarse Gregorio VII, Sixto V; y así, éste fué en su niñez pastor de puercos, Benedicto IX, humilde aldeano, Gregorio VII, hijo de un carpintero, y Urbano IV, hijo de un zapatero remendón; y aun a veces semejantes pastores, semejantes obscuros plebeyos, sucedían a hijos de príncipes. ¿Queréis democracia? Ahí la tenéis, y democracia legítima, democracia verdadera.

El gobierno de Jesucristo es monárquico y democrático a la vez. Esto es sencillamente sublime. ¿Pero es esto todo? Algunas palabras más.

III. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno invariable.

Los gobiernos humanos se transforman de pueblo a pueblo y casi de día en día. ¿Cuántas constituciones políticas han sido, en un período de cien años, inventadas, retocadas, desacreditadas y sustituídas por otras que no han durado tanto? Nuestro siglo no ha regateado a los amadores de espéctaculos las ocasiones de satisfacer su curiosidad; sólo que les ha hecho pagar el asiento un poco caro. El peligro de las constituciones humanas es su movilidad, ya que el hombre puede siempre deshacer lo que hizo.

No ocurre lo mismo con la constitución divina que Jesucristo dió a la sociedad de las almas, pues es invariable, y posee desde el principio un organismo completo, hecho para todos los tiempos y para todas las razas. Fácilmente concebimos que las fundaciones humanas atraviesen períodos de ensayo, y queden sometidas a múltiples variaciones; pero no se retoca la obra divina.

Hombres, proclamad repúblicas, instituid monarquías; combinad en proporciones sabiamente calculadas la monarquía, la aristocracria y la democracia; equilibrad ingeniosamente, la una con la otra, la autoridad y la libertad; podéis hacerlo, con tal que respetéis las leyes de la justicia, que obligan a los pueblos como a los individuos. Pero os ruego que no tratéis de imponer a la sociedad fundada por Jesucristo constituciones. Jesucristo todo lo hizo por sí solo, como Dios, como rey, sin intervención de los hombres. El mismo poder que lanzó los astros al espacio llamó a Pedro y a los Apóstoles. El mismo arte que dió a las estrellas dimensiones y claridades diferentes, con atracciones armoniosas, de las que resulta la unidad de los cielos, dió al papa, a los obispos y a los sacerdotes poderes diferentes, pero igualmente divinos, que no pueden modificar ni destruir. Pontificado, episcopado, sacerdocio, Evangelio, sacramentos, todo esto está fuera del hombre, por encima del hombre, impuesto soberanamente al hombre, por Aquel que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." "Yo soy rey."

Admirad, señores, ese carácter específico del gobierno de Jesucristo. En la tierra todo cambia. Si resucitara uno de nuestros padres del siglo XIII, miraría asombrado en torno suyo, y se creería juguete de un sueño: constituciones, leyes, hábitos privados y pú-

blicos, todo se transforma. Unicamente el gobierno de Jesucristo no cambia. Semejante a esas pirámides que, desde hace cincuenta siglos, permanecen inmóviles ante el viento que levanta las arenas del desierto, y ven alzarse a sus pies por la tarde, y abatirse por la mañana, las tiendas del árabe vagabundo, el gobierno de Jesucristo permanece firme e inmutable en medio de ese torrente de los siglos que todo se lo lleva, hombres e imperios. Señores, el hombre no trabaja así; sólo Dios puede levantar un edificio respetado de los siglos y vencedor de las pasiones.

Esto debe tranquilizarnos. Navegamos en un navío en el cual estamos seguros de no naufragar. El gobierno de Jesucristo es invariable y al mismo tiempo inmortal. Cantará el *Libera,* canto, no de triunfo, sino de perdón, sobre la tumba de todos los que profetizaron y creyeron profetizar su muerte.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

La extensión del gobierno de Jesucristo

I.—LA IGLESIA CATÓLICA

SEÑORES:

El gobierno espiritual fundado por Jesucristo se llama Iglesia. Trátase ahora de saber a quién se dirige esta divina institución. ¿Es absolutamente para todos, o para algunos solamente? He aquí que entre nosotros se funda una sociedad, sociedad económica, industrial, agrícola, científica; cada cual queda libre de ingresar en ella, o de quedar fuera de ella. Estudiamos los estatutos de la nueva sociedad, consultamos nuestro interés y nuestra conciencia, y nos decidimos por la abstención o por la adhesión. Pues bien, Jesucristo fundó en la tierra un gobierno espiritual encargado de enseñar, de santificar, de dirigir la sociedad de las almas. ¿Somos libres de someternos o de sustraernos a este gobierno? No. Es preciso pertenecer a la Iglesia fundada por Jesucristo.

I. ¿Qué quiere decir esto?

Fácilmente lo entenderéis.

Jesucristo fundó aquí bajo la verdadera religión; pero no quedó visiblemente en la tierra para enseñarnos, para santificarnos, para dirigirnos por sí mismo. Esto es evidente. ¿Quién, pues, nos transmitirá su palabra? ¿La fijó en un libro firmado por una mano divina? Los protestantes dicen: "Sí. Toda la religión está en la Biblia y en el Evangelio." Señores, los protestantes se engañan. No se gobierna con un libro que la mayoría de los hombres no sabrá leer, que se puede entender mal, e interpretar en todos los sentidos, lo cual se convierte fatalmente, en el curso de los años, en objeto de discusión y en enigma indescifrable. "La escritura—dice Platón—sin el que la ha escrito, es un niño sin padre; se le hace decir todo lo que uno quiere." No me acuerdo quién pronunció esta frase: "Dadme cuatro líneas escritas por un hombre, y me encargo de hacer que lo ahorquen."

Desde que los protestantes rechazaron, en la lectura de la Biblia, toda autoridad doctrinal, se han contado doscientos dieciocho sentidos diferentes dados por ellos a estas cortas y sencillas palabras de Jesucristo: "Este es mi cuerpo."

Imaginaos que en un pueblo haya un código excelente, pero ninguna magistratura para explicarlo y aplicarlo; por adelantado podéis adivinar en qué se convertirán las leyes mejor redactadas y más indiscutibles: serán letra muerta, y se doblegarán, volarán en pedazos y serán aniquiladas por la presión de las pasiones rebeladas.

Jesucristo no dejó, pues, aquí bajo un libro para

gobernar la vida religiosa del género humano. Subió al cielo sin haber escrito una sola línea; al abandonarnos, no nos dejó una letra muerta para instruirnos, sino una palabra viviente, una autoridad visible, una Iglesia enseñante, un gobierno espiritual encargado de sustituirlo. No dijo a los Apóstoles: "Escribid", sino que les dijo: "Enseñad." Y de hecho, predicaron siempre, sólo tarde e incidentalmente escribieron.

Ya en la antigua ley, cuando David, Isaías, Jeremías y Daniel hablaban o escribían sus salmos, sus lamentaciones, sus visiones de lo por venir, la Iglesia judía, la Sinagoga vivía para recogerlos e interpretarlos. Del mismo modo, hacía mucho tiempo que la Iglesia católica existía cuando apareció el primer Evangelio. Hacía mucho tiempo que San Pablo predicaba en Corinto, en Atenas, en Efeso, en Roma, cuando apareció el segundo. Hacía de sesenta a ochenta años que la Iglesia vivía cuando San Juan selló con el Apocalipsis el libro divino. Se predicaba, se bautizaba, se comulgaba, se decía la misa, se ordenaba a obispos y sacerdotes cuando aún no existía ningún Evangelio, ninguna Epístola, ninguna línea escrita por ningún Apóstol.

Hoy tenemos la manía de escribir. Antes de fundar una obra cualquiera, la menor cofradía, el menor sindicato, se escriben sus reglamentos. La antigüedad se hubiera sonreído de este proceder. Escribía poco; concedía más fe a la palabra viviente, a la acción, que a la escritura. Ponía la vida en el fondo de una obra antes que poner la obra en el papel. Como quiera que sea, así es como procedió Jesucristo. No escribió nada, pero fundó. Fundó la sociedad de las almas. Fundó un gobierno espiritual encargado de instruir, dirigir y santificar esta sociedad. Fundó la Iglesia.

Ya comprendéis todo lo que esto quiere decir: pertenecer a la Iglesia fundada por Jesucristo quiere decir: creer las verdades que enseña, recibir los sacramentos que administra, obedecer a los jefes que gobiernan. Y aquí salta otra vez la grave pregunta que ha abierto esta conferencia: ¿Es la Iglesia una sociedad necesaria, obligatoria, o podemos en conciencia entrar en ella y salir de ella a medida de nuestro deseo? ¿La colocó Dios sencillamente ante nosotros como un magnífico espectáculo, ante el cual podamos pasar contentándonos con saludarla llenos de estéril admiración, o por lo contrario, debemos pertenecer a ella so pena de incurrir en la maldición divina? Sí, estamos obligado a ello.

II. ¿Por qué?

1.º *Porque Jesucristo lo quiere.* Jesucristo nos rescató; tiene, pues, el derecho de dictar las condiciones según las cuales gozaremos del beneficio de la Redención. Ahora bien, ¿qué dijo? ¿qué hizo?

Escuchadle. Dijo a sus Apóstoles: "Id, y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; el que no crea será condenado." Y en otra parte: "El que os escucha, a mí me escucha, y el que os desprecia, a mí me desprecia." Y también: "Si alguien no escucha a la Iglesia, consideradle, no como un cristiano imperfecto, sino como un apóstata de mi religión, como un pagano que jamás la conoció, como un publicano, como un pecador público que la deshonra."

Impíos, incrédulos, escépticos, indiferentes, perteneced a la Iglesia, o desgarrad el Evangelio. Recorred sus páginas divinas, y en ellas hallaréis pintada la Iglesia bajo las más salientes figuras. Ella es la sala del

festín, el aprisco, el reino, la ciudad, la casa, el cuerpo de Jesucristo. Fuera del festín, no hay comida; fuera del aprisco no hay ovejas amadas del pastor; fuera del reino, no hay patria; fuera de la ciudad, no hay ciudadanos; fuera de la casa, no hay hijos; fuera del cuerpo, no hay miembros vivientes; fuera de la Iglesia, no hay salvación. Esto es claro, ineluctable. No hay medio de borrar lo que Jesucristo dijo.

Tampoco hay medio de deshacer lo que hizo. Veamos. Interviene en la vida religiosa del linaje humano, Constituye su centro y su hogar, y no hay debajo del cielo otro nombre por el cual podamos ser salvos. Pero ¿cómo proveyó a la comunicación regular de su doctrina y de su gracia? Por medio de su Iglesia. Pues bien, apelo a vuestra conciencia. Jesucristo hubiera sido pródigo de sus dones por vosotros; por vosotros, hubiera nacido en un pesebre, hubiera crecido en la pobreza, hubiera vivido y muerto, muerto en el oprobio y en la ignominia del último suplicio; por vosotros hubiera fundado su Iglesia, hubiera puesto su Evangelio en los labios de los Apóstoles, y en sus manos, los tesoros de la Redención; por vosotros hubiera creado el sacerdocio, con la misión de hablar al mundo, el altar del sacrificio y la mesa eucarística; ¿y vosotros cruzaríais la tierra, ligeros e indiferentes, lanzando miradas distraídas a la Cruz y a los jefes que la sostienen, y diciendo: "Mucho bueno hay en esa religión; pero impone verdades muy elevadas y deberes demasiado pesados; suba el que quiera sus abruptos tramos; obedezca el que quiera a los que Jesucristo consagró como representantes suyos. En cuanto a mí, prefiero seguir el camino que serpentea por la llanura, y no obedecer más que a mi capricho y a mi pasión."

¿Diríais esto y creeríais que todo quedaba terminado? No, señores, no se juega con la palabra ni con la obra de Jesucristo. No tenemos el derecho de borrar lo que dijo, ni de deshacer lo que hizo. Es preciso pertenecer a la Iglesia. ¿Por qué?

2.º *Porque lo ordena la razón.* En efecto, ¿qué nos dice la razón?

La razón nos dice que la *Iglesia es divina,* y que negar la Iglesia, es repudiar todo el cristianismo, y aun toda creencia filosófica y religiosa.

Desde el momento en que os negáis a pertenecer a la Iglesia, *os separáis de Jesucristo.* Acabáis de oirle. Os dice que está con la Iglesia, que puso su palabra en la boca de ella, que hay que escucharla como a El mismo; os dice: "Creed y obedeced a mi Iglesia." De dos cosas, una: o nos dijo la verdad, o se engañó. Si dijo la verdad, no tenéis más que inclinaros bajo su palabra, y arrojaros en el regazo de la Iglesia. Si se engañó, no es más que un hombre como vosotros y como yo; de suerte que, para sustraeros a la Iglesia, estáis lógicamente obligados a negar la divinidad de Jesucristo. Esto es grave, muy grave.

Por otra parte, ¿es que la negación de la Iglesia no es la destrucción, piedra por piedra, de toda la religión cristiana? Fijaos en lo que se convierte el cristianismo fuera de la Iglesia católica. Entre los protestantes, nadie se entiende, ni sobre las verdades que hay que creer, ni sobre los sacramentos que hay que recibir. En cuanto a los incrédulos que tienen todavía la pretensión de ser cristianos, aunque libertándose de la tutela del papa y de los obispos, es una pura broma. Su cristianismo es tan limitado, tan restringido, tan tímido, tan insignificante, que no aventurarían un cabello de su

cabeza, ni un pelo de su barba para profesarlo o defenderlo.

Señores, por cuanto el campanario es más alto que el templo, si se derrumba, conmueve y aplasta el templo todo entero. Pues bien, por encima de la religión cristiana, para coronarla, consolidarla y protegerla, colocó Jesucristo su Iglesia; por consiguiente, esta divina institución jamás cae sola, sino que arrastra en su caída al cristianismo todo entero.

Más todavía: por cuanto el campanario está en medio de la aldea, aplasta, al caer, no solamente el templo, sino también las casas vecinas. Así también, la negación de la Iglesia, va generalmente seguida de la negación de toda creencia filosófica y religiosa.

Desde el momento en que os negáis a pertenecer a la Iglesia, *os sumergís en el caos de la duda*. Porque ¿qué encontráis fuera de la Iglesia? Utopias que se suceden para testificar una impotencia que permanece siempre la misma; sistemas que cambian siempre para disfrazar un orgullo que no cambia nunca. Pregunto a los sabios que quieren mantenerse a distancia de Jesucristo y de su Iglesia, y veo que no se ponen de acuerdo más que para destruir, ni se conciertan más que para disputar, y, si cuento los votos, cada uno se reduce al suyo. Finalmente, llegan a la indiferencia total en materia filosófica y religiosa. Así, después de negar la Iglesia, después de negar a Jesucristo, pasan ante la verdad agitando la cabeza y arrojando sobre la muchedumbre desorientada y aturdida las viejas palabras del procónsul romano: "*Quid est veritas?*, qué es la verdad?" ¿En dónde está la verdad? Nadie lo sabe.

Señores, la religión de Jesucristo tiene venganzas formidables. Puede abandonarse, negarse, ultrajarse, sin molestarse mucho. Pero aquí bajo, sólo hay dos

zonas bien definidas: la zona de la luz y la zona de las tinieblas. La religión de Jesucristo es la zona de la luz; si salís de ella, caéis en las tinieblas.

¿Buscáis la verdad, señores? Está allá, en Roma, en torno del anciano Pontífice que tiene en sus manos desarmadas los destinos del Evangelio y del mundo. ¿Habéis oído estos mismos días su palabra? Acababa de bendicir a la muchedumbre postrada a sus pies, e iba a retirarse, cuando, volviéndose, dijo a los que le rodeaban: "Rehagamos el gran turno para mis peregrinos franceses; quiero que todos vean a su Papa." Agrupaos, señores, alrededor del representante de Jesucristo. Francia es siempre la porción privilegiada de su rebaño. Nos ama con amor de padre; seamos para él hijos invenciblemente sometidos e infatigablemente abnegados.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

La extensión del gobierno de Jesucristo

II.—La Iglesia invisible

Señores:

Hemos procurado medir la extensión del gobierno de Jesucristo. En la hora actual, hay en la superficie de la tierra más de doscientos millones de hombres que, desde todos los puntos del globo, aclaman a Jesucristo; que, inclinados sobre la tierra, atormentados por sus pasiones, trabajan para hacerse mejores bajo su divina influencia; que viven de su doctrina y de su gracia, y mueren con los labios sobre la cruz.

Esto ya es algo, pero ¿lo es todo? No. Permitidme una comparación. Algunos de vosotros habéis visitado las marismas saladas que se extienden desde Guerande al Croisic. En un espacio de cuatro o cinco leguas, no distinguís más que montones de sal que sólo esperan ser medidos, pesados, purificados para venir a nuestras

mesas. Pero, además de esta masa medible y tangible, el mar tiene en suspensión una cantidad inmensa de sal líquida impalpable. Así también, en el género humano, al lado de la Iglesia visible, y mezclada con ella, existe una iglesia invisible que es como la segunda zona del gobierno de Jesucristo. La Iglesia invisible se compone de todos los que están de buena fe en el error, y aquí nos encontramos en presencia de una certeza y en presencia de un misterio que merecen nuestra más religiosa atención.

I. ¿Hay honbres que están de buena fe en el error? Sí, ciertamente.

Y estos hombres, si viven de conformidad con su conciencia, dependen de Jesucristo y pueden beneficiarse de su redención. Separados de la Iglesia visible, pertenecen a la Iglesia invisible. Veámoslo.

Hay en la herejía y en el cisma hombres sencillos y rectos, humildes mujeres, pobres, ignorantes, obreros que son heréticos y cismáticos sin saber lo que es cisma y herejía, y que, viviendo alejados de púlpitos y libros, en medio de las rudas necesidades de la vida material, no tienen ni tiempo ni ocasión de examinar sus creencias. Mirad esos hombres; antes os parecen privados de la verdad católica, que infieles a esta verdad, recibiendo piadosamente de Jesucristo lo que se da de El, buscando formalmente en El su salvación, y enteramente dispuestos a creer lo que El quiere que se crea y hacer lo que El quiere que se haga. Mons Cheverus encontró un día en América tres jóvenes ministros protestantes, a los que bautizó y ordenó de sacerdotes, y afirma que antes del golpe de luz de su conversión, jamás habían sospechado la falsedad de su

religión, en la que vivían en la mayor inocencia. El ilustre cardenal Newman, hablando de los largos años pasados por él en la herejía, pudo escribir estas palabras admirables: "No creo haber pecado jamás contra la luz." Semejantes hombres pertenecen al gobierno de Jesucristo, y forman parte de su Iglesia invisible.

Veamos ahora *los infieles* que jamás oyeron hablar de Jesucristo. Aquí es donde la impiedad nos acusa de intolerancia, de fanatismo, de matanza espiritual. "Los condenáis a todos en bloque—nos dice;—los excluís sin piedad del reino eterno. Esto es absurdo, es cruel, es escandaloso." Señores, el fanatismo no puede imputársenos a nosotros, sino a la impiedad, que, como siempre, triunfa de nuestra enseñanza desfigurándola, falsificándola, calumniándola. Pongamos las cosas en su punto. ¿Es que nosotros decretamos la condenación de los paganos y los infieles? En manera alguna. Nosotros declaramos que todo infiel que obedece a la ley de justicia y de rectitud impresa en la conciencia humana, no deja insensible el corazón de Dios, y que Dios, por medios de El conocidos, sabrá conducirlo a una fe suficiente para su solución. Nosotros declaramos que Dios ama a la coreanos y a los japoneses, a todos los pobres salvajes; que Jesucristo murió por ellos como por nosotros, y que, por infiltraciones misteriosas, su sangre divina podrá redimirlos. Los misioneros nos dicen que encuentran entre los infieles niños, jóvenes, doncellas, hombres, ancianos que aman a Dios, dispuestos a seguir su voluntad y madurar para el bautismo. Vais a ver que no somos feroces con relación a ellos. En primer lugar, declaro que hay entre los incrédulos hombres honrados cuyas buenas costumbres y excelente buena fe no puede ponerse en duda; víctimas de una mala educación y de los medios pervertidos en que vivieron; retenidos en el error por obscuridades involuntarias; atormentados del deseo de conocer la verdad; buscándola con rectitud sin poder encontrarla; lamentándose sinceramente de la inutilidad de sus esfuerzos y de la incertidumbre en que viven, y siguiendo así a veces hasta la tumba. Pero al propio tiempo declaro que, por sus deseos, por su buena fe, por sus sinceros anhelos hacia la verdad total, esos hombres merecen recibir, aunque sea en el último momento, la luz que pedían. Pertenecen, pues, al gobierno de Jesucristo, y forman parte de la Iglesia invisible.

En resumen: Jesucristo recluta súbditos en el cisma y en la herejía, en la infidelidad, en la incredulidad, y, fuera de los límites oficiales de su Iglesia visible, se apodera directamente de todas las almas de buena fe. Esto constituye la segunda zona de su imperio. ¿Podemos medirla exactamente? Contamos los católicos; ¿es posible contar los que componen la Iglesia invisible? No.

II. Son muy numerosos los hombres de buena fe en el error. Esto es un misterio.

Nos hallamos aquí frente a dos abismos igualmente insondables; el abismo de Dios y el abismo del hombre. De un lado, Dios es infinito en su justicia, en su poder, en su misericordia, y nos es imposible seguir en detalle sus operaciones con relación a dichas almas. Por otra parte, ¿quién penetrará en las profundidades de la conciencia humana? ¿quién podrá pesar en una balanza exacta los diversos movimientos de la libertad hacia lo verdadero o hacia lo falso? ¿Son muy numerosos los hombres de buena fe en el error? La cuestión

es insoluble, y provoca igualmente el temor y la esperanza.

1.° *Todo podemos esperarlo* de la bondad de Dios y de la buena fe del hombre. El más grande pecador va a morir. ¿Qué pasa entre Dios y él? Contra toda apariencia, ¿no hay una luz que se eleve, un arrepentimiento que germine, una redención que se opere? Es posible. "¿Se condenó Lutero?" preguntó un protestante a San Francisco de Sales—"No lo sabemos" —respondió él. La Iglesia católica glorifica públicamente a los santos; pero jamás le oiréis pronunciar sobre cualquiera que sea, aun sobre los más abominables pecadores, una sentencia de condenación. Sí, todo puede esperarse de la bondad de Dios y de la conciencia de los hombres. Pero también,

2.° *Todo puede temerse.* Porque Dios es suficiente en su justicia como en su bondad, y hay en muchos hombres una falsa buena fe, una ignorancia culpable, que no podría hacerlos aparecer como inocentes a los ojos de la justicia eterna. Mirad, ¿podemos decir que están en la buena fe y en la ignorancia invencible?

¿Y esos *indiferentes* que tratan la verdad como una cantidad despreciable y a Dios como a un extraño, que no conceden a la religión ni un pensamiento de su espíritu, ni un latido de su corazón, ni un minuto de su vida? Campesinos, tienen bastante memoria para aprender todo lo malo de su aldea, pero ignoran las primeras líneas del catecismo. Ciudadanos, leen todas las malas publicaciones que atacan a la religión, pero no oyen jamás la palabra autorizada que la defiende. Sabios, profundizan todas las ciencias, pero descuidan totalmente la ciencia de Dios y del alma. ¿Diréis

que están en la buena fe? Dios lo quiera, pero me permito ponerlo en duda.

¿Podemos decir que están en la buena fe y en la ignorancia invencible?

¿Y esos supuestos *incrédulos* que, en el fondo y a despecho de sus afirmaciones exteriores, nada temen tanto como la luz, que tienen un miedo secreto de la verdad, porque la verdad les impone deberes; que no quieren ver, o no miran más que através de las nubes, ciertos perjuicios de los cuales no procuran desprenderse, porque o no quieren ver claro, o quieren ver mal, a fin de formarse una buena fe cualquiera? Hace pocos días, se me citaba uno que decía con arrogancia: "Queremos defender nuestra libertad de conciencia contra el clero." Decid, señores, con sinceridad: ¿De quién violamos la libertad de conciencia? Predicamos el Evangelio, y pedimos que vengan a oirnos. Pero no forzamos la adhesión de nadie, y nuestros oyentes quedan siempre en libertad de creernos o de no creernos. Decidlo, señores, ¿por ventura mi palabra es una cadena que vos oprime? En manera alguna. Al pie de la cátedra, conserváis toda la nobleza de vuestra libertad, y cuando llego a convenceros, no es que yo os encadene sino que vosotros os abandonáis a las saludables solicitaciones de la verdad; y cuando los incrédulos sostienen que quieren defender su libertad de conciencia contra el clero, temo que oculten, bajo esta vaga acusación, el miedo que tienen a la luz. ¿Diréis que están en la buena fe? Lo deseo. pero me permito dudarlo.

¿Podemos decir que están en la buena fe y en la ignorancia invencible,

Esos *impíos* que, no contentos con vivir lejos de Dios, le detestan y le persiguen con sus ataques furibundos; que no contentos con mantenerse a distancia

de los sacerdotes, ministros de Dios, dicen resueltamente: "Los detesto con toda mi alma?" ¿Es que esos hombres no pecan contra la luz? Júzguelos únicamente Dios, pero es enteramente permitido temerlo todo por ellos.

Señores, permitidme que ponga de relieve toda la situación. La impiedad contemporánea está generalmente representada por infieles que no pueden reprochar a Dios no haber conocido, o no haber podido conocer la verdad. Vieron claro un día, pero luego, quedaron cegados por el orgullo o por pasiones inconfesables. Poco a poco el tiempo borró en su alma el recuerdo de las faltas que originaron su ceguera, y acabaron por creerse leales y sinceros en sus prejuicios y en su odio contra la religión. ¿Diréis que están en la buena fe? Bien lo quisiera, pero me permito dudarlo.

En resumen, hay que repetir aquí las palabras del conde de Maistre: "Jamás dejaremos de esperarlo todo acerca de la buena fe, ni de temblar pensando que sólo Dios la conoce."

En cuanto a vosotros, señores, que pertenecéis a la Iglesia visible de Jesucristo, apreciad cada vez más la parte que se os ha adjudicado, y no seáis egoístas en el goce de la verdad. Por millones contáis hoy en día las víctimas de la indiferencia, de la impiedad y de la duda. Procurad, pues, con vuestros ejemplos, con vuestras palabras, con vuestros pasos, atenuar la potencia del mal y aumentar la potencia del bien. Basta un rayo de sol para disipar las sombras de la noche. ¡Plegue a Dios que el vigor de vuestra fe desvanezca las tinieblas que obscurecen, al final de este siglo, tantas almas!

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

La extensión del gobierno de Jesucristo

III. La Iglesia antigua

Señores:

El gobierno de Jesucristo se llama Iglesia; vamos a continuar hoy midiendo su extensión.

La Iglesia es la sociedad de las almas gobernadas por Jesucristo. Hay sociedades de estudio, de comercio, de negocios. Hay sociedades para la explotación de una región, para la explotación de una mina. Hay sociedades económicas, científicas, artísticas. La Iglesia es mejor que todo eso. Es la sociedad de las almas que reconocen y adoran al mismo Dios por el mismo Mediador. Están unidas en Jesucristo por la fe, tienen en Jesucristo un solo y mismo pensamiento. Por la esperanza, tienen en Jesucristo un solo y mismo deseo. Por la caridad, tienen en Jesucristo una sola y misma voluntad, una sola y misma vida.

Reunís a los hombres en consejos para nombrar a sus representantes y deliberar sobre los asuntos públicos. Está bien.

Los llamáis a vuestras escuelas, a vuestros colegios, a vuestras academias, a vuestras conferencias científicas y literarias, para inspirarles el gusto por el estudio. Está bien.

Los reunís en todas partes para ver correr caballos, luchar hombres, oir conciertos. Está bien.

Pero confesad, señores, que hay algo todavía mejor y más necesario. La vida presente no agota nuestro destino; la religión nos revela nuestro destino y nos conduce a él. Nuestras fuerzas morales se gastan pronto; tenemos necesidad de un suplemento de energía para realzar y rehacer nuestra naturaleza decaída, y el cristianismo nos aporta este auxilio oportuno. Por otra parte, aunque no lo quisiéramos, Jesucristo nos reclama. Le pertenecemos. Rescatados por El, somos su conquista, su reino, sus hijos, su bien, su propiedad. Jesucristo es el rey de las almas. Dirigiéndose, pues, a los príncipes de este mundo, a los potentados de la espada, Jesucristo puede decirles: "Tomo las almas y os dejo los cuerpos."

La Iglesia es la sociedad de las almas gobernadas por Jesucristo. Pero,

Las almas gobernadas por Jesucristo ¿en dónde están?

Están primeramente en la *Iglesia católica,* y su número se eleva hoy a 200 millones. Admitid para cada siglo tres generaciones; llegan a 600 millones las que en este siglo dependen oficialmente de Jesucristo. Y, remontando el curso de las edades, en diecinueve siglos, pasan de 20.000 millones los seres humanos unidos en la misma fe, en la misma esperanza y en

el mismo amor, que en diferentes tiempos, lugares, costumbres y lenguas, formaron con sus diversas personalidades una misma ciudad, la más vasta e e imponente que haya existido jamás. Esto es ya una hermosa envergadura para el gobierno de Jesucristo. Pero esto no es más que la primera zona de su imperio. Al lado de la Iglesia católica, y mezclada con ella, existe una *Iglesia invisible* que se compone de todas las almas que están de buena fe en el error. Estas almas dependen de Jesucristo, ya porque El las toca directamente ya por medios tan sólo de El conocidos, ya porque El las encamina lentamente hacia la verdad total. ¿Cuál es el número de los súbditos desconocidos que Jesucristo recluta en el cisma, en la herejía, en la incredulidad y aun en la infidelidad y ordena bajo su gobierno? No es posible decirlo. Pero sin temeridad podemos creer que este número es considerable,

Esto es cuanto a lo presente. ¿ Y en cuanto a lo pasado?

¿Había en lo pasado almas gobernadas por Jesucristo? Antes que apareciese Jesús en un rincón de Judea, durante los cuarenta siglos que precedieron a su venida, ¿es que Jesucristo no era rey? ¿es que el mundo vivía fuera de él? ¿es que las almas escapaban totalmente a su dominio? No lo creáis. El gobierno de Jesucristo tiene un alcance inmenso en el tiempo como en el espacio. Abarca lo pasado antes de desenvolverse en lo presente. Hay una *Iglesia antigua, anterior* a Jesucristo, de cuarenta siglos, que depende de El.

Estudiémosla breves instantes:

I. Notemos primeramente que la fuerza y majestad de un gobierno dependen mucho de su antigüedad.

Venerábamos hace un siglo las razas antiguas de nuestros reyes. Un caos prodigioso las engulló, y del fondo de aquel caos salió de repente un hombre prodigioso. ¿Sabéis lo que hizo aquel hombre para acreditar a los ojos de Europa su prestigio y su autoridad? ¡Ah! no se contentó con su genio y con su espada. Esto no le hubiera bastado. Comprendió que era preciso que profundas raíces le uniesen a lo pasado de la historia; comprendió que necesitaba la antigüedad. Tomó, pues, una corona, y la colocó con altivez sobre su cabeza. Era la corona de Carlomagno. Recogió una espada, que puso en su cintura; era la espada de Carlomagno. Echó sobre sus hombros el manto de Carlomagno; y he ahí que revestido de sus recuerdos antiguos, corrió a Nuestra Señora, y pidió a la Cabeza de la más antigua monarquia que depositara sobre su frente un poco de antigüedad. Todo gobierno que quiere vivir en lo por venir, se busca raíces en lo pasado; y si carece de verdaderos antepasados los inventa para que le presten una aparente antigüedad. Ahora bien, de todos los gobiernos, el de Jesucristo es el primero de todos por su antigüedad.

II. El gobierno de Jesucristo data del origen mismo del mundo, y preexiste durante cuarenta siglos antes de hallar su actualidad en el cristianismo.

Durante cuarenta siglos, Jesucristo es profetizado, figurado, preparado, y ya reina. Los Profetas hablan de El. La religión judía es como el alba luminosa que precede a su aparición e ilumina su rostro. Los acontecimientos de la historia son como estratificaciones que componen su pedestal. Os dije esto el año pasado, y vuelvo sobre ello.

Pero sólo os haré notar aquello en lo cual probablemente no habéis pensado nunca, a saber, que el reino de Jesucristo es superior a su encarnación; que la gracia de Jesucristo jamás faltó a nadie; que en la fe en el Mediador futuro estaban contenidas todas las creencias necesarias a la salvación; que los efectos del sacrificio que debía cumplirse más tarde en el Calvario, se aplicaron por anticipación a las almas de los primeros justos, como se aplicarán, al final de los tiempos, a los Abel, a los Noé, a los Enoch de los últimos días. Os hago notar que los paganos, los judíos, los hombres más abandonados en apariencia, recibieron luces y gracias suficientes para elevarse hasta el orden sobrenatural y divino, hasta la noción de la redención, hasta el conocimiento y servicio del verdadero Dios. No, señores, no condenamos a los paganos de la antigüedad, como no condenamos a los paganos de hoy en día que viven en la buena fe y de conformidad con su conciencia honestamente formada, sino que declaramos que allí donde se halle un hombre de buena voluntad, Jesucristo lo reivindica y lo salva. Un Padre de la Iglesia, San Justino, no vacila en honrar con el nombre de cristianos a los griegos Sócrates y Heráclito que regularon su vida según las enseñanzas del Verbo eterno.

¿Comprendéis ahora la extensión del gobierno de Jesucristo? A la Iglesia católica que se despliega a nuestra vista desde hace diecinueve siglos, y a la Iglesia invisible que desciende en el género humano a profundidades insondables, hay que añadir la Iglesia antigua, que empezó en el momento mismo en que la gra-

cia entró en un alma, y prosiguió, durante cuarenta siglos, en todos los puntos en que se encuentra el verdadero Dios, la recta razón que procede de El, la fe en las penas y recompensas que El concede, la esperanza de la salvación y la idea de la Redención.

"Formada con Adán—dice Bossuet,—anunciada en los Patriarcas, acreditada en Abraham, revelada por Moisés, profetizada en Isaías, manifestada en Jesucristo y unida a El, la Iglesia es el principio de todas las cosas, forma la trama del tiempo, y verá el fin del mundo. ¡Qué consuelo para los hijos de Dios! ¡Qué convicción de la verdad cuando nos remontamos, por los Pontífices de la nueva ley, hasta San Pedro, por los de la ley antigua, hasta Aarón, de aquí, hasta los Patriarcas y hasta Adán, y de Adán hasta Dios! ¡Qué cadena! ¡Qué tradición! ¡Qué maravilloso encadenamiento!"

La Iglesia existía ayer, existe hoy, existirá mañana. Antes de Jesucristo, estaba todo entera en la esperanza de su venida; durante la vida de Jesucristo, estaba toda entera en su persona y se confundía con El; después de su Ascensión, se extiende, se dilata hasta las extremidades de la tierra y hasta el fin del mundo.

¡Y pensar, señores, que hay hombres, débiles mortales, que nacieron ayer y morirán mañana, que tratan de suprimir la Iglesia, ese hecho divino y humano a la vez! La Iglesia es la obra capital de Dios en la tierra, y tan antigua como la tierra en la cual existe. Esto es lo que muchos no quieren comprender. Consideran el gobierno de Jesucristo como un puro accidente, como un hecho aislado o inesperado, como un detalle en la historia del género humano. Pues bien, esto es una aberración. El gobierno de Jesucristo no es un simple rodaje de la máquina; es el eje, el árbol en que todo se

apoya, la pieza maestra que lo sostiene todo, y sin la cual nada se mantiene en pie. Cuarenta siglos conducen a él; veinte siglos proceden de él. No, no es posible expulsar a Jesucristo del mundo. Es el rey de las almas, y lo pasado, lo presente y lo por venir, el espacio y la duración, todos los hombres, todos los tiempos, todos los lugares, dependen de su gobierno.

Así sea.

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

La extensión del gobierno de Jesucristo

IV. La Iglesia del cielo

Señores:

El gobierno de Jesucristo comprende tres regiones inmensas: la Iglesia católica, es decir, todos los que, estando bautizados, reconocen la autoridad de los representantes oficiales de Jesucristo; la Iglesia invisible, es decir, todos los hombres de buena fe y de buena voluntad que, viviendo en el error, son alcanzados directamente por Jesucristo y conducidos por El a una fe suficiente para la salvación; la Iglesia antigua, es decir, todos los justos de la antigüedad que por anticipación se beneficiaron de la influencia de Jesucristo. ¿Es esto todo? No. El gobierno de Jesucristo rebasa los límites de este mundo e irradia hasta la eternidad. Hay allá arriba, en el cielo, una Iglesia triunfante, que

va a ser en el día de hoy objeto de nuestra piadosa atención.

El grave problema de la otra vida es resuelto de modo muy diverso por los materialistas, por los protestantes y por los católicos. Los *materialistas* no van allá por ningún camino, sino que dicen brutalmente que no hay otra vida. A sus ojos, la vida presente lo es todo, la vida futura no es nada, y la muerte es un salto en la nada. El género humano proclama por sus voces más autorizadas, la existencia de una mansión eterna más allá de la tumba: el hombre se engaña. El Evangelio hace resplandecer en cada una de sus páginas el dogma de los castigos y de las recompensas eternas: el Evangelio se engaña. El alma humana tiene el pensamiento, el deseo, la esperanza, el instinto de la inmortalidad: el alma humana se engaña. El corazón humano protesta contra la nada, y va a buscar en una vida mejor los seres muy amados que la muerte le arrebató: el corazón humano se engaña. La razón humana, libremente interrogada, dice que es de toda justicia que la virtud sea recompensada y el vicio castigado; encorvada bajo el peso del dolor, la virtud llega al término de su carrera sin haber sentido la mano acariciadora de Aquel que le decía: "¡Animo!" Colmado de misteriosos favores, adormécese el vicio en un triunfo escandaloso. No todo, pues, acaba con la muerte, dice la razón humana. La justicia quiere que la virtud desgraciada tenga su reintegro en Dios, y que Dios tenga su reintegro sobre el vicio impune. "No, responden los materialistas; la razón humana se engaña. No hay otra vida."

Señores, los materialistas son los Eróstratos que ponen fuego a las más antiguas, a las más nobles, a las más sólidas creencias del género humano. Les haríamos

demasiado honor tomándolos en serio. Si quieren burlarse del mundo, tenemos el derecho de despreciarlos. Si son sinceros, no podemos hacer otra cosa que compadecerlos. Si son de buena o de mala fe, su doctrina es por lo menos absurda y envilecedora. Es la doctrina de la nada. **Vamos adelante.**

Los *protestantes* serios tienen una doctrina mejor, pero no llegan a la verdad total. De acuerdo con la Biblia y el género humano, proclaman otra vida, pero entre nosotros y los habitantes de la ciudad bienaventurada, declaran que hay un caos, un abismo, un muro de separación. Los que fueron santos en este mundo, aquellos cuyo corazón fué tan rico en amor, y su mano tan fecunda en beneficios, son en adelante impotentes e insensibles. No les pidáis nada; no os entienden. No esperéis nada de su intervención; nada pueden hacer por vosotros. La perfección consumada cegó en su seno el poder formidable de hacer el bien a los que los amaban. ¿Qué decís de semejante doctrina que aisla la tierra de los cielos? ¿Es que no sentís rebelarse contra ella los sentimientos más delicados y profundos de vuestro corazón? No, la verdad no puede ser sobre este punto mezquina y desnaturalizada. La verdad total sólo los *católicos* la poseen.

Nosotros los católicos creemos y declaramos no solamente que hay otra vida, sino que entre los que vivimos en la tierra y los bienaventurados que están en el cielo, existe una unión verdadera. Creemos y declaramos que la Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra son dos porciones de un mismo gobierno, cuya clave única es Jesucristo, y que, entre estas dos provincias del mismo imperio, no hay fronteras que no puedan salvarse, sino más bien un perpetuo contacto, un cambio invisible de relaciones fraternales y una perfecta

comunidad de vida. Permitidme que corra durante breves momentos la cortina que oculta el mundo invisible, y saludad conmigo la magnificencia de la doctrina católica.

Entre la Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra, distingo tres lazos: el lazo de la mirada, el lazo de la palabra y el lazo de la sangre.

I. El lazo de la mirada.

Los habitantes de la ciudad bienaventurada son nuestros modelos. Estamos invitados a contemplarlos para modelar nuestra vida según la suya. Sin duda que Jesucristo se nos ofrece como el tipo acabado de todas las virtudes. Pero su perfección sobreeminente puede deslumbrarnos y desalentar nuestra debilidad. ¿Qué hace Jesucristo? Atempera el resplandor de su santidad tamizándola en virtudes y obras menos sublimes que las suyas, y nos dice: "Mi vida os espanta; mirad la de mis santos. Eran hombres como vosotros; podéis ser santos como ellos. ¿Gemís bajo la opresión del *dolor,* y cedéis a la tentación de la desesperación y de la blasfemia? Contemplad los santos. Aparecen resignados en la prueba; sonríen a través de sus lágrimas; bendicen al cielo en una tierra en que se magullan sus pies. ¿Os lamentáis de un *siglo* que honra a los renegados y niega a los creyentes la justicia, la libertad y casi el aire que respiran? Contemplad los santos. Hicieron resplandecer en los anfiteatros y en las prisiones la gloria inmaculada de una fe invencible e invulnerable. ¿Sentís que se os sube a la cabeza la fiebre del *oro* y del placer, y que la fortuna inmerecida de tantas medianías impías os es una temible tentación? Contemplad los santos. Su vida, inmolada y desprendida del todo,

es una protesta elocuente contra los funestos arrastramientos de los corredores de riquezas y de los sensuales."

He ahí, señores, cómo primeramente se enlaza el cielo con la tierra. Los santos que triunfan allá arriba, se colocan ante los justos que combaten aquí bajo. Con el lado de la mirada los tocamos, los contemplamos, y entre ellos y nosotros se establece yo no sé qué ardor conmiserativo que nos impulsa y nos invita a imitarlos. Más todavía. Entre la Iglesia del cielo y la Iglesia de la tierra, distingo un segundo lazo más íntimo, más penetrante, más profundo,

II. El lazo de la palabra.

Sí, de las profundidades de nuestra miseria, podemos volvernos hacia los abismos de gloria que rodean el trono de Dios, y hacer llegar a los oídos de los santos la voz de nuestros deseos y de nuestras súplicas. Ellos nos oyen; tienen el poder de interceder por nosotros, y por cuanto están seguros de su felicidad, ¿nos atreveríamos a decir que son indiferentes a nuestras necesidades? Ellos, que eran en la tierra tan generosos con nosotros, ¿habrían contraído en el cielo las costumbres de vulgares y egoístas advenedizos? En manera alguna. Les hablamos,

Y ellos hablan por nosotros, y nos obtienen la omnipotente *virtud* que conjura las llagas y cura las enfermedades humanas; la *consolación,* que consuela los corazones afligidos; la *paciencia,* que hace meritorios los dolores; la *fuerza,* que sostiene al cristiano en las luchas por la vida; la *luz,* que ilumina sus pasos a través de las tinieblas del error; la *unción,* que calma sus demasiado vivas pasiones; los *santos deseos,* que

le impulsan a la perfección, los *golpes de la gracia,* que quebrantan los corazones endurecidos, y los preparan para el drama sagrado del arrepentimiento y del perdón.

¡Ah, señores, soñáis con una solidaridad completa entre todos los hombres y entre todos los pueblos! Quisierais hacer retroceder, rebajar, borrar de un extremo a otro del mundo, las barreras que separan las razas y las rivalidades políticas que las arman las unas contra las otras. Soñáis con periódicos internacionales para penetrar a los pueblos de los sentimientos de una tolerancia recíproca; con establecimientos de educación internacionales para arraigar en ellos desde la infancia ideas de apoyo mutuo y de fraternidad; con asambleas internacionales para reunir las luces y las aspiraciones de todos los pueblos unificados. Pues bien, esta solidaridad, que no es más que un sueño en el orden político y social, se realiza en las esferas del alma, no solamente a despecho de los mares, de las montañas, de los intereses, de las lenguas, sino, y esto es más admirable todavía, a despecho de la muerte, a despecho del tiempo. El gobierno de Jesucristo, al cual pertenecemos, no tiene ni fronteras ni término; se extiende en los cielos a profundidades incalculables, y comprende millones y millares de millones de santos, que son nuestros hermanos y nuestros intercesores, que reciben nuestras plegarias para presentarlas hasta el trono de Dios. ¡Oh solidaridad santa, qué hermosa eres! ¡cuán extensas son tus perspectivas! ¡Oh culto católico, cuán seguras son tus bases, cuán brillantes tus cumbres! La oración más corta tiene santos por intérpretes; el menor grito que parte del corazón y expira en los labios, se repite de esfera en esfera, por la boca de los bienaventurados; y de ellos a nosotros, por el lazo de la palabra, se establece una miste-

riosa corriente de deseo y de impetración, un perpetuo cambio de servicios pedidos y de beneficios recibidos. ¿Es esto verdad? Sí, señores, porque entre la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo, distingo un tercer lazo más íntimo, más penetrante, más profundo que los otros,

III. El lazo de la sangre.

En el cuerpo humano, todos los miembros se corresponden, contribuyen a la armonía del conjunto, participan del mismo grado de salud, de vigor y de vida; son solidarios en la fuerza y en la enfermedad, en las cualidades y en los defectos, se sostienen, se auxilian, se completan mutuamente. Ni el ojo puede decir a la mano: "No tengo necesidad de tus servicios," ni la cabeza a los pies: "No me sois necesarios," ya que los miembros más viles y débiles en apariencia tienen en un momento dado la más grande importancia. Así, dice el Apóstol San Pablo, somos muchos y no formamos más que un solo cuerpo: *Multi unum corpus sumus.* Jesucristo es la cabeza, y nosotros los miembros. Sin duda que la condición de los santos difiere de la nuestra. Ellos descansan en el cielo y nosotros combatimos en la tierra. Pero ¿qué importa? No hay dos sociedades separadas allí donde no hay más que una sola y misma cabeza. Ahora bien, ¿cuál es la cabeza de la Iglesia del cielo? Jesucristo. ¿Cuál es la cabeza de la Iglesia de la tierra? Jesucristo. Una misma es la cabeza que anima los miembros gloriosos y los miembros laboriosos. La misma vida que circula en los santos allá arriba, circula también aquí bajo en las almas de los cristianos.

¿Cómo admitir un abismo entre la Iglesia militante

y la Iglesia triunfante, si están unidas por los lazos de la sangre? Porque un ejército combata en país lejano, ¿carece de relación con la patria en la cual todo es orden, reposo y prosperidad? ¿Es que el ejército no tiene siempre levantados sus ojos hacia la patria, de la que espera los subsidios y refuerzos de que tiene necesidad para llevar a feliz término una campaña laboriosa? ¿Es que la patria se desinteresa, para gozar de una felicidad egoísta, de las fatigas y padecimientos de los valientes que sostienen el honor de su bandera? ¿Es que entre el ejército y la patria no existe una solidaridad íntima, que se expresa por un confiado y generoso cambio de oraciones y solicitudes, de votos y beneficios, hasta el día en que los victoriosos atraviesen en triunfo la muchedumbre conmovida de los ciudadanos cuyo corazón estaba con ellos en tierra extraña? ¡Deshonra y desdicha al país que olvide a sus soldados! ¡Es un crimen que espanta a la naturaleza!

Saludad, pues, la verdad, la magnificencia de la doctrina católica que, no contenta con proclamar la existencia de otra vida, une invenciblemente el cielo con la tierra por el lazo de la mirada, por el lazo de la palabra, por el lazo de la sangre. Si esto es así, ¿es posible que se nos acuse de estrechar al alma humana? Señores, la impiedad es la que estrecha y rebaja, la que suprime la otra vida, la que sólo es buena para una cosa, para despoblar el cielo y desembelesar la tierra.

He ahí nuestro mal: la impiedad. Y de tal modo triunfa, por modo tan insolente, que podemos preguntarnos con espanto si no vamos a pasar por la férula de la justicia divina. Tranquilizaos, señores. Las almas santas son todavía numerosas en nuestra amada patria, y luego, ¡qué falange de intercesores junto al trono

de Dios! ¡Cuántos santos y santas, hoy en la gloria, no han olvidado este hermoso y querido país, al cual formaron como las abejas forman el panal, e iluminaron con las luces de la fe, gobernaron según las santas leyes de Dios, edificaron con sus virtudes, y libertaron de sus enemigos! Continúan allá arriba defendiéndonos y salvándonos.

Oigo el *Miserere* que cantan a los pies de Jesucristo, amigo de nuestra patria, y espero el efecto de su protección, porque con toda mi alma de cristiano, con todo mi corazón de francés, creo en Jesucristo, cabeza de la Iglesia de la tierra y cabeza de la Iglesia del cielo, rey de los santos y rey inmortal de los siglos.

¡Honor y gloria a El, amor aquí bajo y allá arriba, ahora y siempre!

Así sea.

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

La extensión del gobierno de Jesucristo

V.—La Iglesia del purgatorio

Señores:

El gobierno de Jesucristo comprende aquí bajo tres regiones que ya hemos nombrado: la Iglesia católica, la Iglesia invisible y la Iglesia antigua. El gobierno de Jesucristo irradia más allá de los límites de la tierra y del tiempo, hasta la Eternidad, y la Iglesia del cielo es una porción de este vasto imperio. Queda la quinta y última provincia del gobierno de Jesucristo: la Iglesia del Purgatorio.

Voy a hablaros de ella dirigiéndome sucesivamente a vuestro espíritu y a vuestro corazón.

I. A vuestro espíritu.

Dos verdades importantes tengo que recordarle:

1.ª *Hay una Iglesia del Purgatorio.* La razón y la fe hablan aquí el mismo lenguaje.

La razón nos dice que debe haber un Purgatorio. ¿Por qué? Porque la justicia de Dios sería espantosa, si rechazara despiadadamente lejos del cielo y para siempre, las almas que sólo tienen ligeras faltas que echarse en cara, y porque, por otra parte, la misericordia de Dios, que perdona en el último momento a pecadores de treinta o cuarenta años, debe disponer tiempos de reivindicación, que excusan en cierto modo sus larguezas y sus excesos. Merced al Purgatorio, Dios satisface su amor sin perjudicar a su justicia.

La razón nos dice que debe haber un Purgatorio. *¿Por qué?* Porque el instinto de nuestra ternura se niega a no ver más que en el abismo eterno ciertos seres muy amados, pero a los cuales nuestra piedad filial jamás se atrevería a llamar santos. Enviarlos al cielo, equivaldría a ver allí por la primera vez algo manchado. Enviarlos al infierno, equilvadría ver allí por la primera vez almas que aman a Dios. ¿Pues qué, se abriría el cielo a la misma hora y se daría enteramente a las almas perfectas y a las que no han hecho más que lo estrictamente justo para salvarse? Si Voltaire se hubiera arrepentido un segundo, ¿hubiera ido inmediatamente a abrazar a San Vicente de Paúl? No, el instinto de la justicia protesta contra semejante suposición, y la simple razón, libremente interrogada, proclama que debe haber un purgatorio.

Y, en efecto, la fe nos afirma que hay uno. Podría citaros los textos de las Sagradas Escrituras. Mas ¿para qué? Básteme señalaros un hecho que ha tomado posesión de la historia, y no está dispuesto a salir de ella: la oración por los muertos. La encontramos a cada paso en el cristianismo; está incrustada en las oraciones de las catacumbas; resplandece en todos los escritos de los Padres y Doctores; llena la Edad Media con

los ecos lastimeros de *Libera* y del *Dei iræ;* finalmente, el Concilio de Trento, recogiendo todos los instintos de la antigüedad y todos los recuerdos de la Revelación primitiva, precisando la creencia del hombre cristiano, declara que hay un purgatorio, y que esta doctrina debe ser creída y mantenida entre los infieles, enseñada y predicada en todas partes. Esto os basta; ¿no es cierto? Pero otra verdad viene a solicitar aquí nuestra atención y a reclamar la adhesión de nuestro espíritu.

2.ª *Hay un lazo íntimo entre la Iglesia de la tierra y la Iglesia del Purgatorio.* "Hay un purgatorio—continúa el santo Concilio de Trento,—y las almas que en él hay detenidas, son auxiliadas por los sufragios de los fieles, y especialmente, por el precioso sacrificio del altar."

Ya en el siglo IV, el gran obispo de Africa, San Agustín, decía la Misa por Mónica y pedía oraciones para ella, su santa y venerada madre.

No, señores, entre la tierra y el purgatorio no hay abismo alguno, no hay ningún rompimiento, no hay la menor separación. Contemplad en la naturaleza humana la ley de unión que encadena a todos los seres. La creación es como un concierto magnífico en el que todas las voces están en perfecta armonía. Los seres creados se corresponden mutuamente, se rinden recíprocos testimonios, se provocan, se interpelan de un extremo a otro de la inmensidad. Nada hay en el mundo que esté aislado. Entre la brizna de hierba que pisoteáis y el sol que os deslumbra, entre el último de los insectos que se oculta en la hoja y el mayor de los astros que se hunde en el espacio indefinido, hay una trabazón misteriosa, pero cierta.

Ahora bien, esta ley de unión que gobierna el mundo

físico, gobierna también el mundo de las almas, de las almas cristianas santificadas en Jesucristo y animadas de su vida. Hay la atracción de los cuerpos, de la cual es centro el sol. Hay la atracción de las almas, cuyo foco es Jesucristo. Sólo hay una Iglesia, militante en la tierra, triunfante en el cielo, paciente en el purgatorio, y Jesucristo es la Cabeza de ella. Son tres provincias gobernadas por el mismo Rey, o mejor, un solo cuerpo vivificado por el mismo Jefe. Allá arriba, los miembros victoriosos y coronados de gloria, más abajo los miembros heridos y cautivos, y entre estos dos pueblos, los miembros militantes que luchan todavía. Aunque separados, los vencedores del cielo, los prisioneros del purgatorio, los combatientes de la tierra, se llaman y se ayudan mutuamente.

La oración, como mensajero de paz, sube y desciende de la ciudad de las batallas a la ciudad de las expiaciones y a la ciudad de los triunfos, llevando la gloria a los elegidos, a los cautivos la esperanza, aliento y auxilio a los combatientes. Sí, señores, es un dogma de nuestra fe que la muerte no separa a los cristianos, que nuestra oración, derribando la barrera de la tumba, es suficientemente poderosa para subir hasta el cielo y hacer descender de él las bendiciones, suficientemente poderosa para descender hasta el purgatorio y hacer salir de él las almas cautivas.

Esto es hermoso, señores; esto es lo que nos enseñaron nuestras madres, esto es lo que nos predica la religión cristiana. Confesad que esto vale más que la teoría de la nada. Esto vale más que la nada para iluminar nuestros espíritus, y sobre todo, para consolar vuestros corazones. Voy a dirigirme ahora a ellos.

II. Tres cosas tengo que decir a vuestro corazón.

1.º *Todos tenemos muertos.* Viajeros entristecidos en el camino de la vida, cada día vemos que un pariente, un amigo, un vecino, se separa de nuestra ruta y cae en el abismo de la muerte con su ruido lúgubre, como piedras que se desprenden bajo los pies del viajero y cuyos pedazos ruedan al fondo del abismo. Cuando el niño entra en la existencia, se imagina que marchará hasta la cima de la edad en numerosa compañía; a medida que avanza hacia la edad madura, se ve envuelto por la soledad, y al llegar a la mitad del camino, se halla solo o casi solo. ¿Dónde está mi madre? ¿En qué se ha convertido mi padre? En vano os busco, hermanos míos muy amados. Ya no os veo, tiernas hermanas mías. Me habéis abandonado, amigos de la infancia. Sí, la muerte se los ha llevado a todos. Y oigo al poeta que exclama, sin poder contener su dolor y su asombro:

> Al irse la madre, por los corderos fué seguida,
> Partió el uno, luego el otro. Antes de dos meses,
> Con mis propias manos tres de ellos enterré.
> Los veo, pero no ya en la flor de la vida,
> No con los rasgos que tanto me enorgullecieron,
> Ofreciendo al beso paternal sus juveniles frentes,
> Sino tales como la muerte me los ha dejado,
> Inmóviles en el ataúd...

Todos, más o menos, hemos conocido esos dolores, hemos templado nuestros labios en el cáliz de esas amarguras. Todos tenemos muertos. Y añado:

2.º *Nuestros muertos están probablemente padeciendo en el purgatorio.* El Dante, expulsado de su patria,

de su querida ciudad natal, llega a la puerta de un monasterio de Italia y pide que le permitan entrar. "¿Qué deseáis? ¿qué buscáis?" le preguntan. Y el noble desterrado les responde: "¡Busco la paz!" Prestad oídos a las voces que os llegan de ultratumba. Ora es una madre cegada por un exceso de ternura por vosotros; ora un padre que, queriendo prepararos con demasiado celo un porvenir temporal, quizás descuidó su porvenir eterno; ora es un hijo o una hija a los que vuestras debilidades contemplaron con exceso. ¿Qué sé yo? Ya es una tierna hermana que la muerte os arrebató en un día de duelo, ya un hermano herido por la enfermedad en vuestros brazos, o al que la guerra sepultó muy lejos, en una fosa ensangrentada. ¿Tendré necesidad de proseguir? Vuestros corazones están conmigo; oyen sin resistencia la lección que debo darles:

3.° *Amemos a nuestros muertos y procuremos su consuelo. Pensemos* en ellos y *oremos* por ellos. Ya os he dicho que la oración une la vida a la muerte, y nos permite continuar con ellos, que ya no existen, las relaciones de amistad y de fraternidad empezadas en este mundo. Nuestras lágrimas por sí solas son inútiles e ineficaces; caen sobre los despojos de los muertos como una lluvia sin valor ni fecundidad. Pero nuestras lágrimas acompañadas de nuestras oraciones son un rocío refrigerante, que desciende a los abismos del purgatorio para apaciguar la justicia divina y abreviar la expiación de las almas cautivas.

Orar ya es bueno, pero hay algo mejor todavía:

Padecer por nuestros muertos. Elevamos a Dios el aroma de nuestros padecimientos, de nuestros trabajos, de nuestros sacrificios, de nuestras buenas obras, a fin de que, por una sustitución misericordiosa, gocen nuestros muertos del beneficio de nuestras expiaciones. Y por cuanto, deudores como somos de la justicia divina, sólo difícilmente podemos pagar por los otros, saquemos de la satisfacciones superabundantes de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos, algo con que poder saldar la deuda de los difuntos. Merced a las *indulgencias,* nos apropiamos las expiaciones de Jesucristo y de los Santos, y podemos aplicarlas a las queridas almas del purgatorio, que desgraciadamente sólo tienen poder para padecer. Rescatadas con esta moneda sagrada, se libertan más pronto de su deuda, y gracias a nuestra misericordiosa intervención, les queda abierto el cielo. ¿Queremos apresurar más eficazmente todavía su liberación?

Ofrezcamos por nuestros muertos el sacrificio de la Misa. En la *Misa,* Jesucristo mismo es el que ora en lugar de nosotros, el que renueva la oblación de sus dolores y de su muerte. ¿Qué más hermoso que el sacrificio del altar? En él proyecta el Cordero inmaculado su influencia a distancias inconmensurables, sobre la tierra, a la que inunda de virtudes y de méritos, sobre el cielo, cuyos conciertos anima, sobre el purgatorio, del que hace salir las almas purificadas por el padecimiento.

¿Qué importa que las tres Iglesias del cielo, de la tierra y del purgatorio estén separadas por la distancia y el tiempo? Sin verse, se ayudan mutuamente. Sin sentirse, se tocan y se compenetran. Sus manos, que se buscan, se encuentran en torno del altar. No temáis las olas levantadas por las revoluciones, que abren su seno para tragarnos. Por alto que se eleve la ola, subiremos más alto todavía, y tendremos por encima de todas las tempestades esa Hostia santa, esa blanca Hostia, ese Cordero de Dios, al que no tocarán jamás ni el hierro, ni la llama, ni las enfurecidas ondas, el cual es la salvación del cielo, de la tierra y del purgatorio.

Ofrezcamos por nuestros muertos la oración, las indulgencias, la misa.

Y al propio tiempo que pensamos en las almas del purgatorio, tributemos un culto especial a *sus cenizas.* Honremos esos cuerpos inanimados, que ayer contenían un alma viviente, y mañana se despertarán en la gloria de la inmortalidad.

Señores, no somos de la raza de los que ya no tienen esperanza, de los que sobre los huesos de los muertos, sólo pueden murmurar palabras sin virtud. Sabemos a ciencia cierta que la muerte no es la muerte, que la muerte no es la nada, que la muerte no es más que una separación aparente y transitoria, y que la tumba no es más que la última estación del cuerpo humano. La tumba es un lugar de paso, un alto en la ruta, el vestíbulo de una transfiguración gloriosa, y como el crisol en que se elabora la vida definitiva.

> Dichosos, Señor, tus muertos. Tú bañas de rocío
> Sus huesos benditos, que renacerán más bellos,
> Como un sello reposa tu santa cruz sobre ellos.
> Calentando tu sol sus tranquilos despojos,
> Hace cantar las tumbas.

Visitad a vuestros difuntos. Engalanad el lugar de su reposo, sembrad de flores la tierra que los cubre, poned la cruz sobre la tumba, e inscripciones sobre sus mausoleos. Sea nuestro cementerio como un jardín al que cada familia lleve la huella de sus pasos y recuerdos. Al final de los tiempos, Dios soplará sobre este polvo disperso, y dirá: "*Surgite, mortui!,* levantaos, muertos;" y del fondo de nuestros cementerios se elevará la legión

triunfante de los difuntos. Dios convertirá en cunas sus sepulcros, y de las cunas brotará la vida.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA

DE NOMBRES PROPIOS

A

Acarie (Mde.), 344.
Aragó, 155.
Aristóteles, 159.
Agustín (San), 192, 373.

B

Bacon, 124.
Bossuet, 36, 212, 428.
Bougaud (Mons.), 308.
Bourdaloue, 188, 397.

C

Chateaubriand, 104, 216, 286.
Crisóstomo, 343, 374.
Cousin, 20, 46, 79.
Cura de Ars, 192.

D

Desportes, 284.
Didón, 13.

F

Fouquet, 181.
Francisco de Sales, 420.

G

García Moreno, 94.

H

Hugo Victor, 106.
Hulst (Mons. de), 338.

J

Jouffroy, 20.

L

Laboulaye, 20.
Lacordaire, 41, 46, 249, 366.
La Harpe, 181, 218.
Lamartine, 12, 195, 228, 324.
Lamoriciere, 181.

LE PLAY, 213, 299.
LUIS XIV, 280.

M

MELANCHTON, 231.
MIRABEAU, 116.
MONSABRÉ, 318.
MONTALEMBERT, 40.
MONTESQUIEU, 345.

N

NAPOLEÓN, 154.
NERI, SAN FELIPE, 163.

O

OZANAM, 251.

P

PASCAL, 53, 158.
RACINE, 87.
RADET (General), 181.
RENÁN, 20.
ROUSSEAU (J. J.), 190.
ROYER-COLLARD, 112, 264.

S

SCHOUVALOFF, 180.
SÓCRATES, 302.

T

TERTULIANO, 340.

TABLA DE MATERIAS

Págs.

CONFERENCIA PRIMERA

El camino recorrido en dos años

I. La ignorancia y la abstención religiosa ... 2
II. Protestamos contra la ignorancia y la abstención de la mayoría. 5

CONFERENCIA SEGUNDA

¿Qué dejó Jesucristo en la tierra?

I. ¿Dejó Jesucristo algo suyo en la tierra? ... 9
II. El mundo moderno procede de Jesucristo ... 12

CONFERENCIA TERCERA

Jesucristo es la luz del mundo moral y religioso

I. ¿Cuál es la luz que da Jesucristo? ... 17
II. ¿A quién da la luz? ... 20

CONFERENCIA CUARTA

Cómo Jesucristo es la luz del mundo

I. Con su palabra. Es el más grande de los doctores ... 25
II. Por su vida. Es el más santo de los hombres ... 27
III. Por su persona. Es la luz viviente y la verdad encarnada... 28

CONFERENCIA QUINTA

La doctrina de Jesucristo sobre Dios

I. ¿Quién es Dios? La cuestión vale la pena ... 34
II. ¿Quién es Dios? Se lo pregunto a la razón humana ... 35
III. ¿Quién es Dios? Jesucristo nos lo dirá ... 37

Págs.

CONFERENCIA SEXTA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

I. El origen del hombre ... 43
II. La naturaleza del hombre ... 45
III. La grandeza del hombre ... 48

CONFERENCIA SEPTIMA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

II.—EL PECADO

I. La presencia del pecado ... 52
II. La malicia del pecado ... 54
III. El perdón del pecado ... 56

CONFERENCIA OCTAVA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

III.—EL DOLOR

I. Jesucristo explica el dolor ... 60
II. Jesucristo consuela el dolor. ¿Cómo? ... 64

CONFERENCIA NOVENA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

IV.—LA MUERTE

I. La muerte es un castigo ... 69
II. La muerte no es el aniquilamiento ... 71

CONFERENCIA DECIMA

Doctrina de Jesucristo sobre el hombre

V.—¿A DÓNDE VA EL HOMBRE?

I. ¿A dónde va el hombre? La razón humana no podrá decíroslo ... 78
II. ¿A dónde va el hombre? Jesucristo lo enseña soberanamente... 80

CONFERENCIA UNDECIMA

Doctrina de Jesucristo sobre las relaciones entre el hombre y Dios

I. La simple razón proclama la necesidad de las relaciones entre el hombre y Dios ... 86
II. Jesucristo explica la naturaleza de las relaciones entre el hombre y Dios ... 89

CONFERENCIA DUODECIMA

Jesucristo es el prototipo de la ley moral

I. Jesucristo es el prototipo de la ley moral ... 97
II. Los que más se acercan a El, son los mejores entre los hijos

Págs.

de los hombres ... 102

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La moral evangélica

I.—LA MORAL RELIGIOSA

I. Debemos culto a Dios ... 106
II. Debemos a Dios las obras ... 108

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La moral evangélica

II.—LA MORAL SOCIAL

I. Jesucristo proclama el principio de la moral social, es decir, de la paternidad humana ... 114
II. Jesucristo proclama los dos elementos de la moral social ... 117

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La moral evangélica

III.—LA MORAL INDIVIDUAL

I. La primera ley de la moral individual es la abnegación ... 124
II. La segunda ley de la moral individual es la pureza ... 126
III. La tercera ley de la moral individual es el desprendimiento... 129

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

El fondo de la moral evangélica

I. La moral evangélica penetra en las almas ... 133
II. Las exigencias de la moral son aprobadas por la razón ... 134
III. Las exigencias de la moral evangélica están justificadas por la historia ... 136

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

La cumbre de la moral evangélica

I. La belleza, primer carácter de los consejos evangélicos ... 140
II. La fecundidad, segundo carácter de los consejos evangélicos... 142

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

Jesucristo fuente de la gracia

I. La función esencial de Jesucristo ... 148
II. El sentido exacto de la historia ... 150
III. La verdadera grandeza del hombre ... 153

CONFERENCIA DECIMONONA

Necesidad que tenemos de la gracia

I. Nuestra naturaleza la recalma ... 158

Págs.

II. Nuestra degeneración la reclama ... 160
III. Nuestra vocación la reclama ... 163

CONFERENCIA VIGESIMA

Las maravillas de la gracia

I. Creed en la gracia como creéis en la luz que os alumbra ... 167
II. Creed en la gracia como creéis en la savia que circula ... 169
III. Creed en la gracia como creéis en el aire que respiráis... 172

CONFERENCIA VIGESIMOPRIMERA

Cómo Dios da su gracia

I. A veces la gracia llega impetuosamente. Subyuga ... 176
II. De ordinario la gracia llega insinuante y suave. Solicita ... 178

CONFERENCIA VIGESIMOSEGUNDA

Cómo el hombre recibe la gracia

I. Suficientemente ... 184
II. Desigualmente ... 187
III. Proporcionalmente... 189

CONFERENCIA VIGESIMOTERCIA

Las fuentes oficiales de la gracia

I.—La predicación

I. Autoridad de la predicación ... 193
II. Fecundidad de la predicación ... 195
III. Popularidad de la predicación ... 197

CONFERENCIA VIGESIMOCUARTA

Las fuentes oficiales de la gracia

II.—Los sacramentos

I. La historia, con hechos auténticos, depone en favor de los sacramentos ... 201
II. La razón, por similitudes sorprendentes, depone en favor de los sacramentos... 204

CONFERENCIA VIGESIMOQUINTA

El Bautismo

I. Que lo entendáis ... 211
II. Respetad... 214

CONFERENCIA VIGESIMOSEXTA

La Confirmación

I. Hace ya diecinueve siglos que se administra la Confirmación ... 222

Págs.

II. La Confirmación es hoy más necesaria que nunca ... 225

CONFERENCIA VIGESIMOSEPTIMA

La Eucaristía

I.—La presencia real

I. El primer testigo de la presencia real es Jesucristo mismo ... 230
II. El segundo testigo de la presencia real es el número ... 232
III. El tercer testigo de la presencia real es el genio ... 233
IV. El cuarto testigo de la presencia real es la virtud ... 235

CONFERENCIA VIGESIOCTAVA

La Eucaristía

II.—El sacrificio de la misa

I. El sacrificio de la Misa resuena en el cielo, en la tierra, en el purgatorio, en Dios, en los vivos y en los muertos ... 238
II. El sacrificio de la Misa irradia por todos los espacios y por todos los tiempos ... 242

CONFERENCIA VIGESIMONONA

La Eucaristía

III.—La comunión

I. ¿Es esto verdad? ... 246
II. ¿Para qué?... 249

CONFERENCIA TRIGESIMA

La Penitencia

I.—La Confesión

I. La Confesión es una necesidad ... 255
II. Jesucristo pide la confesión del pecado ... 257
III. Jesucristo pide la confesión del pecado. Es un deber obedecerle. 260

CONFERENCIA TRIGESIMOPRIMERA

La Penitencia

II.—El arrepentimiento

I. En nuestro mundo contemporáneo, el arrepentimiento es muy poco conocido ... 264
II. En el cristianismo, el arrepentimiento es muy apreciado ... 266

CONFERENCIA TRIGESIMOSEGUNDA

La Penitencia

III.—La reparación

I. Todo pecado produce en nosotros una ruina ... 272

Págs.

II. Todo pecado ofende a Dios ... 274
III. A veces nuestro specados hacen mal al prójimo ... 276

CONFERENCIA TRIGESIMOTERCIA

La Extremaunción

I. El impío va a morir ... 281
II. El indiferente va a morir ... 283
III. El cristiano va a morir ... 285

CONFERENCIA TRIGESIMOCUARTA

El Matrimonio

I.—Las leyes del Matrimonio

I. Dios, desde el origen instituye las leyes del Matrimonio ... 289
II. El mundo antiguo degrada las leyes del Matrimonio ... 290
III. Jesucristo restaura las leyes del Matrimonio ... 291
IV. La Iglesia católica guarda las leyes del Matrimonio ... 293

CONFERENCIA TRIGESIMOQUINTA

El Matrimonio

II.—Los deberes del Matrimonio

I. Primer deber del Matrimonio: la fidelidad ... 297
II. El segundo deber del Matrimonio es el mutuo apoyo ... 300
III. Tercer deber del Matrimonio: la educación de los hijos ... 302

CONFERENCIA TRIGESIMOSEXTA

El Matrimonio

III.—La consagración del Matrimonio

I. La intervención de Dios ... 306
II. La intervención de Jesucristo ... 309
III. La intervención de la Iglesia ... 311

CONFERENCIA TRIGESIMOSEPTIMA

El Matrimonio

IV.—Los impedimentos del Matrimonio

I. Los impedimentos del Matrimonio son cosas legítimas ... 314
II. Son cosas prudentes ... 316
III. Los impedimentos del Matrimonio son cosas graves ... 320

CONFERENCIA TRIGESIMOCTAVA

El Orden

I.—Los poderes del sacerdote

I. Poder de enseñar ... 324

Págs.

II. Poder de consagrar ... 327
III. Poder de absolver ... 331

CONFERENCIA TRIGESIMONONA

El Orden

II.—La fuente del sacerdocio (1)

I. ¿Qué es la vocación? ... 336
II. Deberes para con la vocación ... 340

CONFERENCIA CUADRAGESIMA

El Orden

III.—Los beneficios del sacerdocio en el orden temporal

I. El sacerdocio no es enemigo de la civilización ... 346
II. El sacerdocio es el guardián de la civilización ... 350

CONFERENCIA CUADRAGESIMOPRIMERA

El Orden

IV.—Los beneficios del sacerdocio en el orden moral

I. El sacerdocio, con su género de vida, acredita la piedad ... 359
II. El sacerdocio, con el género de vida, acredita el desinterés... 360
III. El sacerdocio, con su género de vida, acredita la castidad... 364

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEGUNDA

La vida religiosa

I. ¿Qué es la vida angélica? Es la pureza ... 372
II. ¿Qué es la vida angélica? Es la contemplación ... 375
III. ¿Qué es la vida angélica? Es la abnegación ... 378

CONFERENCIA CUADRAGESIMOTERCIA

La sociedad de las Almas en la participación de la doctrina y gracia de Jesucristo

I. El don que Jesucristo hizo a la tierra ... 383
II. La ambición de Jesucristo? ... 386
III. La sociedad de las almas en la participación de su doctrina y de su gracia ... 388

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCUARTA

El gobierno de Jesucristo

I. Comprobemos la necesidad de un gobierno para la sociedad de las almas ... 392

Págs.

II. Comprobemos la realidad de un gobierno fundado por Jesucristo. ... 394
III. Admiremos la belleza de este gobierno ... 397

CONFERENCIA CUADRAGESIMOQUINTA

La forma del gobierno de Jesucristo

I. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno monárquico ... 400
II. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno temperado ... 403
III. El gobierno espiritual fundado por Jesucristo es un gobierno invariable... ... 405

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEXTA

La extensión del gobierno de Jesucristo

I. —La Iglesia católica

I. ¿Qué quiere decir esto? ... 409
II. ¿Por qué? ... 411

CONFERENCIA CUADRAGESIMOSEPTIMA

La extensión del gobierno de Jesucristo

II.—La Iglesia invisible

I. ¿Hay hombres que están de buena fe en el error? Sí ciertamente. 417
II. Son muy numerosos los hombres de buena fe en el error. Esto es un misterio... ... 419

CONFERENCIA CUADRAGESIMOCTAVA

La extensión del gobierno de Jesucristo

III.—La Iglesia antigua

I. Notemos primeramente que la fuerza y majestad de un gobierno dependen mucho de su antigüedad ... 426
II. El gobierno de Jesucristo data del origen mismo del mundo, y preexiste durante cuarenta siglos antes de hallar su actualidad en el cristianismo ... 426

CONFERENCIA CUADRAGESIMONONA

La extensión del gobierno de Jesucristo

IV.—La Iglesia del cielo

I. El lazo de la mirada ... 433

Págs.

II. El lazo de la palabra ... 434
III. El lazo de la sangre ... 436

CONFERENCIA QUINCUAGESIMA

La extensión del gobierno de Jesucristo

V.—La Iglesia del purgatorio

I. A vuestro espíritu ... 439
II. Tres cosas tengo que decir a vuestro corazón ... 443

EXTRACTO DE NUESTRO CATALOGO

MEDICINA PASTORAL, por el DR. C. CAPELLMAN. Traducida al castellano por el Rdo.. P. Jaime Pons, S. J., conforme a la 16.ª edición alemana, revisada por el P. Lehmkuhl, S. J. (3.ª edición española.)

Indice: Disposiciones hereditarias y educación de los hijos. — Del aborto provocado. — De las operaciones con peligro de vida. — Del uso de medicamentos. — Mansturbación. — De la abstinencia. — Del bautismo. — De la comunión. — De la extremaunción. — Del matrimonio. — Sobre las afecciones y enfermedades mortales. — De los síntomas de enfermedad grave y moral. — De la agonía. — De la asfixia. — De las señales de muerte. — De los primeros remedios en casos de accidentes. — Primeros cuidados en algunas enfermedades. — Cuidado de los enfermos.

Un tomo en 8.° de 456 páginas

En rústica...	Ptas. 6,—	A plazos	Ptas. 7,—
En tela y rótulos oro.	" 8,—	Id. id.	" 9,25

ARTE DE VIVIR (EL). Manual para el educador y para la educación de uno mismo, por el RDO. P. ALBERTO M. WEISS. Traducción de la 6.ª edición alemana, por Pelayo Vizuete.

Faltaba un libro que expusiese lisa y llanamente, pero con la sugestión del que es maestro consumado en los secretos de la vida cristiana, el arte de vivir, esto es, el arte de vivir cristianamente, el arte de llegar a ser hombre completo.

El Rdo. P. Weiss conoce a maravilla ese arte. Toma al hombre en todas las situaciones, en todos los estados, en todos los momentos de su

existencia, y ora con gracia inimitable, ora con fina, con espiritual ironía, ora con inimitable gracejo, pero siempre con ardiente caridad cristiana, le da el consejo adecuado, la solución salvadora, el bálsamo que necesita el alma herida. Este libro es un verdadero tesoro, un tesoro inestimable.

Un tomo en 4.º de 522 páginas

En rústica	Ptas. 7,—	A plazos	Ptas. 8,—
En tela, planchas y dorados...	» 10,50	Id. id....	» 12,—

CIENCIA PRACTICA DE LA VIDA (LA) por el Rdo. P. Alberto M. Weiss. Traducción de la 3.ª edición alemana, por el Dr. Modesto H. Villaescusa.

Dios, la duda y la negación, la verdad, el espíritu, el hombre, los frutos del árbol prohibido, el mundo, el Redentor y la redención, el Cristianismo, la religión y la fe, la gracia, la Iglesia y la vía de salvación, la virtud cristiana, la perfección, la educación personal, la sabiduría práctica, el arte de la vida, la casa y la familia, el arte de la educación, la economía política y social para las necesidades domésticas, la vida pública, la civilización y el progreso, la humanidad y la historia, la muerte y el juicio, la eternidad; he ahí otros tantos temas que el insigne autor desarrolla con su inimitable gracejo, con su don igual, con su encendido celo por la salvación de las almas.

Uno tomo en 4.º de 492 páginas

En rústica	Ptas. 7,—	A plazos	Ptas. 10,—
En tela, planchas y rótulos	» 10,50	Id. id.	» 12,—

ORIGENES DEL CRISTIANISMO (LOS), por Mons. Le Camus, Obispo de la Rochela.

Plan de la obra. — 1.ª parte: La Vida de Ntro. Sr. Jesucristo; 3 tomos. 2.ª parte: La obra de los Apóstoles; 4 tomos.

De *Los Orígenes del Cristianismo*, ha hecho los más envidiables que pueda ambicionar un exégeta, Pío X, en su carta al Autor, quien fué varias veces a Tierra Santa para dar a su obra el color local y los delicados matices que hacen de ella una labor fundamental y primorosa en grado sumo.

Nadie ha descrito con tanto orden, amenidad y exactitud la vida de Jesucristo como el Obispo de la Rochela; nadie ha interpretado y desentrañado con tanta profundidad y acierto los insondables misterios y sublimes enseñanzas que encierra; nadie ha seguido con tanto cariño y solicitud los pasos de los Apóstoles, singularmente de San Pablo, ni expuesto con tanta penetración, claridad y precisión las sagradas Epístolas, que sirven de base y fundamento a la constitución de la Iglesia.

Los Orígenes del Cristianismo es la obra que hoy en día necesita todo sacerdote, todo predicador, todo católico ilustrado, toda persona piadosa que quiera conocer a fondo los fundamentos de su fe, ya que en ella resplandece con luz deslumbradora la realidad, la grandeza, la divinidad de Jesucristo y de su Iglesia Santa.

Siete tomos en 4.º, con 3.090 páginas y un mapa

En rústica	Ptas. 49,—	A plazos...	Ptas. 56,—
En tela, planchas de color y dorados ...	» 73,50	Id. id....	» 84,—

CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA DE LA FE, por Enrique Stieglitz, predicador parroquial de Munich. Traducción de la 5.ª edición alemana, por el Dr. Luis M.ª Brugada, Catedrático de alemán en el Instituto de Barcelona (2.ª edición.)

En cuatro años se han publicado en Alemania otras tantas ediciones de esta obra. Este dato es suficiente para dar a comprender la aceptación que ha tenido. El éxito se debe principalmente al *método empleado*, que no es otro que el denominado *psicológico* o *de Munich*, tan justamente apreciado por los educadores y catequistas.

Como fundamento de la catequesis puede servir cualquier catecismo aprobado. La explicación de cada catequesis no ocupará más de 30 a 40 minutos, tiempo suficiente para la enseñanza.

Nosotros llevamos impresas dos ediciones.

Un tomo en 8.º de 376 páginas

En rústica...	Ptas. 3.50	A plazos	Ptas. 4,—
En tela y dorados ...	» 5,50	Id. id.	» 6,25

CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA MORAL, por ENRIQUE STIEGLITZ, predicador parroquial de Munich. Traducción de la 4.ª edición alemana, por el Dr. Modesto H. Villaescusa (2.ª edición.)

Igual que la obra anterior, sigue *el método de Munich.* Como regla fundamental recomienda *tres puntos*: 1.º Exposición. 2.º Explicación. 3.º Aplicación. Como se ve, no puede ser *más claro* ni *más práctico* este método. No es extraño que en Alemania haya tenido tanta aceptación y que en los países de lengua castellana, haya sido adoptado con tanta rapidez, que en poco tiempo hayamos tenido que publicar dos ediciones.

Un tomo en 8.º de 430 páginas

En rústica...	Ptas. 3,50	A plazos	Ptas. 4,—
En tela y dorados ...	" 5,50	Id. id.	" 6,25

CATEQUESIS SOBRE LA DOCTRINA DE LA GRACIA, por ENRIQUE STIEGLITZ, predicador parroquial de Munich. Traducción de la 2.ª edición alemana.

El *método de Munich* es esencialmente *psicológico*. Como trabajo pedagógico, debe fundamentarse: 1.º en la *exposición* o contemplación; 2.º en la aclaración o *explicación;* 3.º en la *aplicación*. Este es el camino natural. Que en algún caso particular se unan entre sí las dos primeras operaciones o la segunda y tercera, es cosa secundaria. Lo importante es que las tres figuren desempeñando el papel que a cada una de ellas corresponde.

Conforme hemos dicho antes, en nuestro país ha sido adoptado este método con éxito muy halagüeño, conforme lo demuestra el hecho de haber tenido que hacer nueva edición en muy poco tiempo.

Un tomo en 8.º de 640 páginas

En rústica...	Ptas. 5,50	A plazos	Ptas. 6,25
En tela y dorados ...	" 7,50	Id. id.	" 8,50